BRUNO SÁENZ ANDRADE

Introducción a la obra de Julio Zaldumbide y a su correspondencia con Juan León Mera 1833-1887

AEL
ENSAYO

Bruno Sáenz Andrade

(Quito, 1944-2022)

Destacado intelectual, ha sido, en cuanto a su destino fundamental, poeta, uno de los más notables del Ecuador contemporáneo. Ha incursionado, además, en el ensayo, la crítica literaria, el cuento, la dramaturgia y otras facetas, entre ellas, las de jurista y musicólogo, esta última con impronta eficaz en varios de sus textos poéticos y en su teatro. Su quehacer poético va de lo metafísico a lo cotidiano, iluminado siempre por una incontrastable musicalidad y un profundo sentido de universalidad y trascendencia.

Miembro de número de la Academia Ecuatoriana de la Lengua ha publicado, entre otras obras, en poesía: *El aprendiz y la palabra; La palabra se mira en el espejo; Escribe la inicial de tu nombre en el umbral del sueño* (Premio Jorge Carrera Andrade 2013); *De la boca que, abriéndose, manda al silencio que se ponga a un lado; ¡Oh, palabra otra vez pronunciada!; La máscara desnuda los trazos de mi cara; Iluminaciones para un libro de horas; La noche acopia silencios; El viento del espíritu desata los legajos.* En cuento: *Relatos del aprendiz.* En ensayo: *El caminante mira como pasa el camino.* Como dramaturgo: *Comedia del cuerpo; Biografía ejemplar del Doctor Fausto; Mitos, Misterios.*

ACADEMIA ECUATORIANA
CORRESP. DE LA ESPAÑOLA

Ministerio
de Educación

Bruno Sáenz Andrade

Introducción a la obra de Julio Zaldumbide y a su correspondencia con Juan León Mera 1833-1887

AEL
ENSAYO

AEL
Programa editorial de la
Academia Ecuatoriana de la Lengua

Introducción a la obra de Julio Zaldumbide y a su correspondencia con Juan León Mera. 1833-1887
Bruno Sáenz Andrade, corrección 1988, revisión a partir de 2013
Kevin Cuadrado, edición y corrección a partir de 2018
© Herederos de Bruno Sáenz Andrade
Primera edición, 2022

532 pp.; 13,5 x 21 cm — (Serie Ensayo)
Imprenta: Gráficas Iberia
Tiraje: 500 ejemplares
ISBN-978-9942-42-981-0

Coordinación editorial: Academia Ecuatoriana de la Lengua
Edición, corrección y transcripción de textos: Kevin Cuadrado
Corrección de textos: Prosar Productora de Medios
Diseño, diagramación e ilustración de portada: Gráficas Argenis

Esta publicación está cofinanciada
por el Ministerio de Educación del Ecuador

Toda reproducción total o parcial de esta obra deberá contar con
la autorización previa de los herederos de Bruno Sáenz Andrade.

Comentarios y sugerencias:
a.ecuatorianadelalengua@gmail.com
www.academiaecuatorianadelalengua.org
Academia Ecuatoriana de la Lengua
Correspondiente de la Real Española
Calle Cuenca N4-77 y Chile (plazoleta de la Merced) – Quito, Ecuador
Código postal: EC170109
Teléfono: (593-2) 2570-782

Impreso en Quito, Ecuador

Bruno Sáenz Andrade

Introducción a la obra de Julio Zaldumbide y a su correspondencia con Juan León Mera 1833-1887

AEL
ENSAYO

Índice

Nota a la presente edición 13

Introducción
a la obra de Julio Zaldumbide 15

Apuntes biográficos 17
Sobre García Moreno 34
Las cartas: poética y vida cotidiana 47
La lírica de Julio Zaldumbide 83
Notas 98

Selección de textos 103

A propósito de esta selección 105

Poesía 109
Paisaje (La laguna de San Pablo) 111
A la soledad del campo 117
La mañana 123
El mediodía 129
La tarde 135
La noche 140

El bosquecillo 148
El arroyuelo 152
A las flores 158
Los árboles 159
La estrella de la tarde 164
Semejanza 168
Melancolía 171
Madrigal 173
Soneto 174
Soneto 175
Elegías 176
A mi corazón 179
El llanto 181
Páginas de album 182
La inocencia. Cantos a Helena 184
En un album 192
Trova 195
A una avecilla 198
Improvisación 199
A una flor marchita
en el seno de una hermosa 200
Una mañana, una tarde y una noche 201
A una amiga 202
Sonetos (En el Primer Centenario
del Libertador Simón Bolívar) 205
Meditación 208
La eternidad de la vida 210
A una niña 218

Las cuatro estaciones 221
Al sueño 223
Canto a la música 226
Epitafio 233
Elejía. En la muerte de doña Rosa Gangotena De Gómez de la Torre 234
A María 241

Traducciones 245
Espera (de Víctor Hugo) 247
La flor. Elejía (de Millevoye) 249
Anacreóntica (Traducción del italiano) 251
Los sepulcros (de Hipólito Pindemonte) 252
Plegaria (del *Fausto* de Goethe) 269
Vergine bella, che di sol vestita... (de Petrarca) 271

El Congreso, don Gabriel García Moreno y la República (1865) 277

Una carta de la Real Academia Española de la Lengua a Julio Zaldumbide (1873) 297

Cartas del señor don Julio Zaldumbide al señor don Juan León Mera 303
Querido amigo mío (Julio de 1857) 305
Quito, 29 de Julio de 1857 307
Quito, 11 de Agosto de 1857 313

Quito, ... de Agosto de 1857 321
Quito, 2 de Setiembre de 1857 322
Quito, 9 de Setiembre de 1857 327
Quito, 23 de Setiembre de 1857 332
Quito, 30 de Setiembre de 1857 335
Quito, 7 de Octubre de 1857 337
Paramba, 14 de Enero de 1858 342
Paramba, 18 de Febrero de 1858 344
Paramba, 21 de Abril de 1858 347
Paramba, 26 de Julio (de ¿1858?) 348
Quito, 3 de Noviembre de 1858 350
Quito, Noviembre de 1858 353
Quito, 5 de Enero de 1859 355
Quito, 13 de Julio de 1859 357
Quito, 20 de Julio 360
Quito, 22 de Diciembre de 1858 362
Quito, 3 de Agosto de 1859 364
Quito, 26 de Octubre de 1859 366
Quito, 16 de Noviembre de 1859 369
Quito, Nbre. de 1859 371
Quito, Enero de 1860 373
Ibarra, ... de Febrero de 1860 375
La Magdalena, 18 de Enero (¿del 61?) 378
Quito, 21 de Febrero de 1862 379
Ibarra, 19 de Julio de 1862 381
Quito, 31 de Enero de 1863 385
Quito, ... de Abril de 1863 402

Quito, 22 de Abril de 1863 404
Ibarra, 30 de Noviembre 406
Quito, 27 de Febrero de 1864 409
Quito, 30 de Marzo de 1864 416
Quito, 11 de Junio de 1864 417
Quito, 12 de Octubre de 1864 419
Quito, ... de Febrero 437
Quito, Agosto de 1865 439
Quito, 15 de Abril de 1875 441
Quito, ... de Junio de 1878 443
Quito, 20 de Julio de 1878 445
Quito, Abril de 1879 448
Quito, 7 de Enero de 1880 451
Quito, Marzo 10 de 1880 454
Quito, 26 de Junio de 1880 456
Quito, 24 de Noviembre de 1880 457
Pimán, 16 de Julio de 1881 458
Quito, 11 de Enero de 1882 459
Quito, Marzo 21 de 1883 468
Quito, 9 de Junio de 1883 471
Quito, Julio 18 de 1883 474
Quito, Agosto 15 de 1883 475
Quito, 29 de Agosto de 1883 478
Huitig, 15 de Noviembre de 1883 480
Quito, Marzo 22 de 1884 482
Quito, Junio ... de 1884 484
Quito, 20 de Agosto de 1884 492

Quito, 27 de Agosto de 1884 493
Quito, 20 de Stbre. de 1884 494
Quito, 6 de Mayo de 1885 496
Pimán, 7 de Octubre de 1885 498
Ibarra, Julio 21 de 1886 500

Cartas al señor don Julio Zaldumbide del señor don Juan León Mera 503
(«No nos entendemos...) 505
Atocha, a 9 de julio de 1878 511
18 de octubre de 1883 519
Atocha, 24 de noviembre de 1883 522

Apéndice
Dos cartas de Juan Montalvo 525
París, septiembre 20 de 1887 527
París, 20 de septiembre de 1887 529

Nota a la presente edición

Dentro de las inquietudes de Bruno Sáenz, el tiempo ocupa un lugar central. Y todo lo que ocurre dentro, claro. Así este libro, alimentado por los resquicios de la historia y las vidas de unos personajes por poco olvidados, cuyo tránsito por el tiempo de alguna manera está vinculado al autor, y luego a mí. A nuestro tiempo. En el 2018, Bruno me confió la misión de editarlo. Lo trabajamos juntos, con la ilusión de un día verlo impreso. Apenas hoy, al cabo de cuatro años, aparecerá entre nosotros cual huella de otro tiempo —que es también el nuestro—, aunque Bruno ya haya partido de este mundo. Esta edición va dedicada a él y a la historia del Ecuador, pero también, como lo habría deseado mi querido amigo, a Elena Kohls, su amada esposa.

Kevin Cuadrado

Introducción a la obra de Julio Zaldumbide

Apuntes biográficos

No es larga —apenas abarca cincuenta y cuatro años— la vida de Camilo Julio Francisco Javier Zaldumbide Gangotena, hijo de Ignacio Zaldumbide Izquierdo y Felipa de Gangotena y Tinajero. Nace en Quito, el 5 de julio de 1833, y es bautizado en la iglesia de El Sagrario. El 31 de julio de 1887, fallece en su casa, en la Plaza de la Merced, conocida después como la antigua sede del Conservatorio, en la calle Cuenca. Zaldumbide es testigo de toda la época de surgimiento y consolidación de la patria, casi desde la separación de la Gran Colombia, hasta los años del progresismo. Hacia 1884, ocupa una fugaz Cartera de Instrucción Pública, que le confía el gobernante Caamaño. Cinco años después de la muerte de don Julio, otro poeta, Luis Cordero, llega a la presidencia.

Si la existencia de Zaldumbide va a la par de un período político agitado e inestable, corresponde igualmente a uno intelectual de apreciable riqueza, más criticado que conocido a fondo, el romanticismo. Sus contemporáneos más próximos fueron Juan Montalvo, Miguel Ángel Corral, Juan León Mera, Luis Cordero.

Lo precedieron Olmedo, Rocafuerte, Solano. Lo seguirán los tiempos de González Suárez, Carlos R. Tobar, Remigio Crespo Toral, ya para enlazar cada cual, según su destino de elección, el siglo XIX con el XX. De este romanticismo, Julio Zaldumbide es, acaso, la más alta voz lírica.

Una crónica personal hunde sus raíces en el pasado familiar y puede ser ajena a los acontecimientos públicos puesto que constituye un antecedente de futuros destinos. La de Julio Zaldumbide halla sus raíces en las memorias de su abuelo, don Joaquín de Zaldumbide, patriota de primera hora, la del 10 de Agosto de 1809; y en las de su padre, don Ignacio Zaldumbide, antifloreano, miembro de la sociedad *El Quiteño Libre*, asesinado en Pesillo. Igual destino correrá su compañero, el general José María Sáenz, cuando, alzado en armas contra el militarismo ya llamado extranjero, volvían de Colombia hacia territorio ecuatoriano. El talento de Julio Zaldumbide sobrevive, en la forma de una vocación hereditaria, en la prosa de su hijo, Gonzalo.

La fama —de la que no curan Fray Luis de León ni el quiteño— ha hecho de Julio Zaldumbide el vate romántico por antonomasia: lo abandona a la posteridad con la figura de un caballero (por tradición y por riqueza) entregado a la melancolía, al reflexivo pesimismo, listo para refugiarse en lo más aislado de sus posesiones campestres, sin desdecirse, por ello, de su condición de republicano confeso y convicto; para defenderla ha de derribar una porción del muro

de adobe de su castillo americano, ha de dejar una tronera abierta que le permita volver al mundo cuando la presión de la amistad o la llamada de la conciencia le impongan la necesidad del sacrificio. Para explicar ese amor desmedido a la soledad, esa soberana —y soberbia— falta de interés, si ha de tratarse del prestigio o de la gloria, se ha hablado del «mal del siglo»: una propensión generalizada a la tristeza (dará ocasión a Mera y algún otro para maldecir o reírse de la melancolía gratuita, inmadura, hasta forzada, de tantos jóvenes literatos). También se ha acudido a la tragedia familiar de los Zaldumbide: Julio, uno de los siete hijos del intelectual y rebelde, a la fecha de su muerte, el 23 de abril de 1834, no había cumplido un año.

Algo hay de cierto sobre su imagen sombría. Un viejo retrato —pude, de pasada, mirarlo alguna vez en las páginas de un libro— parece confirmar la vigencia de esta imagen. La *Égloga trágica* de Gonzalo Zaldumbide hace don al lector de la figura de un patriarca decimonónico *éclairé*. Resulta difícil resistir la tentación de identificarlo con don Julio (las cartas a Mera y la poesía matizarán el retrato. Zaldumbide no se distancia demasiado de lo espiritual ni le falta el sentido del humor):

> Mi padre, pesimista compasivo e irreligioso, había suprimido en la hacienda la antigua práctica [*la de la doctrina*]. Quería tan solo que su gente fuese menos triste, menos medrosa de alma y cuerpo: que creyeran lo que quisiesen

> su tradición, su raza, su anhelo, en una religión que se les parezca, hecha a imagen y semejanza de sus corazones. Quería tan solo desbastarles un poco el alma todavía en bruto, humanizarla más en la vida sin inquietarla con el más allá. Para liberarlos de la esclavitud del concertaje, supervivencia de las encomiendas coloniales, había adoptado para los siervos de su gleba la forma de trabajo más liberal: por el lote de tierra, que les daba a cultivar para ellos solos, pagaban a la hacienda tres días de trabajo en la semana.

Valdría la pena, no obstante, traicionar la unidad de la persona y dedicar unas palabras a los diferentes aspectos que la integran. Con el deseo de aproximar a nuestro tiempo, de un modo más certero, al hombre que fue Julio Zaldumbide, me detengo brevemente, apoyándome aquí y allá en la cronología, en la condición íntima del personaje, su rostro privado; luego, en el poeta (el romántico que ama a Byron, pero no deja de inspirarse en Horacio y Fray Luis de León; en el creador y el traductor que se aísla a la sombra de los libros o de las arboledas de Paramba y Pimán); en el amigo (suyos lo fueron Montalvo, Mera, Pedro Fermín Cevallos, Roberto Espinosa. Relaciones literarias... No iban a ser las únicas); en el propietario progresista: no era tan solo un soñador; caminaba de la mano de sus sueños, lejos de la literatura, hasta los campos que exigen siembra

y riego, y las regiones que han de contar con caminos para unirse y volverse, así, útiles unas a otras. Por fin, acudo al hombre público, el de letras —fue miembro fundador de la Academia Ecuatoriana de la Lengua— y al funcionario del Estado. El escritor era, a la vez, político.

¿Qué podemos retener de la persona estrictamente privada? De la información disponible, es válido mencionar su matrimonio con doña Rosario Gómez de la Torre (1866). Su hogar será «lugar común» para el encuentro de amigos y parientes, como lo fuera, antes, la casa paterna de San Agustín, frecuentada por Montalvo.

De los ocho hijos de don Julio, cuatro, dos varones y dos mujeres, son dignos de cita especial. Jaime, el mayor, tendrá a su cargo la misión de copiar los versos de su progenitor, destinando sus cuadernos al resguardo de la biblioteca particular o a la imprenta. Gonzalo será reconocido por la calidad de su prosa y un cosmopolitismo bastante alejado de los hábitos de su padre. Carmen y Luz Laura Catalina se casarán con el mismo hombre, Luis Antonio Pallares García, nieto del general Antonio Martínez Pallares, bajo cuyo mando se desempeñaban las tropas vencedoras de los rebeldes José María Sáenz e Ignacio Zaldumbide. Julio consideró siempre al General, como el «asesino», responsable del hecho ejecutado por uno de sus tenientes. Rezan los «apuntes» de Jaime Zaldumbide: «*Luz Laura*

Catalina nace en 1880. Casó con Luis Antonio Pallares García, viudo de su hermana Carmen». El matrimonio de Carmen, el primero de Pallares, no se realizó sino unos años después de la muerte del poeta.

Julio Zaldumbide, el letrado, fue autodidacta. No perseveró en la carrera de las leyes. Cambiaba libros con sus relacionados o los encargaba a los viajeros que partían a Europa, nos cuentan los escasos esbozos biográficos. Fue un sedentario relativo: organizó su mundo entre Quito e Ibarra, con el corazón —dicen— atado a las tierras de Pimán. Nunca conoció el mar, que habría llegado a constituirse, para su alma, en la forma perfecta de la nostalgia *(«la felicidad se encuentra donde tú no estás»*). Su obra poética no conserva las huellas de este anhelo incumplido.

Tampoco dejó el Ecuador, si exceptuamos su viaje por tierra a Colombia, como plenipotenciario del gobierno de Borrero.[1]

Durante la conmemoración del séptimo aniversario de la revolución marcista, Zaldumbide dio lectura a su composición dedicada *A la música*. Miguel Riofrío, uno de los fundadores de *El Quiteño Libre*, le entregó con la corona de laurel, el anuncio de su futura consolidación como poeta y ciudadano de vocación democrática. No resulta superfluo rememorar la participación de Juan Montalvo en la misma festividad, organizada por las Sociedades Filarmónica y Miguel de Santiago.

Al redactar su *Ojeada Histórico-Crítica de la Poesía Ecuatoriana*, Mera se acordará del canto *A la música*, considerándolo su primer descubrimiento del arte del amigo. Volverá a hallarlo, madurado, en la *Lira Ecuatoriana*, compilada por Molestina (1866). Pasará revista, comentándolos y no necesariamente de modo favorable a varios títulos a los que concede diverso valor: *La eternidad de la vida, A la soledad del campo, La mañana, El mediodía, La tarde, La estrella de la tarde, La noche, Al sueño, El arroyo, El bosquecillo, Los árboles, En un álbum, Tu imagen, Improvisación, Improvisación a Laura, Fatalidad, A un ramo de ciprés*, escritos, según Mera, entre 1852 y 1856. Menciona también *A las mujeres* y *A mis lágrimas*, publicados fuera de la *Lira Ecuatoriana*.

Julio Zaldumbide escribió poco y por temporadas, al parecer atendiendo a las obligaciones de la pluma a trechos. Publicó textos sueltos en revistas y folletos. Una de sus creaciones juveniles, *Paisaje*, acompaña tardíamente a *Melancolía* en la Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria de abril de 1903, extraída con harta probabilidad de una carta a Mera, donde se halla transcrita íntegramente. Una «*brochure*» contiene la elegía *A la memoria de la señora Juana Lama de Moncayo* (1852); otra, la titulada *En la muerte de la señora Rosa Gangotena de Gómez de la Torre* (1857). Un número de *Letras* (de 1916) recoge uno de los poemas *A Elena*... Dos de los ejemplos, está claro, son

póstumos.

Afirmaba Julio Zaldumbide que prefería sentir como poeta a ser tenido por uno. Entre sus «decisiones» tardías, aquellas que le llevaban a plasmar su sensibilidad poética en lírica tangible, posee importancia mayor el canto *A María*, la Virgen, de 1878. En carta dirigida a Mera desde Huitig (¿Güitig?), el 15 de noviembre de 1883, defiende sus sonetos de la crítica del ambateño.

La tarea como traductor habría comenzado relativamente temprano. Dos textos, que supongo no fueron publicados en vida de don Julio, llevan el título general de *Traducciones del italiano*. El primero, *El poeta moribundo*, incumple una de las reglas fijadas por el propio Zaldumbide para validar una traducción: no nos hallamos ante un buen poema, ni siquiera en la lengua nativa. El segundo tiene dignidad: se trata de *Anacreóntica*.

Son más conocidas las versiones de *La flor*, del francés Millevoye; de *Espera,* de Víctor Hugo; de *Vergine bella*, de Petrarca, publicada en 1883 en los *Anales* de la Universidad de Quito, de la que hay referencias en la correspondencia con Mera desde 1878; y la *Plegaria de Margarita,* del *Fausto* de Goethe, de 1884. Los primeros números de las *Memorias* de la Academia Ecuatoriana de la Lengua (empiezan a publicarse en 1884) recogen las traducciones de *Lara* de Byron (incompleta, de 1862) y de *Los sepulcros*, del italiano Hipólito Pindemonte.

A pesar de cierta resistencia a la publicación, agravada por lo precario de la «industria» editorial quiteña de la época, Zaldumbide preparó cuatro selecciones de sus versos para ser impresos: una para Pedro Fermín Cevallos (su proyecto de *Gran colección de poesías americanas* no se llevó a cabo); una para Vicente Emilio Molestina (fue aprovechada en la *Lira Ecuatoriana*); una tercera y una cuarta para Santiago de Chile y Lima. Las antologías que debían acogerlas no fueron mucho más allá de los buenos propósitos.

Las composiciones de Zaldumbide se conservan en tres cuadernos que él mismo elaboró. Dos de ellos se encuentran en el Colegio Nacional «Teodoro Gómez de la Torre», de Ibarra. El tercero (su año, 1851, se ve desmentido por la adición de poemas muy posteriores) pertenece a doña Celia Zaldumbide. Me ha sido posible conocerlo en ejemplar fotocopiado.

No me atrevo a anotar sino unos cuantos testimonios acerca de las amistades y las relaciones sociales de Zaldumbide. He aludido a uno: la tertulia, propia del Quito de 1800. La pequeña ciudad no facilitaría, es verdad, clase alguna de aislamiento a una persona de cierta figuración. La casa de San Agustín tendrá, como huésped singular, a Juan Montalvo, pero tal singularidad no se basa en lo ordinario o lo común de las demás relaciones, destacadas algunas, sino en las peculiaridades del carácter de don Juan y la especial valoración que se tenía hacia su carrera literaria. La casa de La Merced, de un Julio Zaldumbide convertido en padre de familia,

no romperá la tradición ni ha de cerrarse a los visitantes. Se vuelve discutible la pintura del romántico inclinado a la misantropía, aunque la hora preferida —se ha afirmado— de la reunión fuera a menudo, para el joven Julio, la del paseo vespertino al lado de Montalvo, partidos ya los demás contertulios.

Tampoco la condescendencia con la que dedica sus versos —con frecuencia en forma de un largo poema— a una dama o cuando se aplica en la composición de una elegía, comulga demasiado con la fantasía de un héroe casi byroniano. Se aproxima a la igualmente extremada de poeta de mundo. Una de sus misivas —valga el rasgo como muestra— solicita de Mera el envío de una descripción, de un trazo que le ayude a recordar —o recrear— a la amable personita que le ha exigido el favor de un canto...

¿Qué hojas de álbum, qué amarillentas misivas sabrían hablarnos de su proximidad hacia Pedro Fermín Cevallos? Por ahora, solamente la mención de su nombre en la correspondencia con Juan León Mera. La participación de Zaldumbide en la nunca concretada colección de poesías americanas, permanecerá como una elegía, como un recuerdo que no se decide a optar por la consolación, según su hija Sofía.

¿Cuáles, de la amistad con Montalvo...? La proximidad juvenil, afectiva e intelectual; las tertulias en casa de Zaldumbide; la esperanza del polemista, que Zaldumbide no deseó satisfacer, de convertirse en colaborador de

El Cosmopolita...; la defensa montalvina del valor de su amigo, al escribir su folleto contra la prepotencia garciana; la noticia de un serio distanciamiento: Gonzalo Zaldumbide anota, en un prólogo de la Biblioteca Ecuatoriana Clásica, consagrado a Montalvo: *«Años más tarde, ya no se vieron como antes: el irritable genio del proscrito había concebido ciertas soberbiosas desconfianzas, cobrado cierta hurañería recelosa, que volvía su trato intermitente y quebradizo, como su humor mal conforme»*. Enmiendan el hecho las dos cartas, cargadas de emoción y aparentemente desprovistas de intenciones literarias, dirigidas por Montalvo a la viuda y al hermano de Julio, para lamentar su muerte, donde la supuesta enemistad se transforma en un algo más soportable «rompimiento», y se desliza una alusión significativa a «la insana política»...

Las cartas —alrededor de 66— no solo prueban, sino definen también las facetas de una intimidad, la de Juan León Mera y Julio Zaldumbide. Afines por su afición profesional a la palabra (crítico, amante de la forma, moralista, prosista y versificador enterado, uno; poeta, implacable perseguidor de la perfección y del sentido, agudo catador de la obra ajena, el segundo), se diferencian por el ángulo escogido por cada uno para apreciar el arte, la voluntad de aproximarse —o de no hacerlo— a una escuela nacional, la presencia —constante en Mera, intermitente en Zaldumbide— en las lides literarias de la época. Mera, como su admirado

Gabriel García, involuciona desde el liberalismo hacia una posición conservadora; Zaldumbide mantiene sus convicciones democráticas, sin trocarse por ello en político de vocación. Mera se muestra apostólico, pues es consciente del papel histórico que juega. Zaldumbide, aunque nada tiene de pasivo ni se ha propuesto discutir lo indiscutible —los románticos tienen la historia, como la geografía, metida entre ceja y ceja—, se encomienda a la tarea de construir, sin apuro, al amparo de la privacidad, su propia poesía.

La simpatía mutua, el respeto (no la complacencia) de la opinión divergente, la posibilidad de dialogar sobre la parte del mundo que han recibido en comunidad, garantizan la solidez de su amistad. La muestra de la correspondencia va de 1857 a 1886. Su tono varía del cotidiano al afectuoso, del doméstico al estético, del patriótico al político, del práctico —la agricultura es algo serio; nada de églogas ni más reminiscencias virgilianas, por ahora—, al humorístico y, quizás, gratuito. Y domina, aunque de lejos, el asunto literario. Dentro de este, la lectura de la producción del amigo, su comentario —¡cuántas veces acre!—, los consejos que reclaman la corrección idiomática y la lima... Se habrán dolido los dos escritores del duro juicio fraternal, del desmenuzamiento crítico sufrido por los más entrañables hijos de su fantasía. Pero prima en ellos la avidez por enterarse de la apreciación del camarada, y quizás de la frase aprobadora.

Un cuerpo de cartas de esta envergadura, muestra innegable de un comercio intelectual de mayor abundancia, denuncia la urgencia del poeta por comunicarse. Y desmiente, en parte, su afán de disminuir la actualidad de su voz, disimulándola en el seno de la madre naturaleza. Aun en su intento de reclusión, Zaldumbide se embebe de novedades y de lírica, productos ambos de la ilustrada civilización, gracias a las letras que recibe de Juan León. Las respuestas y las reacciones del «privilegiado» (por el número conservado de misivas, se entiende) permiten, a menudo, adivinar las propuestas de su corresponsal.

Vuelvo al tópico del intelectual fatigado de la sociedad, que se aísla, no en realidad en los torreones o las estancias de un castillo, sino al amparo de la hacienda distante, en la inexistencia de caminos, en el trato con la vegetación y con las bestias silvestres y domésticas, en el intercambio de pareceres y de sentimientos con la sabiduría elemental de la gente del campo y... en los libros. Zaldumbide, antes que huir a la naturaleza, se dirige a ella como un «transformador», un «hombre de empresa» —que se me perdone el prosaísmo—. Es un hacendado y cumple ese papel a cabalidad, no solo como propietario, sino también como rentista: es al mismo tiempo, un trabajador y productor. Cito la «Trayectoria» que precede a la selección de poemas de la Biblioteca Ecuatoriana Mínima, cálidamente concebida por Roberto Morales Almeida:

> Hizo de Pimán el centro de una desbordante actividad, ora buscaba en las altas soledades de los páramos el manantial que fecunde las sequedades del valle; ora obtenía en remate público la concesión de tierras baldías a orillas del Mira, y organizaba expediciones para instalar allí plantíos y avanzadas de colonos. Su mejor título de propiedad sobre esas tierras perdura en las cartas escritas desde la selva bravía de Paramba a su dilecto amigo, el solitario de Atocha. Y no se daba jamás punto de reposo, aunque su salud se resintiese. Con paciencia benedictina se afanaba en ensayar nuevos cultivos y en aclimatar especies salvajes del trópico para ornamento de su ameno jardín...

No fue el poeta lo que ahora llamamos un latifundista sedentario, un burgués filisteo, como hay tantos, que se sientan cómodamente a regustar a mantel puesto el fruto de sus haciendas. No. Él formó riqueza, vivió el dinamismo creador de los recios colonizadores, fue «hombre de trabajo», según la exacta expresión con que nuestro pueblo califica a los infatigables propulsores del progreso. Zaldumbide sentía la urgencia de transformar esta buena madre tierra, de verla cumplida de todo bien: cubierta de ganados, abundosa de pan, dulce de miel, así como cantada, amorosamente, en versos.

Literaria —y lograda— es la forma de resumir una labor agrícola y administrativa poco o nada libresca.

Vale igualmente la pena, la copia de un párrafo de la «Semblanza biográfica» de Luis Pallares Zaldumbide, incluida en las *Poesías Completas* de la Comisión Ecuatoriana Permanente de Conmemoraciones Cívicas:

> Desde Pimán realizaba viajes continuos a la montaña de Malbucho, a orillas del Mira, que se extendía hasta las estribaciones de la cordillera en la Provincia de Esmeraldas, y allí, en su propiedad de Paramba, se dejaba embrujar por la magnificencia del trópico, para inspirarse como poeta y trabajar como agricultor.

Resulta oportuno aprovechar aquí de la memoria, y recordar que el norte de la sierra ecuatoriana vio siempre, como salida natural al océano, la costa esmeraldeña, a tal grado que las postrimerías de la colonia encuentran al presidente de Carondelet ocupado en el problema de la interconexión de las zonas a lo largo de un camino, el de Malbucho. Julio Zaldumbide debió compartir esa nostalgia marina, no solo como un «lugar poético». El anhelo del representante de la corona española pudo ser también el del agricultor.

Quiero cerrar esta mirada a la vida terrenal de Julio Zaldumbide —advierto, al llegar al final, que he ido olvidando detalles de valor, sin que me sirva de excusa la certeza de que he de toparme con ellos más tarde: no me he referido a sus lecturas preferidas, a las influencias y las

pasiones literarias del poeta; he prescindido del aprendizaje de idiomas, con y sin maestros, que emprendiera y llevara a buen término don Julio, lector, traductor, inteligencia animada por la curiosidad—, deteniéndome brevemente en la actividad pública y oficial del escritor.

Fue miembro fundador de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española. El 13 de junio de 1873, la Comisión de Academias Correspondientes Americanas de la península, despacha una carta dirigida a don Julio Zaldumbide, «académico correspondiente de la Española», instándole —lo mismo ha de sugerir a otros— a procurar el establecimiento de la Academia hermana en el país. Reproduzco la carta, integrándola a la *Selección de Textos*. Ilustra, junto a la de la solicitud atendida en 1875, las relaciones personales de Zaldumbide con la institución del país europeo.

Para un hombre inclinado a la melancolía y la soledad, tiene mucho de notable su reincidente participación en los asuntos del Estado, pese a la general fugacidad de su paso por las dignidades y cargos públicos. El 10 de octubre de 1865, publica el folleto *El Congreso, don Gabriel García Moreno y la República* —que dará lugar a críticas del sector garciano, a una respuesta redactada por el propio García Moreno, y hasta a un llamamiento a juicio—, con la intención de justificar su posición en la legislatura. De 1867 a 1868, cumple un papel como diputado por Imbabura *(«defendió con altura y firmeza la dignidad*

del Parlamento y las instituciones republicanas», afirma Morales). Durante la administración de Borrero, se traslada a Colombia en calidad de Plenipotenciario, con el objeto de negociar tratados y convenciones internacionales. Zaldumbide será claro, a propósito de los tratados, de sus intenciones trascendentales:

> Al celebrarlos... ha estado presente en mi ánimo el gran pensamiento de la unión americana. Y aunque este majestuoso proyecto se juzgue... de imposible ejecución... bueno es que los tratados públicos de las naciones hispanoamericanas no aparten los ojos de ese blanco.

Candidato a la Presidencia de la República en 1882, la dictadura de Veintemilla y la supresión de las elecciones, cortan la aspiración de Zaldumbide. Caamaño lo nombrará ministro de Instrucción Pública en 1884. Su renuncia el año siguiente, ocasionada por la escasez de los recursos asignados a su tarea y la imposible concordancia entre sus ideas y las de los políticos gobernantes, provocará la desaparición de la recién creada Cartera. Según R. Morales, «*el poeta creía en el milagro civilizador del alfabeto y quería levantar escuelas en todos los horizontes del país*». Sueños para él, promesas de campaña («címbalos resonantes») y socarronería estadística («los números no mienten») de entonces al presente...

Sobre García Moreno

Hacia la conclusión de su período presidencial, en 1865, Gabriel García Moreno —lo cuenta Luis Robalino Dávila— ha nombrado como sucesor para la candidatura oficial, a José María Caamaño. Luego, lo ha privado de su favor, concediéndolo a Jerónimo Carrión.

¿Cuál fue el error del señor Caamaño? ¿Qué desafortunada opinión ha provocado el disgusto del intemperante Gabriel García? Ha osado expresar su desacuerdo con el más reciente desafuero del gobernante, la clausura del Club Republicano, cuyo local fuera sede de la designación de Manuel Gómez de la Torre (Pedro Carbo fue su contendor) como candidato de la oposición liberal.

Las elecciones se llevan a efecto. Carrión alcanza la primera magistratura. García Moreno se retira de la máxima dignidad, sin renunciar a su influjo sobre el gobierno y el congreso. Se niega a aceptar —sigo aún a Robalino— de la legislatura el título de General en Jefe del Ejército, tomando en consideración que no pertenece a la carrera militar ni ha sido la suerte de las armas la que mejor ha contribuido a su prestigio. Zaldumbide sostendrá, por el contrario, que la minoría ilustrada del legislativo obtuvo, con el rechazo del proyecto, un triunfo sobre los absolutistas empeñados en otorgar la dignidad al exmandatario.

El 10 de octubre de 1865, el diputado Zaldumbide presenta a la opinión ecuatoriana su escrito cívico y político *El Congreso, don Gabriel García Moreno y la República* («*es la primera vez que por la prensa declaro al público mi opinión sobre nuestras cosas políticas; a esta declaración me ha movido solamente el haber de explicar mi ausencia de la Cámara a la que pertenezco*»). Apenas un mes atrás (el 7 de septiembre), Carrión se ha posesionado. El 10 de noviembre, «unos quiteños» firman un panfleto insultante. Se trata de la contestación de don Gabriel al poeta.

El primer mandato del prohombre conservador (1860-1865) vio las repetidas violaciones de la Constitución de 1861, aprobada durante el mismo período, la represión de la oposición a través de la amenaza y la sanción drásticas (que llega incluso al fusilamiento), la presión constante del ejecutivo sobre el congreso... La victoria de Jambelí sobre Urbina y Franco, si bien consolidó el orden de la república, fue también origen de previsibles represalias —feroces, dirían los contemporáneos— y de ejecuciones sumarias.

Hay quien acusa de cobardía a Zaldumbide. ¿Por qué ha esperado el descenso de García de la silla presidencial para atacarlo? Montalvo, cuyo *Cosmopolita* va por un camino de opinión cercano al de su amigo, se juega por su honra. Recuerda el bozal impuesto por el mandatario a la imprenta, mientras tuvo bajo la mano poder suficiente. Duda —porque ha dejado el

mando— de la disminución de los ímpetus y condena el carácter arbitrario de García Moreno. Pudo apoyarse en lo oportuno de la crítica de Julio Zaldumbide: acababa de sentir, en carne propia, la mano del autoritarismo que conducía, a su antojo, a un legislativo sumiso.

Dato curioso, la inquina de los partidarios del político cuestionado se asentó sobre el folleto mismo. Alguien ha anotado en el fotocopiado, que me permite su lectura, esta rima: «*Zopenco poeta / no valgo peseta*».

El *Congreso, don Gabriel García Moreno y la República* no es excusa ni explicación pura y simple —si bien enjundiosa— del voluntario eclipse de un diputado que soporta la fama de retraído y excéntrico, de ciudadano distinguido pero mal dispuesto a enredarse en la intriga política. Tampoco es un libelo difamatorio disfrazado de aclaración personal. Zaldumbide tiende a la generalización. El texto —título aparte— ni siquiera vuelve a nombrar a García Moreno, aunque nunca lo pierda de vista, hasta la penúltima de sus seis secciones. Encuentra un responsable principal —o uno que es como la quintaesencia y la representación de esa responsabilidad— de los males de la república en pleno 1865, y a él se dirige. La admonición, —que sabe desperdiciada, excepto a manera de presencia de una posición equilibrada, honesta, en un ambiente hostil— no agota el contenido de sus páginas. Queda, junto al valor de quien no teme inflamar la ira del más fuerte, un pensamiento para nada inactual en el siglo XX, que

sobrevuela la situación ética, administrativa y social del Ecuador, y la del papel de las funciones estatales en la cura o la caída de la nación.

Tal vez sea oportuno recalcarlo: la crítica «temprana» de Zaldumbide se ubica, desde una óptica temporal, en un punto de una carrera, la garciana, que ha de prolongarse todavía por una década. La denominada «carta de la esclavitud» no goza todavía de acta de nacimiento ni de certificado de bautismo profano.

Sección I

Propone el autor una premisa general de cariz negativo: la duda acerca de la real representatividad del Congreso, cuando «*el pueblo no sabe lo que quiere, u otros se lo dan queriendo por curatela*». Le concede —es la otra cara, el miembro complementario de la premisa— la representatividad del estado moral y político que conforman el espíritu de la república.

Presenta dos ejemplos: el del senado romano de los tiempos gloriosos, contrapuesto al tiempo del predominio de los Tiberios y Nerones: el primer caso, muestra «*la fortaleza, constancia y severidad del pueblo guerrero, dominador del mundo*»; el otro, no es «*sino la fiel imagen de la rematada corrupción a que vinieron todas las cosas en el vasto Imperio*». El segundo ejemplo es el del bicameralismo de los Estados Unidos de América: cada uno de los cuerpos de este poder o función muestra una

faceta de su engrandecimiento: el del «*pueblo tosco, pero activo e industrioso*» y el del «*pueblo prudente y legislador de los Washintons, Franklins y Hamiltons*».

A la introducción, sucede la denuncia de una particularidad de la democracia ecuatoriana: si en los Estados Unidos nacieron un Washington y un Franklin, de nuestro suelo, no brotan grandes hombres, «*o porque la tierra del suyo no los da, o porque ellos se producen con un cierto cultivo que hasta ahora no entendemos*». (Nótese la aspiración al conductor, héroe o sabio, que comparte con muchos románticos. Zaldumbide merece el crédito de haberse resistido a reconocerlo en el primer venido, así se llamara García Moreno). El pesimismo (realismo, hasta cierto punto) según el cual los Catones y los Franklins no se dan en el Ecuador, no desconoce la importancia de cultivar al «grande» hasta entonces (¿solo hasta entonces?) ausente, pero reconoce, con ácida ironía, la ignorancia del método para lograr su germinación.

La moral, la *mores* de los latinos, es la nodriza de las naciones. «*Cuando es robusta...* —afirma— *infunde en ellas ese vigor y levantado espíritu que le endereza el ánimo y el propósito a las grandes cosas...; cuando es flaca y viciosa, les infunde su misma flaqueza y vicios*». Añade: «*La prueba de esto la tenemos en casa: mejores son nuestras leyes que las de Atenas y Esparta, y con eso y todo nos gobernamos pésimamente... Esto manifiesta que las leyes son cosas escritas, y las costumbres, el espíritu de las sociedades*».

En un movimiento descendente, ha llegado, desde la premisa principal, a lo largo de un razonamiento cuyo tono ejemplar se fundamenta en ejemplos históricos universales, hasta una situación concreta, la del país. Apenas necesita aplicar la premisa al caso singular:

> Y pues estamos en tiempo de congreso, no hay sino poner los ojos en este para ver nuestro estado moral y político.

Sección II

Zaldumbide se ve llamado a participar en un congreso reunido en circunstancias singulares. El «hombre raro» (don Gabriel García) llegó al poder por medio de una revolución. Ha entregado al sucesor la nave del país sin provisiones, con las velas y las jarcias rotas, tras haberla gobernado «*más como audaz y activo maniobrista, que como prudente piloto*». Dos guerras contra Colombia, de infeliz resultado (Julio Arboleda derrota a García Moreno en Las Gradas de Tulcán, el 8 de julio de 1862; el general Mosquera a Flores, en Cuaspud, el 6 de diciembre de 1863) fueron los escollos; las leyes y la Constitución, las velas y las jarcias rotas; la provisión agotada, la hacienda pública.

Con la cuidada división del texto y la clara exposición de sus ideas, el escritor trabaja como artista u orador que ha de convencer, utilizando los recursos de la dilatación,

de la oportunidad, del enriquecimiento de un motivo con el que se identifica —el artificio se vuelve retórico, hasta poético—, de tal suerte que la sapiente trabazón de hilos y dibujos queda clara solamente al considerar al folleto como una totalidad, una lectura íntegra desde la línea de apertura hasta la de clausura.

Algo más allá, un trazo pasajero, conduce la atención del lector hacia el camino (la «revolución») que llevó al «hombre raro» al poder. El rasgo permitirá discurrir sobre las «revoluciones», mal endémico del Ecuador.

Sin distanciarse de la metáfora naviera, se interroga Zaldumbide por el destino del barco maltratado:

> ¡Es cosa de ver una república en que son castigados fuera de la ley los ciudadanos que quebrantan sus leyes, y aplaudidos los magistrados que las infringen! ¡Es cosa de ver unos legisladores que hacen leyes, guardianes y ejecutores de ellas, y cuando estos las violan, no lo llevan a mal; antes besan humildemente las sacrílegas manos de los violadores!

En el amor y el respeto a sus leyes radica la prosperidad de una república. Cuando su quiebra es perpetrada por sus propios ejecutores, los legisladores, pues «*la obediencia es instrucción que viene del que gobierna*», los ciudadanos se inclinarán mal a someterse a unas normas tan tempranamente desprestigiadas. Las leyes del país son excelentes, «*sino que falta que las sepamos*

guardar». «*Si el congreso hiciera su deber y los magistrados el suyo, no echarían en saco roto los ciudadanos esta lección de ejemplo, la más eficaz de las lecciones*».

Aquí introduce el autor, tal vez intempestivamente, su criterio sobre las revoluciones... Es mejor —aconseja— desacreditarlas que castigarlas. Lo podría conseguir un gobierno justo y moderado, pese a que la mayor desdicha del país es que se encuentra conformado exclusivamente por revolucionarios. Primero *atentado*, luego, alcanzado el triunfo, *palingenesia*, la revolución tiende a ser olvidadiza. Una vez estabilizada y consagrados los derechos de sus protagonistas, se convierten estos en defensores de la paz, «*pero no tan mansos que no quisieran las leyes de Dracón para reprimir a los que intenten conmover la república, y a ellos de sus puestos*».

Sección III

Prosigue el escritor con el retrato de uno de los «conspiradores», «*uno muy singular, conjunto raro de excelentes prendas y perniciosos defectos, que por los unos y los otros se ha hecho poderoso, y peligrosísimo para la república*».

El «hombre raro» (el propio «conspirador») inicia su carrera como «*ciudadano, defensor fogoso de la libertad, mordaz censor de los extravíos del gobierno*». Cambia a revolucionario, «*como el vencedor de Coriolas, a quien imitó en venir contra su patria con extranjeras armas*». Exento de vicios, despreciador de la riqueza, se

hace de la presidencia «*no como regalo, mas como laborioso cargo*». Viene entonces a sufrir tal «transfiguración», que comete todas las faltas que había censurado y las excede: pone mordaza a la prensa, reniega de la libertad de sufragio («*sobrepasando a todos en lo descarado de la apostasía*»), proclama la insuficiencia de las leyes, «*porque embarazaban su voluntad*», y desemboca en la tiranía.

Zaldumbide no desconoce los méritos de su personaje: «*Su singular carácter hubo de contrastar al punto ventajosamente con el de los anteriores Presidentes, si exceptuamos a Rocafuerte a quien sobrepujaba en unas y no igualaba en otras prendas*». Exento de vicios, impasible ante la riqueza, su irreflexivo orgullo es «*enemigo natural de la prudencia y moderación que requiere el acertado manejo de los negocios públicos*». «*'Hombre superior', lo absorbe todo, gobierna solo el palacio y la república*». Es justo pero cruel. «Laborioso gobernante» e «imprudente político», las dos batallas emprendidas contra «nuestros vanidosos vecinos» (colombianos) terminan en derrotas.

La disconformidad con la «doctrina» de la insuficiencia de las leyes (¿ha cambiado algo el discurso contemporáneo del poder? A su repetida ruptura se ha sumado, desde siempre, la predisposición a acomodarlas al talante de quien gobierna), enlaza la denuncia de la mala voluntad de gobernantes y vecinos. Cuando la «voluntad de uno» suplanta a la norma, queda la

república viciada por el pernicioso ejemplo y las puertas se abren a la tiranía. La libertad política, fundamentada, según Montesquieu, «*en la opinión que cada uno tiene de su seguridad*», desaparece ante la arbitrariedad presidencial, que viene a suplir la «insuficiencia». Se ha proporcionado un arma extremadamente peligrosa a los futuros gobernantes («*entonces el primero que dio tan funesto ejemplo pondrá el grito en el cielo*») y se les ha enseñado el camino de la impunidad: el destierro, la persecución de senadores y diputados de los bandos contrarios, para que el Congreso no pueda pedir cuentas de los desafueros.

En tal circunstancia abandona el poder el presidente, «*dilapidador de las rentas de la nación, como Pericles, como el amigo de las obras públicas*», pero sin derecho a repetir las palabras del griego en el lecho de muerte: «*por mi causa ningún ateniense (o un ecuatoriano) ha tenido que vestir de luto*».

Sección IV

Corresponde ahora intentar una respuesta, un correctivo a semejante situación: «*...una nación... está floreciente, cuando la vemos adelantada juntamente en lo material, en lo moral y en lo político, o a lo menos en estas dos últimas partes*». No es suficiente el desarrollo de la obra tangible, ni se moraliza con el temor, puesto que inclina el espíritu general hacia la servidumbre. La felicidad de las naciones no viene de los arrogantes, sino

de los magnánimos y justos. La excelencia del hombre (y del gobernante) radica en la virtud, no en ser temido («*porque poderosos y temidos son también los huracanes y terremotos, y no sirven sino de daño*»). «*Cuando nos disgusten los Napoleones y nos aficionen solamente los Washintons, ya podremos decir que se nos ha infundido en el alma el espíritu de la divina sabiduría*», asevera. La sección cuarta del folleto muestra un pensamiento actual, una sensatez y una nobleza que deberían ser escuchadas y meditadas el día de hoy.

Sección V

Llega el momento de atar los cabos sueltos, de trenzar los últimos hilos, de concluir el tapiz hábil y lógicamente tramado:

Se nombra al fin al «hombre raro», Gabriel García Moreno. Por primera ocasión se le habla cara a cara. Se recapitula su obra, construida en detrimento de las libertades públicas y de la dignidad y la energía moral de la nación (Julio prefiere el término «república», por su connotación democrática y el tipo de organización estatal que implica), particularmente las de sus partidarios.

El poeta-político arriba a las consecuencias de su argumentación, aplicándolas a la premisa inicial, que concede al congreso la representación de estado moral y político, del que nace el espíritu general de la república:

> ...desterrasteis senadores y diputados, y sus suplentes y algunos principales, que formaban la mayoría de un congreso republicano, se congratularon y os agradecieron el golpe insolente dado por vuestra mano al Poder legislativo. Ved aquí vuestra obra, mirad el humor servil que habéis inoculado en todo el cuerpo de la república. Vuestro es el congreso, reina vuestra voluntad en su mayoría.

Apenas si será necesario recalcar la identidad: servilismo/indignidad legislativos, igual a servilismo/indignidad ciudadanos.

Julio Zaldumbide justifica su extrañamiento respecto de un congreso incondicional, dominado por una persona:

> y tuve por mejor salir de esa atmósfera de servidumbre que me oprimía el corazón, y exacerbaba en mi alma el dolor de ver a la patria envilecida.

Dirige la postrera admonición, ya no al presidente, sino al ciudadano Gabriel García:

> Siempre fue de más provecho para los hombres públicos la verdad franca que no la adulación

> y la lisonja... Ahora estáis de mero ciudadano, mostrad que sabéis obedecer más que supisteis mandar, quiero decir, mostraos respetador del pueblo, y tendremos en vos un útil y esclarecido ciudadano.

La *sección VI* concluye el alegato con unas cuantas líneas desoladas:

> esta es la primera vez que por la prensa declaro al público mi opinión sobre nuestras cosas políticas: a esta declaración me ha movido solamente el haber de explicar mi ausencia de la Cámara a la que pertenezco: pensar que mis palabras serán de algún provecho, no lo pienso.

Las cartas: poética y vida cotidiana

Sesenta y dos cartas de Julio Zaldumbide y cuatro de Juan León Mera (se ha de tener presente que Zaldumbide reconoce mayor asiduidad que Mera) constituyen la muestra que he tomado de las *Memorias* de la Academia Ecuatoriana de la Lengua. Abarcan un período de 29 años, hecho que da fe de la amistad de los dos escritores. Nos asomamos a un intercambio privado de comunicaciones, ceñido a la selección de las *Memorias*. De las firmadas por Zaldumbide, corresponden nueve a 1857, siete a 1858, siete a 1859, dos a 1860, una a 1861, dos a 1862, cuatro a 1863, cuatro a 1864, dos a 1865, una a 1875, dos a 1878, una a 1879, cuatro a 1880, una a 1881, una a 1882, seis a 1883, cinco a 1884, dos a 1885 y una a 1886. El responsable de la muestra vacila ante la ausencia de una fecha, y hasta ubica dos, de 1858, entre las de 1859 y las de 1879 y 1880. No me he creído autorizado a restablecer el orden cronológico de la publicación.

Las cartas de Mera, por la cortedad de su número, son fáciles de ubicar: la primera, sin fecha, responde a la del 31 de enero de 1863 de don Julio; la segunda es de 1878 (9 de julio); la tercera y la cuarta, de 1883 (18 de octubre y 24 de noviembre). Todas están dirigidas al poeta a guisa de provocación, de contrapunto y respuesta. Conservo la carta a Zaldumbide de la Real Academia

Española. Dos de Montalvo, dirigidas a los deudos del escritor, constan como *Apéndice*.

Aunque resultaría de interés comparar el estilo de Zaldumbide, redactor de documentos personales, con el estilo más «oficial» de la argumentación antigarciana (o antitiránica) —castizo, moderadamente retórico; de argumentación no siempre lineal, a la zaga de sus peculiares vías del pensamiento y de la falsa digresión; afecto, sin exceso, al ejemplo histórico y a la mención de opiniones consagradas; no desdeñoso del efecto ni de la interrupción (e irrupción sorpresiva) de la idea; expositivo (cuando habla de los acontecimientos y los comenta) y admonitor (al volcarse al propio García Moreno)—, voy a tratar las cartas preferentemente por su carácter de fuente que permitirá una inquisición de las inquietudes y reflexiones de Zaldumbide, mirando antes que nada a los asuntos a los que se remiten, personales, políticos o estéticos; los últimos, los más importantes, englobarían las lecturas preferidas, las colaboraciones y las relaciones con otros literatos, la crítica de la poesía de Mera (bien devuelta por este), la discusión del concepto y las posibilidades de la poesía nacional, las opiniones acerca del arte de traducir, auxiliándome, en este caso, con la nota a la traducción de *Los sepulcros,* de Pindemonte.

El extravío o el desconocimiento de otras cartas del ambateño, el más constante de los corresponsales —lo reconoce el propio Zaldumbide—, la omisión de tal o cual misiva del quiteño, explican quizá

la poca o ninguna importancia asignada a la obra en prosa, comparada con la tinta abundante vertida a propósito de la lírica. De hecho, la principal vertiente creativa de Mera no da lugar a opiniones, encuentros y disputas, ni mueve a los camaradas a brindar sus ideas estéticas sobre los géneros del relato y el ensayo, así puedan aplicarse a ellos algunas relacionadas con la literatura nacional. La correspondencia cesa en 1886. Zaldumbide muere en 1887. La existencia de Mera se prolonga de 1832 a 1894. Juan León comienza a publicar poesía hacia 1858. La edición inicial de la *Virgen del sol* es de 1861; la de *Mazorra*, de 1875. La de la *Ojeada Histórico-Crítica de la Poesía Ecuatoriana*, de 1872. *Cumandá* aparece en 1879. El estudio sobre Miguel de Santiago (otra manifestación de la curiosidad del polígrafo y pintor, el arte colonial) y *Los novios de una aldea ecuatoriana*, en 1892. La publicación madrileña completa, de las *Novelitas Ecuatorianas*, llega solo en 1909, década y media después de la muerte de Mera. Pero hubo suficiente tiempo común, compartido, para un diálogo que aparentemente no tuvo lugar y, con certeza no se repitió, de haberse producido, en las páginas de los *Anales* de la Academia. Cabe suponer el envío de *Cumandá*, por parte de Mera a Zaldumbide, y el aviso cortés de recibo del quiteño, como mínimo.

De un modo general, sería válido el siguiente desglose de los temas o asuntos de las cartas:

1. Las letras:
    a. Valoración y crítica mutuas.
    b. Estética, clasicismo y romanticismo.
    c. Lecturas, influencias, relaciones.
    d. Literatura nacional y literatura popular.
    e. La traducción.
    f. La publicación en el Ecuador.

2. La vida cotidiana, la crónica familiar, la confesión personal.

3. Los acontecimientos políticos y públicos, tangenciales en la correspondencia de los dos escritores.

Dos correos, del 14 de enero y el 18 de febrero de 1858, son, a su modo, «piezas literarias», sin que extrañe uno por ello la frescura de la confidencia. Llevan hasta Mera la del estado de ánimo de Zaldumbide, en las selvas de Paramba, al lado de una concepción propia —y romántica— de la felicidad:

> No sé decir si aquí soy feliz; lo que puedo asegurar es que estoy mejor que jamás estuve en parte alguna. Me rodea una naturaleza bella y poderosa, gozo de un clima dulce y saludable,

> de anchísima libertad y de una soledad apacible; me levanto con la aurora, trabajo con el hacha y el machete, como alimentos simples y duermo el sueño del labrador, dulce y tranquilo. Leo el Tácito para ver en Roma la tempestuosa sociedad, y a Tomás Moore para oír en su tierna poesía las voces del alma. Esta es mi vida, y este es su teatro; ¿qué me falta para ser feliz? —me falta lo que a todos— la felicidad, que en ninguna parte está. [14 de enero].

La del 18 de abril amplía, con arte mayor, la descripción del bosque y del trabajo del hombre. Insiste en el bienestar que la vida selvática le proporciona, desaparece, siquiera explícitamente, la ausencia de la felicidad (la conciencia de esa falta no lo abandona ni al borde del bienestar). El refugio en la naturaleza, la «tempestuosa sociedad» y la «soledad apacible» son «lugares poéticos» frecuentes del verso de Zaldumbide.

En agosto de 1865, escribe, bastante alejado del espíritu optimista de 1858:

> Pero, querido León, ¿qué quiere usted? Nací con una estrella, sobre mala, excéntrica, condenado siempre a mirar que sería mejor que yo fuera de otro modo que no soy: soy un puro remordimiento en todo, y todo soy deseos y arrepentimientos. Por lo ordinario me

> consume un descontento árido y seco de todo, y en esta destemplanza de mis días no tengo cosa buena que escribir a mis amigos, y se me pasa el tiempo en esperar reverdecer de alguna manera para tratar alguna agradable materia de correspondencia epistolar.

Es imposible no reconocer aquí, un eco clarísimo del «mal del siglo» de los románticos de cualquier latitud. El 7 de enero de 1880, se plantea un conflicto que no ha de parecer extraño, si se reflexiona en la seriedad con la que Zaldumbide enfrenta sus diversos destinos. Cierta «inadecuación» entre el poeta y el hombre de acción subsiste, a lo largo de los años:

> quién como usted a quien los negocios no quitan el humor de tratar con las musas: a mí me lo quitan de suerte que no sé compartirme para ambos tratos. Ha más de un año que mis negocios se andan en embarazos que a mí me traen siempre pensativo, y por tanto muy alejado de imaginaciones literarias.

La religión, no solo como profesión de fe, sino como concepción de una vida apta para equilibrar la inclinación pesimista, no llega a ser objeto de una disputa abierta entre el militante Mera y el «rebelde» o «escéptico» Zaldumbide, calificativos merecidos únicamente por comparación con las certezas del

muy católico don Juan León, y por las dudas sobre la Divina Providencia, expresadas por unas cuantas de sus composiciones. El tono varía de la chanza ambigua pero cargada de significado de 1864 (Quito, 12 de octubre):

> Me ha caído en gracia la broma que usted me da en su carta por ateo, y sobre que, siéndolo, he sido de algún modo parte en la ejecución de una buena obra para con Dios. El caso es que Dios no ha de leer sus versos, que, si los leyera, ya tomará en cuenta para la hora de mi muerte la parte que he tenido en ellos.

A las cartas posteriores a 1875:

> Lea primero mi traducción, y después examínela cotejándola con el original: sus observaciones me servirán, pues quiero limar cuanto se pueda mi traducción para publicarla junto con el texto, una imitación de la misma de Fray Luis de León, y otra ídem mía que tengo comenzada: todo esto en ofrenda a María. [junio de 1878].

La noticia de los viajes, la de los matrimonios y nacimientos, la de las defunciones, la de una caída o un debilitamiento de la salud, los viajes entre Quito e Ibarra de Zaldumbide, por caminos no por fuerza idílicos, la equiparación humorística de las fuentes y las aguas de

«Huitig» a los baños de Vichy, una aclaración sobre el vino de naranja, tal otra sobre la uva o la elaboración de un *kirsch* de capulíes... No quiero detenerme en detalles de la más diversa condición, a ratos banales pero sin duda valiosos, hasta esenciales, en la existencia de los protagonistas de la correspondencia y las letras del siglo XIX. Las enfermedades están llamadas a invadir las páginas que, para el amigo, escribe Zaldumbide, ya desde 1879:

> Porque ha de saber usted que habiendo yo convalecido de mi enfermedad, dos fiebrecitas remitentes de mi hijo Jaime me han dado desvelos, cuidados y quebranto... [abril de 1879].

> El miércoles pasado tarde me trajo Trajano[2] su, no diré estimable, sino gustosa carta de usted. Quise contestársela por el intermedio, pero me lo impidió el cuidado de unas calenturas de mi hijita tierna. [10 de marzo de 1880].

> ¿Ha meditado usted en cuánto le debe la muerte a la Religión? Sin ella no fuera más que un monstruo hediondo, podredumbre, nada. Por ella es augusta, misteriosa, consoladora, amparadora... Pues si lo ha meditado, ¿por qué no hace una poesía a la muerte?

La confidencia se va deslizando desde el decaimiento de la salud hasta la terminación de la existencia, en esta carta del 26 de junio de 1880.

El 11 de enero de 1882, la muerte habrá visitado el hogar de los Zaldumbide:

> Agradecidos quedamos Rosario y yo de su carta afectuosa, que nos muestra que usted como buen amigo nos acompaña en nuestra terrible aflicción. Tal ha sido esta, querido León, tal es y tal amenaza ser siempre, que ya para nuestro corazón no habrá contento. Nuestra predilecta hija que fue nuestro más gozoso amor, se ha convertido en una pasión de corazón que nos tiene siempre en amargo llanto. La feroz enfermedad que la mató, la ceguedad del médico, los dolores, los alaridos... esta máquina de tormento no saldrá jamás de mi corazón.

El 21 de julio de 1886 —última misiva de la colección—, la queja tiene un motivo de otro orden, la economía doméstica:

> Yo he pasado un año muy combativo de cuitas de fortuna por malas y raras circunstancias de mi hacienda, y esto ha aguado el contento de llevar vida campesina y sosegada con mi familia.

De aquí y de allá, es posible extraer alusiones a la «cosa pública», a la política, a veces combinadas con la experiencia —o la reacción— de don Julio:

> Miguel Riofrío, que se presentó antes de cerrar esta carta, le saluda mucho y le aplaude el pronunciamiento ambateño proclamando la descentralización, pues en tanta esterilidad y en tantos males ocasionados por la última revolución era necesario que apareciera algo de bueno... [26 de octubre de 1859].

> No escribo a Bogotá, porque la sublevación de Tulcán obstruye el paso del correo. [noviembre de 1859].

> ¿Por qué no entona usted ya los funerales de la patria y del honor nacional? Habrá usted observado mi repugnancia de hablar de nuestras cosas políticas: mi silencio ha consistido en que no he visto, desde que comenzó el bloqueo de Guayaquil, sino al Oprobio y a la infamia arrastrándonos a los pies de Castilla. [enero de 1860].

> Le contaré a usted que esta guerra que se prepara hacia el norte me tiene inflamado de patriotismo, y esto es sacarme de mi paso... pero

> en tratándose de un negocio como este que tenemos entre manos con la Nueva Granada, ya es otra cosa. [30 de noviembre de 1863].

> ¿Qué le parece, amigo mío, ese Cuaspud (Guaspud) de maldita y rabiosa recordación? No hay que hablar de ello: temo que mis palabras quemen la carta de calientes... [12 de octubre de 1864].

Entre 1884 y 1885, la política se identifica con la función del ministro de Instrucción Pública:

> Es cierto que la balumba de oficio y de cartas ha hecho que la suya no tenga contestación hasta ahora, esperando yo vanamente una hora desahogada para escribirle a mi sabor. Últimamente he estado encargado del Ministerio de Guerra y más tarde juntamente del de Hacienda: con estos tres despachos estoy repleto.
>
> Al partirse el Presidente me dijo que tenía tantas becas concedidas que sospechaba pasaban del número. Pero ¿para qué han de ser los amigos, y más tal amigo como usted? Revolveré el mundo por la beca de su hijo. [20 de agosto de 1884].

> Sigo con los tres Ministerios y, por consiguiente, sin tiempo para escribir cartas particulares.
>
> En punto a la beca para su hijo ya me veo en incertidumbre, porque en el Colegio Nacional hay una sola vacante, y el Presidente nos ha encarecido una gran lista de niños becantes, que es como tener un zapato y quererlo acomodar a un tiempo a muchos [20 de septiembre de 1884].

La del 6 de mayo de 1885 es particularmente patética e informativa, pues toca las causas de su salida del ministerio:

> Va para seis meses que he estado a vueltas con una gastritis o dispepsia grave. Me vino de repente cuando yo ya sentía grandísima tirria de mi empleo en el Gobierno, y al principio de la guerra alfarina. La tirria me vino de la poca conformidad de mis ideas y anhelos con los de mis colegas, que no querían remediar la gran pobreza de la hacienda pública, pobreza que me impedía ser empleado de provecho público, y no era yo hombre de estar asignándome sueldos, y ande la cosa como quisiera. La guerra me impedía renunciar, y se agravó mi mal en términos que a buen librar salí con vida del empleo al acabarse aquella.

> Por otra parte, es enfermedad que inhabilita para todo: da aversión declarada a toda ocupación, sobre toda la mental.

A cuento viene aclarar que el período entre 1883 y 1884 es el de la revuelta contra Veintemilla y el de la victoria del progresismo, con la consiguiente elevación de Plácido Caamaño a la primera magistratura en 1883, a la cabeza de un triunvirato, y luego a la presidencia de la República.

En esta apresurada revisión, se ha de otorgar un lugar esencial al motivo estético y, específicamente, literario. Las mismas cartas reciben, de uno y otro escritor, esta categoría:

> No extrañe usted los defectos en las cartas de mi amigo Montalvo: son consecuencias precisas de su fantasía extravagante, y de su falta de estudio en los clásicos de la lengua castellana, estudio sin el cual los aciertos de elocuencia son el triunfo del buen talento. [26 de julio, probablemente de 1858].

No sé cuáles sean los requisitos de una buena carta en el sentir de Zaldumbide, pero está claro que el «estudio de los clásicos», vale decir el casticismo de la lengua y la buena escuela, se cuentan entre ellos. No hay, en las

misivas a Mera, nada de la buscada armazón del folleto garciano. Aparte de la escasa importancia dada a la repetición de palabras —poco se cuidan de ella la poesía y la prosa del quiteño—, de un apuro o una vehemencia que vuelven el decir algo seco en las cartas más personales o improvisadas, es evidente lo atento de la redacción en cada frase, la selección de un vocablo, la elegancia del giro o la redondez de la idea.

La cita trae una opinión quizá sorprendente sobre Montalvo, amigo, escritor y de «fantasía extravagante». Suena extraña esa «falta de conocimiento de los clásicos» atribuida al elaborado y aún arcaizante Montalvo. Sus *Siete tratados* y sus *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* se publicarán claro está, en fechas bastante posteriores.

Menciona el quiteño a otros escritores a lo largo de estas 62 cartas: Pedro Fermín Cevallos, el guayaquileño Molestina, el colombiano José María Vergara y Vergara y el chileno Blest Gana, estos a propósito de proyectadas —a veces concretadas— colaboraciones. Muchas de sus lecturas hallan eco en sus páginas: Chateaubriand, Tasso, Campoamor (que goza de la predilección de nuestro poeta, entre los españoles), Petrarca, Dante, Shakespeare, Pindemonte, Byron, Hugo, Olmedo, Fray Luis de León, Horacio, Tácito, Pellico, Larra, Goethe, Schiller, Andrés Bello, la Biblia, Fernando de Rojas, Menéndez Pelayo, Núñez de Arce, Ercilla... Traduce a ciertos «extranjeros» —los de

lengua castellana, afirma, son nuestros—, del inglés, francés, italiano, alemán...

Labor ardua sería la de analizar, paso a paso, la relación de Mera y Zaldumbide desde la perspectiva de la crítica mutua, minuciosa. No menos de seis largas cartas se ocupan de la *Leyenda* de Mera; una amplísima, sobre *Canto a los héroes de Colombia*; otra, por el estilo, del *Canto Sacro*; igual de *Dios* y de *Colta,* texto sobre el que comparten un correo que parece redactado en fechas diferentes, aunque próximas, si no se trata de dos cartas, una sin fecha, mal separadas por las *Memorias*; en 1882, Zaldumbide se entromete no menos exhaustivamente en el *Canto a María*. Mera «responde» con comentarios nada complacientes sobre la traducción de Petrarca, el poema *A María* y un duro criterio acerca de los *Sonetos* de Zaldumbide, para no acudir a las críticas de la *Ojeada*, que no dejan de señalar los errores, reales o supuestos, de algunas de las más nobles composiciones de su colega.

Uno y otro comparten la tendencia a juzgar el verso y la palabra de cerca, con un grado de detalle que casi corre el riesgo de olvidar el conjunto, donde adquiere plenitud el significado; los dos miran el casticismo, la corrección, la buena armadura de la frase, la feliz construcción del verso; ambos se inclinan a tachar los recursos románticos —en los que incurren, sin embargo— con la rigidez de la norma clásica (Mera, con mayor contumacia). Para Zaldumbide cuentan especialmente

la precisión, la propiedad, la elevación del pensamiento y de su encarnación, el verso, la eufonía, la riqueza de la imagen, la claridad, la concisión —esa, relativa, del romanticismo—, la «lima» (contra la que Mera se revela). Hasta podría sospecharse que fue trabajo perdido el didascálico de don Julio, dada la apreciación algo peyorativa con la que es acogida hoy la poesía de Mera. Carga positiva en la balanza, la concepción poética del autor de *La Noche* se revela, aquí y allá, en las sugerencias, reparos y alabanzas al amigo. Al margen, cabe apuntar que los consejos suelen ser solicitados por los autores y, con aceptable seguridad, parcialmente atendidos al momento de la corrección definitiva.

Valga este fragmento del 29 de julio de 1857, para ilustrar la crítica de Zaldumbide —la de Mera se equiparará a la de una cualquiera de las páginas de la *Ojeada*—:

> Pero entre tanto verso bueno, encuentro algunos malos y otros pésimos.
>
> «Con legítimo título ocupaba». —Asonancia insoportable.
>
> «Se escondieron al grito de la guerra». —Prosaico.
>
> «Esclavitud y ruina amenazaba». —Ruina tiene naturalmente tres sílabas, pues se pronuncia ruina, y es dura la contracción.

> «Y la opulenta y populosa Quito». —Pu, po, pu.
> «Forjando el tumi y la cruel chingana». —Epíteto impropio.

Conviene destacar algunos valores «claves» para Zaldumbide, con el propósito de aproximarnos a una visión, somera, es cierto, de su poética:

El amor al idioma y a la tradición castellanos:

> ¿Por qué llama usted Polinac a su Mecenas? El Mecenas español es Fabio, y si usted no quiere que sea Fabio, bautícele siquiera con un nombre español y no francés, como parece el de Polinac. [julio de 1857, a propósito de la *Epístola* de Mera].

La verosimilitud:

> No me parece bien que usted [*la voz narrativa, diríamos hoy*] se presente como un *haravec* indio para referir sucesos de la época remota de los Incas. Es chocante, inconducente e innecesario. Para poner en boca de un *haravec* esa relación, es menester, entre otras muchas circunstancias, la de que ese *haravec* sea ciertamente tal, es decir, un indio poeta, y que no se llame León Mera.

Pide apoyo a una suerte de «argumento de autoridad»:

> Chateaubriand, al escribir su *Atala*, no tuvo por conveniente hacerse el indio, ni el Tasso se hizo cruzado al cantar a los cruzados.

El apunte identifica al autor del poema con su narrador, personaje o artificio creado por el primero. Hay una extraña voluntad de realismo y un grano de ironía: Mera no cumple —o no hace cumplir— adecuadamente a su *haravec* el papel que le corresponde. La profesión de fe en la lengua castellana, la intuición de la dificultad de trasponer los límites de una cultura para invadir los de otra, ayudan a entender la postura de Zaldumbide ante un nacionalismo literario propio de su tiempo y de su escuela. Le preocupa también la propiedad del diálogo y del parlamento, ajustada a aquel que lo pronuncia:

> Lo que usted pone en boca del Árbitro Supremo no es ciertamente aquel *Fiat lux* del Génesis que pareció sublime a Longino. Lo que usted hace decir a Dios lo podría decir usted mismo con solo cambiar, no el concepto ni nada, sino lo estrictamente necesario para que las palabras parezcan dichas por tercera persona.

> Esto de hacer decir al misterioso Autor del Universo cosas dignas y propias de su estupenda grandeza, es asunto peliagudo, y lo mejor es no meterse en tal empeño.

El uso de las palabras y su significado, reviste la mayor importancia:

> Y luego, añade usted, ¿cómo se puede tener pena ninguna al ver por las puertas de la eternidad la clara luz de la mansión del cielo? Decir de una madre moribunda, que, a pesar de que va al cielo, siente el separarse de sus hijos, que quedan en la tierra, es, no solo racional, no solo humano, sino también hermoso, porque no hay otra manera mejor de expresar, de hacer sentir el amor maternal. [29 de julio de 1857, en defensa de su elegía *En la muerte de doña Rosa Gangotena*].

> Aquí no acierta usted a dar con el significado de la palabra cielos... Puedo haber tomado la palabra cielos por tres cosas, por los bienaventurados, tomado el continente por el contenido, como cuando digo: están las ciudades espantadas, los espantados no son los edificios sino sus habitantes; por la mansión de los mismos bienaventurados que se compone

> de cinco o más cielos según la opinión vulgar;
> y, en fin, por los espacios.

Habrá adivinado el lector que Zaldumbide se sentía orgulloso de su gramática y su retórica. He aquí una muestra adicional:

> En el verso: «Deshace y agita» (el viento a una flor) observé que se había invertido el orden lógico de las ideas, o más claro, que había usado usted con poca oportunidad de la figura llamada histerología. [9 de septiembre de 1857].

Exige a su corresponsal el respeto a las normas gramaticales:

> Eran su amor sus diamantes,
> Buscarles era su anhelo,
> Era su empeño adorarles.

Reparo aquí el mal uso del enclítico les, que debió ser los, porque en ambos es complementario objetivo.

El «leísmo» era y es común en nuestra sierra.

Cito un ejemplo de oposición a la irregularidad de la rima:

> Quisiera solamente encontrar igualdad en las estrofas, y que el 5o. y el 10o. versos de ellas sean agudos constantemente, porque, siendo

> graves, y como están tan distantes el uno del otro, suenan como notas falsas entre otras armoniosas. [7 de octubre de 1857].

Y este, a favor de la regularidad métrica de la poesía épica:

> En cuanto a la forma, no le apruebo a usted la variedad de metros en su poema. Este, tal como usted le ha imaginado, es un personaje antiguo, a quien no puede usted vestir a la moderna, so pena de ser absurdo. Su poema no es *Child-Harold* ni *Fausto*. [13 de julio de 1859, sobre *Huaina Cápac*].

Uno más, acerca de la elevación del estilo:

> Dije a usted que a su segunda «Epístola» le faltaba el desembarazo y la limpieza de ejecución y la facilidad en los versos, dotes que poseía la primera, y esto es cierto, con todo que aquella debe tener un estilo más elevado que esta; porque el desembarazo de desempeño y la facilidad en los versos son cosas muy diferentes de la elevación de estilo. (30 de septiembre de 1857).

Asunto que conduce, lógicamente, a otras preocupaciones básicas de Zaldumbide, el juez literario, la claridad de la expresión:

> Como el gran Chimborazo cuya frente
> Hiere primero la sagrada lumbre
> Del padre de los incas, y la horrenda
> Furia del huracán mira a sus plantas
> Estrellarse con ímpetu impotente,
> Mientras ruge en la cumbre
> De otros montes que insulta, etc.
>
> Cláusula oscura y embrollada: y no lo dejará de ver usted mismo con solo parar un poco la atención en ella. En efecto la oración contenida desde cuya hasta incas debe ser un inciso gramaticalmente de lo restante de la cláusula. Ya en esta misma oración se nota la oscuridad anfibológica de si la frente hiere a la lumbre o la lumbre a la frente... [31 de enero de 1863. El poema criticado es el *Canto a los héroes de Colombia*].

Y el problema, insoluble, de la inspiración:

> La impresión general y, por decirlo así, abstracta que queda en el ánimo no es ni de entusiasmo, ni de aquella suspensión o admiración poética que suelen dejar los buenos e inspirados versos. Se ve, leyendo los suyos, no que los brota la inspiración espontánea, sino que usted los compone con algún esfuerzo, la pluma en la mano, el papel sobre la mesa, más presentes en su imaginación los modos clásicos que los mismos héroes colombianos que va a cantar.

La reflexión sobre los modos y modelos viene a ser síntoma evidente de un alejamiento de los paradigmas del clasicismo, pero tal opinión cobra un justo matiz en esta otra:

> Creo... que su composición a la laguna de Colta peca bastante contra los requisitos que me he atrevido a apuntar. Encuentro artificio en ella; pero esto es más fácil repararlo que explicarlo: usted mismo hágala dormir por un poco de tiempo, y después léala, y le notará bien lo artificioso y poco fluido; y aun esto no lo haga usted así a cualquiera hora, sino cuando natural y especialmente se sienta atraído por el deseo de leer buenos versos, quiero decir, cuando sienta bullir en su mente el espíritu poético, aquel no sé qué, ese intríngulis de la poesía, esa segunda percepción de los sentidos y el alma. [¿12 de octubre de 1864?].

Para continuar con la vista, a vuelo de pájaro, de las ideas de nuestro poeta metido a teórico y crítico —cuando no a pedagogo— de su arte —dejo de lado un lugar común, la discutida división entre el fondo y la forma del texto literario—, diré algo —justificándome con los párrafos del propio don Julio— acerca de la importancia de las imágenes, una o dos cosas a propósito de su clasicismo y su romanticismo, y sobre sus objeciones a la publicación de libros en el Ecuador, justificándome con los párrafos del propio don Julio.

> En efecto, a lo menos por lo que respecta a mí, las imágenes son los medios más vivos de hacer sentir lo sublime. En el Génesis menos me gusta el decantado *Hágase la luz y la luz fue*, que aquello de que *Las tinieblas cubrían el haz del abismo, y Dios era llevado sobre las aguas*. Esto es hermosísimo, magnificentísimo. ¿Cómo representar la nada, o el vado en que se formó el universo, sino por esa imagen material extraordinaria y sorprendente? Un abismo hasta el haz de tinieblas, no es nada, pero se puede representarlo en un lienzo, y es la mismísima nada tal como puede pintársela la imaginación de un poeta.[27 de febrero de 1864].

El poeta arrebata el lugar del estudioso. Entiende la imagen desde su postura de creador. Años atrás, ha ilustrado él mismo la fuerza, la pertinencia de la imagen en su poema *La noche*; volverá a lucir su cualidad de imaginero en el canto *A María*.

Paso a paso, el romántico apasionado y su apenas controlada exaltación, ha ido retirando la cáscara agrietada de la norma clásica, sin arrojarla no obstante al cajón de esperdicios.

El 3 de noviembre de 1858, escribe a Mera:

> Me ha dicho usted en una de sus cartas que no debemos los modernos imitar de los antiguos más que la pureza del lenguaje, y otras cosas

> que pertenecen a la forma, más bien que al alma de la poesía; y que lo demás debemos tomarlo de los románticos. Estoy de acuerdo con usted, siempre que entre estos últimos no incluya usted tanto romántico español que no vale un pito. Mucho me sorprendió esta opinión de usted cuando me la escribió a mi montaña; porque, a la verdad yo le tenía a usted por clásico en inclinación y en práctica. [Mera, el de la *Ojeada*, rechaza la dicotomía clásico-romántica].

He de recordar que no falta quien señale, en un poeta como Baudelaire, la contradicción establecida entre el «estremecimiento nuevo» que aporta a la lírica, y su fidelidad a la métrica, al verso tradicional. Será interesante plantear el problema al ocuparnos del romanticismo ecuatoriano, en oportunidad más propicia.

La afición romántica de Zaldumbide —de ella dará fe su poesía— se revela indiscutible si se atiende a buena parte de sus lecturas (no solo las de su escuela, sino aquellas amadas por los románticos):

> Después de estos trabajos voy a darme a mi traducción del *Lara* de Byron, que va a salir en nuestras «Memorias» (las de la Academia); siempre me atrae con fuerza la poesía

> psicológica y fisiológica de este poeta, que, entre los poetas ingleses, todos del mismo género, lo es más que todos. [9 de junio de 1883].

La traducción incompleta de *Lara*, lleva, en las *Memorias*, una fecha anterior. Zaldumbide se refiere, sin duda, a su continuación o a proyectadas, y probablemente efectuadas, correcciones.

Del triste estado de la publicación de libros en el país, da fe y baste para ejemplo esta cuasi recriminación al colega de provincia:

> ¿Por qué no publico yo mi colección? Por varias consideraciones; y una de ellas es que, si usted hubiera tomado mi parecer antes de publicar la suya, le hubiera dicho: no la publique usted sino en Francia o en otra parte. Las imprentas de Quito le harán a usted un librejo de triste semblante de que nuestra gente hará poco caso; y no le hiciera más si dentro de su mala pasta y cuerpo contuviera toda la poesía del mundo.

Entre líneas, es factible desvelar una de las causas de la falta de la aparición, en volumen, de la lírica del poeta quiteño durante su vida. Una edición de la Comisión de Conmemoraciones Cívicas, presidida entonces por Alejandro Carrión, quien asumió la publicación de los

textos, procederá a cubrir el vacío, pese a su limitada circulación, en pleno siglo XX.

Bastante ha cambiado —y bastante se ha democratizado— la empresa editorial ecuatoriana. Cabría preguntarse si no se ha vuelto demasiado complaciente con la calidad esencial de los textos, barajando por igual los mejores, los puramente comerciales y los simplemente impublicables.

Dedicaré todavía unas líneas a la concepción que Zaldumbide tenía de la traducción de textos escritos en lenguas extranjeras y a su muy importante discusión con Mera sobre el nacionalismo. Al mencionar las versiones españolas de la lírica de lenguas foráneas, conserva la correspondencia rastros de los afanes de uno y otro por perfeccionarse en el inglés o el alemán. El francés y algo de latín se integraban, es presumible, a su instrucción formal o autodidacta. La singularidad de estos dos motivos me induce a considerarlos con relativa independencia de las demás ideas estéticas de ambos escritores, con las que se hallan relacionadas y a las que complementan.

Cuatro cartas de Zaldumbide (3 de noviembre de 1858, noviembre de 1858 —sin indicación de día—, 5 de enero de 1859, y 22 de diciembre de ¿1858-59?), una carta de Mera (sin fecha) y, de cierta manera, una quinta del poeta quiteño, giran alrededor de la definición de «poesía nacional» y los alcances de la expresión «poesía popular».

Zaldumbide, atendiendo a tres preguntas de su amigo, al ocuparse de la segunda, dice:

> Segundo punto, sobre nuestra poesía nacional. Poesía nacional es la que refleja en sí las costumbres, los sentimientos y el carácter de toda una nación, y poeta nacional es el que piensa y siente como la nación a que pertenece. Ahora bien, ¿qué llama usted nuestra poesía nacional? La poesía indiana, es decir, la poesía que refleja las costumbres, etc. de los Incas que ya no existen. Nuestra nación no es la de los Incas, de consiguiente esa poesía no puede ser nuestra poesía nacional, ni usted nuestro poeta nacional porque no piensa y siente como el pueblo americano siente y piensa.
>
> Para que un pueblo tenga poesía nacional propiamente dicha, es menester que el pueblo tenga un carácter marcado y propio, costumbres propias, y sentimientos propios. Nuestro pueblo es descolorido en todas estas cosas, y no veo cómo se pueda crear una cosa que se parezca a poesía nacional nuestra, sino es reflejando nuestra singular política y algunas de nuestras costumbres singulares en la comedia.

No merece reparo el primer párrafo transcrito: con realismo, niega que la historia pasada, por sí sola, menos todavía si se atiene a una civilización en alto grado

desvanecida, baste para fundamentar la creación de la poesía nacional. Con bueno y hasta profundo criterio, percibe que lo nacional radica en la interioridad, en el carácter y las costumbres de un pueblo, antes que en rasgos exteriores (insistirá sobre ello luego, al tratar del paisaje). Hay, sí, que recalcar este rasgo romántico «negativo» de Zaldumbide: no comparte la tentación nacionalista típica de su siglo y su escuela.

Es discutible la afirmación relacionada con lo «descolorido» del carácter y las costumbres del Ecuador, si bien sería prudente analizar la influencia de la percepción política de Zaldumbide y su punto de vista, durante los agitados años de la decimonovena centuria, sobre su punto de vista. El ciudadano tarda en reaccionar, echa una mirada «descolorida» sobre todo lo que no afecta a sus intereses inmediatos, ayer como hoy... Tampoco cabe olvidar la marginal valoración atribuida a las costumbres populares por la intelectualidad de entonces. Mera se volcará a lo popular en sus recolecciones, y a la costumbre, en sus novelitas. Introducirá en sus páginas mayores ese rasgo de la «poesía popular» pero, así le sean útiles en *Cumandá*, determinados hábitos y tradiciones de los indígenas del Oriente, no he advertido que los vindicara de su acusación sobre su ausencia de carácter. A fin de no aumentar los posibles malentendidos, he de añadir que Zaldumbide no aclara si ha de aplicarse expresamente la palabra «pueblo» a un sector específico de los habitantes del país.

Mera replica. Apunta, aún sin expresarlo, hacia una poesía popular escrita por el pueblo:

> Yo creo que la dificultad en entendernos viene de parte suya, porque usted, en mi concepto, confunde la poesía nacional con la poesía popular.
>
> Nosotros en nuestro pueblo actual no podremos hallar ciertamente materiales capaces y abundantes para regalarle con su propia poesía... nuestros versos no podrán ser cantados ni aun comprendidos por el vulgo... Y no siéndolo, no cantando a este pueblo y para este pueblo ¿no podremos tener poesía nacional? Pensar de este modo sería insultarnos a nosotros mismos. Podemos tenerla y muy bella, amigo mío; porque nuestra nación se compone de dos partes totalmente opuestas.
>
> Visto pues que hay diferencia entre poesía nacional y poesía popular, o que no consiste aquella tan solo en cantar el carácter y las costumbres actuales de todo un pueblo... insisto en mi tema de que, recurriendo a la naturaleza, historia, costumbres primitivas, etc. de nuestra América, puede crearse una poesía nacional, una poesía que no tenga nada prestado de otras poesías.

El ambateño niega haber pretendido el título de poeta nacional. Sumando errores y aciertos, tropiezos

y felices anticipaciones, sería dable sostener que, a la decisión de buscar un camino para la literatura nacional, al esfuerzo para tomar una vía, aunque no haya desbrozado la más válida al futuro, aprovechando los materiales que le ofrecía el suelo —los que sabía distinguir— y hasta algunos venidos de allende los mares (el Chateaubriand pseudoamericano, v.g.), deba a Mera buena parte de la posición eminente que se le ha otorgado en las letras ecuatorianas. El precursor lo es por sus descubrimientos, sus anticipos; no lo es menos cuando marca las vías sin salida.

El contrapunto que Zaldumbide le propone no agota las voces de esta discusión teórica, sino que aporta luces sobre una inteligencia crítica, aguda, obstinadamente desconfiada de las disquisiciones idealistas. Su segunda comunicación —de cinco identificadas— repite la negativa a admitir la historia incaica como nacional («*los Incas... no tienen de nuestra nación más que el haber sido americanos*»). Se aplica enseguida a poner en duda la «nacionalidad» de una poesía basada en la historia próxima y el paisaje:

> Convengo en que los hechos gloriosos de nuestra independencia, etc. son nacionales, pues no se puede negar que pertenecen a nuestra nación; pero con todo ya ve usted que todavía no tenemos poesía nacional a pesar de que estos hechos han sido cantados por poetas nacionales también, si usted quiere llamarlos así

> porque pertenecen a nuestra nación... Además, ¿qué poesía nacional puede usted sacar del Chimborazo, el Tungurahua, etc.? Podrá usted decir del Chimborazo que es el rey de los Andes, y ahí quedamos, que lo demás también se puede decir del Himalaya.

La objeción se verá extendida, en 1864, a la poesía descriptiva:

> Cuando uno coge una laguna y se pone a describirla en verso, se ve en aprietos por la poca variedad del asunto, y no hay más sino andarse a buscar semejanzas entre el paisaje y las cosas de la vida, como usted lo ha hecho en Colta.

Zaldumbide, poeta de la naturaleza, rara vez la pinta o le da un nombre geográfico real. Su poesía es humanista, casi desembozadamente. Su naturaleza no es paisaje, sino «teatro», escenario interiorizado.

En enero de 1859, adelanta un concepto de poesía popular:

> Todo lo que he bautizado yo, y no solo yo sino todo el mundo, con el nombre de poesía nacional es cosa distinta de la poesía popular. Esta es la que compone el mismo pueblo. Nosotros, lo

> que es en poesía popular, les ganamos la palma a los españoles.

Aseveración que bien merece haber sido suscrita por Mera, recopilador de los *Cantares del pueblo ecuatoriano*.

> No he querido tampoco que usted se deje de poesía indiana. No señor; he querido decir a usted que esa poesía no puede ser nuestra poesía nacional... No dude usted que yo también le haga la corte alguna vez.

Retengamos estas frases de la primera carta de 1858:

> Poesía nacional es la que refleja en sí las costumbres, los sentimientos y el carácter de toda una nación.
>
> No veo cómo se pueda crear una cosa que se parezca a poesía nacional sino es reflejando nuestra singular política y algunas de nuestras costumbres singulares en la comedia.

Zaldumbide, dicho sea de paso, acarició largamente la idea de escribir piezas teatrales. El único y cortísimo intento que ha llegado a mis manos pertenece a la literatura elegiaca y fantástica: dos o tres páginas tituladas *Los amores de ultratumba*.

La carta del 22 de diciembre de 1858 retoma algunas de las consideraciones expuestas:

> No nos entendemos en este punto [*la carta de Mera repite este comienzo: habría, pues, que ubicarla antes de la de enero de 1959 y, a la de Zaldumbide que citamos en 1858*]. Usted quiere que para tener poesía nacional no hay más que cantar cosas nacionales o que de alguna manera lo sean. Yo entiendo que para tenerla se necesita tener un pueblo para tal poesía, y una poesía para tal pueblo. En este caso el pueblo es el que da la poesía al poeta, y no el poeta al pueblo... los griegos tuvieron a Homero, que cantó la poesía de los griegos... los ingleses, sombríos, filosóficos y groseramente burlones tienen a Shakespeare... ¿Qué es nuestro pueblo? Si no es republicano, no sé qué pueda ser. Y este pueblo ¿qué poesía puede comprender, sentir, llamar exclusivamente suya? —Una poesía republicana. ¿Y qué forma daremos a esta poesía para ponerla al alcance de este pueblo tan poco ilustrado y entusiasta, para que pueda comprenderla, sentirla y poseerla? —El drama o la comedia.

La diferenciación de Mera entre poesía popular y poesía nacional, será ocasión de las precisiones del 5 de enero de 1859. Confrontadas las opiniones, la de don Julio se muestra menos despectiva que la de Mera

cuando se refiere a «*este pueblo tan poco ilustrado*». Y más dispuesta a concederle el derecho a disfrutar de una literatura, su literatura.

Como traductor, Zaldumbide se cobija a la sombra de Fray Luis de León para conceder peso y seriedad a un trabajo subsidiario, e intentar una síntesis de las exigencias y ventajas —las que benefician al poeta— de la actividad de traducir. Sus reflexiones constan en una carta enviada a los *Anales* de la Universidad de Quito, hoy Universidad Central (la composición *Vergine bella*, traducida de Petrarca, aparece en ellos, en 1883).

Dos valores, el de la pieza original y el de la traducción, hacen de la poesía extranjera (de acuerdo con Zaldumbide, nos pertenecen todos los líricos «*que hablan nuestra lengua*») un aporte al idioma de adopción.

¿Cuáles son los motivos que empujan al poeta a traducir? La recreación, el estudio de la riqueza de la lengua materna (que se vuelve explícita en la comparación con la extraña), y la conveniencia de ejercitar el ingenio en la disciplina del arte literario.

Recomienda el estudio de los versos de Horacio. Conocerlos equivale a recibir una lección práctica de buen gusto, a aprender el secreto de no decir palabra ociosa o vana. Fray Luis supo seguir este aprendizaje con Horacio, con los poetas griegos y los demás latinos.

Resume los requisitos que pide Fray Luis a la traducción de calidad: no ha de añadir ni quitar sentencia; ha de guardar, en lo posible, las figuras del original y su

donaire; ha de hablar el nuevo texto en castellano, no como extranjero y advenedizo, sino como nacido en el seno de la lengua.

Cierra Julio Zaldumbide su «teoría» —su «práctica», quizá— de la traducción, sugiriendo al poeta novel que no desdeñe esta tarea: emprendiéndola, se acercará a la belleza de la obra en su idioma de origen; ejercitará el propio y enriquecerá la literatura patria y la castellana. El consejo final pretende, no sin algo de exageración, asegurar el valor del texto extranjero: no se ha de traducir sino aquello probado en el crisol de la posteridad.

La lírica de Julio Zaldumbide

No todos los textos recopilados en esta antología se avienen con el criterio de una selección restrictiva y exigente. Al lado de los mejores, los del gran poeta romántico, se han retenido varios textos de menor altura, pero de ninguna manera menospreciables y, sin duda, representativos de las inclinaciones sentimentales, las inquietudes intelectuales y el oficio de Julio Zaldumbide. La *Elegía en la muerte de doña Rosa Gangotena de Gómez de la Torre*, a mi entender la más interesante entre las que escribió dentro de este género de «ocasión», notable a trechos por la intensidad de las imágenes, es un ejemplo.

Las composiciones mantienen, en términos generales, el orden establecido por Alejandro Carrión para las *Poesías Completas* de la Comisión Ecuatoriana Permanente de Conmemoraciones Cívicas (*La naturaleza, Amor, Poesías varias: cívicas, religiosas, filosóficas, fúnebres, imitaciones y traducciones*).

Se respeta, pues, la fuente de la mayor parte de los versos escogidos, sin la obligatoria adhesión a la clasificación que allí se plantea, a causa de la poca utilidad de defenderla: la naturaleza, presente en la poesía de Zaldumbide, no es en realidad el tema que define a los poemas agrupados bajo ese título, sino la meditación humana, provocada por el ambiente matutino o nocturno

(hay, naturalmente, excepciones). La más elevada voz fúnebre de don Julio está en sus versos «filosóficos», no en los mortuorios. Cabe aceptar esta agrupación temática, convencional si se quiere, tomándola por lo que vale: un intento provisional de organizar, para orientación del lector, la producción de Zaldumbide.

Procuraré referirme a los temas fundamentales de la creación de Julio Zaldumbide, a partir de algunos de sus poemas, para detenerme brevemente en la consideración de dos de sus composiciones, *La noche* y *A María*, la primera editada en la *Lira Ecuatoriana* de 1866; la segunda, perteneciente a la producción tardía del poeta[3].

Zaldumbide no escribió con abundancia. Dedicando a la poesía los períodos propicios de su vida (agricultor, tuvo a Ceres por enemiga de las musas), llena los largos espacios silenciosos con proyectos, enmiendas, pequeñas composiciones. A su trabajo, más que la continuidad, le falta la cotidianeidad del profesional. Podría suponer, sin comprometerme demasiado, que las etapas más activas de su carrera se ubican entre 1850 y 1856, en la segunda mitad de la década 1860-1870, y en los últimos años de su existencia. A la etapa inicial corresponden los poemas de la *Lira Ecuatoriana,* incluidos los que cantan la mañana y el mediodía, los más hermosos de esa fase lírica; a la iniciación de las grandes traducciones, *Lara*; a la etapa final, la poesía cívica y religiosa (el *Canto a María*) y la corrección y continuación de su

labor como traductor. Sus cartas dejan entrever composiciones imaginadas o comenzadas. Algunos años mudos —ajenos a la imprenta— debieron sucederse. Mera, para justificar las debilidades que atribuye a los sonetos cívicos y a la alabanza mariana, apela a la menguada familiaridad de Zaldumbide con la lira.

Aficionado a la vivacidad de la imagen, el poeta aprecia la variedad que la extensión, la métrica, la ocasión —el asunto— ofrecen a la lírica (porque lírica es su poesía). Sin tachar a los sonetos bolivarianos, como hace de Mera, de ideas malogradas en una forma impropia, he de reconocer que la voz profunda de Zaldumbide suena con más pureza en su canto íntimo, personal (aun cuando se inclina a lo grandioso) que en el público. Gusta de la silva, del verso de once sílabas, del octosílabo, del soneto, de una moderada variedad métrica (no aprobará la ensayada en el *Paisaje* de su juventud), del verso de modesta apariencia ocasional. Concibe cantos de aliento y cierta longitud. Improvisa, o finge hacerlo, breves canciones, rozando ya el acento becqueriano. Se anticipa, chispazos de su hoguera, al modernismo. De románticas se han de calificar la tristeza no por fuerza motivada, la inclinación fúnebre, la fluidez de la expresión que, aquí y allá, se vuelve caudalosa.

Lo que no se altera de modo esencial en Zaldumbide son los temas, los «motivos» maestros de su creación.

Cambiará, es posible, el acento: de la desesperanza —la duda— a la esperanza (no sé si a la confianza); de la rebeldía a la serenidad (no la conformidad). Pero las ideas esenciales, conductoras, el humanismo, la visión desencantada (romántica y personal), van a perpetuarse a lo largo de su trayectoria poética. Los tópicos (el amor, la juventud, la muerte, la fugacidad, la naturaleza protectora o indiferente), son los de buena parte de la poesía lírica.

Tampoco se altera su propensión a medirse con un modelo, ni la aspiración a la mesura clásica. Las riendas de la retórica y el buen decir prestan su cauce a los caudales del sentimiento y la pasión que, a trechos, se desbordan. Aunque acusa en Mera la predominancia de la gramática y el peso de las obras canónicas sobre la inspiración, Zaldumbide no suele alejar de su inteligencia y de su pluma el recuerdo del maestro —Horacio, Fray Luis de León, Dante, Petrarca, Byron...—. Tal verdad no lo reduce a la situación del epígono y del autor libresco, ni le impide ser decididamente él mismo. Y un romántico.

Aparte del ensayo descriptivo, tópico pero luminoso y animado, de *Paisaje (la laguna de San Pablo)*, habrá que esperar a la poesía amorosa de Zaldumbide, para hallar algún grado de satisfacción en el detalle y el aspecto exterior del mundo y de los seres vivos. De estos versos —con sobrada razón de los restantes—, mal puede decirse que se limiten a la individualidad de un paisaje (lo niega su correspondencia). Se produce una

yuxtaposición, con frecuencia una oposición, entre una selección de rasgos bellos o terribles, de orden general, abstracto (la hermosura de la mujer, la gloria de la mañana), y la reflexión del testigo, el poeta. La humanidad se refleja en su mirada reticente o participativa. La mirada del autor reacciona ante los espectáculos, los hechos, las atmósferas, sentimental e intelectualmente. Aun el humanismo —constataremos que la poesía religiosa no acaba de desplazar al hombre del centro de su interés— encuentra la voz, la contaminación subjetiva e irrenunciable del poeta. No la cede a un narrador ficticio ni a los eventuales protagonistas del poema.

Uno de los cantos mejor logrados de Zaldumbide, *La mañana*, se inicia con la descripción del despertar (no de «un» despertar específico, reducible a una fecha, a un durmiente) en el campo y se anuncia optimista —vale la pena conservar especialmente el elogio del sol—; la metáfora de Zaldumbide es, no por acertada, menos parca, por su número y su estilo controlado. El placer de la contemplación, de la loa, cede a la acción de la memoria, a la exigencia comparativa: la alegría y el gozo, no le fueron permitidos al cantor mientras habitó con sus semejantes. Regenerado, ama la vida, rechaza los recuerdos, las «pasiones mundanas». La naturaleza (que es soledad) vivifica su alma.

Arribamos al eje de la temática de Zaldumbide, la pugna entre sociedad (la imposibilidad de ser, en su seno, radicalmente sincero, honesto) y naturaleza, entre compañía y soledad. Otros asuntos se derivan de este o

se enlazan con él: la desilusión, la exigencia de un refugio habitualmente perecedero. Contempla los años terrenos del hombre como un laberinto, una realidad que requiere un sentido y lo sabe dudoso o velado. El desengaño y la fugacidad se eslabonan al final con la muerte, coronación funesta y consoladora, cuando no y por oposición, de la vida.

A una niña pinta la tierna edad con los colores de la alegría y la ilusión. Aconseja a la pequeña interlocutora el desprendimiento de todo cuanto es falso. Propone para ella el camino de la virtud. *El Dolor* habla de un árbol colosal, símbolo de la dureza de la existencia, que «*horrendo abarca la extensión del cielo*», a cuya sombra nace y recibe sepultura el mortal. *Las cuatro estaciones* —con el curioso cambio del orden del verano y el otoño— son la vida. Semejantes al tiempo, que saca a los hombres de la nada y los lleva a la muerte, nunca se detienen. En *Epitafio*, la virtud y la muerte liberan al alma del «*confuso dédalo del mundo*».

Soledad del campo, El mediodía (más bien, el campo a mediodía), *La tarde* (con su logrado comienzo vespertino), cantan el recogimiento, la vuelta al hogar; hacen de la naturaleza un refugio, un sinónimo vivo de la soledad. El poeta está dispuesto, con ánimo sereno, alcanzada la paz del alma, a abandonarse a la muerte. *El arroyuelo* rehace la carrera del ser consciente: su itinerario pasa por variados estados anímicos, antes que por previsibles accidentes geográficos.

Madrigal asimila la flor deshojada, no a la huida de la belleza o a la fragilidad de la mujer, sino a las ilusiones desvanecidas del cantor. *Melancolía* da testimonio del temor a la extinción, con la caída final del amor compartido. Su tema real es esa muerte, que acaso con el ser, anula cuanto lo rodea y pertenece.

Trova y *Delfina* asignan a la mujer el carácter de consuelo y refugio, equiparándola a la naturaleza, una naturaleza dotada de conciencia y voluntad. Ocasionalmente, el refugio es inestable, temporal. A veces, el testigo-cantor se resigna a jugar el papel de un observador maravillado.

Meditación se rinde al reposo de la esperanza, pero la califica de dictado por la «*dulce y soñadora poesía*», no por «*la austera, veraz filosofía*». *La eternidad de la vida* (cuyas tres primeras partes tienen de responso y de himno arcaico, de alegato poético las cuatro últimas) abraza decididamente la virtud prospectiva como necesidad del alma (sin ella, sus anhelos son, de nuevo, ilusiones). *Al sueño* se allega una forma diferente de remanso: el descanso nocturno.

Les sonetos *A las flores* y los conmemorativos se desvían un poco de los esquemas anotados. Las flores lo distancian de todo pesimismo. Descubre su semejanza maravillada y discretamente colorida con las estrellas («*las estrellas / son flores celestiales, y en el suelo / vosotras sois estrellas de colores*»). Llega a concluir, no sin dulzura:

> [...] que del mundo el claro cielo
> No tiene cosa más... que almas y flores.

Los tres *Sonetos* en el primer centenario del Libertador Simón Bolívar atienden a su finalidad oficial. Se han de apreciar lo certero de tal o cual detalle y la dignidad del tono. Cantan la gloria póstuma de Bolívar y no temen mostrarlo como una sombra, así se trate de una sombra vencedora. *América y Bolívar* concede a Bolívar, hijo de la diosa Libertad, héroe americano, la palma sobre Napoleón, cuyas gestas reducen al mundo a la servidumbre (ha de caer el corso, émulo de Luzbel, al fin, a tierra). *La tumba de Bolívar* se abre con una imagen literalmente escultórica, la de cinco matronas que adornan el sepulcro. Bolívar («*sobre el sol... resplandece*») contempla su obra de paz «*y mirando la pompa se recrea*». América y España celebran la reconciliación del continente y de la madre patria (de idéntica manera, Bolívar habita «*en feliz compañía / con las iberas almas de los Cides*»):

> Que esta materna y filial lazada
> Que las une, romper tú no intentaste
> Y estado habría a prueba de la espada.

La noche consta de diez estrofas de número desigual de versos endecasílabos. La rima es consonante. Su distribución no obedece a reglas fijas, ni falta el renglón

sin rima. El tono recuerda al de los clásicos españoles y, ciertos ritmos e imágenes apuntan a Fray Luis de León (la referencia se distancia de la literalidad de *A la soledad del campo*). No obstante, las licencias formales y la concepción desolada denuncian al poeta romántico.

A grandes trazos, el movimiento de la pieza puede resumirse en cinco «momentos»:

1. Invocación a la noche.

2. El talante del testigo: parte de la queja y culmina en la contemplación.

3. La contemplación del firmamento, del universo. La noche permanece, sugerida. Es el telón que permite el despliegue de la creación. Se comparan el mundo astral y la tierra, la inmensidad del universo y lo mezquino del conocimiento humano, la eternidad y la fugacidad. El fragmento, el más prolongado, comprende dos estrofas largas, precedidas de una de menor extensión.

4. Conclusión de orden moral:

    ¡Qué vanas son las cosas de la vida
    Vistas así, a la luz de las estrellas,
    A la luz de lo estable y lo infinito!

5. Final irónico, con dejos de amargura:

Mas, ¿que te importa a tí? Qué mayor gloria
Que el ser para tí solo hecha y compuesta
Esta asombrosa máquina de mundos?
...
Los vientos que en los mares te sepultan,
El volcán que tus obras arrüina,
Parece, sí, que tu poder insultan,
Mas son para tu bien; y su guadaña,
¡oh feliz colmo de felice suerte!
Para tu mismo bien blande la muerte...

Desearía uno que el visionario aludiera a la muerte como la suprema consolación religiosa, como liberación y salvación. Zaldumbide clausura el poema, y la vida, al borde del vacío, a buena distancia de la fe de Fray Luis. A la feroz indiferencia de la naturaleza sucedería la confianza en los designios misteriosos de la Providencia. No ocurre así: la «*asombrosa máquina de mundos*», «*para ti solo hecha y compuesta*», otorga al observador el derecho a maravillarse por todo beneficio.

La noche pasa de una controlada exaltación —la invocación— hacia la calma, a la serenidad de quien la mira y la penetra; transita por el asombro del poeta frente a su escenario, y termina entregándose al pesimismo. La ironía se atribuye la parte de la rebelión.

Un tono majestuoso, una solemnidad estremecida levemente por las exclamaciones y las revelaciones,

caracterizan al poema. No hay monotonía ni academicismo. Las imágenes son vivas y variadas:

¡Oh noche! ¡Oh madre de la luz! Ahora
Tú reinas en los ámbitos del cielo;
Lejos huyó la luz deslumbradora,
Cayó el rumor que levantaba el día
Y en tu regazo inmóvil duerme el mundo:

Esta quietud universal, profunda,
El vago horror de las calladas sombras,
La muchedumbre de astros infinita
Que del cielo los ámbitos inunda;

Y vosotros, en tanto, los profundos,
Los más remotos cielos inmutables
Seguís con igual luz iluminando
Que en el día primero de los mundos.
Extrañas a la muerte de los hombres,
Extrañas aun a su vivir y nombres.

La invocación a la «noche transfigurada» (matizada por su lejanía de «la luz deslumbradora») acumula sugerencias: la de un gran capuz tenebroso generador de estrellas; la de un seno cavernoso a la espera de la fecundación solar; la de una iluminación serena de la inteligencia, de la reflexión con los párpados bajos, refractarios a toda distracción...

Al escritor le preocupan más la pertinencia, la elegancia de la metáfora, que su originalidad. La pertinencia le presta resonancia renovada. Las sorpresas del arte de Julio Zaldumbide radican en cierta volubilidad del sentido, cierta estudiada brusquedad de la evolución de las ideas, no en la fantasía peregrina ni el vocablo rebuscado. Las referencias eruditas asoman con sobriedad (hay excepciones: *El bosquecillo*, por ejemplo, reserva un amplio lugar a la mitología).

A María parafrasea los seis primeros versos del Canto 33 del *Paraíso* de Dante. La traducción los ha aumentado a ocho. Cuenta en total, con diecinueve estrofas de cuatro versos endecasílabos. La rima dentro de la estrofa (hay independencia de una a otra), se ajusta al esquema ABAB (al primer verso se acomoda el tercero; al segundo, el cuarto).

Pese a la inspiración medieval, el romanticismo predomina. Los afanes más elevados del hombre del siglo XIX —la justicia, la igualdad—, sus obsesiones e ideales —el dolor, la femineidad, la gratuidad— se manifiestan en el texto, no a la manera de una narración ejemplar (de ello tiene la *Comedia*), sino en la figura de una muy alta aspiración encarnada. La intención didáctica, tan propia de los románticos ecuatorianos, se ha transfigurado, volviéndose pasión y poesía.

Se ha regado, literalmente, mucha tinta, y se han sucedido los años, entre la negación de *La noche* y la loa

esperanzada de *A María*. Aquí, la confesión es la del creyente, y el acento ya no es solemne ni sombrío: el verso fluye, ingenuo ahora, grave enseguida, exultante, reflexivo. La enumeración de las gracias de la Virgen —expresión de la Gracia— no parece seguir un orden preconcebido. Se alza como plegaria o reclamo filial (se diría que el poeta y la Señora comparten sus sentimientos).

Las palabras de Dante («*Augusta madre, hija de tu hijo*»; «*Del consejo de Dios término fijo*», «*Tú que la natura humana ennobleciste tanto, que su Autor no desdeñó convertirse en su hechura*», que Zaldumbide traduce: «*Ennobleciste la natura humana / Haciendo que su Autor fuese su Hechura*») ocupan las dos estrofas inaugurales.

La asunción de María a los cielos, donde el sol y la luna la coronan, regala al empíreo la hermosura femenina. La adopción de la temporalidad en el seno de lo eterno queda explícitamente declarada. La alabanza adquiere rasgos de plegaria:

> Y allá estás, de los hombres abogada...
> De tu origen mortal nunca olvidada.

María, ejemplo de «virtud y dolor» (motivos habituales de Zaldumbide) atesora la «*perfección de los cielos humanada*». Es maestra que enseña castidad, modelo de sufrimiento en la amargura, da ciencia al indocto, fe al dudoso, ampara a quien le ruega, acoge a cuantos

el mundo llama desdichados. El pensamiento de Zaldumbide parece arrancar la inspiración de la propia experiencia, proyectándola a la universalidad:

> Que los bienes mortales de esta vida
> Tienen nombre en la eterna diferente.

La alabanza será confiada al niño, al moribundo, al pájaro, al hombre y al ángel. La gloria mariana reúne todas las voces de la creación.

La decimoquinta estrofa mira a la Virgen desde abajo, con implícito ruego: «*iris de paz en la mundana guerra*». La visión celeste perdura en la decimosexta, enriquecida por la criatura transfigurada:

> De la noche mortal triunfante aurora,
> De la prole de Adam suma nobleza
> Y de la empírea, dulce emperadora.

La loa que reza «*humana imperfección divinizaste*», lleva a compartir a la Madre un carácter propio de la Ascensión del Hijo: Jesús no sube al empíreo solo, arrastra como una estela a la humanidad.

Las estrofas conclusivas recuperan la imagen de la Virgen como madre de Dios. Tocan el misterio de la encarnación. No lo mencionan, pero la divinidad del Hijo ya no se ha de disociar de su humanidad:

Si la virtud te hizo soberana
Sobre el hombre y los claros serafines,
Si Dios en tí tomó la carne humana,
Su designio entendemos y altos fines.

Nos quiso pues decir que la lazada
Sola que anuda nuestro mundo al cielo,
Es la virtud, en tí representada:
Hecho está de sus manos el modelo.

No resta al hombre sino imitar la elección de María y seguir su camino de sufrimiento y de pureza.

La admiración a María, la bienaventurada, es auténtica, e igualmente sensible lo es la inclusión de rasgos humanos en el desarrollo del canto. Zaldumbide tiende, según he sugerido, a la generalización. La Virgen no es la joven judía, la doncella de Belén, ni la madre doliente del Calvario (el poema alude a la Pasión con una frase que asienta una actitud ejemplar: «*modelo / de sufrimiento fuiste en la amargura*»), sino un compendio, un dechado de calidades terrenas y celestes[4].

La composición se relaciona con otro homenaje: la traducción de *Vergine bella*, *che di sol vestita*, de Petrarca.

Notas:

[1] Hernán Rodríguez Castelo, respaldado por los documentos de la investigación dedicada al romanticismo y a Zaldumbide, dentro de su amplísimo estudio y su *work in progress* sobre la literatura ecuatoriana, niega la realización de este viaje. Don Julio, en su papel de plenipotenciario, debió tratar acerca de la concertación de dos tratados con su par colombiano, Venancio Rueda, por entonces en la ciudad de Quito, circunstancia que habría vuelto innecesario el traslado al país vecino del ecuatoriano... Las negociaciones —localícelas el lector en Quito, Bogotá o las dos ciudades— concluyeron con éxito.

Cabe anotar, al margen de lo anterior, que la documentación estudiada por Hernán Rodríguez sustenta la participación protagónica de Julio Zaldumbide para el establecimiento y las actividades de la recién fundada Academia Ecuatoriana de la Lengua.

(La muerte de Hernán le arrebató la pluma mientras imponía —o se preparaba a hacerlo— el punto final a la biografía del poeta).

[2] Trajano Mera, el hijo mayor de Juan León Mera, publica en Madrid en 1903 (siete años después de la muerte de su padre: 1832-1896) una serie de artículos humorísticos escritos por el autor ambateño y recopilados bajo el título de *Tijeretazos y plumadas.*

[3] A un milímetro escaso de la contradicción, no acabo de resignarme a sepultar bajo una lápida de silencio esta *Elegía*

en la muerte de doña Rosa Gangotena de Gómez de la Torre. Larga (4 partes, con predominancia de endecasílabos y heptasílabos, a trechos alternados —la voz adquiere cierta solemnidad litúrgica, cierto eco de Manrique, en virtud de la alteración métrica—) y claramente de ocasión, aguanta con retórica nobleza la carga romántica de la mortalidad, de la existencia breve, propias del patrimonio poético del poeta, y las vivifica con imágenes gráficas, tópicas animadas por el verbo y la imaginación... Pueden ir de la mano, a paso idéntico y medido:

> A tí se acerca, llega, / Y alzando al aire el brazo descarnado / De la guadaña armado, cual segar débil flor, tu vida siega...!
> ...
> Para siempre cerraste / Tus ojos a la luz, la grave losa / ya sobre tí cayó de la callada / Ñóbrega tumba; y de la muerte envuelto / En el sueño y silencio allí reposa / Tu cuerpo inanimado / En polvo transformado, / Por la parca a la tierra ya devuelto...
> ...
> [...] Silencio! el labio calla / Ante el callar medroso de la muerte; / Nada preguntes al destino ciego, / Respeta en mudo asombro lo que falla; / El dá, quita la vida; / Lo que levanta, aterra.

[4] Se aproxima al sentimiento del poema dedicado *A María* una de las traducciones tardías del poeta ecuatoriano, la de la *Plegaria de Margarita*, tomada del primer *Fausto*, que comprende, en la publicación de la Comisión de Conmemoraciones Cívicas, nueve estrofas, de cuatro (6), seis (2) y

cinco versos (1), de diferentes medidas, diversamente combinadas (7, 11, 5 —la lectura admite 6— y 11 versos en la estrofa inicial). Imposible como es para mí compararla con el texto original de Goethe, he de hacerlo con otra versión, la de Rafael Cansinos Assens —traductor de la obra completa de Goethe—, cuidadosamente anotada. Sea por la diferencia formal (Cansinos usa, aquí, una rítmica aproximativa para las seis estrofas, de variado número de versos, acomodándose a la literalidad de la plegaria goethiana, así esta conste de ocho estrofas, tres de tres, dos de seis y tres de cuatro versos), sea por mérito del poeta nacional, he de empezar señalando la calidad superior de la traducción lograda por Zaldumbide, más trabajada y expresiva (por cierto, la de un simple fragmento del libro). Lo demuestra, sin exigencia de mayor comentario, la lectura de los nueve primeros «versos» de Cansinos Assens, comparada con la de los doce correspondientes de Zaldumbide:

> ¡Oh, Madre llena de dolor, / a mi dolor tu rostro inclina, / y ten piedad de mi pasión! / ¡Con tu pecho, que el puñal / atraviesa, la agonía / de tu Hijo al contemplar, / hacia el Padre, con fervor, / por tu Hijo y por Ti misma, alzas tu deprecación!
>
> [Cansinos Assens. *Obras Completas* de Goethe. Aguilar].

> ¡Ah!, inclina, inclina, / Oh madre del dolor, tu faz divina / A ésta que llora / Aquí a tus pies, y tu piedad implora / La espada hincada al pecho, y de infinita / Materna cuita / El alma llena, alzas a ver a

> tu hijo / Cercano ya a la muerte, en la cruz fijo; / Y por el suyo y tu dolor al Padre, / Rogante Madre, / Llorosa miras / Y del fondo del alma a Él suspiras.
>
> [Julio Zaldumbide. *Poesías Completas*. Comisión Ecuatoriana Permanente de Conmemoraciones Cívicas].

La loa a la Virgen y la oración de Margarita, embarazada y abandonada por Fausto, tienen en común la devoción mariana: María es la destinataria de las preces. La loa acoge y expresa la admiración universal por María, que excede la de la voz del poeta. La oración de la segunda traduce su desdicha y abandono. La distancia entre ambas no se opone a la proximidad de sentimientos entre Petrarca, Goethe y Zaldumbide (si *A María* ha de tenerse, acaso, por una libre imitación):

> modelo / De sufrimiento fuiste en la amargura: / Jamás al que te ruega desamparas / Ni hay súplica por ti desatendida; / La flor que pone en tus benditas aras / El que te ofrenda, nunca ve perdida.
>
> [*A María*].

> Esta mañana, / Del ya naciente día a los albores, / De mi ventana / Con lágrimas regué las bellas flores / que humilde ofrezco ahora a tu peana.
>
> [*Plegaria de Margarita*].

¿No cumple la visión (re-visión) de Zaldumbide los requisitos de una buena traducción, al decir de Fray Luis de

León? Dediquemos una mirada más a las líneas de Cansinos Assens y a las del ecuatoriano: palabra más, palabra menos, las del último no quitan ni agregan sentencia a cuanto intuimos del original. Guarda, al menos, su «donaire» y su angustiado acento. Su texto habla, como su idioma natural, el castellano.

Selección de textos*

* En lo que respecta la siguiente elección, se ha preservado la grafía original de los poemas, tomados del libro *Poesías completas de Julio Zaldumbide,* Casa de la Cultura Ecuatoriana «Benjamín Carrión», Quito, 1988.

A propósito de esta selección

Para esta selección, he tomado en cuenta los cuadernos parcialmente inéditos que conserva el Colegio Nacional Teodoro Gómez de la Torre de la ciudad de Ibarra, no los manuscritos, sino la copia revisada por el licenciado Alejandro Carrión (a quien corresponde el mérito del establecimiento de los textos líricos); un cuaderno (con dudas y enmendaduras) de propiedad de la señorita Celia Zaldumbide, nieta del escritor; una entrega (la de abril de 1903) de la Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria; los tres primeros números de las *Memorias* de la Academia Ecuatoriana de la Lengua (cuya aparición inicial data de 1884); y lo esencial —y algo más— de la creación lírica de Julio Zaldumbide, sin excluir el fruto de sus habilidades como traductor.

Las cartas del poeta a Juan León Mera y la brevísima selección epistolar del segundo, están tomadas de las entregas de diciembre de 1933 y enero de 1935, de las *Memorias* de la Academia. Doña Celia Zaldumbide me proporcionó una fotocopia del folleto titulado *El Congreso, don Gabriel García Moreno y la República*,

impreso por la Oficina Tipográfica de F. Bermeo, en Quito, el 10 de octubre de 1865, y otra de la carta de la Real Academia Española de la Lengua. Por gentileza de ella he conocido, también en fotocopias, las cartas de Juan Montalvo a los deudos de don Julio. Tales documentos fueron devueltos a la propietaria.

Las transcribe, además, la *Semblanza Biográfica* preparada por el señor Luis Pallares para las *Poesías Completas* de Julio Zaldumbide, amparadas por la Comisión Ecuatoriana Permanente de Conmemoraciones Cívicas.

La misma *Semblanza*, algunos apuntes del licenciado Carrión (presidente de la Comisión), la *Trayectoria* escrita por el señor Roberto Morales Almeida (Biblioteca Ecuatoriana Mínima, *Poetas románticos y neoclásicos*, Puebla, Editores, J.M. Cajica Jr. S.A., 1960, pp. 287-316), la *Ojeada histórico-crítica de la poesía ecuatoriana* de Mera (en edición de Clásicos Ariel), las historias escolares y la obra de Luis Robalino Dávila, *Orígenes del Ecuador de hoy* (Vol. IV, dedicado a García Moreno, Puebla, Cajica, 1967) me facilitaron los datos biográficos indispensables, así como los de orden histórico utilizados al redactar la introducción.

Igualmente, la nota final a propósito de una de las traducciones de don Julio, referida a la Elegía, corresponde a 2016, y la aclaración de Hernán Rodríguez a febrero de 2017, contra todo orden temporal (me hizo

la observación un par de semanas antes de su partida definitiva, en la Academia Ecuatoriana de la Lengua).

Poesía

...solo pido
Al tiempo destructor y al ciego hado
Me salven del olvido.

Julio Zaldumbide

Paisaje
(La laguna de San Pablo)

De esta colina verde trasponiendo la cumbre
al lago de San Pablo veremos, en su falda,
tender las limpias ondas con grata mansedumbre
en medio á praderías de vívida esmeralda.
¡Aprisa, corcel mío! tus pasos apresura:
entre arreboles de oro ya el sol su pompa oculta:
vendrán ya las tinieblas, vendrá la noche oscura
que cielos y paisajes en lobreguez sepulta.
¡Más prisa en tus pasos, corcel perezoso!
tras esta eminencia que ya trasponemos,
dorado á los rayos del sol fulguroso
el límpido lago brillando veremos.
-¡Allí está! veisle allí!- Fúlgido tiende
en el espacio de uno y otro monte
su cristal rutilante que aún enciende
la púrpura del vívido horizonte;
gran espejo parece, allí dispuesto
de tres altos gigantes al tocado:
el Imbabura y el Mojanda enhiesto,
y el Sol, cuando arde en el zenit alzado.
Ved! las olas son de oro fulgente;
cubren nubes de púrpura al monte,
e inflamado el abierto horizonte
una aureola de luz da á su frente.
La tierra de amor abre el seno

del sol á los rayos de öro;
volante en el aire sereno
discurre un murmullo sonoro.
Del valle en polítono coro
elevan variado concepto
que sube á la atmósfera vago,
las olas errantes, el viento,
los mansos rebaños sin cuento
que pacen en torno del lago.
Allá muge el ronco toro,
y en mil ecos repetido
el valle y monte sonoro
hinche el salvaje bramido;
acá al hijuelo perdido
las blancas ovejas llaman;
y en discorde contrapunto
aquí mugen, allá braman,
y los ecos se amalgaman
de todo el rebaño junto.
Ya á la vista las cosas
lejanas, se confunden
con las sombras medrosas
que por el valle cunden.
En espiral difunden
el humo al aire vano
las chozas apartadas
do en paz vive el aldeano
allá, en las arboladas
laderas y en el llano.

Con pompa magnífica
los patos que hienden
la azul agua límpida,
se atacan, defienden
y cruzan en círculos
y cortan en ángulos,
van, vienen, y así
con mil desiguales
mil rumbos distintos
cien mil laberintos
dibujan allí:
ó en líneas iguales
derechos partiendo,
las olas hendiendo
se alejan sin fin,
enhiestas las golas,
abiertas las colas,
á modo de vela
dejando en las olas
larguísima estela
de plata y carmín.
De otros volátiles
aves acuátiles
de rojos pies,
festivo bando
surge chillando:
luego, á la vez,
con sesgo vuelo
calan del cielo

con rapidez,
y hunden las golas
dentro las olas,
y en alas húmedas
se elevan súbitas
segunda vez.
Una garza
voladora
dáse ahora
á volar
con el cuello
recogido
y tendido
hacia atrás.
En la esfera
medio oscura
su figura
veo blanquear,
atraviesa
su alto vuelo
todo el cielo
circular.
Y en el vago
horizonte
y del monte
más allá,
desaparece
la bella ave;

nadie sabe
donde va.
Con los cuellos
estirados
de los prados,
sin volar,
otras garzas
que quedaron,
la miraron
trasmontar;
y al perdella
ya de vista
detrás de ella
á volar
se pusieron,
y allá lejos
se perdieron
á la par.
¡Qué hermoso
celaje,
qué bello
paisaje,
presenta
el suelo
y ostenta
el cielo,
el uno
del otro

rival!
Y el alma
neutral
no sabe
á cuál
la palma
le cabe
triunfal.

A la soledad del campo

A tí me acojo, soledad querida,
En busca de la paz que mi alma anhela
En su ya inquieta y procelosa vida;
Mi nave combatida
Por la borrasca de la mar del mundo
Esquiva ya su viento furibundo
Y en busca de otro viento sosegado
Dirige a tí su desgarrada vela,
Oh puerto deseado
En que la brisa de bonanza vuela.

*

Tú levantas el ánimo caído,
Bálsamo das al pecho lacerado,
Das nueva vida al corazón helado
Y aliento nuevo a su vigor perdido.
El alma que perdió su lozanía
Y fuerza soberana
Junto con su ilusión y su alegría
Allá en la estéril sociedad humana,
En tu repuesto asilo,
En tu seno tranquilo
Feliz respira en fin! sus ya enervadas
Alas despliega, y remontando el vuelo
Halla para espaciarse un vasto cielo

Y recobrada la calor perdida,
Con vida nueva vuelve a amar la vida.
Así el ave, encerrada
Dentro la estrecha jaula se entristece,
Pierde luego el vigor desalentada
Y en su prisión doliente desfallece;
Pero si encuentra acaso la salida
Que en su alma vijilante vió cerrada,
Dejando libre paso a su partida,
Rauda se lanza a la rejión del viento
Y el orgulloso vuelo desplegando
Se espacia por el ancho firmamento.

*

¡Héme ya libre del tropel humano,
Y contigo, oh Natura, a solas héme!
¡Héme, lejos, en fin, del aire impuro
Que respiran las míseras ciudades
Sin oir el de dolor vago lamento
Que en su recinto oscuro
Se escucha sin cesar! ¡Héme aspirando
Bajo tu abierto cielo inmensurable
Con placer inefable
El aire libre, embalsamado y puro;
Y en vez de humanas voces, escuchando
El melodioso acento,
La extasiadora voz del vago viento!

*

En tu augusto retiro,
Oh soledad! los hombres olvidamos,
La vista separamos
Del teatro infeliz de los mortales:
Caos de confusiones,
Angustioso espectáculo de males,
Furioso mar que ruge alborotado,
Do silva el huracán de las pasiones,
Do se oye el alarido desgarrado
Y el eternal suspiro
Que elevan a la par los corazones.

*

Demos todo al olvido:
Los hombres y su mundo corrompido.
Deja a mi corazón, antes opreso
Por insufribles penas,
Respirar libre de su enorme peso;
Deja que mi alma rompa las cadenas
Con que la ató el dolor, y alzando el vuelo
Se espacie alegre por tu inmenso cielo;
Y deja, en fin, que tienda la mirada
Tanto tiempo a un mezquino y nebuloso
Espacio reducida,

Por tu verde campiña dilatada,
Por tus claros y abiertos horizontes
Y el rudo aspecto de tus grandes montes.

*

Bajo tu amparo, en tu sereno asilo,
Oh soledad, yo viviré tranquilo;
Yo olvidaré la angustia de la vida,
No sentiré su peso
Vagando en tu pradera florecida
Y por el fresco laberinto errando
De tu amena floresta y bosque espeso;
Yo desoiré la voz de mis dolores
Por la canción del aura entre tus flores
Y el murmurar de la apacible fuente
Que baña tus jardines, resbalando
Entre lirios y rosas mansamente
Y en tu retiro y deleitable calma
Iránse poco a poco disipando
Algunas sombras de mi tierna frente,
Y el padecer del alma.
Oh vosotros que dais, árboles bellos,
Sombra a la tierra, al aire galanura;
Aves alegres que moráis en ellos
Y con canciones adormís las horas;
Volubles vientos que mecéis festivos
Sus copas cimbradoras;
Diáfanas fuentes que esparcís frescura

Al prado, al aire, a la arboleda oscura;
Arroyos fujitivos
Que corréis por hallar muelle reposo
Dentro del huerto umbroso
Y entre tus flores plácido remanso...
¡Arboles, aves, vientos, aguas puras,
Llegó por fin el día
Que tanto ansié, de haceros compañía!
Vengo en vosotros a buscar descanso,
Vengo a olvidar mis crueles amarguras;
De hoy más, junto a vosotros,
Vuestra vida será también la mía.

*

Cuando el alba las puertas del Oriente,
Coronada de aureolas de oro,
Abra al rey del espacio refuljente,
Uniré la voz mía
Al de las aves armonioso coro,
Por saludar al sol del nuevo día;
Y cuando éste, inclinado al Occidente,
Recoja su llameante vestidura
En los tendidos cielos esparcida,
Yo y la bella Natura
Que queda lamentando su partida
Nuestro adiós le daremos de amargura.

*

Y así en este continuo y dulce giro
De días y de noches,
Con la Naturaleza
En grata comunión, huirá mi vida
Entre contento y paz: ya no el suspiro
Se oirá en mis labios, ni en mi frente erguida
Las sombras se verán de la tristeza...
¡Oh! diérame la suerte
Aquí vivir, ajeno de pesares
Y aquí esperar la muerte
Arrullando con plácidos cantares
El sueño arrebatado de las horas,
Pues que son, como un sueño, voladoras!

Quito, febrero de 1856

La mañana

Leve cinta de luz brilla en Oriente
Como la fimbria de oro
Del ropaje del sol resplandeciente,
Y este es el anuncio de la luz del día.
El pueblo de las aves que dormía
En el regazo de callada noche
Rompe el silencio en armonioso coro
Y un cántico levanta al que infalible
Su cuotidiano sol al mundo envía.

*

Raya el alba; las sombras que esparcidas
Por los aires tejían silenciosas
El tenebroso velo
En que yacía envuelto el ancho suelo
Ciegas ante la luz y confundidas
Se rompen, al ocaso retroceden,
Y el espacio y el cetro al día ceden.
Recoge el manto la vencida noche
Y aparece triunfante
Entre aplausos y voces de victoria,
En su inflamado coche
El rey del cielo espléndido y radiante.

*

Cunde al punto la luz de la mañana,
Se alegra el valle, el monte resplandece,
La niebla que en la noche cubrió el suelo
Se rompe fujitiva y desvanece,
O en ondeantes penachos sube al cielo.
Bulle el viento en los árboles sonoro,
Brilla en las verdes hojas el rocío,
Murmura el arroyuelo
Entre las flores dulce, y más osado
Rumor levanta el impetuoso río;
Allá resuena la floresta umbría
Con el alegre, bullicioso coro
De pájaros cantores
Y todo el aire se hincha de rumores.

*

Despiertan la cabaña y la alquería;
Del humo del hogar al cielo sube
La doméstica nube
Y la vista recrea
El afanar del laborioso día:
El labrador empuña el corvo arado,
Y alegre con la idea
De la futura henchida troje, rompe
El seno inculto del fecundo suelo
Poniendo la esperanza y el cuidado

En el labrado surco y en el cielo:
Se abre el redil y saltan las ovejas
Y se van por el campo derramadas,
La tierna grama que mojó el rocío
Paciendo regaladas.
Allá se ajita la afanosa siega
Y la dorada espiga
Al curvo diente de la hoz entrega
El precioso tesoro,
Galardón del sudor y la fatiga.

*

En donde estás ahora,
¡Oh noche!, ciega noche engendradora
De larvas espantosas?
Donde llevaste ya tu triste luna
Y tu corte de estrellas silenciosas?
Este es el sol, que el alto cielo dora,
Este es el sol que viste
La campiña de espléndidos colores:
Pintadas brillan a su luz las flores.
A su luz resplandece
La vívida esmeralda de los montes,
Y aspirando en su luz Naturaleza
De inmortal vida el poderoso aliento,
Rejuvenece su inmortal belleza.

*

Este es el sol a cuya luz el mundo
Sacude el sueño que durmió profundo
En tu regazo, ¡Oh noche! y resonante
Jira de nuevo en eje de diamante,
Lleno de juventud, de vida lleno
Como en aquel primero día, cuando
El ciego Caos fecundó tu seno
Y echaste dél afuera
La creación entera
Que giró en los espacios rutilando.

*

¡Salve, oh tú, esplendoroso
Rey de los otros orbes, sol fecundo!
Mi voz, con la del mundo,
¡Salve!, te dice, jenitor glorioso
De toda vida y todo ser que encierra,
Por cuanto abarcas en tu luz, la tierra.

*

¡Cuán de otra suerte, oh sol, te saludaba
Cuando yo, de los hombres
En el común tropel iba mezclado,
De la ciudad habitador hastiado!
Marchito el corazón, el alma fría,

Cegada ya la fuente
Del entusiasmo, y el estéril tedio
Consumiendo la flor de mi existencia,
Mi juventud amada:
Tal era yo aquel tiempo, y tal vivía
Y entonces maldecía
Tu refuljente luz, tu luz sagrada
Porque ella no traía
Placer al alma ni al dolor remedio.

*

Ya ese tiempo pasó... Hora que el cielo
Propicio al fin mis votos ha cumplido
Dándome horas de paz, serenos días,
Húndase en las tinieblas del olvido
Esta de cruel dolor época fiera:
No vengan sus recuerdos
A acibarar mis dulces alegrías:
Rejenerado estoy, y no quisiera
Memoria conservar de lo que he sido.

*

A tí, Naturaleza, esta que siento
Inmensa vida rebosar en mi alma,
A tí la debo sola; tú eres fuente
De vida inagotable: el pecho triste

Que se marchita al abrasado aliento
De mundanas pasiones,
Bañado en tí, renacerá al momento
Al perdido vigor, y nuevamente
Encontrará perdidas emociones
Y el infelice que bebió del mundo
El cáliz de amargura emponzoñado
Su labio ponga en tu raudal fecundo
Y beberá el placer!... Naturaleza,
Tal hice yo, y en mí nuevo infundiste
Gozo desconocido a mi tristeza;
Por tí mi herido pecho desmayado
Vuelve a latir y en nuevo ardor se inflama
Y por tí, en fin, mi espíritu cansado
Que aborreció la vida, hora la ama!

El mediodía

I

En la amena floresta
De un bosquecillo se alza la espesura
Do el ardor de la siesta
Se templa, do murmura
Una de humilde vena fuente pura.

*

Allí, cuando subido
El sol a la mitad del alto cielo,
Cuando más encendido
Su ancho disco sin velo
El aire enciende y abochorna el suelo;
Del césped en la alfombra
Suelo sentarme, de frescor sediento;
Un árbol me da sombra,
Blanda música el viento
E ilusiones el vago pensamiento.

*

Allí el sauce, ajitando
Su ramaje de plácida verdura
Recréase mirando

Su halagüeña hermosura
En el espejo de la fuente pura.
Copa el cedro elevada
Esparce en la región do el viento mora:
Parece levantada
Mano abierta, que implora
Dulce rocío a la celeste aurora.

*

Y allí el de los amores
Favorito gentil la frente umbrosa
Levanta, y en las flores
Derrama la amorosa
Sombra que plugo a la más bella Diosa;
Y en dulce compañía
Otros árboles crecen allí unidos
Y allí la melodía
De mil vagos ruidos
El ánima suspende, y los sentidos.

II

¡Oh, cuán dulce es oir los rumores
De las hojas, del céfiro lira!
¡Oh, cuán dulce aspirar de las flores
La fragancia que el éxtasis inspira!

¡Oh, qué grato escuchar de la fuente
El suspiro que apenas murmura!
¡Oh qué hermoso mirar su corriente!
¡Oh qué dulce sentir su frescura!
¡Y qué dulce y qué grato y qué hermoso,
Entre aromas y paz y armonías,
No sentir el volar fatigoso,
No sentir el volar de los días!

*

Y dejar deslizarse serena
Esta amarga, esta mísera vida,
Como huye esa fuente en la arena,
En un sueño de paz adormida;
Y vivir sin que llegue al oído
A turbar el silencio profundo
De los hombres el vano ruido,
¡De ese mar que llamamos el mundo!

*

¡Oh, si aquí, bella Cintia, estuvieras,
Si al aroma del aura tu aliento
Y tu voz amorosa añadieras
Al murmullo del agua y el viento!
Si al matiz de estas flores juntaras
De tu labio el color purpurino,

Si este bello jardín hermosearas
Con tu rostro apacible y divino!

*

Sacrificas la paz de tu alma
A esa vida de tristes pesares?
No apeteces del puerto la calma?
Te es tan grato el bullir de esos mares?
Aquí todo es amor, todo amores:
Ama el árbol, el ave y la fuente;
Aquí amar aconsejan las flores
Y lo enseña la tórtola ardiente;
Aquí habita el placer en las rosas;
Doquier vaga un deleite sin nombre,
Dice el céfiro aquí tales cosas
Que no dice la lengua del hombre...

III

¡Ven, Cintia, ven! A mi amoroso lado,
Aquí solos los dos, sin más testigos
Que las aves, los árboles y el prado,
Silenciosos amigos
De secretos amores
Me amarás con más fe, con mayor fuego.
Huye el aliento de ese mundo impuro

Que cuanto toca lo corrompe luego:
Aquí tu corazón será tan puro
Como este cielo es puro y son las flores...
Y tú dejando aparte
Esos adornos que inventara el arte
De necia vanidad, y engalanada
Con la sencilla flor que la luz cría
Del alba nacarada,
Más hermosa serás que nunca fuiste,
El fastidio, el dolor, la duda triste:
Eso el mundo te da. Naturaleza
Te ofrece aquí la paz y la alegría
Junto con la inocencia y la belleza.

IV

Mas a donde me llevas
En tu blanda corriente, oh desvarío?
No! Tus alas no muevas,
Oh pensamiento mío,
A do has de hallar el desengaño impío.

*

Vuelve, vuelve a los senos
De este ameno recinto; libre jira
Por ellos, que a lo menos

Aquí nunca se mira
Oculta la traición ni la mentira.

*

Ve al prado, al cielo puro,
Al solitario monte, al bosque umbroso
Y volverás seguro;
Mas nunca al borrascoso
Mar de los hombres vayas ambicioso
Porque allá el viento insano
De las pasiones mueve el desconcierto,
Y buscarás en vano
Allá tranquilo puerto:
Aquí le tienes más seguro y cierto.

La tarde

Con majestad sublime el sol se aleja
Y el estendido cielo
A las arreboladas sombras deja
Que ya le cubren con umbroso velo.

¡Qué solemne misterio! ¡Qué profundo
De paz y de oración grave tristeza!
Ya el sol llega al ocaso
Y la noche le sigue a lento paso.
En duelo universal, Naturaleza
Se despide de aquel que la fecunda,
Triste el cielo se enluta, jime el viento,
El mundo eleva unísono lamento.

Ya el rumiador ganado lentamente
Desciende por la húmeda colina;
Cansado el labrador deja la era
Y a su rústica choza se encamina.
Qué misteriosa el aura pasajera
Suspira y pasa! El ave en sordo vuelo
Por las ramas se mete en pos del nido.
Sólo se oye el zumbido
De los insectos, que tal vez lamentan
Desde la yerba del humilde suelo
La partida del claro rey del cielo.

Yo también uniré mi voz humilde
A la voz elocuente
En que doliente adiós te envía el mundo.
Tú no puedes parar ni más despacio
Puedes seguir tu arrebatado jiro;
La mano omnipotente
A recorrer te impulsa sin reposo
Las vastas soledades del espacio,
Esos serenos campos de zafiro;
Pero mañana volverás glorioso
A darnos vida y luz, astro fecundo.

De la meditación la voz me llama
A vagar solitario en la arboleda.
Anhelo ahora soledad, silencio...
Allí los hallaré. El aura leda
Duerme en las flores, y la blanda grama
El son apaga de mis pasos lentos...
Como las sombras cunden de la umbría
Noche en el cielo, así en el alma mía
Cunden ya dolorosos pensamientos;
Y una hoja que desciende,
Algún eco fugaz, una avecilla
Que errante y solitaria el aire hiende
La leve nubecilla
Que viaja a reclinarse allá en el monte
O a perderse lejana
En el vago horizonte.

Todo me causa una emoción profunda,
Me aprieta el alma una indecible pena
Y de improviso mi pupila inunda
De inesperado llanto amarga vena.

¡Melancólica tarde, tarde umbría!
Desde que pude amar me unió contigo
Irresistible y dulce simpatía.
Tú fuiste siempre confidente mía,
Tú fuiste, tú, el testigo
De mis más tiernos e íntimos deseos
Y locos devaneos;
Tú de mi corazón, tú de mi alma
El seno más recóndito conoces,
Qué lágrima vertí que no la vieras?
Exhalé alguna vez triste suspiro
Que errando con tus auras no le oyeras?
Qué secreto ajitó nunca mi seno
Que a tus calladas sombras le ocultara?...
Qué de sueños de amor y de ventura,
Qué de ilusiones halagüeñas viste
En mi pecho formarse,
Con esperanzas halagarme el alma
Y para siempre en humo disiparse?

Todo esto, ¡ay infeliz!, todo me acuerda
Esa tu sombra triste
Y sin poder valerme huye la calma

Del centro de mi espíritu ajitado
Y el dique rompe en férvido torrente
El llanto por mis ojos desbordado.

¡Oh recuerdo! ¡Oh dolor! Tiempo dichoso
En que, llena de amor, mi alma pura
Sin sospechar engaño,
Yo, crédulo, inesperto, candoroso,
Me lancé al mundo en busca de ventura.
¡Horrendo desengaño!
Qué hizo el mundo falaz de mi ternura,
Qué de mi corazón? Con mano impía
Sus ilusiones todas ha arrancado;
De mi vida segó todas las flores
Tornándola en desierto desolado;
Ya sólo crece en su aridez desnuda
El ponzoñoso abrojo de la duda
Y le baña el raudal de los dolores...

Es preciso olvidar! Córrase el velo
Del olvido sobre ese de amargura
Pasado tiempo. A mi dolor consuelo
Sólo tú puedes dar, alma Natura;
Yo por tí el mundo abandoné engañoso
Para buscar en tí dulce reposo...

¡Oh tarde!, estas heridas mal cerradas
Que aún sangran y renuevan mi tormento,
Pasará el tiempo y las verás cerradas.

Nunca de hoy más halagará mi oído
De pérfida ilusión el dulce acento
Ni buscará la flor do está la espina.
Quiero vivir contento
En esta amable estancia campesina:
Aquí cavaré tumba a mis dolores,
Y ajeno de ambición, de envidia ajeno,
Aquí, si tanto diérame la suerte,
Como tu sombra espero cada día
Esperaré sereno
Esa de la existencia tarde umbría,
Nuncio feliz de la esperada muerte.

La noche

¡Oh noche! ¡Oh madre de la luz! Ahora
Tú reinas en los ámbitos del cielo;
Lejos huyó la luz deslumbradora,
Cayó el rumor que levantaba el día
Y en tu regazo inmóvil duerme el mundo:

En el silencio universal, profundo,
Ni se ve, ni se siente el sordo vuelo
De tus calladas horas. Honda calma
Reina doquiera, y dentro de mi alma.
Y, ¡qué insólita calma! Noche pía,
Tú me la infundes por la vez primera:
Yo, en otro tiempo, al bullicioso día,
Perseguido de insomnios, le imploraba
Que te usurpase el mando de la esfera.
Yo, en su bullicio, mi dolor ahogaba
Y en su inquietud mis penas aturdía;
Mas en tu muda soledad me hallaba
A solas con mi triste compañera,
La fiel tristeza; y me donaba el sueño
Su deseado olvido y su beleño.

La paz ahora envías a mi seno
Y mis insomnes penas adormeces:
Plácenme ya tus sombras, tu sereno
Imperio en el espacio de astros lleno.

Ahora te bendigo, ¡noche augusta!
Ya el tardo vuelo de tus graves horas
No más maldecirá mi boca injusta;
No iré a turbar tu plácido reposo,
Ni a lastimar tu adormitado oído,
rompiendo tu silencio majestuoso
Por entregar pesares al olvido
En bullente festín o impura orgía,
De tu quietud profanación impía.

Más noble ocupación, más digno empleo
Daré a tus horas de silencio y calma.
Los innúmeros astros que en tí veo,
Las bóvedas del cielo majestuosas,
Páginas son en que asombrado leo
Y aprendo ahora sobrehumanas cosas;
En las alas del éxtasis mi alma
Arrebatada va de mundo en mundo:
Vuela, sube, desciende, vaga, jira
Y mide la magnífica estructura
Del universo; y reverente admira
El concierto inmortal, maravilloso
Con que los astros rompen esa pura
Rejión del cielo en jiro luminoso.

Esta quietud universal, profunda,
El vago horror de las calladas sombras,
La muchedumbre de astros infinita

Que del cielo los ámbitos inunda;
Dentro infunden del alma que medita
Dulce contemplación. El firmamento
Es un libro de arcanos do se aprende
La ciencia de las ciencias, libro santo
Abierto sólo al noble pensamiento
Que a buscar la verdad su antorcha enciende,
Que a las regiones de la luz se lanza
Y en pos de aquellos mundos vuela tanto
Que al más remoto en raudo vuelo alcanza.

¡Oh, qué bajo, mezquino y miserable
Noto este mundo lóbrego en que habito,
Cuando miro la suma innumerable
Y en la grandeza y número medito
Desos mundos de luz! ¡Cuánto disuena
Este que el hombre mueve, vano estruendo,
En la música aérea y armonía
Con que del viento en la región serena
Giran los otros orbes, dividiendo
En sempiterno revolver las horas
Entre la noche y el brillante día!

Cuántos soles allá con su luz pura
Los senos del espacio iluminando!
Ay, pero aquí... qué noche tan oscura!
Qué inmensidad y qué magnificencia
Miro allá desplegarse anonadando

La oscura y vanidosa humana ciencia!
Qué pequeñez aquí; y a la par, cuánto

De afán, tumulto, estruendo y turbulencia!
Dos elementos sin cesar se ajitan
Debajo las estrellas silenciosas:
La humanidad y el océano; el mundo
Les viene estrecho; airados se impacientan
Y traspasar sus límites intentan:
Al abismo sus ondas precipitan,
Hasta el cenit las lanzan vanidosos;
Mas por rocas eternas quebrantadas
En vana espuma sin cesar revientan.
Tanto tumulto en tan pequeño mundo!
Tanta soberbia en tan humilde estado!
¡Qué alzarse desde el suelo tan profundo!
¡Qué ambicionar desde tan bajo grado!...
Hombre insensato, alza los ojos, mira
Al estrellado, augusto firmamento;
Cuenta sus astros, su extensión mensura,
Y dime si tu orgullo es más que viento;
Más que hinchazón soberbia tu arrogancia,
Tu impotente ambición más que locura
Y todo tu saber más que ignorancia.
Pon el oído, a ese lenguaje atiende,
Mudo, pero elocuente de los cielos:
En él la voz de la verdad desciende
Y esa voz rompe los oscuros velos

Que ofuscan tu razón, la nube ahuyenta
De tus pasiones y a la luz radiante
De esas celestes lámparas, que alumbran
Del espacio los senos más profundos,
El universo entero se presenta
A tus pasmados ojos, te deslumbra,
Se postra ante él tu orgullo confundido
Y te miras un átomo, habitante
Del más oscuro mundo de los mundos,
la infinita inmensidad perdido...

Mira a lo alto otra vez, observa el jiro
Interminable, eterno, que los astros
Por caminos celestes de zafiro
Hacen, dejando luminosos rastros.
Allá la eternidad pasma tu mente:
Vuelve ahora los ojos a este suelo
Y abate humilde la orgullosa frente,
Mira la corta senda, oscura y triste
Que te aparta la tumba de la cuna,
Y observa con que raudo y presto vuelo
Y a costa de que penas, de la una
A la otra vas... Aquí tus ojos hiere
La fatal brevedad de lo que existe
En tu vida y con ella fugaz muere.
¡Oh, qué contraste doloroso al alma
Salta ahora a mis ojos, imprevisto!
¡Estrellas inmutables, silenciosas,

Gloria inmortal y luz del firmamento,
Cuántos desde el principio de las cosas,
Pueblos, generaciones habéis visto
Nacer, crecer, morir y sucederse
Como las olas de la mar, sin cuento!
La tierra con sus pasos agitaron,
Su hirviente muchedumbre llenó el mundo;
Y en el tiempo veloz se disiparon,
Cual leve polvo al impetuoso viento...
Todas, todas han ya desaparecido
Y otras y otras vendrán innumerables;
Vendrán y se hundirán en el inmenso
Y silencioso abismo del olvido,
Que lo devora todo y no se colma.
Y vosotros, en tanto, los profundos,
Los más remotos cielos inmutables
Seguís con igual luz iluminando
Que en el día primero de los mundos.
Extrañas a la muerte de los hombres,
Extrañas aun a su vivir y nombres,
Cual lámparas eternas y divinas
El horrendo espectáculo alumbrando
De tantas y tan míseras rüinas.

¡Qué vanas son las cosas de la vida
Vistas así, a la luz de las estrellas,
A la luz de lo estable y lo infinito!
¡Cuánto más vanos, ay, los hombres que ellas!

Placeres que del mundo sois las flores,
Cual las flores vivís un fugaz día!
Glorias que sois del mundo la grandeza,
Sueños sois del orgullo, engañadores!...
¡Oh!, ved al hombre, ved a este orgulloso
Rey del vasto universo: juzga el mundo
Su trono; el encumbrado firmamento,
De su trono el dosel esplendoroso:
Son la gloria y la ciencia sus blasones,
Y los escudos son de su nobleza:
Gloria y ciencia es el título que pone
El regio cetro en su potente mano,
La corona del mundo en su cabeza...
Y qué cosa es su ciencia, y qué su gloria?
Su ciencia es débil luz que alumbra en vano
Oscuras sombras que a romper no alcanza,
Y muestra un caos de tinieblas lleno,
De tinieblas más densas que no tuvo
El ciego Erebo en su más hondo seno.
Su gloria... qué es la gloria de los hombres?
Allá se lo pregunta a las estrellas,
Ellas te lo dirán: la fama en ellas
Con eterno buril graba los nombres
De los mortales dignos de memoria...

Misterioso silencio es la respuesta...
Mas, que te importa a tí? Qué mayor gloria
Que el ser para tí solo hecha y compuesta

Esta asombrosa máquina de mundos?
Tuya es la creación, rey soberano:
La tierra es tu palacio; ignoras donde
De tu dominio el término se esconde:
Tuyo es el universo, alza la frente,
Espacia tus miradas orgullosas
Por el vasto, encumbrado firmamento:
Las estrellas que ves, esplendorosas,
Las que ver no te es dado, y las que en vano
Pretendiera alcanzar tu pensamiento,
Súbditos son de tu potente imperio,
Tu ley gobierna su ordenado jiro,
Brillan para tu bien. El rayo ardiente
Que el cielo airado sobre tí fulmina,
El mal granizo que tus campos daña,
Los vientos que en los mares te sepultan,
El volcán que tus obras arrüina,
Parece, sí, que tu poder insultan,
Mas son para tu bien; y su guadaña,
¡oh feliz colmo de felice suerte!
Para tu mismo bien blande la muerte...

El bosquecillo

Bosquecillo frondoso
Que a las orillas del sonante río
Abrigo delicioso
Me das en los calores del estío:

Cuando yo te contemplo,
Mientras abrasa el aire el mediodía,
El misterioso templo
Te finje del placer mi fantasía.

Los festivos amores
Están en torno tuyo revolando
Y en tus lechos de flores
Se recuesta el deleite suspirando.

Y al que en tu seno amparas
El numen del secreto dice aérïo:
"Sacrifica en mis aras,
Mis sombras te prometen el misterio".

Y acuden presurosas
Dejando las lejanas arboledas
Las aves codiciosas
De la promesa de tus sombras ledas...

Mas yo soy solitario:
No tengo, como el ave, compañera;
Me llama a tu santuario
Mas grata voz, si menos hechicera:

La voz del ocio blando...
Aquí me tiendo en la mullida alfombra
De tu césped, gozando
La frescura del río y de tu sombra.

Y miro el curso lento
Que en la pradera tuerce el sesgo río,
Y a su música atento
Me pierdo en un sabroso desvarío.

Ya ver se me figura
Al dios de los pastores y ganados
Buscando la hermosura
De Eco por los valles y collados.

La ninfa se le esconde
Huyendo sus impúdicos amores
Y sólo le responde
Con fujitivo acento a sus clamores.

Porque ella aun deplora
Los desprecios de Adonis aflijida,

Y en las cavernas llora
En aéreo y vago acento convertida.

Dentro las claras linfas
Del río, de cristal miro un palacio:
Cerniendo están sus ninfas
En cribas de esmeralda, oro y topacio.

Y entre ellas, el sagrado
Numen está, del río, muellemente
En la urna reclinado,
Ceñidos de limosa alga la frente...

Todo se anima, todo
Cobra voz, cobra vida y movimiento
Y por estraño modo
Todo lo puebla el vago pensamiento.

¡Oh campiña agradable!
¡Qué dulcísimo encanto mío eres!
¡Séate favorable
El claro sol, propicia el alma Ceres!

Flora te dé fragancia,
No destruya tus galas el invierno;
Pomona la abundancia
Derrame en tí de su colmado cuerno.

Y a tí, bosque frondoso
Que a las orillas del sonante río
Abrigo delicioso
Me das en los ardores del estío,

Propicio a tus verdores
Te sonría apacible el claro cielo,
Frutos te den y flores
Las estaciones en su raudo vuelo.

El arroyuelo

Arroyuelo que deslizas
Tu cristal en la pradera,
Tu corriente vocinglera
Voy siguiendo con placer:
Notando voy de tu curso
La variedad inconstante,
En esto tan semejante,
A cuánto fue y ha de ser.

De las cosas de la vida
Es imagen tu carrera,
Que así mudan de manera
Como tú de dirección
Y por esta semejanza
Al contemplar tu onda pía,
No sé si melancolía
Siente, o gozo, el corazón.

¡Cuántos sitios diferentes
Conociendo vas al paso!
Este herboso, ese otro raso,
Un florido, otro sin flor.
Ya en el llano corres fácil,
Ya atraviesas matorrales
O ya lanzas tus raudales
Por pendientes de verdor.

Y aquí te miro sereno
Lamer la margen callado
Y quedar como encantado
En un éxtasis de paz,
Copiando en tu seno puro
El profundo azul del cielo
Y un sauce mecido al vuelo
De algún céfiro fugaz.

Y "así es", me digo, pensando,
"Así es el hombre que sueña
Con la esperanza risueña
En el seno del amor:
De ilusión la aérea sombra
Refleja su mente en calma
Y un cielo tiene en el alma
De mágico resplandor".

Borbollas en cavidades,
Te dilatas en reposo,
O maldiciente y furioso
De estrechas márjenes vas:
Ya encuentras campo de flores
¡Y es de ver cómo allí jiras!
¡Cuál te aduermes y suspiras
Por no salir dél jamás!

Bien haces, dulce arroyuelo:
Si breves las dichas, largos

Son los instantes amargos
Que tenemos que pasar:
¡Qué bien entiendes y sabes
Que la ventura en la vida
Ha de llorarla perdida
Quién no la supo ganar!

Bien haces en detenerte
En este sitio florido,
Antes te veas consumido
Que dél intentes salir:
Aquí pienso yo, arroyuelo,
Que en la edad de los amores,
Pues es la edad de las flores,
Debiera el hombre morir...

¡Cómo te dilatas manso
Y enamorado murmuras,
Músico de notas puras
Entre una y otra flor!
¡Qué artificioso revuelves
Y formas remansos bellos
Porque se retrate en ellos
Su hermosura y esplendor!

Si de alguna flor consigues
Inclinarla a tu corriente,
Le besas la dulce frente

Una y otra vez;
Mas de aquella que no inclinas,
Trepar por el tallo intentas
Y con suspiros lamentas
Tu impotencia y su esquivez.

Así el trovador al pie
Del castillo en donde mora
La dama a quién enamora,
Suspira en trovas de amor:
Mas ella ingrata y esquiva
Acaso en la alta ventana
Escucha el cantar ufana,
Pero burla del cantor...

Si de la flor que te burla
El viento arranca una hoja
Y a tu corriente la arroja,
Ufano con ella estás:
¡Y es de ver cómo festivo
En remolino la llevas!,
Ya la hundes, ya la elevas
Y huyendo con ella vas.

Mas, a dónde, infeliz, huyes?
Vuelve a tu sitio florido,
Que le llorarás perdido
Cuando no puedas volver.

¡La pendiente te arrebata!
Te culpo infeliz destino,
Pues él te traza el camino
Que tú no puedes torcer.

Un luengo y lóbrego canto
A poco que andas, te encierra
Y te lleva bajo tierra
A muy distante lugar.
Correrás siempre adelante,
Arroyuelo malhadado,
Por la pendiente arrastrado
hasta arrojarte en el mar.

Quizás, de arroyuelo claro,
Turbio torrente furioso
Que nunca encuentre reposo
Andando te tomarás
Y entonces de aqueste humilde
Sitio de flores vestido
Donde corriste adormido
Con dolor te acordarás.

Así al mortal el destino
Le arrebata en su camino
Malhadado,
Y pasa la edad de amores
Cual tú pasas el de flores

Sitio alegre y regalado;
Y sigue y es sin piedad
De una edad en otra edad
Impelido
Sin hallar nunca reposo
Como tú, cuando en furioso
Torrente vas convertido.

Te arrastra a tí el desnivel;
La mano imperiosa, a él,
De la suerte;
Y cual tú en brazos del mar
El, al fin, va a parar
En los brazos de la muerte

A las flores

Prole gentil del céfiro y la aurora
Nacida con el don de la belleza,
Gracias con que la gran Naturaleza
Ríe y su augusta majestad decora.

La luz del sol, que el universo dora,
No tanto de su frente en la grandeza
Cuanto en vosotras linda se adereza
Y un matiz más gayo se coloca.

En los campos del éter las estrellas
Son flores celestiales, y en el suelo
Vosotras sois estrellas de colores.

Tan puras sois al fin, al par que bellas
Que pienso que del mundo el claro cielo
No tiene cosa más... que almas y flores.

Los árboles

Del África abrasada en las arenas,
De la Siberia en el perenne hielo,
En la sierra, en el llano,
Del polo al Ecuador, con larga mano,
Cual de estrellas pobló su vasto cielo,
Así los espació Dios soberano
Por toda la ancha faz del grande suelo.

Nacen doquier. En número sin cuento
La tierra los engendra y alimenta,
Su tronco se levanta al vago viento
Y una corona de verdor sustenta
En sus flexibles ramas:
Templan del sol las devorantes llamas
Y son gala del mundo y su ornamento.

Purifican los aires con sus hojas,
Hay en sus troncos bálsamos preciosos
Que al cuerpo vuelven la salud perdida;
Casa apacible, plácida guarida
Y tálamo fecundo de las aves
Son sus ramos umbrosos;
Pendientes de ellos nacen dulces frutos
Que ofrecen generosos
A los hombres, las aves y los brutos.

En medio del desierto caluroso
Que ardiendo reverbera
Bajo un sol devorante
Halla el árabe errante
Una umbría palmera
Que sosiego y frescura le convida,
Emblema dulce, hermoso
Del amor en el yermo de la vida!

Ciñe el mirto amoroso
La sien de Venus; la apacible oliva
Orna la frente de la paz fecunda;
Mientras laurel glorioso
Entreteje la bárbara corona
Que ciñe la iracunda
Sangrienta sien de la feroz Belona.

Del voluptuoso Oriente en los serrallos
Sirven para deleite de los moros:
Allí suspiran y aman las sultanas
A las sombras de grandes sicomoros.

Del inglés en los parques majestuosos,
En bellos grupos y armoniosas calles
Muéstranse artificiosos
Hasta do alcanza el arte de los hombres;
Y en las selvas de América sin nombres,
A cuya sombra innumerables seres
Crecen, se multiplican; muestran solo

En su grandeza y profusión pasmosa
Del Creador la mano poderosa!

Ellos son confidentes
De nuestros amorosos pensamientos:
Los amantes confían sus tormentos
A sus cortezas rudas;
De ellas hacen papel, porque ellas cuenten
Sus secretos amores,
Sus íntimos dolores
A las agrestes soledades mudas;
Y las aves también entre sus hojas
Suspiran sus congojas,
Cantan sus alegrías
Y saludan con himnos armoniosos
El despuntar de los brillantes días.

A su apacible sombra juguetea
La festiva niñez y se recrea
Trepando por sus troncos elevados,
Suspendiendo columpios en las ramas
Para girar cortando el vago viento
Entre aplausos y risas de contento.
A su apacible sombra ama y suspira
La juventud ardiente
Y de sus hojas el murmullo vago
Hace pasar por su inflamada frente
Dulces sueños de amor con que delira.

A su apacible sombra, la marchita
Ancianidad medita
Sobre el pasado bien y el mal presente
Y son del viento que en las hojas zumba
Habla a su alma triste y vagamente
De la otra vida que tendrá, infinita.

¡Oh, cuánto los amamos;
Oh, cuánto en su hermosura nos gozamos!
Con su frescura y gala nos recrean
En nuestro hogar, y así la humilde choza
Como el palacio espléndido hermosean.
¡Hasta en la tumba fría
Nos hacen apacible compañía!

¡Y cuánto os amo yo, árboles bellos!
¡Y cuántas, ya de amor, ya de tristeza,
O ya de soledad, fugaces horas
Pasé a la sombra de las hojas vuestras!
Mil secretos de mi alma solitaria,
Mil recuerdos de amor viven en ellas;
Y siempre que las auras las ajitan,
En su murmullo animador despiertan
Y una lágrima cae de mis ojos
Y hondo suspiro de mi pecho vuela!
Os amé en otro tiempo de ventura
Y ahora os amo más en la tristeza.
Os amé alegre y os adoro triste

Y os he de amar hasta que muerto sea
Y más allá... ¡Ciprés de opaca sombra!
¡Triste ciprés! ¡Vendrás cuando yo muera
A acompañar mi solitaria tumba
Y allí mi sueño sempiterno vela!

La estrella de la tarde

I

¡Salud, oh estrella de la tarde! rosa
Del jardín del crepúsculo brotada;
¡Salud, estrella de la tarde!, hermosa
Cual virgen al festín aparejada.

¡Estrella del amor! Cuando te miro
Brillar entre las sombras, por qué, dime,
Triste mi corazón lanza un suspiro
Y un ansia vaga de llorar me oprime?

Por qué tu puro rayo me estremece?...
Por qué, oh Natura, si tus cuadros veo
A esta hora melancólica, padece
Mi alma, mecida en triste devaneo?

¡Vaga tristeza! ¡Envuélveme en tu velo!
Guía mis pasos por la hojosa alfombra
De estos hermosos árboles; anhelo
Sólo silencio, soledad y sombras...

La dulce sombra de mi amada, a solas
Vendrá talvez, a suspirar conmigo
Junto a este río de dormidas olas,
De los placeres de los dos testigo.

II

Era la tarde. Aquí, bajo estos sauces,
Sentado al margen de este mismo río,
Yo te miraba, estrella, en el sombrío
Crepúsculo brillar.

El agua en su cristal te reflejaba
Y corría con plácido murmullo;
De la tórtola oía el blando arrullo
Del aura suspirar.

Y yo esperaba con el alma triste,
Inquieto el corazón y palpitante,
Atento oyendo de la brisa errante
El más leve rumor.

Y al fin de tantas, tan amargas horas
De vano padecer y ansiar penoso,
Ay!, esperaba el término dichoso
De mi acerbo dolor.

La sombra del cuidado, de mi frente
Al escuchar tu voz desaparecía,
A tu celeste aparición latía
Mi amante corazón.

La esperanza que el pecho me agitaba
Se exhaló al aire en canto melodioso;

Mi lira resonó con vagoroso
Melancólico son.

III

Cual sílfide lijera que del prado
No huella con su pie la leve alfombra,
Cual con callado viento entre la sombra
Viene un ánjel al triste a visitar,
Por entre la espesura de ese bosque
Y de la tarde al esplendor de rosa,
Lijera y sin rumor, cándida, hermosa,
Cuán venturosa la miré llegar.

Después, tú viste, estrena de los cielos...
Más quién podrá contar lo que tú viste?
Dónde una misteriosa lengua existe
Que dé su acento al inefable amor?
¡Ah! si supiera hablar como las auras
Que vagan por el aire y se adormecen
En tálamos de flores, o estremecen
Los árboles con plácido rumor!

Si fuera el ruiseñor enamorado
Que cuenta a los rosales sus dolores,
Que revela a la brisa y a las flores
Los ardientes secretos de su amor;

Si tuviera la lengua del arroyo
Que manso corre por el prado hermoso,
Que bulle en los jardines sonoroso
O salta del marmóreo surtidor.

Entonces, al compás de mi arpa triste,
Contara mi secreto a las auroras,
A la luna y al sol... a todas horas
Y siempre, siempre con igual fervor.
Mas quede oculto: el sello del silencio
Guarde en mi alma el tesoro de ternura
Y cuelgue el arpa aquí de mi ventura...
¡Ya el placer, el amor, todo pasó!

¡El placer, el amor!... ¡Ah!, mi existencia
De nuevo la tristeza martiriza:
Esta lágrima, oh Dios, que se desliza
Te dice sola lo feliz que fui.
Cuando luce la estrella vespertina
Vuelvo a pensar en mis pasadas glorias
Y en la copa feliz de mis memorias
Vuelvo a beber el néctar que bebí.

Semejanza

Cruzando va soñolienta
Las bóvedas estrelladas
La luna pomposa y lenta
Y sola reina se ostenta
De las tinieblas calladas.

Y mis ojos penetrando
En el seno del futuro
Así te miran reinando
Sobre mi destino oscuro,
De mi amor ensueño blando.

Luna, los sueños te hicieron
Lámpara de los desvelos;
De las sombras te vistieron
Y tu blanca sien ciñeron
De adormideras los cielos.

También mis sueños de amor
Idearon una mujer
Pura como tu fulgor;
Corónola mi dolor
Con las rosas del placer.

Y es la lámpara brillante
De mi noche tenebrosa,

Faro de luz vacilante
Que distingo muy distante
En esta mar borrascosa.

Y como flotas luciente
En los espejos sombríos
De las ondas de los ríos,
Tal llevan vaga y fuljente
Su imagen mis desvaríos.

Si tu carro luminoso
Ya con la noche declina,
La flor su seno amoroso
Abre al beso delicioso
De la brisa matutina.

Y de mi esperanza amada
Se abre la flor aromada
De mi vida en el desierto
Al fulgor lejano, incierto
De esa luz imajinada.

Mientras en férvido desvelo
Palpita la ardiente sien
De los tristes, con anhelo
Sus ojos tu carro ven
Rodar por el alto cielo.

Y abrumado de fatiga,
Cuando ocultas tu beldad
Extinguen la claridad
De esa lámpara que amiga
Alumbró su soledad.

Así a mis ojos brillantes
El fantasma de mi amor
Vaga en los aires errante
Y en mi frente delirante
Vierte pálido fulgor.

Mas burlando mi desvelo
Se pierde en la lontananza
De los confines del cielo,
Y en tristes sombras de duelo
Pierde su luz mi esperanza.

Melancolía

A Laura

Flota en los aires de la tarde el velo
Y al mismo paso que las sombras cunden
De la profunda noche en el espacio,
Dolorosos y oscuros pensamientos
Nacen dentro del alma y se difunden.
Esas nubes que vuelan
Arrebatadas de invisibles vientos
A dónde van?

El pensamiento triste,
Suelto, vagando, dondequiera mira
Misterios que al placer no se revelan.
Parece que suspira
En torno nuestro al aura voladora;
Parece que al oído
Nos dice cosas tales
Que sin saber el alma su sentido
Al escucharlas se estremece y llora.

Qué es esto, amada mía?
Por qué en mudo silencio nos miramos
Y tus ojos se llenan, y los míos
De repentinas lágrimas? No ha mucho
Que en amorosos juegos la pradera

Nos miró andar, sus flores recojiendo:
Tú reías alegre y yo reía,
Y hora, el recuerdo del placer perdiendo
Lloro yo, lloras tú y ambos callamos.

¡Laura! La noche viene y muere el día.
Será que el veloz tiempo nos advierte
En esta muda escena de agonía,
Que tu pasión así y así la mía
Morirán al venir la oscura muerte?

Madrigal

A Laura

Qué dices, Laura, de esta flor? ¡Qué hermosos
Sus pétalos en lustre y en color!
Mira con que arte agrúpanse graciosos
Del frágil tallo asidos en redor.

Empero ve de un soplo disipada
Tanta hermosura... ¡efímero primor!
Qué ves ya de la flor? el tallo... nada,
Porque en no habiendo pétalos, no hay flor.

Hoy, Laura, dime de qué emblema
Aquellas hojas y este tallo son?
De tu placer? De tu beldad suprema?
De tu inocencia o tu fugaz pasión?

No, imajen tuya, Laura, esas caídas
Hojas y el despojado tallo son:
Las hojas son mis ilusiones idas
Y el tallo es mi desierto corazón.

Soneto

En tempestad sin tregua ni bonanza
Sufrir, llorar de amor la pena dura,
Sin ver, para más grande desventura
Ni en tu esquivez, ni en mi dolor mudanza.

Finjir acaso en bella lontananza
Dichoso porvenir a mi tristura;
Ver luego disiparse su luz pura
Y, cual siempre, quedar sin esperanza.

Aqueste es mi destino, ¡Delia mía!
Mas tú contemplas con desdén mi llanto...
¡Ay!, si has de ser de piedra a la agonía

Del pobre corazón que te ama tanto,
De qué me ha de servir esta traidora
Llama que en él prendiste y le devora?

Soneto

Yo ví esa triste nube el firmamento
Apacible cruzando en claro día,
Brillante de arrebol y de alegría
Cual de mi dicha el rápido momento.

En medio del celeste pavimento
Que en purísima luz resplandecía,
En las auras del cielo se mecía
Como en sueños de amor el pensamiento.

Mas, ¡ay!, que huyó su brillo y su hermosura
Al estallar el trueno en alta cumbre
Y hora, la miro, en tempestad oscura
En centellas arder de roja lumbre.

¡Imajen triste de mi cruel señora,
Antes tan dulce y tan airada ahora!

Elegías

I
A mis lágrimas

Corred, lágrimas tristes, que es dulce el alma mía
Sentiros a raudales del corazón brotar;
Corred, que los suspiros que exhalo todo el día
Las ansias de mi pecho no bastan a calmar.

Triste, férvido llanto, tus gotas de amargura
Mitigan, celestiales, la sed del corazón;
Y solo tú acompañas mi horrenda desventura,
Desahogas y consuelas mi lúgubre aflicción.

Que cuando de la cima de pura venturanza
Cae el alma rendida al golpe del pesar
Si entonces la abandonan la dicha y la esperanza
Sólo le queda el triste consuelo de llorar.

Y así la flor marchita revive del consuelo
Regada por el llanto del lóbrego dolor,
Como al nocturno llanto del enlutado cielo
Cobran las mustias flores su aroma y su color.

Corred, lágrimas tristes, consuelo a mis dolores;
En férvidos raudales del corazón manad

Y así de mis ensueños revivan, ¡ay!, las flores
Que ha marchitado impío el sol de la verdad.

1851

II
Al dolor

¡Hiere, hiere, oh dolor! He aquí desnudo
Mi inerme pecho: el protector escudo
Que en otro tiempo rechazó tus dardos,
Roto en pedazos estalló a tus golpes
Y contra tí ya nada me defiende!
A tí me entrego en mi fatal despecho!

¡Hiere, pues, rompe, hiende,
Destroza sin piedad mi inerme pecho!
Pero sabe, oh dolor, que aunque rendido
A tí me doy, perdida la esperanza,
No me verás doblar la herida frente
Y al raudo bote de tu ardiente lanza
Del corazón herido
No arrancará ni queja ni jemido
Ni de su llanto hará correr la fuente.

Y acaso el solo ruego
Que escuchen de mis labios tus oídos,
Será de que tu brazo formidable

En mí descargues tan tremendo y fuerte,
Que con un solo golpe me des muerte,
Dando fin a esta vida miserable.

III

Cómo ser pudo que la impía suerte
Destruyese su vida idolatrada?
Por qué el funesto vuelo de la muerte
Lo más grato al mortal lleva a la nada?

Cuándo será, Dios mío, que en el mundo
El bien exista, el mal desaparezca?
¡Separa, oh Dios, lo puro de lo inmundo,
Conserva al bueno, al malo has que perezca!

Cual podador que corta solamente
La rama inútil, tu justicia santa,
Sin distinción no mates ciegamente:
Poda a la humanidad... ¡tu propia planta!

1852

A mi corazón

¡Corazón! ¡Corazón! Por qué suspiras?
Por qué los muros de tu cárcel bates?
¡Es imposible, corazón!... ¡Deliras!
¡Infeliz corazón, en vano lates!

Siempre contuve tu ímpetu violento
Desde que pude conocer el mundo;
Siempre fui sordo a tu amoroso acento
Sin tener compasión de tu ¡ay! profundo.

Sabes por qué? Tras vanas ilusiones
(Ilusiones no más, bien lo sabía)
Quisiste ir como otros corazones
A buscar... ¡necio! qué?... ¡Lo que no había!

A buscar el amor... Amor no se halla.
A buscar la virtud... La virtud, menos.
Por eso yo te impuse firme valla
Y no tuviste días de horror llenos.

Conozco el mundo y sé la red que tiende:
Su mano oculta enarbolada vira
En cuya punta el corazón aprende
Lo que va del amor a la mentira.

Y tú querías con ardor vehemente
Lanzarte al mundo ciego en el engaño.
Ibas a perecer, pobre demente
Al filo de su arma, desengaño.

¡No, jamás, corazón! Cese tu acento,
Calma tu afán, desecha la esperanza:
Ese bien que demanda tu lamento
Es un bien que en el mundo no se alcanza.

¡La virtud! ¡La virtud!... Es vano nombre:
Sonar le oirás en nuestra impura boca,
Pero en verdad no la conoce el hombre
Ni responde a su voz cuando la invoca.

¡El amor! ¡El amor!... Dulce consuelo,
Supremo goce de la humana vida,
Unica flor que aromatiza el suelo,
Felicidad del cielo descendida...

Mas ya otra vez, ¡oh corazón!, suspiras
Y el fuerte muro de tu cárcel bates:
¡Es imposible, corazón!... ¡Deliras!
¡Infeliz corazón, en vano lates!

El llanto
Soneto

Cuando yo considero que en la vida
No he cogido de amor ninguna rosa;
Cuando no miro, en duda tenebrosa,
Seguir lejana una ilusión querida;

Cuando de hiel colmada la medida
De mi dolor el cálice rebosa;
Cuando el alma en su lucha tormentosa
Se postra al fin, sin fuerzas, abatida:

La frente inclina; en abundante vena
Desátase mi llanto y baña el suelo
Y mi alma poco a poco se serena.

De la tormenta, así, el nubloso velo,
Revuelto en confusión, se rompe, truena,
Desciende en lluvia y resplandece el cielo.

Páginas de album

1

Tu voz, como la dulce voz del aura,
Tu palabra vivaz, tu fantasía
Ardiente, y de tu raudo pensamiento
La agudeza jentil y la osadía;

Armas ya fueran a llenar bastantes
El carcax poderoso del dios ciego,
A herir el corazón, y en el de amores
Fácil prender el ardoroso fuego;

Si para hacer más cierta tu victoria,
Mayores y más ricos sus despojos,
Un arma no tuvieras más terrible:
La ardiente flecha de tus negros ojos.

2

No envidies, no, de la hermosura vana
La vana ostentación y el falso brillo;
Tú brillas con adorno más sencillo,
Pues que te adorna el virjinal pudor.

Tu más dulce atractivo es la inocencia
Que se revela en tu mirada pura

Y aquella vaga y plácida hermosura
Que sólo dan la gracia y el candor.

La beldad sin la gracia es beldad fría:
Su faz queda desierta, sin encantos,
Sus sonrisas no tienen ambrosía
Ni enamoran sus ojos sin fulgor.

La gracia en la beldad es como el cielo
En el sereno fondo de la fuente,
Como la luz en un fanal luciente
O el aroma en el cáliz de una flor.

La inocencia
Cantos a Helena

I

Tú estás en esa edad en que la vida
Corre como apacible
Y claro arroyo que al solaz convida,
Al son de su corriente bonancible.

Tu pasado no es sombra de tristeza
Que vierte amargo lloro;
Tu presente es un sueño de pureza;
Tu porvenir será... un sueño de oro.

Bañada está la flor de tu ventura
En matinal rocío;
Tu cielo brilla en alborada pura,
Sin esa nube que oscurece el mío.

La tranquila inocencia de tu alma
Se pinta en tu faz leda,
Cual sobre el lago que reposa en calma
El plácido verdor de la arboleda.

No son más dulces que tu voz, del viento
Las vagas melodías...

Tu voz que acuerda al triste pensamiento
De la niñez los fujitivos días!...

Y esa luz que tus ojos abrillanta
Es tan celeste y pura,
Tan suave es tu sonrisa y tal encanta
El aire de tu anjélica hermosura;
Que disipas impuros pensamientos
Con solo tu presencia,
Y el corazón olvida sus tormentos,
Arrebatado en sueños de inocencia.

II

Cuando contemplo, Helena, tu alba frente
Que esparce suave luz y dulce calma,
Pienso estar viendo un iris refuljente
Que aplaca la tormenta de mi alma.

Si sonríe tu boca purpurina,
Entra el contento en mi aflijido pecho,
Y así como ante el sol leve neblina
Ante tí mi dolor huye deshecho.

Cuando se inclina tu cabeza hermosa
Lánguidamente, cual un mustio lirio,
Tu pelo esparce el aura vagarosa
Y el jenio me pareces del delirio;

Y ángel, si miras, implorando, al cielo;
Silfa, si ondea tu sencilla veste,
Cuando caminas sin hollar el suelo;
Y cuando inmóvil, ilusión celeste.

Y al ver tanta hermosura, embebecido,
Me digo entonces, en éxtasis profundo:
"¡Cierto que es ella un serafín caído,
Demasiado celeste para el mundo!"

III

En esta mar turbulenta
De la triste humana vida,
En que boga combatida
Mi barca por la tormenta,
Veo en tí sólo un puerto de ventura
Do sopla de bonanza el aura pura.

Tan ajena siempre fuiste
A nuestros humanos males,
Que errante en el valle triste
Pareces de los mortales,
O un Ser nacido para ser del cielo
O algún celestial Ser que habita el suelo.

Tú comunicas al alma
Tu dulce felicidad;

Tu calma le da la calma,
Placer tu jovialidad;
Y a mi pecho que rompen los tormentos,
Bálsamo dan tus puros pensamientos.

Y al ver tu hermosura siento
Lo que un ciego sentiría
Si mirase el firmamento
Bañado en la luz del día;
Lo que siente el viajero que reposa
Del arenal pajo la pluma umbrosa.

A esa luz celeste y pura
Que en tus dulces ojos riela,
De ante los míos la oscura
Nube de tristeza vuela,
Y una aurora, de mí no conocida
Raya al punto en la noche de mi vida.

Y en mi pecho desolado,
A la sombra de tu alma
Nace el contento anhelado,
Cual brota al pie de una palma,
Tal vez de estéril tierra polvorosa
Una flor solitaria y aromosa.

IV

¡Feliz yo que en dulce calma
Verte y admirarte puedo!
No corre peligro el alma
En mirar tu rostro ledo.

No teme mi corazón
De tu beldad inocente,
Que, con venenoso arpón,
Le hiera traidoramente.

Desarmada tu belleza,
Sin el arco y sin las viras;
Es inocencia, es pureza,
No es fuego lo que tú inspiras.

De ánjel tienes el alma,
Y de mujer la apariencia;
Si armas te da la hermosura,
Te las quita la inocencia.

¡Oh! no: tú no eres la flor
Cuyo purísimo seno
Oculta el áspid traidor
Que vierte mortal veneno:

Eres la cándida rosa;
Siempre de su seno miel

Liba la abeja, afanosa,
Ponzoña jamás, ni hiel.

Ni es la luz de tus miradas
Llama donde puedan ir
Ilusiones a morir
Con las alas abrasadas.

Es una luz casta y pura,
Benéfica luz de calma,
Que las sombras de tristura
Deshace y borra del alma...

Parece un ángel que baja a este suelo,
De célicos rayos fuljente la faz,
Todo él impregnado de aromas de cielo,
Que el aire embalsama y alumbra en su vuelo
Trayendo a la tierra la dicha y la paz.

V

¡De cuán distinta suerte caminamos
En este mundo mísero los dos!
Dentro del alma juvenil llevamos
Yo las tinieblas, tú la luz de Dios.

Tú llevas la quietud de la inocencia
Y el placer candoroso de existir;

El desencanto yo de la existencia,
La ponderosa carga de vivir.

Para tí la existencia tiene flores
Y no son ellas ilusión tal vez:
Para mí solo abrojos punzadores
Y fatiga y cansancio y aridez.

Soy infeliz! Adivinar no quieras
La causa oculta de mi cruel dolor,
Porque quizás sabiéndola sintieras
En tu pecho un amargo sinsabor...

-Es el amor?- ¡Oh, no! te lo confieso:
Jamás amé ni amado nunca fui;
-Algún perdido bien?- Tampoco es eso,
Porque en la vida ningún bien perdí.

-Es ambición?- No tengo yo ambiciones.
-Pues qué será?- Tampoco yo lo sé...
Solo sé que me faltan ilusiones,
Falta a mi corazón yo no sé qué...

VI

Eres hermosa: tu brillante rostro
Copia la dulce faz de los querubes;
La rósea luz le tiñe, que en las nubes

Deja del sol el último fulgor.
Eres feliz; la refulgente estrella
Que más ilustra el ancho firmamento
Debió acaso influir en el momento
En que al mundo nacías del dolor.

Vive feliz, que yo perdido en tanto,
De la vida surcando el mar incierto,
No sé donde está el norte y donde el puerto;
Solo sé que me lleva el huracán.
Yo no espero que estas ondas procelosas
Calme del cielo plácida sonrisa;
pero que impela blanda brisa
Mis rotas velas, que sin norte van.

Me cubre del dolor la ciega noche,
Prósperos vientos me negó la suerte,
Y si no es ya la playa de la muerte,
Otra nunca hallaré, playa de paz.
Mas, rompiendo las sombras que me cercan,
Brame la mar o ruja el viento fiero,
Siempre me alumbra un plácido lucero
Y ese lucero es tu brillante faz.

En un album

Segunda vez las pájinas de tu album
Te mostrarán los versos que me inspira
Tu bella faz; segunda vez mi lira
Va a resonar por tí.
Pero, ¿qué mucho que por ti levante
Con ardiente entusiasmo un nuevo canto,
Si fue tan dulce el seductor encanto
Que en tu hermosura vi?

¿Qué mucho que otra vez, con otra ofrenda,
Me llegue yo a las aras de tu templo,
Si el ídolo, si el Dios que en él contemplo
Con dulce admiración,
Por la luz que desparece de su frente,
Y por su aureola de fuljente fuego,
Culto idólatra exige, culto ciego,
Y ardiente adoración?

¡Ah! si importuno a tu alabanza vuelvo
Segunda vez y acaso la postrera,
Quéjate a Dios que esa beldad te diera;
No te quejes de mí:
Que de tus ojos límpidos y bellos
Mana la luz de inspiración que aliento,
Y truécaseme en canto el pensamiento
Siempre que pienso en tí...

Ánjel de amor, que en femeniles formas
Atraviesas el yermo de este suelo,
Llenado el viento en tu callado vuelo
De aromas del Edén;
Si por dicha el poeta te encontrara,
El, cual tú, misterioso peregrino,
Estranjero en la tierra sin destino,
Solitario también;

Reconociendo tu celeste orijen
En tu mirar al mundo indiferente,
En la brillante aureola de tu frente,
Y en tu rara beldad;
Te aplaudiría en melodioso canto,
Y quizás su arpa de oro, con cantarte,
Si ya no la del cielo, podría darte
Otra inmortalidad.

¿Qué mucho, pues, que yo, oscuro vate,
Pulse por tí mi entusiasmada lira,
Si el talismán de tu belleza inspira
El numen creador?...
¡Ay! yo vivía solitario y triste,
Con solo mi dolor por compañero;
De mi vida en el árido sendero
No hallaba yo una flor.

Y en esta soledad, cuando más fiera
Se encona contra mí suerte enemiga,

Te me apareces tú, mi dulce amiga...
¡grande mi dicha fué!
Esta lira en que antes yo cantaba
El acervo dolor del alma mía,
¿Por quién desatará su melodía
Después que te miré?

Por quién, sino por ti? Joven hermosa
Tuyo es, sí, tuyo, el númen que me inspira;
Ya que no puedo mas te doy mi lira,
Que poco en verdad es:
Que si yo fuera el árbitro del hado,
eterna juventud tu vida hiciera;
Si fuera Dios, la creación entera
Rendiría a tus pies.

Trova

Son tus ojos dos estrellas
Que derraman luz de amores
Celestial,
Y luces entre las bellas
Como el lirio entre las flores,
Virjinal.

Tú la más linda en la danza,
Tú la de más jentileza,
Más primor;
Y puestas en la balanza
Mil bellezas, tu belleza
La mejor.

Feliz aquel que se abrase
En la lumbre de tus ojos
Seductores;
Feliz quien su vida pase
En tributarte de hinojos
Sus amores.

Y por ti viva jimiendo,
Por ti viva suspirando,
Por ti muera;
Aunque se fuera volviendo

Un sueño, el bien que soñando
De tí espera:

Que no han de ser duras penas
Las que por tí en sus amores
Le vendrán,
Y del amor las cadenas
Pesadas sí, más de flores
Le serán.

Dichoso quien de tu boca
Suspire por sólo un beso
De ambrosía,
Y en la ilusión que él evoca
Sea tu sombra su embeleso
Noche y día,

Y de la noche a la aurora,
De un alba a otra soñando
Crea cierto
Que de hinojos te enamora
Y entre un sí y un no, temblando
Dude incierto:

Que esa angustia que le prensa,
Esa profunda zozobra
Que le abisma,

Tiene en sí su recompensa:
El dulce placer que cobra
De sí misma...

¡Oh! ¡Quien goce de tu amado
Labio las sonrisas llenas
De consuelo,
Podrá decir que ha gozado
En este valle de penas
Todo un cielo!

Y aquel feliz que obtuviera
Un beso en prenda infalible
De tu amor,
¡Vive Dios! que no dijera
Que la vida es yermo horrible
De dolor.

A una avecilla

Madrigal

Si tu vida es aspirar
Suaves y puros olores,
Si tú vives de libar
La ambrosía de las flores;

Tu destino es delicioso
Ciertamente, ave del viento;
Pero el que ama venturoso
No te envidia ese momento.

Que no libas tú en la flor
Tanta ni tan dulce miel
Como la que liba él
En la copa de su amor.

Improvisación

Quieres saber cuál rindes y avasallas
Al corazón más duro y más esquivo,
Que acaso su dureza con murallas
Firmes le cerca y le defiende en torno
Contra los tiros del amor? El fácil
Modo quieres saber con qué le prendes,
Y cae tu cautivo
Dentro de su seguir temible:
Tu dulce acento a embelesarle empieza;
Tu discurso vivaz le va atrayendo,
Y sin sentir, su esquividez va huyendo;
Se acerca sin temor, todo le enciendes,
Y de la ardiente flecha de tus ojos
Atravesado queda en un momento,
Y de tu vencimiento
Su amor y libertad son los despojos.

A una flor marchita en el seno de una hermosa

En el seno de la aurora
Naciste tú, bella flor,
Y encuentras la muerte ahora
En el seno del amor.

El tibio aliento del día
Dió a tu beldad nacimiento
Y te trae a la agonía
De un corazón el aliento.

Dime, pues, flor venturosa
Qué tuviste a más fortuna:
Tener tan fúljida cuna
O tumba tan deliciosa.

Una mañana, una tarde y una noche

Rayaba el sol en el oriente apenas
Tiñendo el cielo en arreboles de oro,
Cuando, por coronar mis largas penas
Tierna dijiste: "Yo también te adoro!"

La tarde estaba en el azul flotando:
"Es preciso olvidarnos", me dijiste
Y a tus ojos azules asomando,
Partió mi corazón, lágrima triste!

Era noche de danza y de locura,
De vértigo amoroso y de armonía
En que "te adoro" dije a otra hermosura...
¡Perdóname, mi bien, porque mentí!

1851

A una amiga

Dice bien el poeta, amiga mía:
La vida es un viaje:
Todos hacemos a la tumba fría
Triste peregrinaje.

Desierto llaman árido la vida,
Espinoso camino...
Ignoro yo si a tí senda florida
Te señaló el destino;

Pero amiga, sé bien que no es de flores
La que mi planta huella;
Si por espinas cuento mis dolores
Muchas encuentro en ella.

En los hombros la carga de las penas,
Cansado al grave peso,
Doliente peregrino, las arenas
De la vida atravieso.

Y a veces quiero acelerar el paso,
Y alcanzando la meta
Del fatigoso viaje, el cuerpo laso
Dar a la tumba quieta.

Y una vez el sendero recorrido,
No, no miren mis ojos
En él las huellas de estos pies que ha herido
Con ásperos abrojos.

No pido, no, que me recuerde el mundo;
A mi enemiga suerte
Sólo demando olvido, y el profundo
Silencio de la muerte.

Sólo la paz! Qué importa que mi nombre
Suene de jente en jente?
Qué me importa dejar alto renombre
Al mundo indiferente?...

Mas tiene el mundo seres que he amado:
En ellos solo pido
Al tiempo destructor y al ciego hado
Me salven del olvido.

Tú, acuérdate de mí, que de tu mente
Nunca sea borrada
Mi memoria, pues llevo yo hondamente
La tuya en mí grabada.

Ni olvides que en el viaje de la vida
Los dos nos encontramos

Y que antes que la senda nos divida
Amigos nos llamamos.

1857

Sonetos

En el Primer Centenario del Libertador Simón Bolívar dedicados al señor don José Modesto Espinosa, Secretario de Estado del Gobierno Provisional

I
América y Bolívar

Himnos no canta América este día
A un crudo enjendro de la horrenda guerra,
En quién no tiene que admirar la tierra
Sino la ira de Dios que se lo envía.

Sea en buena hora pasmo y ufanía
De un mundo siervo aquel que al orbe aterra
Con su ambición, hasta que el Cielo atierra
En él dé otro Luzbel la alta osadía:

Que la América libre es templo inmenso
Que sólo a el alma Libertad endiosa,
Purgada el ara de servil incienso.

Hoy della ardiente llama esplendorosa
Perfume eleva, de loores denso,
Al mayor hijo de la altiva Diosa.

II
La tumba de Bolívar

De lauros coronadas y de olivas,
De una tumba al redor cinco matronas
Cubren el frío mármol de coronas
Y en la urna vierten lágrimas votivas.

Y tú, iris de paz, arrancas vivas
De esa tumba tus gayas siete zonas,
Te encumbras y salvando el Amazonas
En el remoto Potosí restribas.

Sellada por cien años enmudece
La tumba: pero el aire centellea
Y con clangor de trompas se estremece.

Huele sangre el cóndor y el suelo otea;
Mas sobre el sol el Héroe resplandece
Y mirando la pompa se recrea.

III
América y España

Bolívar, tú que en mil gloriosas lides
Romper supiste del león de España
La ira y poder, con más ilustre hazaña
Que hizo en el león nemeo Alcides;

Hoy que sereno con tus pasos mides
El prado elisio, que la horrible saña
Depuesta, habitas en feliz compaña
Con las iberas almas de los Cides;

Mira aquí las naciones que formaste
Con España gozar la paz sagrada
Que tú allá con sus hijos asentaste:

Que esta materna y filial lazada
Que las une, romper tú no intentaste
Y estado habría a prueba de la espada.

Meditación

A mi amigo Juan León Mera

Jamás se cansa el corazón humano
De perseguir la dicha,
Que no se deja asir, cual aire vano:
Suyo es el infinito y vago anhelo
Que de la eterna vida el hombre siente:
No hay un soñado bien, no hay un consuelo,
No hay en el mundo dicha, cuya fuente
El corazón no sea:
Él es quién, incompleto el bien hallando
Que en este mundo alcanza,
Perfecto en otro mundo le desea,
Incrédulo repugna la ruina
Mortal, y en ella pone la esperanza.

Del corazón en los afectos puros
Está el bien y la esencia de la vida
Si faltan ellos en el mundo ingrato,
.....
Luego el alma rendida
Al peso del vivir, morir desea;
Porque mira en la tumba deseada
Brillar de la esperanza la luz pura
Ya en el mundo apagada...
Mas si esa luz se estingue?...

Todo se abisma y pierde en sombra obscura,
Todo se pierde... hasta la dulce idea
De la felicidad. Y a Dios entonces
De eterna vida el infinito anhelo:
Ya no hay la eternidad para qué sea.

Tal meditaba yo cuando escribía
Estos que te dedico, ingenuos versos;
Allá tú los recibes
Como un recuerdo de tu amigo ausente.
La dulce y soñadora poesía
Los dictó, claro amigo, no la austera
Veraz filosofía:
Y así era bien que fuera:
Arcanos de la muerte los concibe,
Mas bien el corazón, que no la mente.

1863

La eternidad de la vida

Death but entombs the body,
life the soul.
Young

I

Cosas son muy ignoradas
Y de grande obscuridad
Aquellas cosas pasadas
En la horrenda eternidad,
Por alto arcano guardadas.

Quién pudo nunca romper
De la muerte el denso velo?
Quién le pudo descorrer
Y en verdad las cosas ver
Que pasan fuera del suelo?

Padecemos o gozamos
Por sentencia irrevocable
Los que a otro mundo pasamos:
¿Es todo lo que alcanzamos
De este misterio insondable?

II

Si medir nuestra razón
Procura, oh eternidad,
Tu ilimitada extensión,
¡Qué flacas sus fuerzas son
Para con tu inmensidad!

Sube el águila a la altura
Del vasto, infinito cielo;
Medirle quiere de un vuelo;
Mas toda su fuerza apura
Y baja rendida al suelo.

Así el loco pensamiento
Se encumbra a medirte audaz;
Mas se apura su ardimiento
Y abate el vuelo tenaz
Al valle del desaliento...

¡Fusión sublime, conjunto
De los tiempos sin guarismo!
Para tu grandeza un punto
Es el universo junto...
No tiene fondo tu abismo.

III

¡Pero es triste pensamiento
Este funesto pensar!
En qué vienen a parar
Tantas vidas que sin cuento
Vemos en la tumba entrar?

¡En la tumba! de los seres
Preciso fin pavoroso;
Remate así de placeres
Como de los padeceres
De esta vida trabajosa.

¡En la tumba! Obscura puerta
De que la muerte la llave
Vuelve con la mano yerta;
Ribera muda y desierta
De donde zarpa la nave,

De la vida a navegar
Con brújula y norte inciertos
En desconocida mar,
Mar sin fondo, mar sin puertos
Ni playa donde arribar...

IV

Qué es morir? Qué es la muerte? "Obscura nada,
triste aniquilación", dice el ateo:
Todo ser en la tumba se anonada?...
¡Error! ¡Funesto error! Yo en tí no creo.

Si este que siento en mí, soplo divino,
Dentro la huesa en polvo se convierte,
Si la esperanza de mortal destino
Se disipa en las sombras de la muerte;

Fuera entonces de Dios dádiva inútil
Esta triste existencia de un momento
Que se disipa como un sueño fútil
O como el humo vano en vano viento...

A qué este don de penas y quebranto?
A qué damos el ser y conducirnos
Por un desierto de dolor y llanto
Y para siempre al cabo destruirnos?

¡No puede ser! El hombre desdichado
De gusanillo que se vio en el suelo,
En mariposa angélica trocada,
De la lóbrega tumba vuela al cielo.

V

Mas, dónde va quién deja nuestro mundo?
A dónde el que en tu sombra, muerte, escondes?
¡Jamás esta pregunta tú, profundo
Silencio de la tumba, me respondes!

Sus lazos terrenales se desatan?
Recuerda de la vida el devaneo
O todos sus recuerdos arrebatan
Las soporosas ondas del Leteo?

Está por dicha con la eterna unida
Esta rápida vida que se acaba?
O allá el amigo la amistad olvida
Y el amante también lo que adoraba?

El amor, la amistad, son vanos nombres
Que borra el soplo de la muerte helada,
Del alma que no muere? De los hombres
Son ilusión no más, sombras de nada?

VI

Oigo una voz que eleva el alma mía,
Voz de inmortal y de celeste acento:
"Qué a mí la muerte ni la tumba fría?",
Dice, hablando secreta, al pensamiento.

"Piensas que la segur que hace pedazos
Las cadenas que al cuerpo sujetaron
Mi esencia divinal, los demás lazos
Rompe también, que al mundo me ligaron?"

"Piensas que del amor, que fue mi vida,
En la vida del mundo, me despojo,
Estando al otro mundo de partida
Cual de la arcilla que en la tumba arrojo?"

"No! No es capricho de la carne impura
La amistad, o de amor la llama ardiente;
Del espíritu, sí, la efusión pura
Y el espíritu vive inmortalmente"

"Y así la eternidad lleva consigo,
Cuando abandona su terrestre estancia,
Amor de amante y amistad de amigo
Sujetos nunca más a la inconstancia?"

VII

¡Sí, dulce voz! Cuánto me anuncias creo;
Quién en tí cree espera y vive en calma,
Seas la voz mentida del deseo
O la voz del oráculo del alma.

Triste de aquel que los oídos cierra
Y cierra el corazón a tu consuelo:
Qué tendrá el infeliz allá en la tierra
Si la esperanza le faltó del cielo?

Noche será su triste pensamiento,
Que el negro ocaso ve, más no la aurora
Y en su pecho la muerte hará aposento
Anticipada la postrera hora...
Qué! Será como sombra ver la vida?
Como sombra el placer, que huye y pasa?
¿Ver la dicha en el mundo tan medida
Y no esperarla alguna vez sin tasa?

¡Sí, profética voz! Tu acento tierno
Llega a mi corazón consolatorio...
Tú en la muerte el placer pintas eterno
Y el dolor en la vida transitorio.

Por tí el amor, que aquí se desvanece
Cual tierna flor que se deshoja al viento,
Más allá de la tumba reflorece
De las eternas auras al aliento.

Tú la dicha nos pintas duradera
Y la gloria del cielo en lontananza,
Borrada del sepulcro la barrera
Y trocada la muerte en esperanza...

¡Bella esperanza!... Cuando ya cercano
Me hallase yo a la tumba apetecida,
Mis ojos cerrarán tu dulce mano
Y olvidaré el tormento de la vida.

1855

A una niña

Este mundo es el camino
Para el otro, que es morada
Sin pesar;
Mas cumple tener buen tino
Para andar esta jornada
Sin errar.

Jorge Manrique

Hermosa niña, que la edad primera
Regala y mece en plácida ventura,
Risueña como sol de primavera,
Como la luz del alba fresca y pura;

Tu amable faz que brilla tan festiva,
Y esa expansión de tu alma en el contento,
Del poeta en la frente pensativa
Despiertan un terrible pensamiento...

¿Cómo pisar sin miedo los umbrales
De la existencia, serafín del cielo?
¿No temes los dolores mundanales?
¿Los abrojos no miras de este suelo?

¿Y así ríes, contenta y distraída,
Teniendo de volar tu placer sumo
Al proceloso viento de la vida,
Como liviana arista o débil humo?

Esa plácida infancia en que reposas
No es mas que un fugaz sueño de ventura;
Sus goces menos duran que las rosas,
Un breve instante su inocencia dura.

En la cuna nos mece la alegría...
Y nos corona de fragantes flores;
Mas el camino que a la tumba guía
De espinas es, y abrojos punzadores.

A cada paso que adelante damos,
Huir la sombra de la dicha vemos;
Esperamos, y al fin desesperamos,
Y atrás los ojos con dolor volvemos.

Y entonces la niñez se representa
Como la única flor de un campo muerto,
Como una umbrosa palma que se ostenta
A la entrada de un árido desierto.

Mas de la cuna hasta el sepulcro frío
Corto es el viaje, ya que no halagüeño;
La vida pasa cual vapor sombrío
Cual los fantasmas de un penoso sueño.

Para hacer este viaje hermosa niña,
De nada sirven la beldad y el oro:
Con las galas del alma te adeliña,
Y de virtudes haz rico tesoro.

Cadenas son las mundanales galas,
Cadenas que nos atan a este suelo;
Las virtudes te harán lijeras alas
En que te eleves de este mundo al cielo...

En tanto crece. De tu edad primera
Disfruta i goza la sin par ventura;
Mécete en tu galana primavera,
Lirio abierto del alba a la luz pura.

Quiera Dios que no crezcas a otro arrullo
Que el soplo de festivos ventezuelos,
Y otros jugos no nutran tu capullo,
Que el brillante rocío de los cielos.

Las cuatro estaciones

A Laura

Cuatro estaciones hay en nuestra vida
Como en el año, Laura:
Una en que el cielo es puro, mansa el aura
Y corre entre las flores adormida:
Esta es aquella dulce edad primera
Que es de la vida alegre Primavera.

Tras esta viene aquella que aquilones
Tan furiosos desata
Que nuestras esperanzas arrebata
Y nos deja por fin sin ilusiones:
Como ventoso Otoño que despoja
De su verdor al bosque hoja por hoja.

Después, muerta la fe, la ilusión ida
Y en su lugar la duda,
Nuestra existencia en soledad se muda;
Se esteriliza el campo de la vida
Al abrasado soplo del hastío:
Esta edad sin verdor es el Estío.

Y viene en fin aquella edad sombría
De miserias cargada,
Que ya se hunde en las sombras de la nada,

La escuálida vejez, la vejez fría,
Envuelta del dolor en las tinieblas:
Invierno triste de ateridas nieblas.

Y otoño, invierno, estío y primavera
Uno por uno vienen,
Y pasan, ¡ay! y nunca se detienen
Del raudo tiempo en la veloz carrera,
Que sacando a los hombres de la nada
Los lleva de la muerte a la morada.

Al sueño

En otro tiempo huías
De mis llorosos ojos, sueño blando,
Y tus alas sombrías
Lejos de mí batías,
El vuelo en otros lechos reposando,

A aquel lecho volabas
En que guardan la paz las mudas horas
Y al mío abandonabas
Porque en él encontrabas
En vijilia a las penas veladoras.

Donde quiera que miras
Lecho revuelto en ansias de beleño,
En tomo dél no jiras;
Antes bien te retiras
Pues de las penas te amedrenta el ceño.

Y así huyes la morada
Soberbia de los reyes opresores
Y envuelto en la callada
Sombra, con planta alada
A la chozuela vas de los pastores.

Del infeliz te alejas
Con su dolor en lucha tormentosa

Solitario le dejas;
No atiendes a las quejas
Y sólo atiendes a la voz dichosa.

Enemigo implacable
Del cruel dolor y criminal conciencia,
De voz inexorable
Y compañero amable
Y amigo de la paz y la inocencia...

Si en otro tiempo huías
De mis cansados ojos, sueño blando
Y las alas sombrías
Lejos de mí batías
El vuelo en otros lechos reposando;

Ahora al mío te llegas
Solícito, sin fuerza, sin ruido
Y a mis ojos no niegas
Tu beleño y entregas
Mis sentidos a un breve y dulce olvido.

Las que no se apartaban
Penas insomnes, de mi lado, oh sueño;
Las que siempre velaban,
Esas que te ahuyentaban
Con su torvo, severo y triste ceño;

Volaron ya: despierta
Miras en su lugar la paz ansiada:
Libre quedó mi puerta,
Y ya no ves cubierta
De espinas dolorosas mi almohada.

Mi conciencia no grita
Para asustar tu asustadizo vuelo;
Ni la ambición me irrita,
Ni mi pecho palpita
En pos de alguna vanidad del suelo.

Desde este mi sereno
Retiro, escucho el rebullir del mundo,
A su tumulto ajeno;
Como si oyese el trueno
Que retumba en remoto muy profundo;

Y digo: ya ajitaron
Las ondas de ese mar mi barco incierto:
Los vientos le asaltaron,
Sus velos se rasgaron
Mas llegó a salvo a este abrigado puerto.

Canto a la música

¡Música celestial! doquiera te oiga
Murmullos, vida, animación brotando,
Y doquiera que te oiga, allí gozando
De tu alma voz, te rindo adoración.
Doquier te escucho; el universo todo
Es un sublime, armónico instrumento
Que estremecido al vagaroso viento
Sus cuerdas lanzan infinito son.

Allí do reverente el ánjel puro,
En la alfombra de luz arrodillado,
Quema el incienso de oblación sagrado
Que se esparce ante el trono del Señor;
Fluyendo eterna de las arpas de oro,
Cantando hosana al Hacedor del día,
Inunde de magnífica armonía
Las bóvedas del templo del Creador.

Con sublime rumor del océano
En las aguas undívagas resuenas,
Ya soberbias ondeen, ya serenas,
Ya las rompa impetuoso el aquilón.
Cuando en los aires la tormenta brama
Y en alas va de arrebatado viento,
Su fragoroso estrépito es tu acento,
Tu voz los truenos retumbantes son.

El alma llenas de delicia, cuando
En el cristal suspiras de la fuente;
La estremece de horror en el torrente
Que se lanza estruendoso del peñón.
En el umbroso bosque, en la colina
Finjes la dulce voz de los amores
Y del verjel en las fragantes flores
Estático te escucha el corazón.

Tú eres la ninfa que en los bosques jime,
Tú eres la ondina que en los ríos canta,
Tú la sirena que en la mar encanta
Con prodijioso cántico de amor.
Tú eres la misteriosa hada errante
Que en la vaga rejión del viento mora,
Que invisible suspira, canta y llora
Con fujitivos ayes de dolor.

Aquí te oigo, allá estás, allí te escucho;
Doquier, doquier tu voz; de tus acentos
Cargados van los voladores vientos
Por cuanto ahí muestras el poder de Dios.
Tú rijes el compás de las esferas
Que en el espacio giran armoniosas,
Llenas están de tí todas las cosas;
Tú la vida les das y tú la voz.

¡Oh! qué sin tí del universo fuera?
Instrumento sin son, mudo desierto,

Cuerpo sin vida, el gran cadáver yerto
De un viviente universo que espiró.
Hecha que fue la máquina del mundo,
Muda e inmóvil aguardó un momento;
Tú la animaste y por el vago viento
Resonante y armónica jiró.

En la tierra, en el cielo, en el espacio,
Donde quiera estás tú, dulce armonía;
Me deleita doquier tu melodía,
Doquier te adoro, májica deidad.
Ora contemple tu celeste rostro
En la sonrisa del placer bañado,
Ora en fuego de amor todo inflamado,
O lágrimas vertiendo de pesar.

Ora amedrentes con la voz del trueno,
Cual con la voz de la celeste ira,
O te estremezcas en eolia lira
Cual suspiro de amante corazón;
Ora inflames eléctrica la danza
Que en brillante salón rápida jira,
Con el ardiente vértigo que inspira
El vino, la algazara, la beldad;
Ora en las sacras bóvedas del templo
Resuenes grave, augusta y relijiosa,
O alientes en la trompa sonorosa
Inflamando los ánimos marcial;

Ora al compás de un arpa solitaria
Con blanda voz de májica ternura,
Dulcifiques del alma la amargura,
La triste soledad del corazón...
Ya sonrías, ya llores, ya entusiasmes,
Ya el espíritu a Dios eleves santa,
¡Oh música!, mi pecho te levanta
Un altar con ferviente adoración.

*

Por qué, oh Deidad, tu prodijioso aliento
Súbito fuego en nuestro pecho inspira?,
Por qué, si oigo tu voz, luego me siento
De las pasiones en la ardiente pira?

Por qué el alma, las sombras sacudiendo,
Que la encadenan en sopor de hielo,
A tus voces despierta y reviviendo
Se esparce y tiende en vagaroso vuelo?

De dónde tienes, dí, májica diosa
Tan grande y tan magnánimo poder?
Qué simpatía existe, misteriosa
O qué lazo entre el tuyo y nuestro ser?

Quizá el mortal cuando feliz vivía
En los bellos pensiles del Edén

Y en la morada del placer bebía
La pura fuente del perdido bien,

Oyó que tus acentos resonaban
Ensalzando su dicha en derredor,
Y escuchó que los ánjeles cantaban
El himno tierno a su primer amor.

Después, caído de su excelsa gloria
Y arrojado en el polvo de este suelo,
Guardó quizás, secreto en su memoria,
Un fiel recuerdo del perdido cielo.

Y acaso tú nos vuelves a la mente
Ese pasado tiempo de placer,
Y el corazón nos late dulcemente
Y siéntese a tu voz estremecer;

Mas sin saber qué cosa recordamos,
Sabiendo solamente que sentimos,
Sin comprender por qué nos ajitamos,
Sin entender por qué nos conmovimos...

Puede ser que recuerdes con tus sones
La inefable de Edén felicidad;
Puede ser que nos traigas ilusiones
Que en otro tiempo fueron realidad.

Y pudo ser que Dios, enternecido
Cuando arrojaba al hombre del Edén,
De su destino cruel compadecido
Al estampar en su manchada sien

El signo del dolor eterno quiso
Que no perdiese cuanto allí perdió
Y el arpa le donó del Paraíso
En que su dicha el serafín cantó.

Y esa arpa fue la que vibró en el mundo,
En las errantes ráfagas del viento;
En el bramido de la mar profundo,
De la borrasca en el turbado aliento.

Y esa arpa fue la que jimió en la fuente
Y en la floresta suspiró de amor;
La que en las ramas del ciprés doliente
Triste murmullo eleva de dolor;

La que presta a las aves sus cantares
Y llena de rumor la selva umbría;
La que suena en la tierra y en los mares,
La que inunda los mundos de armonía.

La que su acento desató sonoro
Pulsada por el numen creador

Del músico y poeta: el arpa de oro
Del jenio de la gloria y el amor.

Palpitan a su voz los corazones,
El amor habla en ella y el placer;
Se oye en su voz la voz de las pasiones
Y la májica voz de la mujer...

*

¡Música celestial, deidad sublime
Nacida en los verjeles del Edén!
Tú que regalas al mortal que jime
Con dulces ilusiones de placer;

Arpa del bien que allá en el paraíso
Pulsó, cantando al hombre, el serafín;
Arpa que Dios al hombre darle quiso
Por recordarle lo que fuera allí;

Arrulla el canto que exhaló mi lira
Con la majia sublime de tu voz:
Es un canto de amor de quien te admira,
Una ofrenda en tu altar de inspiración.

1851

Epitafio

Aquí yace quien fué puro modelo
De un ministro de Dios, quien infundía
En todos la virtud que él poseía.
Nunca del vicio en el sendero inmundo
Puso su pie. Mostrábale el camino
De la alma relijión la antorcha clara,
Y la virtud sacóle de la senda
De este confuso dédalo del mundo:
Voló su alma a su inmortal camino
Y su cuerpo trocado en polvo vano,
En esta pobre tumba a yacer vino.

Elejía

En la muerte de doña Rosa Gangotena
De Gómez de la Torre

I

Ya el término fatal era llegado
Que señalara a tu existencia el hado;
Cumplidos ya los fujitivos días,
Cumplido el tiempo todo
Era de tu vivir... y lo sabías!
Tú lo sabías, sí; mas con serena
Frente, venir a tí la muerte veías.
Tu noble faz, que nunca mudar pudo
De morir el espanto miserable,
La sombra melancólica enlutaba
De resignada pena,
Viéndote arrebatar de entre tus hijos
Por fallo inexorable
Y mirando de par en par abiertas
Por mano de la muerte
De la solemne eternidad las puertas
Por do se te mostraba
Corrido el mortal velo,
La clara luz de la mansión del cielo.
Oh! qué mísero cuadro presentaban
Los llorosos semblantes

De aquellos que solícitos cercaban
Tu mortuorio lecho,
Contando de tu vida los instantes
Que rápidos volaban
En el latir menguante de tu pecho!
Ya la tierra clamaba por tu arcilla,
Tu espíritu los cielos demandaban;
Atónito cedía
En su impotencia el arte
Ante la muerte que veloz venía,
Cumplido el plazo breve,
Duro acreedor, la vida a demandarte
Que todo ser le debe.
Ay! ni sirvió de rémora a su planta
El llanto, la aflicción de los ansiosos
Contaban tus instantes presurosos!
Ni el paso retardó, ni oyó los ruegos:
A las súplicas sorda, al dolor ciega,
Por en medio de todos se adelanta,

A tí se acerca, llega,
Y alzando al aire el brazo descarnado
De la guadaña armado,
Cual segar débil flor, tu vida siega...!
Atónitos, herida
De horrendo pasmo la confusa mente,
Del repentino golpe destrozado
El pecho y con el ánima oprimida,

Quedan todos mirando el caso triste;
Y un mísero lamento
Estalló en torno y se esparció en el viento.

II

Héla cadáver pálido,
Enmudecida, inmoble...
Sentada en su faz noble
Ya de la muerte mírase
La horrenda majestad.

Cubrieron esos párpados
De eterna noche umbría
Los ojos en que ardía
De su elevado espíritu
La viva claridad:

La luz que contemplábamos
Brillar resplandeciente
En su animada frente,
En noche eterna y lóbrega
Súbita se abismó.

En esa frente lívida
Cuan grandes pensamientos,
Cuan nobles sentimientos
En ese pecho exánime
La parca destruyó.

III

Bien como el árbol que elevado tiende
En la aérea región sus bellas ramas,
Con sus hojas tejiendo umbroso velo
Con que ampara y defiende
Contra la estiva lumbre,
De yerbas la lozana muchedumbre
Que en tomo de su tronco brotó el suelo;
Si del hacha cortante cae herido,
Las yerbas que no mata en su caída
Sécanse al encendido
Sol, y doblando la marchita frente
Suspiran tristemente
Por la sombra fugaz que les dió vida:
Así creciste tú sobre la tierra,
Así en torno de tí tu numerosa
Prole creció lozana y venturosa
Bajo la sombra de tu amor materno;
Pero ¡ay!, al golpe fuerte
Que en tu existencia descargó la muerte
Cortada al suelo de raíz viniste;
Y la paz juntamente a la ventura
De tus hijos, cayendo destruiste;
De tus hijos, ¡ay Dios!, que de amargura
Henchida el alma, atónitos miraban
El de la muerte fiera estrago triste
Y con voz de dolor así exclamaban:
"Aquella a cuya sombra disfrutamos

Tantas horas de paz y de alegría,
Aquella que en su amor nos repartía
Tanta felicidad, ¡ay!, ya no existe".

Sí; ya no existe, para siempre el mundo
Del mísero mortal abandonaste!
Para siempre cerraste
Tus ojos a la luz. la grave losa
Ya sobre tí cayó de la callada
Lóbrega tumba; y de la muerte envuelto
En el sueño y silencio allí reposa
Tu cuerpo inanimado
En polvo transformado,
Por la parca a la tierra ya devuelto...

Por qué, por qué moriste?
Dime: no pudo el hado,
No pudo una hora más, aquí en la tierra
Dejarte con nosotros? Tu partida
Precisa fue?... Silencio! el labio calla
Ante el callar medroso de la muerte;
Nada preguntes al destino ciego,
Respeta en mudo asombro lo que falla;
El dá, quita la vida;
Lo que levanta, aterra,
Cría y cambia y destruye a su albedrío,
Dá al mundo seres, y los vuelve luego
De la fecunda nada al seno umbrío.

IV

Tu espíritu los cielos recogieron;
A las entrañas de la tierra inerte
La arcilla devolviste, que te dieron...
Quísolo así la suerte;
Cumplido está su fallo irrevocable
Y es vana nuestra queja lamentable.
El dios que con su mano
Hace y deshace a su placer las cosas,
Ve siempre enternecido el llanto humano,
Pero el oído aparta y le desvía
Del osado clamor la queja impía.

Adiós! Descansa en paz! Esta callada
Tumba que para siempre ya te encierra,
Lecho tuyo postrero en este mundo,
En el eterno envuélvate y profundo
Letargo de la tierra!
Mientras en la morada
Sublime de los justos tu alma pura
Vive perpetuamente arrebatada
En el éxtasis santo en que los cielos
Jiran, embebecidos contemplando
La augusta faz sin velos
Del que sacó los mundos a la nada.

Adiós! Adiós!... Junto a ésta tumba fría,
Cubierta de crespón la frente pura,
Toda eclipsada de dolor sombrío
De tu divino rostro la hermosura,
Quédate aquí, Virtud, llorando triste:
Pues tuya fue en el mundo, y la perdiste.

1857

A María

Vergine Madre, figlia del tuo Figlio,
Umil ed alta piu che creatura,
Termine fisso d'eterno consiglio,
Tu se'colei che l'umana natura
Nobilitasti si che'l suo Fattore
Non disdegno di farsi sua fattura.

Dante: ***paradiso, Canti 33.***

Esposa casta, Virgeri sin mancilla,
Augusta madre e hija de tu Hijo:
De las cosas del mundo maravilla,
Del consejo de Dios término fijo.

Tú, de las criaturas soberana,
Siendo la más humilde criatura,
Ennobleciste la natura humana
Haciendo que su Autor fuese su Hechura.

Y por tu alta humildad y tu pureza
Al firmamento encima de las nubes,
Del suelo, que produjo tu belleza,
Te alzaron en sus palmas los querubes.

Las estrellas coronan ya tu frente,
Son la luna y el sol tu vestidura;
Te alzó altares la tierra reverente,
Y el cielo se adornó con tu hermosura.

Y allá estás, de los hombres abogada,
Del humano dolor aliviadora,
De tu origen mortal nunca olvidada,
Entre el cielo y la tierra intercesora.

Nos dejaste en el mundo santo ejemplo
De virtud y dolor; la luz divina
Nos nació de tu vientre, que fue templo
De aquel Sol que los soles ilumina.

Humana imperfección divinizaste
En tu humana hermosura inmaculada,
Y en la beldad del alma atesoraste
Perfección de los cielos humanada.

Nos enseñaste castidad, modelo
De sufrimiento fuiste en la amargura:
Eres la luz a un tiempo y el consuelo
De nuestra atribulada vida obscura.

Tú al indocto y al sabio enseñas ciencia,
Humildad al soberbio, fe al dudoso,
Al malsufrido muestras la paciencia
Y al que padece, galardón glorioso.

Jamás al que te ruega desamparas
Ni hay súplica por tí desatendida;
La flor que pone en tus benditas aras
El que te ofrenda, nunca va perdida.

A estos que el mundo llama desdichados,
Al pobre humilde, al débil y al que llora;
A los que aquí se ven desheredados,
Tú los acoges, Madre y protectora.

Que los bienes mortales de esta vida
Tienen nombre en la eterna diferente,
Y tienen otro peso, otra medida
En la balanza de oro de tu mente.

El niño aprende a balbucir tu nombre;
Te nombra el moribundo en su agonía;
Tu nombre canta el ave y reza el hombre;
Suena en el himno angélico: María!

¡Oh reina del cielo y de la tierra,
Fuente viva y perenne de dulzura,
Iris de paz en la mundana guerra,
Faro y estrella de esta mar obscura!

Flor de la gracia, sol de la pureza,
De la noche mortal triunfante aurora,
De la prole de Adam suma nobleza
Y de la empírea, dulce emperadora.

Si la virtud te hizo soberana
Sobre el hombre y los claros serafines,
Si Dios en tí tomó la carne humana,
Su designio entendemos y altos fines.

Nos quiso pues decir que la lazada
Sola que anuda nuestro mundo al cielo,
Es la virtud, en tí representada:
Hecho está de sus manos el modelo.

Sigamos, pues, la norma que dejaste:
Purifiquémonos, pues pura fuiste;
Bendigamos el llanto, pues lloraste,
Y esperemos la Gloria que tuviste.

Mayo 20 de 1878

Traducciones

Espera

Traducción de Víctor Hugo
Esperaba, desesperaba

Ardilla sube a la rama
De la corpulenta encina
Que tiembla, al cielo vecina,
Del aura al soplo menor,

Cigüeña, a las flores fiel,
¡Oh!, vuela con lijereza
Del campo a la fortaleza,
Del campanario al torreón;

Vieja águila, de tu nido
Vuela al monte centenario
Que envuelve como sudario
La blanca nieve invernal;

Y tú, quien muda en el lecho
Nunca halló la bella aurora,
Sube, sube voladora
Al cielo, alondra vivaz:

Y ora, de lo alto del árbol,
De lo alto del campanario,
Desde el monte centenario
Y desde el cielo turquí;

En el brumoso horizonte
No veis flotar una pluma
Y un caballo entre la bruma?...
No veis mi amante venir?...

La flor
Elejía

Traducción de Millevoye

Pobre flor encantadora
Que del valle fuiste orgullo,
Destrozado yace ahora
En el suelo tu capullo.

La misma segur nos siega,
Cedemos al mismo Dios;
Si una hoja el viento lleva,
Un placer nos dice adiós.

Ayer aun la pastora
Decía, al mirarte ufana:
"Bella hija de la aurora
Tú me adornarás mañana".

Mas primero que otra mano
Te arrancó el viento inconstante
Y a buscarte vino en vano
De la pastora el amante.

Triste se vuelve y suspira...
-"Oh, consuélate, pastor:
Tu adorada aun respira,
Sólo has perdido una flor.

"Más, ¡ay!, mi dulce querida
Como una sombra ha pasado
Y la dicha de mi vida
Es un sueño disipado:

"Era amable, hermosa y pura;
Ora es ya cadáver yerto;
Tres veces su sepultura
Nuevos céspedes ha cubierto..."

Dijo así, y entristecido
Entró en la arboleda umbría,
Y una voz dice a mi oído:
"Te espero en la tumba fría".

Anacreóntica

Traducción del italiano

No vengas a la tumba
Que mi ceniza encierra;
Sagrada es esta tierra
A mi dolor y a mí...
¿Ya tu ofrenda de flores,
Tus lágrimas tardías,
A mis cenizas frías
De qué servirán, di?
Debiste consolarme
Cuando por tí mi vida
Pasaba dolorida
En perpetuo gemir...
¿A qué asordar el viento
Con inútil gemido?...
Deja en su quieto olvido
A mi sombra dormir.

Los sepulcros

Poema italiano de Hipólito Pindemonte a Ugo Foscolo. Traducción de Julio Zaldumbide. Dedicada a D. Marcelino Menéndez y Pelayo.*

Qual voce è questa, che dal biondo Mela…

¿Qué voz es esta, que del Mela rubio
canora viene, y en el alma siento?
Esta es, Hugo, tu voz, que á tí me llama
de entre arcos, huesas, túmulos; y el caro
melancólico estro en mí despierta.
Insomne yo los cantos inmortales
del Meonio poeta meditaba,
y de su lengua al ítalo vertía
los trabajos sin fin de aquel ilustre
peregrino sagaz, que antes con Troya
y con el mar después, batalló tanto;
y tú, más poderoso aún que Homero,
de Homero me diviertes.

* Marcelino Menéndez y Pelayo tradujo «Los Sepulcros» de Ugo Foscolo, poema dedicado a Pindemonte. La traducción de Zaldumbide es la de la «respuesta» de Pindemonte a Foscolo.

Ves que ríe
ya cielo y tierra, y campo no hay alguno
donde no enrubie Abril vírgenes rosas;
y tú quieres que yo mi frente, mustia,
corone ahora de ciprés funesto,
de aquel ciprés que en vano ya se tiñe
de tan triste verdor, desde que anda,
él también, de las tumbas desterrado...
¿A qué recorbas las corteses ramas
al suelo, y lloras tú, oh de la gente
que bajo tierra duerme, sauce, amigo?
Ya no honrarás con tu sombroso duelo
ni á sepulto garzón, que el dulce día
primero de su gloria, la funesta
mano sintió de la importuna Parca;
ni á virgen para quien madre engreída
las galas preparaba de Himeneo,
y el día destinado á ellas, vino
del féretro á cubrirla el negro paño.
Sobre la frente de uno y otro crecen
ortiga y cardo y el silbar del viento
entre el cardo y la ortiga a cada hora,
y el lúgubre gemir que, á pausas alza
desde su nido solitario el buho,
longululante al rayo de la luna,
las voces son, que en ese yermo suenan
solas del mundo. ¡Edad endurecida,
que el vivir y el morir más nos amargas!

Mas á la sombra del ciprés, y en urna
que el llanto baña, ¿es menos duro el sueño
de la muerte? Un montón leve de huesos
¿sentir podrá el honor de aquella corte
de mármoles, que en túmulos le cercan?
¿O el espíritu libre, á esos guardianes
de su rota prisión, en precio tiene?
¡Ah! no se hicieron, no, las tumbas sólo
para los muertos. Dama enamorada
que, vestida de luto, el rostro inclina
sobre la losa que á su esposo encierra,
y le ve todavía, y le habla y oye,
encuentra allí lo que es en duros males
sola consolación: llorar sin duelo...
Inútil este alivio, patria mía,
te ha parecido en fin?
Cerradas, sordas
al clamor y la planta de los vivos
del Cementerio tuyo están las puertas.
Y en vano, al amoroso pie corteses,
se franquearan, si el recinto augusto
es soledad de fosas indistintas,
que todas hierba cubre agreste y muda,
donde, dudando si en extraña ó cara
tumba cayera refrenado dentro
del corazón, se estancaría el llanto.
"Esa urna que tu polvo encierra, el mío
también encerrará, dulce Patroclo:
si los dos en la vida fuimos uno

dos no seremos en la muerte:" Aquiles
así engañaba su tristeza, y útil
así, mientras vivió, le fué esa urna.

El divo hijo (si tal vez verdades
es lícito expresar con las ficciones
que Grecia imaginó), el divo hijo
de Japeto intentó el humano germen
formar propenso á los engaños dulces,
á ilusiones amables y áureas sombras.
Y "es ésta", oigo gritar, "ésta la culpa
que en él castiga el ave que le roe
el corazón en el caucáseo risco;
no la robada al sol sacra centella".
De aquí á rehacer al hombre nacen
contrarios Prometeos, que del hombre
no el pensamiento sólo, hasta el instinto
de amor enmendar osan. ¡Ah! de aquestos
perdón alcanza apenas aquel tosco
pueblo, que sus cabañas no se aviene
á dejar, porque alzarse no podrían,
é ir con él, los huesos de sus padres:
perdón de aquestos alcanzara apenas
salvaje madre, que del tierno niño
que de los pechos le arrancó la Parca,
va á la tumba, y en torno de ella riega,
pensando aún nutrir sus dulces Manes,
del seno leche, y de los ojos llanto;
ó el pequeñuelo féretro suspende

del árbol familiar de la cabaña;
le ve mecerse mientras espira el viento,
y el féretro fatal alegre cuna
á su materna vista el amor finge.
Mas tan dulces errores é inocentes
¿no existieron también en pueblos doctos?
¿Avergonzóse Egipto, Grecia ó Roma
de amar las tumbas?... "Séate liviana
la tierra, oh hijo mío, y tu hondo sueño
nada turbe jamás", dice una madre,
como si algún sentido, ó sombra leve
de vida en el amado cuerpo viera...
Si esculpes tú memorias en la tumba,
perpetuándolas vas, y vas nutriendo
tu cruel dolor, que así menos te roe
No tan lejos de tí creerás que vagan
las almas, si los restos que animaron
están cerca de ti... ¡Ah! ¿qué, Sicilia?,
¿qué diré de tus salas sepulcrales,
adonde con los muertos, largas horas,
a veces bajan á morar los vivos?

Hugo, es verdad, el ancho reino y libre
de los vientos corrí, verdes mis años.
Más de una vez surqué la onda sicana,
y algunas la isla visité famosa,
donde Ulises Cíclopes, y yo bellas
hallé y honestas damas. ¡Qué de objetos

ví allí maravillosos! Ví aquel monte
que siempre humea, tal vez arde, y rocas
entre globos de llama al cielo avienta;
templos que veces mil vieron seguros
arder terrible el Etna, y todavía
los años burlan, y entre arena y prado,
maestros aun del arte antigua, se alzan;
esa Aretusa, que de Grecia trae,
por senda oculta, su argentina onda,
como es antigua fama; el griego Alfeo,
que del fondo del mar no lejos mana,
y guarda fiel su amor, dulce su linfa
entre las olas de la amarga Tetis;
y (¡cosa rara y de más alto pasmo!)
bajo la tierra lóbregas y extensas
estancias, donde en sendos nichos, como
simulacros en pie, se miran cuerpos
vacuos del alma, y con la veste misma
que fueron vistos respirar el aire:
sobre sus muertos músculos, y sobre
su piel el arte sudó tanto, y todo
humor de suerte les sacó, que guardan,
la carne no, pero el semblante antiguo
de la cara. La Muerte los contempla,
y teme haber el golpe errado en ellos.
Cuando en cada año nos avisa mudo
el caer de las hojas otoñales
que no menos espesas las humanas

vidas caen también, y á los difuntos
nos envía á ofrecer lágrimas pías;
entonces baja á la profunda cueva
devota fila de enlutada gente:
de lo alto penden lámparas, que arden
á esa hora con más luces; cada uno
va al cuerpo amado, y en el seco rostro
las conocidas formas busca y halla:
ve el hermano al hermano, el hijo al padre,
el amigo, al amigo; y da de modo
la tremulenta luz en los semblantes
mustios de aquellos muertos, que parece
que tornan á vivir sus yertas fibras,
moviéndose, olvidadas de la Parca.
¡Cuántas memorias de común congoja
y de placer común! ¡Cuánta, en los años
que huyeron raudos, renovada vida!
En tanto se alza un suspirar confuso,
un largo sollozar; y por las huecas
bóvedas cunde el lastimero llanto,
á que parecen responder los muertos.
Parte ya leve linde los dos mundos:
concordes tanto y tan amigas, nunca
fue visto estar la vida con la muerte.

Mas demasiado tal escena el alma
turbar podría. En tus paternos campos
¿se alza un hermoso albergue, que blanquea

entre aguas, prado, flores y tendida,
esmero de tus padres, noble selva?
Vive tú allí, si tu adorada esposa
ya no respira el aura de este mundo.
Sus restos guarde un mármol níveo, emblema
de su candor, y en ese mármol siempre
la casta imagen de tu esposa mires.
Mas el repuesto sitio orne y consagre
la Religión, sin cuya alta presencia
horrenda cosa es de mirar la tumba.
No lejos corra gemebundo el río,
el bosque asombre, enciéndase la rosa,
que tú darás, recién abierta, al mármol.
¿No oyes por otro golpe igual herida
gemir la viuda tórtola en el olmo?
Cuando más arde el día, y más los campos
callan, la obscuridad de la floresta,
que rompe el sol aquí y allí, te acoja.
En el río, que gime; en el follaje,
que el aura mueve sentirás la amada
voz de tu esposa, y con acento amigo
aún te hablará bajo el marmóreo busto;
Mitiga, oh caro, te dirá*, mitiga*
tan acerbo dolor: dichosa vivo.

Y cuando el más vecino astro, nocturna,
sobre el campo su luz pálida llueva,

entra en el bosque: cándida la veste,
y de las rosas que tú mismo un día
cortaste, coronada, allí tu esposa
se te dejará ver entre árbol y árbol:
ambas mejillas sentirás bañarse
de suavísimas lágrimas, y el gozo
del dolor inundarte toda el alma.

Tan selecta mansión y tan piadosa
el Inglés, que se jacta de profundo
no menos de la mente que de afectos,
á las reliquias de su amor destina
en sus tan celebrados predios, donde
un tiempo por oídos y por ojos
deleite me inundó tanto y tan puro.
¡Oh! ¡Quién me alzara por el aire vago,
y me llevara á esas amenas, vastas
y nemorosas quintas! ¡Quién me diera
pisar su verde alfombra, y en sus frescos
retiros recogerme, hollar sus valles,
y el aire respirar de sus alcores!
Nunca segur allí cortó enemiga
las gratas sombras, ni el alado huésped
el conocido albergue buscó en balde;
ni Primavera fué burlada, hallando
desaparecido de la tierra el bosque
que venía á vestir de nuevas hojas.
Solo en la diestra de hábil jardinero

lampos allí despide el fierro agudo,
que el prado afeita sabiamente, y ramo
que entre la vista y la lejana escena
se osa interponer, corrige docto.

Hermosas vistas, plácidas sorpresas,
senderos solitarios, frescas grutas,
umbrátiles asientos, claras aguas,
lentas y mudas entre hierba y flores,
despeñadas de lo alto ondas tronantes,
precipicios que horror sublime inspiran,
campo y jardín: do quier lujo erudito,
y agreste sencillez. ¡Cuánto á los ojos,
y á los oídos cuánto, á cada vuelta,
impensado placer! –trepar de cabras
por arduos riscos, ondear de mieses,
mugir de valles y balar de oteros.
Marmóreo puente allí salta las ondas,
un templo allá blanquea entre verdura,
aquí follaje de extranjero bosque
plantas se ven mecer, que americanas
sombras esparce en el britano suelo,
y aves de Europa gorjear en ramos
que Natura creó para otras aves.
Mientras, soberbio de su frente arbórea,
va por la selva el ciervo, y á menudo
vuelve y te mira, acá engolfado el cisne
con los pies rema, enarca el cuello, y rompe

el lago argénteo. Mansión tal bendicen
hasta los brutos, y los vientos mueven
de aquella selva atónitos las copas.
¿Por qué no puedo ya tranquilos pasos
mover por esas sendas, retirarme
á la sombra hospital de esos tejidos
árboles, y de lejos oir apenas
mugir del mundo la borrasca, el choque
de uno con otro pueblo, y el destrozo
de cetros y coronas? ¡Cuánto estrago!
¡Qué abrir de huesas! ¡qué enterrar de cuerpos!
De muertos capitanes ¡cuántas tumbas!

No ya conforte sólo, pero escuela
de vivos son los monumentos tristes
de los que mueren. -Pasajero anciano
en torno mira, para, y las escritas
piedras de los sepulcros lee atento;
después va su camino; pero rumia,
pensativo, en el alma el raudo instante
de la existencia, y los perdidos días;
y dice: "¿he yo enjugado ajeno llanto?...
De nada sirven ¡ay! pulidas losas
de Carrara á un espíritu en el cielo,
donde no le valdrán esas grabadas
vanas letras del Lacio, ni esculpidas
virtudes, junto á la urna plañideras..."
Mas el garzón, que mira los sepulcros,

venir de ellos á su alma un fuego siente,
que á magnánimas obras la remonta...
¿Hijos tener, cuyo renombre dure
en la futura edad, te importa poco,
Verona, ya? Pues... ¡sus! esas estatuas,
que en mejor tiempo y en tu Foro alzaste,
echa por tierra; de lo alto ruede
tu Fracastor divino, de lo alto,
precipitado y mil pedazos hecho,
Mafféi á herir tu ingrato suelo venga.

Yo un hermoso querría, en toda ilustre
ciudad, recinto sacro, donde el grande
por cuna, y el plebeyo, ambos por obras
y prez alzados á más cierta cima,
pudiesen con igual honor en tumbas
nobles tener su cabezal de tierra.
Del varón pío, entonces, cuya muerte
llorar no se verán los rostros sólo
que, de ceniza regia aduladora,
la arte de Fidias en la tumba esculpe;
del siervo digno á quien alzó la patria,
y fué plebeyo y magistrado á un tiempo;
del capitán que, el nudo acero en mano,
á los hombres amó, postró enemigos,
y á sí mismo venció y á la Victoria;
del sabio, que encontró verdades altas,
ó hallarlas mereció; del vate insigne,

que con derecho puso en su poema
la virtud, que ya puesto en su alma había,
hábil cincel de verdaderos rostros,
nos conservara. –En su esculpida imagen
tiene éste, ved, la alta bondad que impresa
tuvo en el pecho: aquél la frente arruga,
y el procomún medita hasta en el mármol:
aquí de un héroe, cuya ira sólo
á ojos enemigos costó llanto,
aun el bélico ardor corre en las venas:
un orador allá de modo extiende
la mano, y tal parece ya que el labio
á mover va, que tú el oído aplicas:
en esa faz, que le está cerca, el sacro
poético furor se ve esculpido...
Se alegra el mármol, y se goza el bronce,
mostrando aquí y allí cetros clementes,
espadas justas, impolutos lauros,
famosas liras de son libre y puro...
Cuando el pérfido mundo más me oprime
el alma, y postra el corazón, ves que entro
en este augusto Cementerio: paso
por las tumbas la vista, y poco a poco
siento una vena penetrar de dulce
consolación en mi amargura, y cobra
su perdido vigor al cabo el alma.
En aquel sitio despejado y libre
de monumentos, ¿qué palabras miro

negras correr en la pared desnuda?
"El que igualarse en obras á estos Grandes,
que en estas tumbas duermen gloriosas,
podrá también aquí posar la frente,
y en mármol no menor en paz yaciendo,
sueño no dormirá menos ilustre..."
Con tal emulación y ejemplos tales,
las almas bien nacidas, del vil ocio
los lazos romperían, y de nuevos,
en la guerra ó la paz, útiles héroes
fértil el polvo de los muertos fuera.

Fue bella, pues, y generosa y santa
la llama que en tí ardió, Hugo, y la extrema
mansión del hombre á vindicar te indujo.
Más ¿por qué á veces tu apolíneo vuelo
te esconde tanto, que te busco en balde?
Aunque á mi vista, de más luz vestido,
te apareces de nuevo, y me consuelas.
Así aquel río, que del puro lago,
que es de Ginebra honor, cerúleo mana,
después que un poco discurrió, se pierde
bajo enormes peñascos, y en su margen
queda apenado el peregrino que iba
á par con él; mas, yendo su camino,
nuevamente salir le ve, y de nuevo
sonoro el campo fecundar con ondas
de cristal puro, y alegrar la selva.

¿Por qué en remontes tan prolijos huyes
de nuestros ojos, la remota sombra
tenaz siguiendo de la edad vetusta?
¿Quién de Héctor no cantó? Aun yo venero
á Ilión, dos veces polvo, en pie dos veces;
venero al campo donde fué Micenas,
y las piedras también donde fué Argos:
mas ¿no podré de objetos más cercanos
sacar también feliz rayos de Apolo?
Da crédito á mi voz: de antigua aljaba
toma la flecha; pero el blanco en donde
dé, nuevo sea: á su poeta insigne,
no al de Casandra, de Ilo, ni de Electra,
del Alpe al mar dará tu Italia aplauso.

Así de las respuestas, nunca heridas
de luz solar, mansiones subterráneas
contigo hablaba yo, cuando delante
de mí se abrió una tumba... ¡Oh Dios! ¡qué tumba!
Yo mismo la lozana y dulce rosa
vi de la faz de Elisa huir veloce;
vi apagarse sus ojos, y sin tregua
mortal afán roer el blando pecho,
que nunca á mal ajeno fué impasible.
Una vez su rigor la cruel dolencia
pareció remitir, y ya la veste
pedía alegre Elisa, y, con el alma,
de su bello Novare ya el salubre

aire aspiraba; y yo... ¡crédulo! muchos
con ella esperé ver felices soles
ponerse en las colinas de sus valles.
¡Oh esperanza falaz! ¡Oh soles tristes
que yo por todo el cielo extenso ahora
con inútiles ayes acompaño!...
Ven, Hugo, y de jacintos una lluvia
esparzamos sobre ella: arrepentida
á tiempo, ya mi patria da á los muertos
más noble paz, ya es lícito al que muere
tener albergue propio aun de los Manes
en el obscuro reino, y dado ha sido
á Elisa descansar consigo á solas.
Ves aquí el mármol con su nombre escrito,
que A la mejor entre las madres, grata
la filial piedad llorando puso...
Exhala, oh lira, exhala el más suave
son que en ti duerma, y que ella tras el mármol
acaso en su letal silencio escuche.
Mas ¡ay! ¿qué digo? A no volver el tiempo
pasó dichoso, en que ella sus oídos
inclinaba cortés, lira, á tus sones.
Son de humano instrumento no hay alguno,
que llegue hasta los muertos, cuyo grave
dormir sacudirá sólo aquel vivo
clangor de trompas de oro, que, veloces
calando del Empíreo el postrer día,
ángeles tañerán, de Dios heraldos.

¿Qué será Elisa entonces? –hierba humilde
parte de ella tal vez, tal vez flor pura,
que la Aurora, á su muerte ya cercana,
con gotas moje de postrero llanto.
Mas de cualquiera forma ó cualquier parte
del universo, do esparcidos moren
los átomos que Elisa juntos fueron,
reunidos, otra vez serán Elisa.
Quien antes supo urdir la humana tela,
renovarla sabrá; que mayor obra
fué para el sumo Artífice de nada
hacer de su labor noble la estambre;
ni habrá hasta entonces, no, podido el Tiempo
debilitar, ni envejecer un punto
la mano eterna del eterno Fabro.
¡Gloria á Él, gloria á Él hasta aquel día!

Plegaria

Traducida del *Fausto* de Goethe

¡Ah!, inclina, inclina,
Oh madre del dolor, tu faz divina
A ésta que llora
Aquí a tus pies, y tu piedad implora.

La espada hincada al pecho, y de infinita
Materna cuita
El alma llena, alzas a ver a tu hijo
Cercano ya a la muerte, en la cruz fijo;

Y por el suyo y tu dolor al Padre,
Rogante Madre,
Llorosa miras
Y del fondo del alma a Él suspiras.

Quién, quién la pena
Se puede imaginar, que me quebranta,
Me ahoga, me desola?
Y lo que espanta
Mi pobre corazón, o le serena?
Tú sola, sí, tú sola!

¡Ah! inclina, inclina
Oh Madre del dolor, tu faz divina

A esta cuitada
Que aquí te implora, en lágrimas bañada.

Si salgo fuera, miro
Dolor, dolor doquier, de espanto llena;
Y apenas me retiro
Bajo mi techo,
¡Ay! lloro, lloro, lloro y de la pena
Revienta el pecho.

Esta mañana,
Del ya naciente día a los albores,
De mi ventana
Con lágrimas regué las bellas flores
Que humilde ofrezco ahora a tu peana:

Cuando el sol con su faz tocó la puerta
De mi aposento mísero, despierta
Me hallaba yo, sentada sobre el lecho,
Transido el pecho...

¡Ay!, Tú me ayudas,
Virgen divina,
En este trance de mi suerte cruda;
Inclina, inclina
A mi dolor tu celestial mirada
Y de él te apiadas.

Mayo 18 de 1884

Vergine bella, che di sol vestita...
Canción de Petrarca

Traducida en silva

Virgen de alta beldad, del sol vestida,
De estrellas coronada, que al superno
Sol agradaste tanto que su eterno
Rayo a tu seno envió; de amor movida,
Hablar quiere de tí mi lengua, y muda
Cómo empezar no sabe sin tu ayuda,
Y del que amante en tí tomó otra vida.
Invoco a aquella dulce amparadora
Que a quien con fe la llama acudir suele:
Virgen, si allá te duele
Miseria humana de este humilde suelo,
Tu oído inclina a mi plegaria ahora:
Acúdeme en mi duelo,
Aunque soy polvo, y tú reina del cielo.

Virgen sabia, y del bello coro una
De las beatas vírgenes prudentes;
Pero dichosa tú como ninguna.
Tú la que tuvo lámpara más clara
¡Oh escudo fiel de las cuitadas jentes,
Que la victoria dá, no solo ampara
De embates de la Muerte y la Fortuna!
¡Oh refrigerio al torpe, insano fuego

Que abrasa el pecho aquí de los mortales!
Virgen, tus ojos reales
Que tristes vieron en tu hijo amado
De la impiedad humana las señales.
Vuélvelos hoy a mi dudoso estado,
Que combatido y ciego,
Por consejo a tí viene y por sosiego.

Virgen de cuerpo y alma pura, entera,
Del fruto de tu vientre hija y madre,
De aquesta vida luz, de la otra gala;
Por tí salvarnos en la edad postrera
Bajó tu Hijo y del eterno Padre,
¡Oh puerta de oro de la empírea sala!
Y entre todos los seres que en sí lleva
El mundo entero, solo tú, gloriosa
Virgen, fuiste escogida
Para cambiar en gozo el llanto de Eva.
Tú, pues de Dios alcanzas toda cosa,
De su gracia hazme digno, ¡oh bendecida
Y bienaventurada
Ya en el supremo reino coronada!

Virgen santa, de toda gracia llena,
Que por alta y sincera humildad fuiste
Al cielo alzada a donde va mi ruego;
Tú el alma fuente de piedad pariste
Y aquel Sol de justicia que serena

El siglo en confusión de errores ciego:
Tres dulces, caros nombres milagrosa
Aúnas en tí -de madre, hija y esposa;
Virgen a quien venera
El Rey que nuestros hierros ha rompido
Y hecho la tierra libre y placentera,
En sus llagas que apagues mi encendido
Corazón yo te pido,
Beatífica de almas verdadera.

Virgen, única, sola, sin ejemplo,
Que al Cielo en tu beldad embelesaste,
Y fuiste aquí en el mundo que habitaste
Sin par, y sin primera ni segunda:
Al verdadero Dios un vivo templo
En tu virginidad labró fecunda
Tu vivir sin mancilla de pecado.
Por tí dichosa ser mi vida puede,
Que siempre que tu súplica intercede,
Virgen afable y pía,
Do la culpa abundó la gracia abunda;
A tus pies en espíritu postrado,
Te ruego seas mi guía,
Y lleves a buen fin la senda mía.

Virgen clara y eternamente estable,
De este mar tempestuoso estrella pura,
De todo nauta fiel guía segura:

Repara en qué borrasca formidable
Me encuentro solo y a merced del viento,
Y ya cercano a mi postrer lamento.
Más aun en tí mi alma confía,
Indigna y pecadora, no lo niego,
Virgen, pero te ruego
Que tu piedad me valga soberana,
Y tu enemigo de mi mal no ría:
Mira que por salvarme Dios la humana
Carne, por el pecado,
Tomó dentro de tu seno inmaculado.

Virgen ¡ay! cuánta lágrima he vertido,
Cuánta lisonja y ruego he proferido,
Todo para más pena y grave daño!
Desque nací del Arno en la ribera,
Errante aquí y allí mi vida entera,
No ha sido más que afán y desengaño.
Mortal beldad, si no me acorres, tiene
En red de encantos presa toda mi alma.
Virgen sagrada y alma,
No tardes, que mi fin mortal ya viene:
Mis días han pasado, como flecha
Veloz, entre miserias y pecados;
Ya los miro acabados,
Y estoy viendo la muerte que me acecha.

Virgen, ya es polvo, y puesto ha en pena fiera
Mi pecho, que mantuvo viva en llanto,

La que en vida no supo mi quebranto,
Y no fuera otra, aunque mi mal supiera,
Ni yo alcanzara más felice suerte:
Que habría una mudanza suya sido
Para ella, infamia; para mí, la muerte
Reina del cielo, y de nosotros diosa
(Si tal llamarte fuera permitido)
Virgen de alto sentido,
Todo lo sabes tú: si sin desdoro
Ella no pudo hacer cesar mi lloro,
Para tu gran poder es leve cosa,
Y obra tuya piadosa
Que en mi salud redunda y tu decoro.

Virgen en quien he puesto la esperanza
Que quieras al postrer trance ayudarme,
No prives de tu luz mi último paso:
No yo, mas Dios, que se dignó crearme;
No yo, mas ver en mí su semejanza,
Te mueva a hacer de un gusanillo caso,
Estatua me tiene hecho el error mío,
Que de los ojos mana inútil río:
Virgen, hora de santas
Lágrimas hinche tú mi pecho laso:
De insania y de impureza no vacío
Antes mi llanto, limpio ya del todo
De aquel terrestre lodo,
Devoto bañe tus benditas plantas.

Virgen humana, y del humilde amiga,
Amor de nuestro orijen común mueva
Tu pecho a no mostrarte mi enemiga;
Que si un caduco polvo de este suelo
Amar supe con fe tan firme y nueva,
Cómo te amaré a tí, beldad del cielo?
Si de mi estado asaz envilecido
Salgo de tu clemente mano asido,
Virgen, a tu suave
Nombre desde hoy, en tu alto amor purgados,
Mi corazón consagro y pensamientos:
Lleva al puerto mi nave,
Y acoje mis deseos ya cambiados,

Ya mi supremo día se apresura:
¡Tal corre el tiempo y vuela arrebatado,
Virgen única y pura!
Y ora la muerte, la conciencia ora
Mi corazón azora.
A tu hijo recomiéndame, humanado
Dios, y hombre verdadero,
Y acoja en paz mi aliento postrimero.

El Congreso, don Gabriel García Moreno y la República

I

El congreso en las repúblicas es, o debiera ser la representación de la voluntad general de los ciudadanos que forman el cuerpo colectivo de la nación; es, o debería ser el mismo pueblo imponiéndose las leyes por las cuales quiere gobernarse, el pueblo del socialista ginebrino en la operación de hacer, reformar o pulir su *Contrato social*. Pero, así como Comte se ríe de la real existencia de tal contrato, así yo tengo mis dudas sobre si un congreso en las repúblicas es siempre la expresión o representación de la voluntad del pueblo. En una república virtuosa en que las cosas están todas en su punto, o en un falansterio de pura imaginación, bien puede ser ello cosa efectiva al pie de la letra; pero en una en que el pueblo no sabe lo que quiere, u otros se lo dan queriendo por curatela, o si algo quiere es vivir horro de obligaciones y sujeciones, es pura fantasía la representación de su voluntad en los congresos.

Lo que sí representan estos, y eso con la mayor exactitud e infalibilidad, es el estado moral y político que forma el espíritu general de la república: así el senado romano en los gloriosos tiempos de la suya representaba

fielmente en sí la fortaleza, constancia y severidad del pueblo guerrero, dominador del mundo; y en tiempo de los Tiberios y Nerones, no era sino la fiel imagen de la rematada corrupción a que vinieron todas las cosas en el vasto Imperio... En la gran república angloamericana, esta segunda Roma de la democracia y nueva Cartago del comercio, todavía el congreso no desdice de la majestad de su potencia; y es tan retrato suyo, que las dos Cámaras en que se divide representan los dos lados de su engrandecimiento; la una al pueblo tosco, pero activo e industrioso; y la otra al pueblo prudente y legislador de los Washingtons, Franklins y Hamiltons.

En nuestra república no hemos visto hasta ahora cosa como el senado romano y el congreso de los Estados Unidos de la América del norte, pues no hemos alcanzado la dicha de tener Catones ni Cicerones, Washingtons ni Franklins, o porque la tierra de suyo no los da, o porque ellos se producen con cierto cultivo que hasta ahora no entendemos; ¿cómo se compusieron las pequeñas repúblicas de la Grecia (con serlo más que la nuestra) para dar de sí sabios legisladores y prodigiosos héroes? Dicen que Roma formaba con su política los grandes hombres, y que la Grecia los brotaba de su suelo como autóctonos (hombres brotados de la tierra); mas no será tanta verdad esta, cuando la cimitarra turca, sin mudar el clima ni el suelo, ha mudado la producción de la más gloriosa parte de la tierra.

En mi opinión la moral, tomada esta palabra en toda la significación de la latina *mores*, es la nodriza de las naciones: cuando es robusta la nodriza infunde en ellas ese vigor y levantado espíritu que les endereza el ánimo y el propósito a las grandes cosas; lo mismo que cuando es flaca y viciosa, les infunde su misma flaqueza y vicios; viniendo a ser la moral para las naciones lo que la savia para los árboles, que echan corpulencia y lozanía, florecen y fructifican, cuando ella es buena y sana, y cuando no, se amenguan y marchitan. La prueba de esto la tenemos en casa: mejores son nuestras leyes que las de Atenas y Esparta, y con eso y todo nos gobernamos pésimamente, sin jamás ser capaces de alcanzar la proceridad y brillo de la una, ni la templanza, gravedad y fuerza de la otra. Esto manifiesta que las leyes son cosas escritas, y las costumbres el espíritu de las sociedades.

Si la moral es la nodriza de las naciones, como he dicho flaca y viciosa debe ser la nuestra, y de los peores el surco nutricio que alimenta la república, supuesto que la vemos tan marchita y abatida. Y pues estamos en tiempo de congreso no hay sino poner los ojos en esto para ver nuestro estado moral y político.

II

Siempre he vivido apartado de la escena política por cierto disgusto que me han causado sus cosas, proveniente del conocimiento desengañado de la pluralidad

de sus actores. Patriotismo, leyes, libertad republicana, dignidad nacional y personal, son cosas que he visto escritas en todos los periódicos y las he oído preferidas de todos los labios; pero en verdad no han sido más que ruido de palabras; interés personal contrapuesto al interés público, amor propio enemigo del de la patria, indignidad nacional y corrupción moral: esto sí, vivo y efectivo.

Exento siempre de los partidos políticos que no son sino grupos de intereses individuales, gravitando cada cual en su corifeo como en un centro común, y que solos forman el mundo político de la república como los torbellinos de Descartes el mundo físico, había yo visto pasar los acontecimientos de la nación si no con indiferencia, a lo menos sin tomar parte en ellos; cuando fui llamado, como diputado, a tomarla en el presente congreso.

Este había de reunirse en circunstancias singulares. El hombre raro que subió al poder por una revolución (camino trillado, o más bien atajo por donde más presto se llega a esa cumbre) había gobernado la nave de la república más como audaz y activo maniobrista, que como prudente piloto. Metióla por entre escollos que la quebrantaron, rompió velas y jarcias, y la entregó exhausta de provisiones a su sucesor. Dos infelices guerras fueron los escollos, leyes y Constitución las velas y jarcias rotas, y la provisión agotada la hacienda pública en desesperada bancarrota.

¿Qué se hace con una nave que tiene rotas las velas y jarcias, y quebrantado el casco? -Traerla al carenero, y repararla antes de hacer nuevo rumbo: la nave de la república tiene su carenero en el congreso, y en él debió repararse.

¡Es cosa de ver una república en que son castigados fuera de la ley los ciudadanos que quebrantan sus leyes, y aplaudidos los magistrados que las infringen! ¡Es cosa de ver unos legisladores que hacen leyes, guardianes y ejecutores de ellas, y cuando estos las violan, no lo llevan a mal; antes besan humildemente las sacrílegas manos de los violadores!

Sobre estas o semejantes extrañezas, en otro tiempo el ingenioso Larra escribía a su imaginario corresponsal estas agudas sátiras: "¿Cómo querías tú que un gobierno, que se queja de los excesos del pueblo, vaya él a cometerlos? ¿Un gobierno, que no puede como el pueblo disculparse con la seducción y la irritación de las pasiones, había de atropellar las leyes de que es guardián y ejecutor, con la misma facilidad que ese pueblo a quien castiga por haberlas atropellado? ¿Pues no ves que, si el gobierno hubiera atropellado las leyes para castigar los atropellos de otros, debería haber empezado por embarcarse él para Canarias, y decir: *¡marchemos todos francamente, y yo el primero, por la senda de presidio!*" diría el gobierno, y diría bien: "Yo no hice tal cosa, y si la hiciera, ¿qué diferencia habría entre los atentados del pueblo y los míos?"

Es mi opinión, y lo confirma la historia, que el amor y respeto inviolable de sus propias leyes es la fuerza y prosperidad de una república: quiten ustedes de ella este amor y respeto, y la verán andar expuesta, ya a la anarquía, ya al despotismo (exactamente como la nuestra), sin jamás hallar el camino de la paz asegurada y floreciente. Y este próspero imperio de las leyes ¿cómo puede jamás afirmarse en una república en que sus legisladores no las respetan, en que los guardianes y ejecutores de ellas las infringen? En esta tal república los ciudadanos también de su lado no estarán muy inclinados a respetar unas leyes desacreditadas por los mismos que las hacen y por los encargados de su inviolable observancia; porque *la obediencia*, según un apotegma de Teopompo, *es instrucción que viene del que gobierna.* Hasta los chinos se jactan de haber tenido un emperador que "gobernó como el cielo", esto es, con su ejemplo. Platón nos dice que, si por un feliz acaso de la fortuna la autoridad regia se templara con una razón cultivada por la filosofía, los hombres tendrían descanso de sus males; y el filósofo de Queronea dice lo mismo que el Ateniense, que serán dichosos los pueblos *cum reges philosopharentur, aut cum philosophi regnarent.*

Por lo que son las leyes, no nos falta a nosotros nada para ser felices, pues las tenemos excelentes: sino que falta que las sepamos guardar; y aquí está todo el principio, toda la estirpe de nuestros desórdenes y males. Porque en efecto, ¿quién se ajusta aquí rigurosamente

a lo que mandan nuestras leyes políticas? El congreso no, pues jamás hace todo lo que debe; los magistrados no, porque suelen hacer lo que no debieran; y tampoco los ciudadanos, porque estos bien obedecerían leyes, si no se cometiesen arbitrariedades. De ver que no nos gobiernan las leyes sino la voluntad de los que gobiernan, nos viene este espíritu de rencillosa parcialidad que turba continuamente el sosiego de la república. No echo yo toda la culpa, como suelen echarla, sino la menor parte de ella, a la porfiada comezón de los empleos; pues, si bien lo pensamos, esta procede de un principio no siempre tachable, cual es el interés personal, gran móvil que la misma naturaleza ha puesto en nuestras acciones, fuente de los vicios así bien como de las virtudes del género humano. Toda la dificultad está en concertar este individual interés con el general, para que de este concierto nazca la armonía de la sociedad. No está pues todo el mal en la afición de los empleos, sino en no saberlos desempeñar moderada y honradamente.

Si el congreso hiciera su deber y los magistrados el suyo, no echarían en saco roto los ciudadanos esta lección del ejemplo, la más eficaz de las lecciones; y entonces no hay duda, sino que las cosas de la república estuvieran todas en su punto, y la paz entre nosotros como en su casa.

No me parece tan bien castigar fuera de la ley las revoluciones cuanto desacreditarlas: con lo primero se las acredita dándoles en cierta manera fundamento;

con lo segundo se las previene haciéndolas detestables y escandalosas. Parecerá difícil desacreditar las revoluciones donde andan tan acreditadas; mas a mí no me parece tanto, y entiendo que lo podría conseguir un gobierno justo y moderado. Empero es nuestra mayor desdicha que la república sea toda de revolucionarios: revolucionarios sus legisladores, revolucionarios sus magistrados, y revolucionarios sus ciudadanos. ¿Quién no ha sido aquí revolucionario? A la revolución vencida la llaman *atentado*, y toda revolución triunfante se llama a sí misma *palingenesia*. Los que triunfan en una revolución y agarran un empleo, no quieren por nada que otros la hagan: cosa naturalísima; mas no lo es tanto que pierdan la memoria; y sin embargo les vemos luego hacer los olvidadizos, clamar contra los revolucionarios, poniéndoles los más feos nombres, como *peste del país, demagogos*, *insensatos*, etc. ya no hay quien los conozca; son hombres de paz, pero no tan mansos que no quisieran las leyes de Dracon para reprimir a los que intenten conmover la república, y a ellos de sus puestos.

III

Entre tantos conspiradores se ha levantado uno muy singular, conjunto raro de excelentes prendas y perniciosos defectos, que por los unos y los otros se ha hecho poderoso, y peligrosísimo para la república. De los que le vieron ciudadano, defensor fogoso de la libertad, mordaz censor de los extravíos del gobierno, unos presagiaban en

él un utilísimo gobernante, y otros tenían su mordacidad por sospecha temerosa de irreflexivo orgullo, enemigo natural de la prudencia y moderación que requiere el acertado manejo de los negocios públicos. Fue pues conspirador, Coriolano después, y al fin presidente de la república. Su singular carácter hubo de contrastar al punto ventajosamente con el de los anteriores presidentes, si exceptuamos a Rocafuerte a quien sobrepujaba en unas y no igualaba en otras prendas. Exento de vicios, despreciador de los placeres y trabajos, impasible al atractivo de las riquezas como el vencedor de Coriolas, a quien invitó a venir contra su patria con extranjeras armas; pero también como él "altanero, molesto y mal sufrido en las conferencias políticas", tomó la presidencia, no como regalo, mas como laborioso cargo. Puso la mano en todo, y como hombre superior lo absorbió todo en torno suyo: él solo gobernaba en el palacio y la república: Vicepresidente, Ministros, Generales, todo se eclipsó al lado de este *reverbero*. Dió muestras de justo y de cruel, de laborioso gobernante y de imprudente político. Como episodios de su gobierno, tuvimos dos guerras, o más bien dos batallas contra nuestros vanidosos vecinos; en ambas nos fue adversa la suerte de las armas; en la una perdió él de su decoro y del nuestro, acreditando de muy cierto el dicho de Catón el Mayor, que "hay grande diferencia entre estimar en mucho el honor (*virtus*), y tener en poco el vivir"; la otra más redundó en descrédito de un general, que no en el suyo.

Al fin, ya porque una cosa sea obedecer y otra mandar, ya porque el mismo tiempo es gran autor de mudanzas, vino nuestro antiguo tribuno a tanta trasfiguración, que era fácil le tomase por otro quien antes le viera ardiente defensor de los derechos del pueblo, censor fogoso de los desafueros de los gobiernos: casi todas las faltas que les censuró, no solo las cometió él mismo, pero se las excedió; la libertad de la imprenta que defendiera ciudadano, presidente no la pudo sufrir, y púsole mordaza; la libertad de sufragio era el dogma de la república que antes había defendido él con más calor que nadie contra sus apóstatas y renegados, y él mismo renegó también, sobrepujando a todos en lo descarado de la apostasía. Proclamó en fin la insuficiencia de las leyes, porque embarazaban su voluntad, y se alzó con la tiranía.

Entonces fue cuando vimos la voluntad de uno solo suplantar la de las leyes, la de todos los ecuatorianos, viciando completamente la república con este pernicioso ejemplo; porque a la verdad, la mala fortuna de dos batallas con el extranjero menguaba sí el honor de nuestras armas; mas la república quedaba en pie: pero la proclamación de la insuficiencia de sus leyes abría ancha puerta a la tiranía, y minaba el cimiento de la constitución republicana; porque, debilitado el imperio de las leyes, quedábamos en aquella incertidumbre que destruye la seguridad del ciudadano, el primero y más esencial de los derechos sociales.

Acreditada a esta insuficiencia, ¿qué había de esperarse, sino que vendría la voluntad de nuestros presidentes a suplirla?, y ¿qué libertad política le quedaba entonces al ciudadano, si esta consiste, como dice bien Montesquieu, en la opinión que cada uno tiene de su seguridad?

Como estas infracciones de leyes y Constitución han quedado no solo impunes, pero también aplaudidas, mañana tendremos otro presidente que diga ser insuficientes tales y cuales leyes, y las infrinja; mañana la rueda de la fortuna dará su acostumbrada vuelta encumbrando a los abatidos; estos proclamarán también la insuficiencia de las leyes, y entonces el primero que dió tan funesto ejemplo pondrá el grito en las nubes, con necio olvido de sí mismo; y sus favorecidos dirán que eso era bueno para él solo, o para el tiempo en que estaban ellos en los empleos. *Ubinam gentium sumus? quam rempublicam habermus?*

Mas no solo enseñó con el ejemplo a los presidentes futuros a quebrantar las leyes y la Constitución; mas también les mostró el camino de la impunidad; pues temiendo que el congreso le tomase cuentas de sus desafueros, desterró y persiguió a unos cuantos senadores y diputados, tan solo porque lo eran, y por no ser ellos de su parcialidad; siendo ésta la mayor, la más grave y trascendente de sus arbitrariedades.

Enseñados, pues, el camino y el efugio de la tiranía, dejó él el poder. Dejóle, pudiendo aun mucho por

temido; pero sin poder decir lo que Solón decía a su amigo Foco en estos versos:

"Salvé sin tiranía el patrio suelo,
Y sin usar de inexorable fuerza
Que mi brillante honor manchado habría:
Alzo por tanto sin rubor mi frente,
Y a todos los demás en gloria venzo".

Estando Pericles para morir, los amigos que le hacían compañía le recordaban su gloria, su poder y sus muchos trofeos y victorias; y él les dijo: maravíllome de que mencionéis y alabéis aquellas cosas mías en que ha tenido parte la fortuna, y dejéis sola dada la mayor y más excelente, cual es, que por mi causa ningún ateniense ha tenido que vestir luto. Nuestro expresidente, dilapidador de las rentas de la nación como Pericles, como él, amigo de las obras públicas y de la sabiduría, aunque no tan victorioso, no podrá decir en su hora postrera: por mi causa ningún ecuatoriano ha tenido que vestir luto.

IV

Tal gobernante y tal manera de gobierno ¿qué efecto habían de producir en la república?

Puédase decir de una nación que está floreciente, cuando la vemos adelantada juntamente en lo material, en lo moral y en lo político, o a lo menos en estas dos

últimas partes; una excelente escuela, unos caminos comenzados a hacer, son cosas buenas en su tanto; pero no constituyen por sí solas el floreciente estado de una república. No se moraliza esta con el temor que solo es buen medio para inclinar el espíritu general a la servidumbre: está bien en los gobiernos despóticos donde es su principio, y donde cuanto es mayor el *temor* de los súbditos al déspota, tanto más bien van las cosas por su camino. En las repúblicas todo medio que no tienda a enderezar el espíritu general a la virtud republicana, que es su principio, será pernicioso y corruptor, antes que fecundo y moralizador. Si esa virtud no es otra cosa que el amor de la justicia, de las leyes y de la patria, ¿cómo la habrá de infundir quien es injusto por arbitrario, contrario de las leyes por absoluto, y enemigo de la patria por uno y otro? "El lisonjear a la plebe por mandar", dice Plutarco, "es cosa indecente; pero el dominar haciéndose temible, vejando y oprimiendo, sobre indecente es además injusto".

Los que hicieron felices a las naciones no fueron los arrogantes y soberbios, sino los magnánimos y justos; no los Marios, Silas y Tiberios; sino, los Numas y Polícolas, los Trajanos, Antoninos y Aurelios que fueron llamados, *delicias del género humano*, no por la dureza, furor y crueldad, sino por su justicia y mansedumbre. Temístocles, Cimon y Pericles llenaron a Atenas de pórticos y demás superfluidades, y solo Arístides la encaminó y aficionó a la virtud.

En verdad yo no sé qué ventaja le lleve el hombre bravo y soberbio al manso y moderado, pues vemos que no están el valor y la excelencia del ánimo más bien colocados en la furia y presunción que en la moderación e integridad del alma. No está la excelencia del hombre, dice algún filósofo, en ser temido y poderoso, porque poderosos y temidos son también los huracanes y terremotos, y no sirven sino de daño: la excelencia del hombre está en la virtud, que es manantial de bienes imperecederos.

El divino Institutor del cristianismo no fundó la nueva ley con la espada, mas con la dulzura y mansedumbre; y esta ley admirable y fecundísima para el bienestar del género humano, esta ley de amor y caridad que encierra en sí toda la sabiduría divina, no ha podido aún borrar de las sociedades modernas el espíritu de las antiguas. Estas se inclinan más al poder que a la justicia, más a la dureza que a la mansedumbre; y la civilización moderna nos enseña a admirar más la gloria de los conquistadores y dominadores que la de los justos y pacíficos. Por manera que se le puede decir, respecto al espíritu político de las naciones cristianas, que el espíritu puro de los evangelios tiene su antagonista en el de los libros griegos y latinos, enseñanza clásica de la civilización moderna. Cuando nos disgusten los Napoleones y nos aficionen solamente los Washingtons, ya podremos decir que se nos ha infundido en el alma el espíritu de la divina sabiduría.

V

No son pues, señor don Gabriel García Moreno, el temor y la violencia los medios con que habíais de moralizar nuestra corrompida república. Si queríais corromperla más, hacerla a la servidumbre y constituiros en tirano, habéis escogido los más adecuados medios, y casi lo habéis conseguido; pero si en verdad deseabais el bien de nuestra patria y el vuestro, habíais de haber depuesto la arrogancia y tomado en su lugar la moderación, echando por otro camino, valiéndoos de medios que os hicieran amado y venerado más que adulado y temido, dando ejemplo de respeto por las leyes más bien que de insolencia y audacia en infringirlas, procurando infundir en vuestros conciudadanos, y especialmente en vuestros partidarios, dignidad y energía moral antes que *servilismo* y sumisión. Degollasteis unos descarriados prisioneros compatriotas vuestros (con vuestra espada, no con la de la ley), y vuestros partidarios os lo han aplaudido; hicisteis burla de la libertad del sufragio y de la república, y lo aplaudieron los que habían de sacar partido de esa burla; desterrasteis senadores y diputados con el propósito de alejarlos de las sesiones del congreso, y sus suplentes y algunos principales, que formaban la mayoría de un congreso republicano, se congratularon, y os agradecieron el golpe insolente dado por vuestra mano al Poder legislativo. Ved aquí vuestra obra, mirad el humor servil que habéis inoculado en todo el cuerpo de la república. Vuestro es el congreso, reina vuestra

voluntad en su mayoría; si en algo se os resiste podéis amenazarle con que le enviaréis una bota vuestra para hacerle obedecer, como ya lo hizo Carlos XII con el senado de Suecia. Yo os confieso que vine a este congreso como diputado, con el propósito de acusar los desafueros de vuestro gobierno, no con la torcida intención de dañaros, que en nada me habéis ofendido, y aunque lo hubierais hecho; sino porque estoy en la convicción de que es irrecusable deber del Poder legislativo conservar inviolable el imperio de las leyes que da a la república y traer a juicio a todo presidente que las infrinja. Empero vi la exuberante mayoría que teníais a vuestro mandado, que aplaudía los atropellos vuestros, y tuve por mejor salir de esa atmósfera de servidumbre que me oprimía el corazón, y exacerbaba en mi alma el dolor de ver la patria envilecida.

Siempre fue de más provecho para los hombres públicos la verdad franca que no la adulación y la lisonja; duélome de ver malogradas para la república, a causa de vuestra presunción y orgullo, y de la adulación de los serviles, vuestras grandes prendas. Publio Valerio, aquel émulo de Solón, que aborreció y desechó como él la tiranía (puesto que se la ofrecían), habitaba con magnificencia una gran casa que dominaba toda la ciudad de Roma, con que se hacía más notable su pompa a los ojos de la plebe: como fuese por muchos motejada esta grandeza, sin molestarse ni enfadarse con los amigos que se lo advirtieron, en una sola noche hizo demoler el suntuoso edificio. Al otro día el pueblo romano quedó

asombrado de la magnanimidad de varón tan modesto y condescendiente, le dió solar y le fabricó una modesta casa. En tanta manera creció con esto su autoridad, que el pueblo le obedecía contento, y le llamó *Poblícola*, esto es, respetador del pueblo. Imitad vos esta conducta de Valerio, señor don Gabriel, deponiendo esa soberbia y ese anhelo de querer gobernarlo todo a vuestro antojo: ahora estáis de mero ciudadano, mostrad que sabéis obedecer más que supisteis mandar; quiero decir, mostraos *respetador del pueblo*, y tendremos en vos un útil y esclarecido ciudadano.

VI

No fatigaré por más tiempo la atención de los que se hubieren dignado leer este escrito. De ellos me despido diciéndoles que esta es la primera vez que por la prensa declaro al público mi opinión sobre nuestras cosas políticas: a esta declaración me ha movido solamente el haber de explicar mi ausencia de la Cámara a que pertenezco:* pensar que mis palabras serán de algún

* Por fin esta va dando señales de mirar por la Constitución. Discutíase en ella el proyecto de poner la república en manos del señor García Moreno, hombre de quitar y poner presidentes a su antojo, creando para él el empleo vitalicio de General en Jefe, que lo había de ser de la república más que del ejército. Vean ustedes si se quería poner el pandero en manos de quien le supiese muy bien tañer. Es digna de aplauso la ilustrada minoría que triunfó sobre los *absolutistas* del proyecto, cuya había sido siempre la mayoría de la Cámara en todo lo que miraba al señor García Moreno.

provecho, no lo pienso; pues aunque la misma verdad se nos pusiera delante de los ojos, los cerraríamos para no verla. En algo estimarán mis ideas los que me conocen bien, porque las tendrán por sinceras y de buen propósito: los que no, bien pueden decir o pensar lo que les parezca, que no está en mi mano imponerles más justa opinión. Si alguno o algunos se ofenden de mis palabras, dígoles que tengo por mala toda ofensa; pero cuando para hablar en bien de la república hay que hablar en daño de otros, el hombre de recto corazón no se para en el temor de ofender a algunos, cuando ha de decir francamente la verdad provechosa a todos.

Justum; et ten acem pnopositi virum,
Non civium ardor prava juventium,
Non vultus instantis tiranni
Mente quatit solida.

Julio Zaldumbide
Quito, octubre 10 de 1865.

Una carta de la Real Academia Española de la Lengua a Julio Zaldumbide

Sr. D. Julio Zaldumbide
Académico correspondiente de la Española, Ecuador.

Madrid, 13 de junio de 1873

Muy Sr. nuestro y estimado compañero:

Con la confianza de tales, y el deseo y la obligación de promover el acrecentamiento de nuestra hermosa lengua, y común patria literatura, nos complacemos en dirigirnos a U. en nombre de la Academia Española y como individuos de su Comisión de Academias correspondientes Americanas.

En la entrega N° 14 de las *Memorias* de esta nuestra Academia se ha explicado ampliamente el alto objeto de esas Americanas y de su organización. En ella podrá U. verlo si acaso no estuviese ya de ello anteriormente instruido.

Desgraciadamente no ha llegado a establecerse la que, como hija, o más bien hermana de la nuestra, deseamos que se establezca en esa República; y sin perjuicio de dirigirnos en particular al Sr. D. Juan León Mera, para que invitando a U. y los demás Señores miembros, nuestros Correspondientes en ese Estado se sirva promover su creación, así como la propagación de los libros y textos

de nuestra Academia procurando de esta suerte la necesaria unidad en nuestros trabajos, nos honramos con hacer a U. directamente la propia invitación.

Abrigamos la seguridad de que esta será tan fructuosa como si a U. exclusiva o principalmente la dirigiéramos; y lo propio entendemos de todos y cada uno de sus ilustrados compañeros, sin despertar ni reconocer otra rivalidad que la que consista en mejor llenar cada uno (de uno y otro lado de los mares) y con más celo y mejor fortuna nuestra común tarea.

De las literarias de U., ya independientes de su carácter académico, ya principalmente de las que tengan este sello literario, de algunas notas biográficas suyas, para nuestros registros, de su propia fisonomía, (pidiendo a U. a este efecto su retrato); de cuanto en fin pueda contribuir a enlazar su nombre con el de esta Academia Madre, y con nosotros como sus hermanos; de todo pedimos a U. La más pronta, cabal y constante participación que le sea dable comunicarnos.

Todo nos será de gran precio, estrechando relaciones de fraternidad, que, sobreponiéndose a los estrechos, aunque respetables límites de la nacionalidad respectiva, formen otra Patria común más extensa y no menos ilustre y amada, entre los que, venidos de una raza, con una misma lengua somos hijos de la propia civilización.

Después de los trabajos de U. y de su cooperación para nuestro actual Diccionario y otro *general de la*

lengua española que aspiramos a publicar algún día, y en que se comprendan los de todas las Naciones que la hablan, recomendamos a U. se sirva contribuir al crédito y propagación de los libros y tareas de esta Academia, de los cuales le enviamos adjunto un catálogo. Esta Academia como toda corporación y señaladamente las literarias, es poco apta para mercader. No quisiera, pues, aventurarse a especulaciones, cuyos gastos tampoco le sería dable sufragar, por lo mismo que aun para dar a la estampa sus trabajos no cuenta más que con modestos recursos de su venta. Mas lo que para ella sería aventurado, y acaso imposible, tal vez resulte hacedero y aun fácil y a poca costa, si de todas y cada una de las Repúblicas y Academias hermanas se le hace un pedido, y más si este fuese periódico y constante (que es lo que principalmente interesa, aunque por de pronto, no sea muy copioso); quedando después a cargo ya de las futuras Academias, ya de nuestros dignos Correspondientes, distribuirlo y vigilar cuidadosamente sobre su realización. Hásenos dicho aquí por ilustres patricios Americanos que sería posible que de algunos Gobiernos y aun tal vez de algunas Municipalidades, pudiera obtenerse cooperación en este sentido, si tuviéramos la suerte de contar en esos diversos Estados con personas y medios aptos para solicitarla y conseguirla. Esto, a la verdad, no es asunto para que esta Academia lo promoviese por sí, ni aun en su nombre nosotros, si directamente hubiese de

pedirse a esos Gobiernos; mas en la confianza de amigos y compañeros, bien podemos hacerlo a Uds. por lo mismo que nada pedimos para nosotros, sino en *beneficio de las letras*, caro objeto de unos y otros; y para que consultando el provecho literario que de ello pueda resultar a ese país, hagan Uds. en el particular lo que la posibilidad permita, y la prudencia aconseje.

Con esta confianza, que repetimos, damos punto a esta comunicación, abrigando también la de que ella abrirá la puerta a relaciones recíprocamente útiles y satisfactorias. Y entretanto, complaciéndonos en haberla iniciado, y ofreciendo a U. nuestras casas y servicios en España, nos repetimos en ellas, muy deseosos de emplearnos en su obsequio, afectísimos amigos atentos servidores y compañeros.

Presentado a la Academia
por J. M. Torres Caicedo

J. B. S. M.
Mariano Mora de Torres
Director

Cartas del señor don Julio Zaldumbide al señor don Juan León Mera

Tomadas, como toda la correspondencia incluida en este volumen, de las *Memorias* de la Academia Ecuatoriana correspondiente de la Española

Nueva Serie: Entrega-decimocuarta-dic. de 1933 Quito-1934

Querido amigo mío:

Estos dos días pasados los he empleado enteros en pasear a caballo por el campo, y esta es la razón que me disculpa de no ocuparme en este correo de la "Leyenda".

Acaban de darme la "Epístola" de que U. me habla en su carta. Me gusta en general tanto por su mérito como porque la merecen los frailes; mas siendo esto así, y conociéndolo U., es muy extraño que use del anónimo.

La he leído una vez, y noto estas cosillas: 1ª ¿Por qué llama U. Polinac a su Mecenas? El Mecenas español es Fabio, y si U. no quiere que sea Fabio, bautícele siquiera con un nombre español y no francés, como parece el de Polinac. 2ª *En antaño* dice U. cuando debiera decir *antaño* solamente. 3ª *Le halla la noche, y le sorprende el día*: estoy casi seguro de haber leído este verso en algún poeta. 4ª Dice U. que los *frailes se tragan sin escrúpulo la forma como una oblea común*, como si la oblea fuese cosa de comer. 5ª Más abajo hace U. *árbol al salvaje arbusto y pestilente ruda*. 6ª Por decencia no debe U. nombrar *eructos* en su epístola.

Cierro aquí la carta porque es hora de cerrarse la oficina de correos.

Hasta el correo próximo.

(Julio de 1857).

Quito, 29 de Julio de 1857

Estimado amigo mío:

Comienzo desde este correo a enviar a U. mis observaciones sobre su "Leyenda". Para mayor claridad, me propongo examinarla capítulo por capítulo. Principiemos por "La inspiración".

No me parece bien que U. se presente como un *haravec* indio para referir sucesos de la época remota de los Incas. Es chocante, inconducente e innecesario. Para poner en boca de un *haravec* esa relación, es menester, entre otras muchas circunstancias, la de que ese *haravec* sea ciertamente tal, es decir, un indio poeta, y de aquellos tiempos, y que no se llame León Mera. Chateaubriand, al escribir su Atala, no tuvo por conveniente hacerse el indio, ni el Tasso se hizo cruzado al cantar a los cruzados. Con solo decir lira donde dice *tinya*, y poeta donde dice *haravec* queda "La inspiración" purgada de este defecto (porque defecto es a mi juicio).

Nada más tengo que añadir sobre este trozo, que es muy armonioso, no solo en el orden y encadenamiento de las ideas que contiene, sino también en sus versos.

Capítulo 1º

Muy bello es este capítulo: ¡qué bien llama U. la atención y prepara el ánimo del lector a lo que va a referirle! ¡qué cuadro tan oportuno, sencillo y claro de la situación en que las cosas estaban al dar principio los sucesos de su "Leyenda"!

Pero entre tanto verso bueno, encuentro algunos malos y otros pésimos.

"Con *legítimo título* ocupaba". -Asonancia insoportable.

"*Se escondieron* al grito de la guerra". -Prosaico.

"Esclavitud y *ruina amenazaba*". -*Ruina* tiene naturalmente tres sílabas, pues se pronuncia *ruína*, y es dura la contracción.

"Y la *opu*lenta y *popu*losa Quito". -Pu, po, pu.

"Forjando el *tumi* y la *crüel chingana*". -Epíteto impropio.

"Y do se escucha el belicoso *ruido*". -Duro por la contracción de *ruí*. Puede decirse con más armonía: Y do se escucha el bélico ruido.

"Va a llegar... ha venido... trae armas... le envía el Inti... trae gente... viene... oro quiere... &." -Insoportable por la falta de clímax. Debe decirse: va a llegar, trae armas, trae gente (el viene es superfluo), le envía el Inti, ha venido, oro quiere, &.

"Y el *ruido* de la guerra presto acallan". -Si no se pronuncia *rúido*, siempre es áspera la sinéresis.

"Es el único libro en que *repasa*". -Qué repasa?
"Rompe el labriego el seno de los campos,
Y en vez de abrojos o de estéril grama,
En la campiña do el maíz abunda

Realizarse contempla su esperanza". -El 2º verso queda, como suele decirse, en el aire, si no se dice de este modo:

"Rompe el labriego el seno de los campos", -Y en la campiña, do el maíz abunda -En vez de abrojos y de estéril grama, -Realizarse &. Así habría enlace en 1as ideas.

"...se escucha
El dulce son de la amorosa flauta,
Que entona el triste yaraví del indio,
o su voz &." -Gramaticalmente el posesivo *su* no se refiere al sustantivo *indio*.

Suspendo aquí mis observaciones para darle las gracias por las que U. ha hecho sobre una de mis composiciones. Y ya que ahora las tengo a la vista, quiero hablar algo sobre algunas de las que me parecen injustas y de alguna importancia.

Lo primero que nota U. en la referida composición, es la repetición inútil de una sola idea. No convengo en que esa repetición sea inútil. Desde el primer verso hasta el hemistiquio del quinto no hay tautología alguna, sino una expolición, a mi juicio, propiamente usada; y en los demás versos en que U. observa la misma tautología, no la hay tampoco, porque si allí la hubiera, la habría también en casi todas las composiciones en que

hay una idea dominante, pues en composiciones tales todas las ideas accesorias, unas por esto, otras por aquello, significan la misma cosa que la idea dominante.

Tampoco existe la contradicción que U. nota cuando digo que ella veía venir la muerte con serenidad, y que cubría su faz la sombra de resignada pena; porque una cosa es el miedo y otra la pena, y bien puede uno estar triste al mismo tiempo que sin miedo, y mucho más si esa tristeza es resignada.

"Y luego", añade U., "¿cómo se puede tener pena ninguna al ver por las puertas de la eternidad la clara luz de la mansión del cielo?" -Decir de una madre moribunda, que, a pesar de que va al cielo, siente el separarse de sus hijos, que quedan en la tierra, es, no sólo racional, no sólo humano, sino también hermoso, porque no hay otra manera mejor de expresar, de hacer sentir el amor maternal.

Todo lo que U. dice ser más propio de un discurso moral que de mi composición, está en su propio lugar. ¿Por qué quiere U. darme el *dolor fuerte* de que habla Hermosilla? Yo no hago más que contemplar el triste cuadro de una madre que expira en medio de sus hijos, y todo aquel que contemple semejante cuadro, no será poseido de un dolor frenético, sino sólo de tristeza, y de una tristeza reflexiva que naturalmente le incline a meditaciones filosóficas.

"Bien como el árbol" &. -Observa U. que con el *como* bastaba: claro está que bastaba, pero se le añade el *bien* por elegancia. No tengo otro ejemplo en la memoria que este de la Avellaneda:

Bien cual la docil nave
Que sus tendidas flámulas presenta
A todo libre viento,
Al impulso süave
De todo generoso sentimiento
Mi pecho se ofreció, &.

"En el éxtasis santo en que los cielos - Giran embebecidos, contemplando - La augusta faz sin velos - Del que sacó los mundos de la nada".

Aquí no acierta U. a dar con el significado de la palabra *cielos*, y dice que no pude haberla tomado por los espíritus celestiales, porque estos no son cielo ni giran, ni por el espacio, porque tampoco este gira ni puede embebecerse en nada. Puedo haber tomado la palabra *cielos* por tres cosas: por los bienaventurados, tomando el continente por el contenido; como cuando digo: están las ciudades espantadas, los espantados no son los edificios sino sus habitantes; por la mansión de los mismos bienaventurados que se compone de cinco u más cielos según la opinión vulgar; y en fin, por los espacios,

y para que U. vea que los cielos, en este sentido, giran, le citaré dos ejemplos:

Traed, cielos, huyendo
Este cansado tiempo &.

Herrera.

Y el cielo, vueltas dando,
Las horas del vivir le va hurtando.

Fr. Luis de León.

Si a U. no le parece bien que se diga que los cielos se embebecen en la presencia de Dios, qué le parecerá la sublime pintura que de Jehová hace la Biblia, diciendo que la luna y el sol huyen ante su lanza? Aquí tiene U. a Dios con lanza en ristre, y a la luna y al sol huyendo de ella como si hubiera desavenencia entre los tres.

Mas esto se alarga ya más que yo quisiera.

Cómo corre su vida, amigo mío? qué ha hecho de nuevo? qué piensa hacer? Cuéntemelo todo.

Hasta el próximo correo.

Suyo de corazón

Quito, 11 de Agosto de 1857

Muy querido amigo mío:

Dando a U. las gracias por el examen que ha hecho U. de mis dos composiciones, continúo con el de su "Leyenda". Y quiero advertir a U. aquí, una vez por todas, que voy escribiendo en mis cartas solamente aquellos defectos que más saltan a la vista, y que están sólo en la forma de los pensamientos, pasando en silencio los que hallo en el fondo y conjunto de cada capítulo, y todo aquello que me parece, según mi gusto, que estuviera mejor de otra manera. Una vez limpia la superficie de su "Leyenda", podremos bucear con más facilidad por el fondo de ella.

Capítulo 2º

"Es una noche de aquellas

.....

Donde lucen las estrellas &." -La noche es el tiempo, no el lugar donde sucede alguna cosa; por esto debió decirse: *en que* lucen &. Este *donde* se repite con frecuencia y con la misma falta gramatical por todo el capítulo.

"*Donde* la luna convida

Con su luz al caminante &." -A qué le convida? a caminar? Si esto quiso U. darlo a entender, hay que meditar para entenderlo.

"*Donde* con voz conmovida

Exhala el alma y la vida

En su canción el amante." -No siempre que está serena la noche cantan los amantes, ni es atributo de una bella noche la canción del amante. Si se quiso decir que era una noche en que los amantes cantaban más amorosamente que nunca, no se expresó con claridad el pensamiento. Es muy vulgar, además, aquello de "Exhala el alma y la vida".

"Y *donde* el ánima encuentra

Albergue seguro, mientras &." -Y en qué especie de noche teme el alma ser expelida de su domicilio?

"Se entrega a la honda abstracción". -Duro por el amontonamiento de sinalefas.

"Y en su face cristalina

El follaje se retrata &." -*Follaje* no solo significa el conjunto de las hojas de un árbol o bosque, y así debe determinarse su aplicación.

"Con su corazón y su *hado*." -Verso prosaico. Es preferible el hiato a la sinalefa entre la penúltima palabra y la última, cuando esta es bisílaba o monosílaba, y mucho más si tiene *h* al principio de dicción.

"Es flor que marchita,

Deshace y agita &." -Agita y deshace.

"Se mira un bosque sombrío

Donde el *follaje* &." -Cuyo *follaje* para mayor claridad.

"Y en lo más oculto *allí*." -Ripio.

"Pero que ya hubo sentido &." -Es prosaico el verso, y la sinalefa de *ya hu* durísima por ser ya palabra enfática y monosí1aba.

"Su nariz *proporcionada*." -Prosaico.

"Bella su boca y rosada

Ya exprese dolor y quejas,

Ya sonría enamorada." -Ría o llore, la boca rosada lo es siempre, y es excusada la advertencia. Además; quién expresa dolor, o sonríe enamorada? Parece que la boca; pero en tal caso tenemos una boca *enamorada*.

"Titu ve el pié que liviano

Deja en la tierra su sello". -No me parece tan liviano un pié que *deja su sello,* no en polvo ni en cosas blandas, sino en *la tierra*, es decir en cualquier suelo. Es prosaico, además, el verso "Deja en la tierra su sello".

La descripción de Cisa es demasiado minuciosa.

"Es en fin esa mujer

Tipo de indiana hermosura;

Y dióle también natura &." -Ripio.

"Y camina, corre, vuela,

Cual ave al nido que ama,

Cuando su hijuelo reclama

Que del alcotán recela

Posado *allá* en otra rama". -No es muy copulativa la conjunción y en el lugar donde se halla. Además; quién recela del alcotán? el hijuelo por el relativo que; pero en este caso debe ser él quien reclame a su madre, y no ella a él, pues que ella no recela de nadie. El verso último es áspero y prosaico.

"Junto a una tola que cubre

.....

Viola y fumaria salubre". -Cubren por la concordancia.

"*Yace* un joven, anheloso

De que su canto &." -Mal se avienen el verbo *yacer* con el adjetivo anheloso. Si Titu reposara tendido, dicho verbo estaría propiamente usado.

"De la luna un débil rayo

Su gran penacho ilumina

De plumas de papagayo,

Y en negligente desmayo

Sobre su frente se inclina". -Quién? De la luna el débil rayo.

"Su faz en parte se *ofusca*". -Es decir, se trastorna, se turba.

"Ya su vista inquieta busca

Algo en el bosque, ya brusca

Clava en el alto celaje." -Se *clava* debe decirse. Se ha tomado impropiamente *celaje* por *cielo*. La noche no tiene celajes.

"Y en sus cejas levantadas,

En su nariz comprimida &." -Ridícula caricatura.

"Inquietudes que *agitadas*

Arrastran su alma y su vida." -Inquietudes *agitadas*. Ambos versos prosaicos.

"Pero canta, y su canción

Atrae a Cisa, y tal vez..." -Este *tal vez* está allí nada más que por consonar con *pez*. No fuera inútil si dejara entrever algo del sentido cortado por los puntos suspensivos.

"Por qué no has pronto acudido?" -Prosaico.

"¡Ay! cuánto sufre quien ama

A quien esquiva le ha sido." -Si ya no lo es, no hay motivo de sufrimiento.

La disculpa que Cisa da de su tardanza es frívola, porque esa tardanza no fué cosa ni de un segundo.

"Deja a Toa su fortuna". -Qué fortuna.

"*Jamás* la lumbre del día

Te sorprenda en compañía

De tu desgraciado amante". -Titu teme a Toa que anda por allí, y tiene razón en despedir a Cisa; mas no la tiene para decirla que *jamás* la sorprenda el día con él.

Estas últimas quintillas tienen energía, y son fáciles y llenas. Pero una de ellas, tal vez la mejor, tiene este verso:

"Que en *nuestro* contorno giran." -Debe decirse: Que en contorno (y mejor: en torno) de nosotros giran. Y luego este otro: "Nos oyen, palpan y miran", donde se ve que las sombras impalpables palpan. Además de esto, con qué objeto las sombras de los padres de Titu habían de palpar a los dos amantes?

Hay algunos defectillos más en lo material de los versos; no los noto por insignificantes.

Capítulo 3º

Este es uno de los mejores capítulos de la "Leyenda". Es todo un cuadro de familia indiana que un pintor trasladaría al lienzo como si de otro lo copiara. Es un cuadro en que, sobre ser bueno el colorido, todas las figuras tienen la actitud correspondiente.

Veamos algunos defectos.

"En esos tiempos en *donde*" - El mismo caso del otro *donde*.

"Sentado un anciano *yace*" -Uso impropio de yacer.

"Como el *dios* astro *divino*". -Alabarda sobre alabarda.

"Que rara vez deja verse

Aun de sus fieles amigos" -Prosa pura.

"Raba, su esposa, *se* mira

.....

... sentada". -Lo cual quiere decir que Raba se mira y se remira sentada &. El impersonal *se* requiere la partícula *a* antes de *Raba*: se mira a Raba sentada.

"Porque ambas a dos el cielo

Identificarlas quiso" -Debe decirse: a ambas a dos el cielo &.

"Dedicada a sus quehaceres,

Enemiga de atavíos" -Prosa ruin.

"Cerca de ellas una joven &." -Es decir, Cisa cerca de las hijas de Raba &., lo cual da a entender que Cisa no es hija de su madre.

"Que había *recién* dejado" -El adverbio *recién* se usa siempre antepuesto inmediatamente a los participios, mas no cuando éstos van acompañados del auxiliar; y así se dice: *un recién llegado* &.; y nunca puede decirse propiamente: *había dejado recién*, y este es el caso del verso citado.

"Desde entonces, *hermanita*" -Vulgar.

"Yo *iré* siempre con mi amigo" -Muy vago significado tiene aquí este *iré*. El sentido del verso es: será mi compañero inseparable. Esta idea será más bien expresada si se sustituye *andaré* a *iré*; pero de ambos modos queda vulgar y prosaico el verso.

"Que el mancebo Tarco siempre

Le ue también repulsivo." -Prosa ruin.

Una circunstancia repentina me obliga a cerrar esta carta en este instante.

Su sincero amigo.

Quito, ... de Agosto de 1857

Querido amigo mío:

Ruego a U. me dispense esta vez de la interrupción de mi examen sobre su "Leyenda". No quiero hacerlo en esta carta, porque estoy de un humor tal, que me fuera imposible distinguir lo bueno de lo malo. En cierto estado de ánimo todo es desabrido, como los sabores en la lengua del enfermo. Feliz U. que no conoce este desabrimiento, este desencanto de todo.

Me preguntaba U. en una de sus cartas qué hago o qué pienso hacer: en cuanto a producciones literarias, nada por lo pronto. Pienso tornarme agrícola dentro de poco tiempo en una remota montaña. Allá será otra cosa. El retiro, la amena naturaleza, y la tranquilidad del alma templan la lira; y eso tiene U., yo no lo tengo.

Sobre su poema en proyecto, nada puedo aconsejar a U., porque no sé si la historia de Huaina-Cápac sea asunto para poema épico; pero mucho me alegro que U. acometa esta clase de empresas.

Felicito a U. por su nueva "Epístola".

Hasta el correo siguiente, querido Mera.

Quito, 2 de Setiembre de 1857

Muy querido amigo mío:

En el correo pasado dejé de escribir a U. por alguna ocupación; pero en el antepasado no he dejado de escribirle, aunque U. ha dicho lo contrario al Dr. Cevallos, pues yo personalmente he puesto mi carta en el correo. Felizmente esa carta interrumpía la serie de mis observaciones sobre la "Leyenda", y no contenía sino cosas insignificantes. Si U., sin embargo, se toma la molestia de ir a buscarla en la oficina de correos, es probable que la halle. Si mal no me acuerdo, hablaba a U. en esa carta sobre su proyecto de componer un poema cuyo héroe sea Huaina-Cápac; y felicitaba a su musa por su nueva "epístola moral".

Vamos a la "Leyenda":

Capítulo 4º

La joya de este capítulo es el diálogo de Pacoyo y Human; el resto, en general, me parece inanimado. Los términos de aquel diálogo son bien adecuados a las personas, al carácter de ellas, a su situación, y al tiempo en que vivían; y los versos tienen cadencia y animación.

Notemos algunas manchas.

"De la envidia le dan al aquilón &." -Cuál es el sujeto de *dan*? Nadie puede ser sino *los caprichos*, pero esta palabra se halla en caso oblicuo, y en la estrofa anterior.

"Y en sus glorias demanda compasión" -A quién y por qué demanda *compasión*? Quísose decir que el mortal aun en medio de sus glorias es infeliz y sufre; pero no todo aquel que sufre demanda compasión, y en caso de demandarla, a alguien se la había de demandar.

"Y el tiempo vuela, y crece su amargura

En su eterno, fatal, rudo vaivén" -Este *vaivén de la amargura* es cosa de mal gusto.

"Mientras el hierro aguzan *con que presto*" -Lo que subrayo hace prosaico al verso.

Toda esa larga enumeración de lo que con los hombres hacen los caprichos de la vida, está allí sólo para decir que, *desterrando la inquietud van calmando* (esos caprichos) *la vejez del Amunta de goces efímeros y de mil esperanzas*; pero qué esperanzas y qué goces son estos?

"Apurando con ellos *hasta el fin*." -Prosaico.

"Melancólica vese una expresión" -Verso embarazado.

"Si al mortal del mortal dado le fuera

Cuanto en *su* alma se oculta conocer" -*Su* alma del mortal. Debe escribirse *el* en vez de *su*.

"Que *en* su abrigo la blanda tela emplea" -*Para* en vez de *en*.

"El mirar perspicaz de aquel guerrero

Que la muerte no pudo destruir." -El relativo *que* no determina si el guerrero no pudo destruir a la muerte, o si la muerte al guerrero. Mucho cuidado hay que poner en estos relativos para que no den ambigüedad al pensamiento.

"Cuánto, cuánto pudiera descubrir" -Verso lánguido.

"*Ni aun a él* mismo le es dado penetrar" -Dos sinalefas durísimas.

"Relucha ¡ay! con su fatal destino" -Hay que abrir mucha boca para leer este verso.

"Y *su* lumbre que al suelo derramaba

De la aurora las perlas absorbía" -Muy a menudo emplea U. el posesivo en lugar del artículo.

"Venir*me* a hacer acaso &." -Venir a hacerme &.

"Si algo quieres del cielo que te diga" -Que del cielo te diga.

"En señal de mi duelo y mi querella" -A golpe de ojo se echa de ver que esta *querella* está allí solo en fuerza del consonante.

"...Como crece al pié del roble

Ya viejo otro árbol cuya frente noble

Aun no el furor del viento ha sacudido" -*Noble* está en éste como *querella en* el otro verso. Los dos últimos, además, son lánguidos y embarazados.

"La planta del arroz, del *maíz* el grano" -Cuando el acento cae en la más débil de dos vocales unidas, es más natural la diéresis que la sinéresis, porque si se las

pronuncia en una sola sílaba, suena más la más fuerte, y parece que ésta llevara el acento. Esto sucede en *ruido*, *ruina*, porque siendo la *i* más débil que la *u*, al pronunciarlas en una sílaba, nos parece oír *rúido*, *rúina* en vez de *ruído* y *ruína*. En *viuda* es más natural la sinéresis, porque sin *separar* las dos vocales, suena el acento donde debe sonar. (Pongo el ejemplo de estas palabras, porque ya una vez hemos hablado de ellas). Ahora bien, si la diéresis es más natural que la sinéresis en *ruido*, siendo la *u* y la *i* vocales débiles, qué será en *maiz*, en que concurren la *a* y la *i*, la primera la más fuerte y la segunda la más débil de las vocales? Si no usa U. de la diéresis, sonará siempre *maíz*, a menos de no hacer una violenta contracción.

"Y sus votos repíte*le el* anciano,

Y todos a una, y loco de contento

Le abraza Amaru &." -Qué es lo que hacen *todos a una*? Para evitar la cacofonía del primer verso, se puede decir: Repítele sus votos el anciano.

"Que sólo ellos pudieron comprender" -Prosaico.

"Quien sabe el fuego del amor sentir" -Qué quiere decir eso de *saber* sentir el fuego del amor?

"Cuando descubre de su amor la *fé*" -Quisiera que U., sin ver el diccionario, me diga lo que quiso decir en este verso.

"Ni aun se puede formar la fantasía

Belleza igual con su poder *precoz*" -Es decir, con *su poder desarrollado antes de tiempo*.

"Ni hay licor, ni hay panal, ni hay ambrosía

Más sabrosa y más dulce &." -La concordancia requiere el plural masculino en *sabrosa* y *dulce*. Además, cualquiera cosa es más dulce y sabrosa que el licor, bebida alcohólica infernal

Dice U. o a lo menos lo da a entender que Titu y Cisa se casarán en la fiesta de Anta-Citua, pero que primero irán Titu y Amaru a cazar, y enseguida se celebra dicha fiesta, después viene la caza, y nunca llega el matrimonio.

Más pudiera añadir sobre este capítulo; pero, como tengo dicho a U., no estoy haciendo ahora un examen crítico, hablando rigorosamente, de su "Leyenda". Si yo cediera a mis tentaciones, alteraría el plan que me he propuesto seguir. Esta es una ojeada, nada más; después vendrá el examen.

He remitido tres piececitas a la "Gaceta Mercantil"; véalas si llega a sus manos ese periódico.

Nada más tengo que añadir, sino es asegurarle del afecto de su amigo.

Quito, 9 de Setiembre de 1857

Querido amigo mío:

Recibí su estimable, a la que contesto con mucho placer.

Algo tengo que decir en defensa de esas observaciones mías que U. nota de injustas. En el verso: "Deshace y agita" (el viento a una flor) observé que se había invertido el orden lógico de las ideas, o más claro, que había usado U. con poca oportunidad de la figura llamada *histerología*. Hermosilla... para ejemplo de una buena histerología, cita el *moriamur et in media arma ruamus* de Virgilio; y dice en seguida que este desorden en las ideas solamente es hermoso cuando uno está agitado de una pasión vehemente, y en todo otro caso es un defecto. Compare U. ahora la ocasión en que Virgilio usó de la figura con la en que U. la empleó, y vea lo que va de la una a la otra.

Sustituyendo *vejez* a *muerte* en los versos:

"El mirar perspicaz de aquel guerrero.
Que la muerte no pudo destruir",

resulta mayor oscuridad por hallarse el relativo *que* más cerca a *guerrero* que a *mirar*.

Quise saber lo que U. quería decir en el verso "Cuando descubre de su amor la fé", porque la expresión era vaga y susceptible de varias interpretaciones, lo cual es ya un defecto. Parece a primera vista, y más naturalmente, que *fé* está allí por *confianza*; pero, como se echa de ver luego, o más bien se adivina, que U. no daba tal acepción a esa palabra, se pierde uno en vagas conjeturas. El sentido que U. da al verso le es enteramente inaplicable. Si digo: descubro la fe de mi amor, ¿por dónde va U. a entender que yo doy *testimonio* de mi amor? y si digo: la *fé de* Dios, cómo ha de pensar U. que lo que quiero decir es, que tengo fé *en* Dios? Así, pues, el "cuando descubre de su amor la fé" no equivale al cuando *da un testimonio claro de su amor*, y mucho menos al cuando descubre *que tiene fé en su amor*, interpretaciones forzadas que quiere dar U. a ese verso vago que merece una sustitución, porque no merece ser conservado con empeño.

Cuando observé que, habiendo dicho U. que *Titu y Cisa se casarían en la fiesta de Anta-Citua, pero que Titu iría primero a cazar, no sucedía la cosa en el orden anunciado; no fué mi intención el criticar que nunca esos amantes se casaran, y aunque escribí: y luego viene la fiesta, después la caza, y nunca el matrimonio*, esto último añadí en vía de chanza, sin pensar que U. lo tomaría como crítica: solamente quise que U., o hiciera preceder en el anuncio la fiesta a la caza, o colocara el capítulo de la caza antes del de la fiesta, cosa que no se ve en la "Leyenda".

Si insisto de nuevo en esto, créame U., Mera, no es porque quiera yo que la justicia quede a todo trance de mi lado; y si en el curso de mis observaciones nota U. que a veces uso de la burla, ruego a U., no lo tome en mala parte: solamente la empleo por buen humor, o porque salten a la vista más al golpe los defectos.

Capítulo 5º

El soneto con que principia este capítulo es hermoso, es todo un soneto; todo lo restante es indigno de tan buen principio: y necesita una refundición. No quiero entrar en pormenores, porque, fuera del soneto, todo me parece flojo, desabrido y pueril. Se me figura ver en este capítulo la quimera de la fábula, cabeza y melena de león, cuerpo de cabra y cola de dragón, o el escuerzo de quien se dice que lleva en la frente una esmeralda.

Capítulo 6º

Es el mejor de todos los de la "Leyenda". El colorido es fuerte y hermoso, los versos nervudos y resueltos, el contraste de esta sombría escena con la animación de la pasada fiesta es de grande efecto. Cuando examine el fondo de la "Leyenda", examinaremos también con más extensión todas las bellezas que animan y exornan este capítulo.

Tiene estos lunares:

"Una choza se vía de amarillo

Sigse cubierta y espinosos pencos,

Confundida yacía &." -El *vía* del primer verso y el *confundida yacía* el tercero, forman un *ía ía* insoportable.

"*Su talla esbelta y gigantesca había*

De los años cedido al grave peso,

Y doblegado yace como un sauce

Al impulso continuo de los vientos." -El *doblegado* debe concertar con *talla*. El verbo *yacer* no está allí muy propiamente usado. Parece que el último verso se refiere a la talla del *Cuchipata*, y no al sauce. Si se dijera:

Y doblegada *yace* como un sauce

Que el soplo encorva de continuos vientos,

no hubiera entonces lugar a una equivocación.

"Frugalidad, y en fin, *él* se presenta" -No hace falta el *él*.

"Ella sola es *la diosa* a quien él ama" -Yo en vez de *la diosa* escribiera *el ser*.

"Dado no *le* es *el* resistir al viejo" -*Le* y *el* están por demás.

"... y su espaciosa frente

De *rosa* a *lividez* pasa muy luego" -Gracioso modo de querer decir que su frente ya era de color de rosa, ya lívida. *Muy luego* es prosaico.

"Está de pié cabe la hoguera, y no *osa*" -Intolerable, pues que está al fin del verso.

"Han despreciado *el* amador mancebo" *-Al*.

"De sus labios

Mustios dejando resbalar un gesto" -Peregrino resbalamiento.

Cevallos me encarga de decir a U. que no le escribe por estar enfermo, y que no se halla la carta de que U. le habla.

Cuando me remita el plan de su proyectado poema, hablaremos extensamente de él.

Su afectísimo amigo.

Quito, 23 de Setiembre de 1857

Querido amigo mío:

He tenido el placer de leer su nueva "Epístola", aunque menos me agrada ésta que la otra: en ésta hallo tal vez más ternura, pero la otra tiene más limpieza y desembarazo de ejecución, y más facilidad en los versos, cualidades que debe tener toda Epístola, si ha de ser buena.

Vamos a la "Leyenda":

Capítulo 7º

"La caza"

En el segundo espurgo que he de hacer, si U. me lo permite, de su "Leyenda", hablaré a U., de los defectos principales que hallo en este capítulo; ahora solamente quiero hacer notar a U. que sus silvas son generalmente lánguidas por la continuidad de períodos demasiado largos. En cuanto a lunares, encuentro los siguientes:

"Allá tras el Pichincha &.

.....

Que el fuego en mil balumbas lanzaban sus entrañas" -El relativo *que* no sólo es inútil e inoportuno, sino que

embrolla además el sentido. La claridad y la gramática exigen que se diga de esta manera: Allá tras el Pichincha, cuyas entrañas lanzaban el fuego &.

"Que vió de los indianos &." -*Indiano* e *indio* son diferentes: *indio* es el nombre gentilicio, *indiano* es lo que pertenece al indio ú a la india. Vea U. el diccionario.

"Y el aromo color de fuego vivo" -Dudo que U. pueda llamar buenamente *aromo* a la flor de este árbol; además, la flor no tiene color de fuego vivo, pues es amarilla. Falta también la preposición *de* antes de color.

"Del imperio volátil es *potente*" -No necesita de comentario este *potente*.

Capítulo 8º

"La tempestad"

Este capítulo tiene bellos versos, y estos lunares:

"Y los rayos de luz que despedía (el sol)

Fatigaban al mísero mortal" -El epíteto de *mísero* dado aquí al mortal es impertinente, porque nada tiene que ver la miseria del hombre con el calor del sol.

"Esparcía su fresco celestial" -Si no es de uso poco general, por lo menos es prosaica la *sustantivación* del adjetivo *fresco*, pues sólo se emplea comúnmente en expresiones triviales como *tomar el fresco* &.

En estos dos capítulos anteriores usa U. todavía algo impropiamente del verbo *yacer.*

Los versos que tengan defectos de construcción, o más claro, que sean flojos, duros, &, para economizar el tiempo, los señalaré en adelante en la misma "Leyenda" con una cruz, y los ripios, epítetos impertinentes o superfluos, &, con una rayita debajo de ellos.

Avíseme U. si ya ha arreglado su colección de poesías sueltas. Estoy ansioso de verla; y no dudo que U., por amistad, ya que no por aconsejarse de mí, me la mostrará cuando esté hecha. Tengo un vivísimo interés por sus obras, querido Mera, y si quiero hacer notar a U. los defectos que por descuido deja U. en ellas, es por ese mismo interés, y porque conozco que U. tiene genio y puede borrarlos.

Le pido, como un regalo de amigo, un ejemplar de sus poesías. Y si puede, mándemela con el primero que venga de Ambato, porque tal vez muy pronto iré a sepultarme en una montaña, y entonces le será a U. difícil hacer tan preciado regalo a su

verdadero amigo.

Quito, 30 de Setiembre de 1857

Querido amigo mío:

Tengo que escribir a U. con mucha prisa a pesar mío.

Muchas gracias por la oferta de la colección de sus versos; quisiera solamente que ella me alcance aquí y no en la montaña en la cual estaré dentro de dos meses cuando más. Nada me han dicho a mí sobre aquel proyecto de publicar nuestros versos. De la montaña sacaré una colección para el canje con la suya.

No me sorprende que U. halle mejor la traducción de "Millevoye" que la del italiano. Esta la hice sobre la carta que escribía a mi hermano que estaba entonces en Guayaquil, y a petición suya. Esa piececita además es intraducible por su pasmosa sencillez, y porque toda ella respira un aroma tal de poesía, que precisamente se evapora al hacer la traslación del original a otra lengua. Sin embargo, si algo tiene de bueno mi traducción, es el haber conservado cuanto es posible, y a pesar del obstáculo de la consonancia, la sencillez y el tono del original, cosas no muy fáciles de conservarse en traducciones. Sobre todas estas desventajas, el impresor lo ha echado a perder todo con erratas como estas:

Recibe, en prendas de su eterno adiós
en vez de:
Recibe, en prenda &.
y esta otra:
Como esa flor ha sido
seno arrancada y vuelta a él,
en lugar de:
Cómo esa flor ha sido
De tu seno arrancada y vuelta a él.

Dije a U. que a su segunda "Epístola" le faltaba el desembarazo y la limpieza de ejecución y la facilidad en los versos, dotes que poseía la primera, y esto es cierto, con todo que aquella debe tener un estilo más elevado que ésta; porque el desembarazo de desempeño y la facilidad en los versos son cosas muy diferentes de la elevación de estilo.

En el correo siguiente tendrá U. una carta doble sobre la "Leyenda".

Su afectísimo amigo.

Quito, 7 de Octubre de 1857

Querido amigo mío:

Voy a cumplir lo que ofrecí a U. en el correo pasado, dando fin con la 1ª Parte de su "Leyenda".

Capítulo 9º

"Elección imprevista"

"Es la hora que divide

Las luces de las tinieblas" -Se puede decir menos vagamente que las confunde; porque, en verdad, la luz del crepúsculo, amortiguándose gradualmente, parece confundirse con las sombras de la noche.

"Nadie sin qué hacer se encuentra" -Duro y prosaico.

"Esos bosques son poblados

Por centenares de fieras" -Expresión muy poco poética.

"El Inti os env*íe* la paz" -Contracción violenta de *íe*.

Este es un buen capítulo, aunque en partes es muy flojo su estilo y flojos sus versos. De otros defectos de mayor importancia que noto en él hablaré después.

Capítulo 10º

"La virgen del sol"

Este es otro capítulo que debe U. refundir completamente. No toma U. el tono conveniente en la descripción de esa augusta ceremonia; todo es flojo e inanimado, estilo y versos; todo es pésimo a excepción de algunos versos del cántico; pero este mismo cántico debe ser más lírico, más brillante, más digno del sol y sus esposas. Los versos del coro son vulgarísimos.

Capítulo 11°

"¡Tarde es ya!"

Tampoco es un cuadro completo el que presenta este capítulo; necesita de más colorido aquella mezcla de pasmo, dolor y reverencia que Titu debe experimentar al saber lo sucedido.

"Reina hoy la tristeza *umbría*

Del dolor y del llanto acompañada" -Personificada como está aquí la tristeza, no puede dársela el calificativo de *umbría*, y sí el de *sombría*; porque, aunque ambos calificativos significan lo mismo en su esencia, el segundo tiene una acepción más general.

"A Cisa, a Cisa robó

Ay! para siempre el áspero destino" -Ambos versos a cual peor.

Dice U. más allá "que se ve llegar dos cazadores venir confusos entre las nieblas, por la vecina sierra",

"Ambos del peso agobiados

De aves muertas; anhelosos

Entrambos, y presurosos;

Ambos mustios, inquietos y azorrados." -Se necesita de un buen anteojo para ver, a pesar de las nieblas y la distancia, que esos cazadores vienen como U. dice que vienen: cargados de aves, anhelosos, presurosos, mustios, inquietos y azorados, y azorados e inquietos, y qué sé yo qué cosas más de estas que significan las mismas cosas.

"Él *tiene* vivo su amor" -Singular expresión.

"Irá en pos dél (de su amor) en medio su dolor" -*En medio* sin la preposición *de* no equivale a *a pesar de*, y además, el dolor de Amaru lejos de ser un obstáculo, era un estímulo para que fuese a buscar a su querida.

"Hijos míos, así el Inti

Se burla de los humanos" -Vaya un dios jocoso!

Capítulo 12º

"¡Venganza! no más amor"

Este capítulo es uno de los de más efecto. Quisiera solamente encontrar igualdad en las estrofas, y que el 5º y el 10º versos de ellas sean agudos constantemente,

porque, siendo graves, y como están tan distantes el uno del otro, suenan como notas falsas entre otras armoniosas; lo que no sucedería siendo los dos agudos y consonantes, pues éstos quedan resonando más largo tiempo en el oído, bien sea por su novedad entre versos graves, o bien por ser más sonora su consonancia. Compare U., sino, estas dos estrofas, que acaso son las mejores de todo el capítulo:

Mas al cabo el infelice,
Alzando al cielo llorosa
La faz, en voz dolorosa
Así en el silencio dice:
-¡Oh sombras de mis mayores!
¡Oh *tola*! ¡oh molle sombrío!
Vosotros fuisteis un día
Testigos de mi alegría;
¡Ah! sedlo del dolor mío,
De mis perdidos amores.

Cual bella mujer a quien
Hiriera la parca impía,
Y en cuya face se ven
Una gracia muda y fría,
Y una espantosa expresión.
La luna en tanto más bella
Despide su luz sobre ella,
Titu se pára de un salto,

Siente fatal sobresalto,
Y huye la alucinación.

Ojalá su colección esté concluida en quince días, si así fuera me alcanzaría aquí, y esto me proporcionaría un buen gusto.

Páselo bien, querido amigo.

Su afectísimo.

Paramba, 14 de Enero de 1858

Muy querido amigo mío:

He recibido su carta con fecha 3 del corriente. No he escrito a U. desde que vine a estas selvas por falta de una pluma, tinta y papel: todo esto me ha venido con su carta.

No sé decir si aquí soy *feliz*; lo que puedo asegurar es que estoy mejor que jamás estuve en parte alguna. Me rodea una naturaleza bella y poderosa, gozo de un clima dulce y saludable, de anchísima libertad y de una soledad apacible; me levanto con la aurora, trabajo con el hacha y el machete, como alimentos simples y duermo el sueño del labrador, dulce y tranquilo. Leo el Tácito para ver en Roma la tempestuosa sociedad, y a Tomás Moore para oir en su tierna poesía las voces del alma. -Esta es mi vida, y este su teatro: qué me falta para ser feliz? -me falta lo que a todos- la felicidad, que en ninguna parte está.

Con la suya me ha venido una carta del Dr. Cevallos que me anuncia haberse retenido en su poder la colección que U. me dió. Hasta ahora no sabía qué era de élla, y esto me impacientaba. Me alegro que U. haya condenado algunas de sus composiciones publicadas, y

confío en que U. habrá sabido castigar severamente a las demás. Que nuestras composiciones salgan desaliñadas en *nuestros* periódicos, pase; pero en una colección, ya el caso es diferente.

Yo hasta ahora no he hecho aquí un solo verso. Me basta sentir como poeta; el ser tenido por tal me importa poco.

Yo escribiré a U. frecuentemente; haga U. lo mismo, que mucho me place recibir cartas suyas en este lugar.

Su sincero amigo.

Paramba, 18 de Febrero de 1858

Muy querido amigo mío:

He recibido una carta de U., con fecha 24 del pasado, y en ella noto que hasta entonces no recibía U. la que yo le escribí hace algún tiempo. Es prueba de amistad que U. me escriba sin esperar contestación, prueba que no echaré yo en saco roto.

Difícil me es explicar a U. el bienestar que siento en mi vida selvática; ni yo mismo sé explicármelo. La naturaleza que U. tiene a la vista es sin duda más hermosa que ésta; pero si aquélla se ostenta en belleza, ésta se ostenta en poder. No tiene ésta los horizontes abiertos, los empinados montes, las colinas y valles vestidos de yerba, ni aquella magnífica bóveda del cielo que los corona, suntuoso adorno de la otra. Este Malbucho es una *hondonada* metida entre las dos hileras de colinas cubiertas de bosque, que, al uno y otro lado del Mira, se prolongan hasta cerca de la costa. El horizonte es estrecho, y apenas se alcanza a ver por encima de los árboles la cumbre de las colinas poco distantes. Fuera del bosque no tiene U. otra cosa que admirar; el bosque compone, pues, la única, pero profusa pompa de esta naturaleza. Pero los ecos y las sombras de la selva, la

infinita variedad en la vegetación, el singular atractivo de las palmas, la abundancia inagotable de seres extraños, y este amor por lo extraño y desconocido ocupan y embelesan de tal modo la imaginación, que no hay más que apetecer. Esto en cuanto al teatro; por lo que hace al actor, lo siguiente. -Gozo de la libertad primitiva, pues que ando casi desnudo; mi salud es perfecta, pues que me ejercito con el hacha y el machete y me alimento de cosas simples; quiero meditar, quiero dar pasto de poesía al espíritu? pues me interno en la selva.

Para que U. acabe de figurarse bien este cuadro, falta que U. se figure cómo se forma un establecimiento en una selva inculta. Descuajar un pequeño espacio de bosque, y formar una casita de montaña; romper la enmarañada selva al batir de hachas y machetes, y en vez de inútil vegetación, hacer crecer la que es útil a la vida y deleitable al paladar; no oír por algún tiempo más que los zumbidos de infinitos insectos, el silbo de los pájaros selváticos, el chillido de los monos y otros mil ecos extraños y salvajes, y luego escuchar el canto ciudadano del gallo y el doméstico cacareo de las gallinas, &. Todo esto me causa mucha novedad y entretenimiento, y el vivir como un pobre labrador que empieza a labrarse su fortuna con sus manos, es un placer para su amigo, querido Mera.

Demasiado he dicho con respecto a mí; paso a hablar de cosas que tocan a U.

Mucho me pesa la tardanza de la publicación de sus poesías. El Dr. Cevallos me escribe que ha devuelto a U. el manuscrito de ellas, porque Bermeo espera una imprenta para imprimirlas: este es un plazo muy largo, y creo que esa publicación no se hará (por miedo de no exagerar) dentro de seis meses. Yo estoy impaciente por verlas, y si U. tuviera la bondad de mandármelas en manuscrito, me daría U. un buen rato de placer.

Nada me ha dicho U. de los progresos que habrá hecho ya su empresa de escribir el poema de Huaina-Cápac. U. me ofreció mandarme el plan general del poema; querría verle ahora que me ocupo en leer algunas historias de la conquista y de los Incas.

En cuanto a versos ando muy descuidado.

Páselo bien, querido amigo, sin olvidar a su afectísimo.

Paramba, 21 de Abril de 1858

Queridísimo amigo:

Siento en el alma no poder contestar su estimable de 7 de Marzo, que he recibido hoy, con la holganza y tiempo que yo quisiera. El que me la trajo se vuelve inmediatamente.

Muy grato me es recibir cartas de mi querido y altamente estimado Poeta.

Veo por la carta que ahora he leído de U. que no ha recibido, de dos que he escrito a U., sino una.

Mucho me aprieta el ansia de ver sus poesías cuya publicación he visto anunciada en "La Democracia".

Ya escribo al Dr. Cevallos que el primer ejemplar de ellas que salga de la prensa me le mande de manera que venga a orearse aquí al viento de esta mi selva la tinta de sus preciosos versos.

No tome U. por una carta estos renglones escritos tan de prisa. Dentro de pocos días tendré ocasión de escribir a U. a mi placer.

Su afectísimo.

Paramba, 26 de Julio (de ¿1858?)

Muy querido amigo mío:

Aunque estoy convaleciente de una enfermedad que me ha tenido algunos días en cama, no dejo escapar esta ocasión de escribirle.

Recibí una carta hace algunos días, y recibí con ella la desagradable sorpresa de saber que U. no ha visto más que dos cartas mías desde que estoy en estos rincones; siendo así que cuantas U. me ha escrito, otras tantas le he escrito yo. Sin duda se han quedado en Quito. En algunas de ellas le he preguntado a U. cómo va su poema de Huaina-Cápac, y yo no sabía explicarme su silencio sobre este punto. Ya está resuelta la duda, y repito la pregunta.

Sí he leído su canción en "La Democracia". Lo que me ha gustado bien es los siguientes versos:

> "Así dijo el marino, su bárbara mirada
> Hiriendo de los cielos el lóbrego capuz..."

En esta pincelada pinta U. al marino y la tempestad mejor que en todo lo demás.

Ya en otra carta de las extraviadas acusé recibo de su elegante discurso a los niños de una escuela.

No crea U. que he escrito algo aquí, y que lo estoy guardando: nada, nada, amigo mío; y esto me mortifica algún tanto por no poder comunicarle *mis inspiraciones selváticas*.

No extrañe U. los defectos en las cartas de mi amigo Montalvo; son consecuencias precisas de su fantasía extravagante, y de su falta de estudio en los clásicos de la lengua castellana, estudio sin el cual los aciertos de elocuencia son el triunfo de un buen talento.

No puedo escribirle más, querido mío; pero no lo lleve a mal.

Su afectísimo.

Quito, 3 de Noviembre de 1858

Muy querido amigo mío:

Cierto que no pude escribir a U. por el correo pasado, y ahora lo hago con mucho placer.

Me ha pedido U. en diversas ocasiones mi opinión sobre tres puntos. En cuanto a los dos primeros no he podido decir nada a U. hasta hoy día, en que voy a contestar a U. llanamente.

Primer punto. Me ha dicho U. en una de sus cartas que no debemos los modernos imitar de los antiguos más que la pureza del lenguaje, y otras cosas que pertenecen a la forma, más bien que al alma de la poesía; y que lo demás debemos tomarlo de los románticos. Estoy de acuerdo con U., siempre que entre estos últimos no incluya U. tanto romántico español que no vale un pito, como Zorrilla, Bermúdez, &. La España no tiene un gran poeta romántico.

Mucho me sorprendió esta opinión de U. cuando me la escribió a mi montaña; porque, a la verdad, yo le tenía a U. por clásico en inclinación y en práctica.

Segundo punto, sobre nuestra poesía nacional. Poesía nacional es la que refleja en sí las costumbres, los sentimientos y el carácter de toda una nación, y poeta

nacional es el que piensa y siente como la nación a que pertenece. Ahora bien, qué llama U. *nuestra poesía nacional*? la poesía indiana, es decir, la poesía que refleja las costumbres, & de los Incas que ya no existen. Nuestra nación no es la de los Incas, de consiguiente esa poesía no puede ser *nuestra poesía nacional*, ni U. nuestro poeta nacional porque no piensa y siente como el pueblo americano siente y piensa. Poesía nacional es la de los romances caballerescos y moriscos de la España, porque en ella se reflejan las costumbres, los sentimientos y carácter de los españoles. Poeta nacional es Béranger, porque este poeta es el mismo pueblo francés.

Para que un pueblo tenga poesía nacional propiamente dicha, es menester que ese pueblo tenga un carácter marcado y propio, costumbres propias, y sentimientos propios. Nuestro pueblo es descolorido en todas estas cosas, y no veo cómo se pueda crear una cosa que se parezca a poesía nacional nuestra, sino es reflejando nuestra singular política y algunas de nuestras costumbres singulares en la comedia. Esta es mi opinión sobre este punto.

Sobre el *tercero*, que es la "Leyenda" que me ha enviado U. ahora, le diré francamente que no es de lo mejor que U. ha hecho. Es débil el interés que excita la parte dramática, y por lo que hace al colorido, yo hubiera querido que la embarnice con un poco de tinta Osiánica o Chateaubriánica.

Yo, amigo mío, sigo dejando rodar la bola; aunque en estos días he emprendido en una traducción de la *Francesca da Rímini* de Silvio Pellico. Pero yo y U. sabemos en lo que paran mis empresas. En diversos tiempos he comenzado a traducir ya "El Corsario" de Byron, ya el romance oriental, "Leila Rook", de Moore, y por último esta hermosísima tragedia de Pellico. Dios me dé paciencia o perseverancia.

Dígame U. algo de su poema "Huaina-Cápac".

Suyo de corazón.

Quito, Noviembre de 1858

Muy querido amigo mío:

A juzgar por su carta, U. ha creído que yo estaba en que U. pretendía ser *nuestro poeta nacional.* No he querido decir tal cosa; sólo quise decir que, por cuanto U. quería formar nuestra poesía nacional, cantando a los Incas, que no tienen de nuestra nación más que el haber sido americanos, U., por este lado y por esta razón, no podría ser nuestro poeta nacional.

Convengo en que los hechos gloriosos de nuestra independencia, &, son nacionales, pues no se puede negar que pertenecen a nuestra nación; pero con todo ya ve U. que todavía no tenemos poesía nacional a pesar de que esos hechos han sido cantados por poetas nacionales también, si U. quiere llamarlos así porque pertenecen a nuestra nación. A no ser esto así, excusado trabajo se tomaba U. en procurar formar una cosa formada ya. Además, ¿qué poesía nacional puede U. sacar del Chimborazo, el Tungurahua, &? Podrá U. decir del Chimborazo que es e1 *rey de los Andes*, y ahí quedamos, que lo demás también se puede decir del Himalaya. Y aunque dijera U. cosas particularísimas de nuestro suelo físico, no formará U. con esto nuestra poesía nacional, que si

en ello consistiera, todos los poetas descriptivos fueran poetas nacionales de la nación a que pertenezcan los puntos descritos en sus cantos.

Amenizaremos nuestras comunicaciones con esta discusión, si U. quiere darle rienda. Ahora el tiempo me viene estrecho, pues son las siete de la noche, y temo que esta carta se quede conmigo.

Adiós, mi querido Mera.

Quito, 5 de Enero de 1859

Muy querido amigo mío:

Si no estuviera pendiente todavía nuestra cuestión sobre poesía nacional, me faltara argumento para esta carta; y aun lo que me resta por decir sobre el asunto no es cosa larga.

Todo lo que he bautizado yo, y no sólo yo sino todo el mundo, con el nombre de *poesía nacional* es cosa distinta de la *poesía popular*. Esta es la que la compone el mismo pueblo. Villergas cita en alguna parte muchos rasgos de la poesía popular de la España, y nosotros, lo que es en poesía popular, les ganamos la palma a los españoles.

No he querido yo que escriba U. para nuestra ínfima plebe, sino para la generalidad ilustrada de nuestra nación. No es mucho que los chulos españoles no canten a la guitarra aquel romance *semi-pastoril* que cita U. de Góngora, cuando cantan los de más alto tono, los romances caballerescos y moriscos.

No he querido tampoco que U. se deje de poesía indiana. No señor; he querido sí decir a U. que esa poesía no puede ser nuestra poesía nacional. He dicho

también que U. no era el primero en Sur América que daba a luz semejantes poesías; y lo he dicho porque U. creía lo contrario, y porque yo he leído muchas poesías indianas en la "América Poética", en el poeta cubano Plácido, y no sé si también Milanés.

Por lo demás tal poesía es virgen, original, indígena, y por consiguiente bella. No dude U. que yo también le haga la corte alguna vez.

Ha quebrantado U. su promesa no enviándome el plan de su poema.

Adiós, mi querido Mera.

Quito, 13 de Julio de 1859

Muy querido amigo mío:

Ayer recibí su carta en el campo, a donde había yo salido por dos días. No hay que decir que la leí como carta de un querido amigo.

El plan de su poema me le dejé olvidado en Paramba, y contaba con tenerle a la vista para escribir a U. por este correo, porque desde Ibarra pedí a la montaña que me le remitiesen acá. Pero está allá todavía. Sin embargo, no dejaré de hablar a U. ahora alguna cosa de él, pues tal le tengo ofrecido desde el correo pasado.

Noté en él, así que le leí, muchos felicísimos aciertos, y dos defectos de bulto, uno en el nudo y otro en la forma. Sabe U. ya que para que el nudo u trama del poema épico sea de vivo interés, es principalmente necesario que, a pesar de que sepamos de antemano el buen éxito de la empresa que nos va cantando el poeta, tenga éste tanta habilidad que nos haga dudar de lo mismo que sabíamos: o más claro, todos sabemos ya el éxito feliz de la conquista del reino de Quito emprendida por Huaina-Cápac, y U. para hacer de vivo interés el nudo de su poema, debió presentarnos obstáculos tales, que temamos por el buen suceso de la empresa. No hace U. esto,

sino que lleva a su héroe de victoria en victoria; y no importa que Huaina-Cápac tenga cerca de sí asesinos que amenacen acabar con él y con el poema; los obstáculos deben ser, a la par que tremendos, nacidos de lo arduo de la misma empresa.

En cuanto a la forma, no le apruebo a U. la variedad de metros en su poema. Este, tal como U. le ha imaginado, es un personaje antiguo, a quien no puede U. vestir a la moderna, so pena de ser absurdo. Su poema no es *Child-Harold*, ni *Fausto*; es un poema clásico que ya tiene su cuerpo y forma conocidos; y dárnosle vestido a la moda del día, sería como representarnos a Alejandro, no ya cubierto de acero, sino de *drap de satin superfin*. ¿Por qué no quiere U. regalarnos con la grandiosa y sublime monotonía de la octava heroica?

No se vale U. de máquina alguna. No digo nada acerca de esto, aunque de la poética religión de los Incas se podría sacar una hermosísima máquina.

Lo que yo querría es que U. al comenzar el poema, propuesto con sencilla majestad el argumento, le comience en seguida sin invocaciones ni garambainas.

No recibí aquella carta en que U. me daba noticias acerca de esa otra amiga para quien tengo que hacer versos. Déme U. nuevas de ella para que mis versos den en el clavo.

Con mucha prisa he escrito esta carta, que acabo de llegar del campo de donde he venido para escribirle. Es

de noche, y esos borrones que ve U. son irremediables: perdónemelos.

"Que al fin van de un amigo al otro amigo".

Suyo.

Quito, 20 de Julio

Muy querido amigo mío:

Acuso recibo de su agradable carta con la aún más agradable adición de sus versos. Así me gusta, querido mío; mándeme de vez en cuando las composiciones ligeras que U. vaya haciendo. Yo no le remito mías, porque ha de saber U., que aquí donde U. me ve no he hecho una sola composición desde hace un año y meses, si ya no son dos años cabales.

"Con el *fastidio* el plectro está olvidado,
Y está con el *esplín* la lira muda".

Figúrese U. cómo estará esta lira después de estar tan largo tiempo arrinconada. Mañana salgo al campo, y allí la templaré, limpiaréle el polvo, y con el aspecto apacible de la campiña, veremos si da algunas notas suaves a Berenice.

No puedo concordar en mi imaginación el nombre de poema épico con la variedad de metros. A tal composición llámole mejor romance heroico. ¿Qué le parece a U. que sería el poema del Tasso, el de Milton, & con variedad de metros? En mi carta anterior no quise decir que, a su héroe, siendo clásico, nos le quería dar vestido a la moderna; esto lo dije del poema, no del héroe.

Ya sabía yo que U. estaba por arreglar con J. Montalvo la publicación de sus poesías en París. Si tal sucede, habré de romper un par de lanzas con U. porque elimine de la colección algunas de sus composiciones que aquí se publicaron. ¿Cómo va esa "Leyenda"? Diérame U. ver las correcciones que ha hecho en ella; porque, hablándole a U. con mi corazón en la lengua, tengo más celo por sus obras que por las mías.

Dígame, ¿no intenta U. venir a Quito? Yo he venido aquí con el objeto de estudiar el alemán con el profesor Zila. Y no quisiera otra cosa, sino que U. venga derrepente con todas sus poesías bajo el brazo, y vamos leyéndolas, y criticándolas hasta dejarlas tales como de Horacio.

Es un proyecto, querido Mera. ¿Dice U. que es irrealizable? Pues bien, paciencia, y escribámonos.

Suyo de corazón.

Quito, 22 de Diciembre de 1858

Querido amigo mío:

Es preciso confesar que U. me vence en solicitud para nuestra correspondencia; pero no le cedo un punto en cuanto al cariño que nos liga a nosotros dos.

Me recuerda U. en su última nuestra cuestión sobre poesía nacional. No nos entendemos en este punto. U. quiere que para tener poesía nacional no hay más que cantar cosas nacionales o que de alguna manera lo sean. Yo entiendo que para tenerla se necesita tener un pueblo para tal poesía, y una poesía para tal pueblo. En este caso el pueblo es el que da la poesía al poeta, y no el poeta al pueblo. Los beduinos tienen a Antar que *canta la poesía* de los beduinos, es decir, la vida errante de los desiertos; los griegos tuvieron a Homero, que cantó la poesía de los griegos, es decir, el heroísmo; los españoles caballerescos tienen su poesía caballeresca en sus romances; los ingleses, sombríos, filosóficos y groseramente burlones tienen a Shakespeare; los franceses, pueblo político, tienen su Béranger. ¿Qué es nuestro pueblo? Si no es republicano, no sé qué pueda ser. Y este pueblo ¿qué poesía puede comprender, sentir, llamar exclusivamente suya? -Una poesía republicana. ¿Y qué forma daremos a esta

poesía para ponerla al alcance de este pueblo tan poco ilustrado y entusiasta, para que pueda comprenderla, sentirla y poseerla? -El drama o la comedia.

Los romances españoles suenan en la guitarra del chulo español; los ingleses tienen todo el Shakespeare en la punta de la lengua, lo mismo que los franceses a Béranger. Para que U. consiga igual cosa con los americanos españoles, para que U. se encarne en nuestro pueblo, seguramente no nos vendrá cantando a Huaina-Cápac y Mama Ocllo, pues en tal caso será U., como orador sin auditorio, poeta sin pueblo.

La que U. llama *nuestra poesía nacional*, ya la tenemos, porque no es U. el primero en la América española que compone poesías indianas, y canta nuestra naturaleza y nuestros hechos.

Pero, sea de esto lo que fuere, lo que yo quiero es saber algo de sus trabajos literarios. Mándeme alguna cosa.

Yo no tengo qué mandarle si ya no es el corazón de su amigo.

Quito, 3 de Agosto de 1859

Muy querido amigo mío:

Faltó mi carta en el correo pasado por habérseme agravado una ligera indisposición que llevé al campo algunos días antes; y como me vi impedido de montar a caballo, no pude venir a tiempo para escribirle.

Antes que me sintiese enfermo había ya principiado mis versos a Berenice; pero vino la enfermedad, fui al campo por mejorarme, me agravé, y no siendo posible concluir para hoy la composición comenzada, por ser de alguna extensión, hice una ligera anoche, que se la mostré al Dr. Cevallos y la desaprobó. Sin embargo, no queriendo dejar de mandar a U. versos para Berenice por este correo, no hice caso de la desaprobación del Dr. Cevallos, y esta tarde hice copiar mi composicioncilla a un amigo de buena letra; pero este amigo, habiendo visto la otra composición que tenía comenzada, me dijo que estaba superior a la que él copiaba, y en un instante me arrebató borrador y copia, y se mandó mudar. -Vea U. qué historia: ya estoy corrido de mi tardanza, aunque esta demora puede ser favorable al buen desempeño en el mérito de los versos. En fin, U. me disculpará ante la Señorita Berenice, pues de ningún modo es esta tardanza

por falta de buena voluntad. -Ya veremos lo que sucede en el correo próximo.

Dice U. bien en decir que por fragmentos no puedo hacer un juicio exacto de las reformas que U. va haciendo en su "Leyenda". Pero nunca será malo que U. me regale con ellos.

Tengo en Paramba mi ejemplar de sus poesías, y aquí pediré uno para indicar a U. las composiciones que merecen pena capital. Sé que Montalvo está ya de vuelta para acá; si es así, presumo que su proyecto de publicación quedará en proyecto, a lo menos por lo pronto.

Adiós querido amigo.

Su afectísimo.

Quito, 26 de Octubre de 1859

Querido amigo mío:

Su carta de U. ha estado cautiva en el correo hasta hoy día que el Dr. Cevallos me dijo que yo debía tener carta de U. Este amigo nuestro está al perder para siempre a su hija Sofía, quien hace veinte y dos días fué atacada por una fiebre tifoidea, y ahora está al morir, no ya con fiebre, sino con gangrena. -No hay cáliz de amargura como el de la muerte.

Trabajos literarios no he tenido otro sino es el de estar aprendiendo a hablar el inglés con un profesor de idiomas que tenemos aquí. Hace dos meses que estoy en ello. No he leído la obra de que U. me habla. En estos días sólo he leído la *Odisea*, aquel filosófico poema del hogar y de la familia: me ha parecido sublime. También estoy leyendo las tragedias de Alfieri, tragedias racinianas, grandiosa acción, grandioso estilo, grandiosa escena, Melpómene en persona, en fin, con personajes heroicos, calzados de coturnos y de cien codos de talla. Es de muy diferente género la impresión que hacen en el alma las tragedias de esta especie, y la que causan las del género shakesperiano. Lo que sé decir es que estas últimas producen un efecto más durable. Nunca olvidaré la violenta y sublime emoción que me produjeron,

y el mundo de hermosa y arrebatada poesía que me revelaron, "Los Ladrones" de Schiller.

Antes de concluir, voy a copiar en seguida algunos versos hechos por mí en estos últimos tiempos.

Epigrama
A una niña

Nada puedo cantar que dulce suene,
Niña feliz, a tu infantil oido;
Pues mi lira la voz templada tiene
Sólo para el gemido.

Pero óyeme, y sabrás que en este suelo
De maldición, dos cosas hay tan bellas,
Que no las hay mejores en el cielo,
Ni en todas las estrellas.

Estas dos cosas son... (óyelo hincada
De rodillas, que es cosa bendecida) ...
El pudor en doncella recatada,
La virtud en la vida.

Adiós, mi querido amigo.

Miguel Riofrío, que se presentó antes de cerrar esta carta, le saluda mucho y le aplaude el pronunciamiento ambateño proclamando la descentralización, pues en tanta esterilidad y en tantos males ocasionados por la última revolución era necesario que apareciera algo de bueno y este algo es la descentralización. Pararse duro y adelante.*

* Esta posdata está escrita de puño y letra del Dr. Riofrío.

Quito, 16 de Noviembre de 1859

Querido amigo mío:

El objeto de esta carta es bien curioso -¿Cuál es él?- Nada menos que el de nombrarle a U. colaborador de "El Mosaico" -¿Y qué cosa es ese *Mosaico*?- Un periódico que se publica en Bogotá -¿Y por dónde tiene U. facultad de nombrarme colaborador del tal *Mosaico*?- Voy a decir a U.

Por este correo he recibido una carta, dirigida a mí de Bogotá, y firmada por *José María Vergara y Vergara*. Esta carta, entre otras cosas, dice lo siguiente:

... "Se publica en esta capital (Bogotá) un periódico literario llamado "El Mosaico", que yo, con tres amigos más, he fundado. Este periódico no está destinado a ser solamente un periodiquillo, desahogo de un pequeño círculo. Mi deseo es que se convierta, andando el tiempo, en una publicación importante, reuniendo en él composiciones originales de literatos Colombianos. A Caracas he escrito, haciendo igual invitación.

"Le invito pues a U. a que admita la colaboración que le ofrezco... Es muy interesante que U. tenga a bien escribir una correspondencia quincenal, literaria en su

mayor parte, y al fin una noticia rápida, y sin ninguna apreciación, de los sucesos públicos de su país. Provisto yo de esta correspondencia, y añadida otra igual que recibiré de Caracas; poniendo una breve revista de la Confederación granadina, "El Mosaico" será un lazo de unión para los espíritus colombianos, y nos acostumbraremos *todos* a comunicamos intelectualmente en él, familiarizándonos con la literatura y la historia contemporánea de cada una de las Repúblicas...

"Desde el 1º de enero para adelante "El Mosaico" tomará la forma del "Correo de la Europa", mucho más si de Quito y de Caracas viene la aprobación de mi idea.

"U. está también autorizado para nombrar en esa República los colaboradores que quiera, seguro de que su aprobación, será la única recomendación que pidamos".

Ya ve U., querido Mera, que la idea no es mala, y que U. no debe rehusar ser colaborador de la empresa. El Ecuador no debe quedar corrido en esa trinidad colombiana. Yo escribiré por el correo venidero, aceptando la colaboración, y diciendo y haciendo, mandaré algo. Espero que U. hará lo mismo, remitiendo una pieza literaria.

Adiós, querido amigo.

Quito, Nbre. de 1859

Querido amigo: Un saludo, cuatro palabras y una cosilla en verso, que no hay tiempo para más.

No escribo a Bogotá, porque la sublevación de Tulcán obstruye el paso del correo.

No me gusta su composición satírica, y sírvase condenarla al fuego.

A una flor muerta en el seno de una virgen

De la aurora tú naciste
En el seno, dulce flor,
Y el último aliento diste
En el seno del amor.

Dime pues, flor venturosa,
¿Qué tuviste a más fortuna:
Tener tan fúlgida cuna,
O tumba tan deliciosa?

¡Oh! diérame a mí la suerte
Como tú, flor, perecer!
Para morir de tal muerte
Vale la pena nacer.

Suyo de corazón.

Quito, Enero de 1860

Querido amigo mío:

Esta es la última que escribo a U. con data de Quito. El lunes próximo estaré marchando para Ibarra, en donde estaré pocos días, y seguiré mi camino a la montaña.

Hice ver al Dr. Cevallos el diccionario y la gramática de Ollendorff que debía mandar a U. El diccionario es el mejor que ha aparecido hasta el año pasado en que es impreso. Tiene un alfabeto fonético que enseña muy aproximadamente la pronunciación del inglés; y esto es mucho decir, que los demás métodos de tal pronunciación que se han inventado, no alcanzan ni con mucho la bondad de aquel.

Me alegro que U. emprenda el estudio del inglés. No desmaye U. nunca, ni en las dificultades del principio, ni en las del medio, ni en las del fin; porque esta es lengua que suele tener dificultades al principio, al medio y al fin. Cuando U. la sepa, hablaremos de la sublimidad y grandeza de Milton, de la concisión y profundidad de Pope, de la extraordinaria poesía de Byron, y de la gracia y melodía de Moore, &. Siento no tener ningún libro

inglés en prosa para mandárselo a que principie a traducir en él.

El Dr. Cevallos me ha dado inconcluso el romance de U.; y así no puedo dar mi voto. En lo que leí de él, nada tengo que criticar.

¿Creerá U., amigo mío, que aún no escribo al redactor de "El Mosaico"?

¿Por qué no entona U. ya los funerales de la patria y del honor de los ecuatorianos? Habrá U. observado mi repugnancia de hablar de nuestras cosas políticas: mi silencio ha consistido en que no he visto, desde que comenzó el bloqueo en Guayaquil, sino al Oprobio y a la Infamia arrastrándonos hasta ponernos a los piés de Castilla. Y esta será la última vez que yo hable de tan vergonzosa materia.

Adiós. Escríbame a Ibarra.

Su afectísimo.

Ibarra, ... de Febrero de 1860

Querido amigo mío:

Antes de ayer recibí su estimable, fecha 18 del corriente. En ella no acusa recibo U. de una que escribí a U. desde esta villa, hará cosa de dos correos: acaso no la recibió Ud.

Mañana salgo para Paramba. Pienso permanecer allí unos dos meses; vuelvo después a Quito por un mes, torno a Paramba y sigo hasta el Pailón, y vuelvo otra vez a Quito. Ya entre tanto está U. en Quito, y allí tendré el grande gusto de verle, y allí nos entretendremos con su "Virgen del Sol".

También a mí me choca eso de llamar capítulos las divisiones de su "Leyenda". Es mejor la división en *libros*, y todavía mejor en números romanos, pues, según se me acuerda, cada una de las divisiones de su "Leyenda" llevaba un título especial, y así, es inútil la denominación del *libro* o *capítulo* para cada división: basta la indicación de los números romanos. Hay más: *libro* quiere decir mucho más que *capítulo*; y si U. quiere allanarlo todo, no hay más que valerse de los números romanos.

Con respecto a su "Mazorra", después de decirle que es romance interesante, paso a indicarle algunos defectillos de poca importancia.

"Eran su amor sus diamantes,
Buscar*les* era su anhelo,
Era su empeño adorar*les*."

Reparo aquí el mal uso del enclítico les, que debió ser *los*, porque en ambos casos es complementario objetivo. Aunque escritores clásicos quebrantan algunas veces esta regla dada por la Academia, Andrés Bello, &; en esos ejemplos el *les* está muy chocante, porque parece que *racionalizan a los diamantes*.

"Unión a que el himeneo
Sagrado *prestó sus bases*,
Y *que* ¡ay! de la muerte sola
Aguardaba el desenlace."

¿A quién se refiere ese *que* del verso 3º, a la *joven* de los versos anteriores, o a la *unión* que está más inmediata? Además, ese *prestó sus bases* no lo trago por ser expresión vulgar, y un sí es no, es grosera en la imagen que trae a los ojos.

"Creyérase entre las sombras
Al ver al guía y al lego
Que eran fantasmas creados &."

¿Por qué se los ha de creer fantasmas, no siendo personas extrañas, ni siendo repentina su aparición?

No hay cosa más conocida en Yatuquí que aquel negro, y por lo que hace al lego, ya se le vió tomar las de Villadiego perseguido por los perros, no hace cinco minutos.

"Replicó el fraile en solemne
Voz que resonó *en las selvas*. "

Es mucho grito ese para una bendición.

"... las casas
Bambolearon, y la gente
Buscaba en calles y plazas
La salvación."

Estábamos en Yatuquí, y de repente, sin que sepamos cómo, nos hallamos en no sé qué ciudad.

Su plan del poema del Huaina-Cápac lo tiene en Quito un amigo mío: no puedo, pues, a lo menos por ahora, hablar a U. sobre el asunto.

Adiós, querido amigo.

Suyo de corazón.

La Magdalena, 18 de Enero (¿del 61?)

Querido amigo mío:

Con muy agradable sorpresa recibí su carta; sabía yo que debía U. de estar en Quito como diputado; pero no esperaba carta de U., a lo menos por el correo en que vino.

Yo, mi querido amigo, hace cosa de cinco semanas que salí de la montaña bien enfermo, y ahora empiezo a convalecer.

¿Conque tenemos, en fin, su "Leyenda"? Mucho me complazco; pero siento no estar en Quito para ayudarle en los trabajos de la corrección. ¿Recuerda U. que le pedí me permitiera escribir algo en la frente de su "Leyenda" cuando ésta se publicase? Ahora no puedo, primero, porque es preciso nutrirse bien de la obra para escribir sobre ella con conciencia, y segundo, porque no sé hasta cuándo pueda yo convalecer.

Cuando yo debí estar por aquí, Ud., debió hallarse en Quito: las cosas, amigo mío, no son siempre como uno quiere que sean.

Más adelante le escribiré a U. más larga y racionalmente; ahora no sé dónde tengo la cabeza.

Suyo como siempre.

Quito, 21 de Febrero de 1862

Querido amigo mío:

Muy extraño le parecerá a U. que yo conteste el 21 su carta del 2, es decir, después del ir y venir de algunos correos. Voy a decirle a U. mi culpa sin rebozo, aunque con algún empacho y vergüenza. Entregóme su carta el Dr. Cevallos muy tarde ya para contestarla a vuelta de correo, y de esto dependió acaso toda mi demora en escribir a U., pues quedándome espacio para pensar en contestar su fina y agradable carta, dióme la comezón de hacerle a U. unos versos epitalámicos sobre su matrimonio con la Srta. Rosario Iturralde, asunto poético en extremo, que todo es poesía ese lazo eterno y santo que ata con sus manos el amor honesto y puro. Pero, amigo mío, U. sabe que la musa y yo no siempre nos llevamos bien, y así sucedió que en cada víspera de correo le pedía su soplo, y no me soplaba la esquiva, y entonces esperaba que me soplase en la otra víspera del otro correo, y de esta manera se me iban los correos sin que dijese a U. *esta boca es mía*, hasta que, echando noramala a la musa y anteponiendo la cortesía, me pongo hoy a contestar a U., temeroso de que tome mi silencio en mala parte.

Felicito a U. con toda mi alma por su matrimonio. Habiendo dado U. su corazón y su vida toda a la joven

que ahora es su esposa, quien sin duda será merecedora de tan preciosa dádiva, y habiendo sido U. compulsado a ello juntamente por el amor y la estimación del objeto amado, estoy cierto que será U. feliz. Se puede decir que ha echado U. el ancla, y está ya guarecido contra las borrascas del corazón. El corazón de un soltero nunca reposa, y en su constante desasosiego nada en el mundo le sacia, y nada es capaz de reemplazar la felicidad y paz que apetece, y esta paz no es otra que el dulce y tranquilo afecto conyugal. "*There is no place like home*" (no hay lugar como el hogar) dicen los ingleses; y dicen bien: el hogar es el centro de la felicidad del hombre, es el foco de los afectos del corazón, y en los afectos del corazón está la única felicidad de la vida. El hombre cuando se casa hace propiamente su hogar: nuestros padres mueren, nuestros hermanos se parten y alejan de nosotros, y quedamos solitarios: la esposa y los hijos, este es el hogar. -Feliz U. que le ha hecho: viva U. feliz con su esposa, y que la suerte le dé a U. una prole que sea el apoyo, el consuelo y la corona de su vejez.

Póngame U. a los piés de su esposa, ofreciéndola mis consideraciones y respeto, y U., amigo mío, créame siempre

Su afectísimo y sincero amigo.

Ibarra, 19 de Julio de 1862

Mi muy querido amigo:

Vínome su carta por un conducto desusado. Ya había yo leído mi correo, y no esperaba más, cuando tuve carta y versos suyos, ella y ellos dirigidos a mí: figúrese, pues, si sería doble el gusto que tuve de ello.

No hay que decir que me gustaron sus versos, tanto por lo bien hechos cuanto por lo dedicados a mí. No debo de estar tan dejado del estro poético que siempre al leer agradables versos siento no sé qué movimiento en mi alma, no sé qué luz en la mente, y recordando que yo ya no hago versos o no los he hecho mucho tiempo ha, exclamo como el otro.

"¡E fui poeta anch'io!"

Pensé aun, al leer *su luna*, pagarle con otra luna. Mas no cuente U. con esto, que ya me conoce; quiero decirle solamente que me sentí ganoso de cuando viere en la montaña volverle a U. su luna *serrana* con una luna *montuvia* a ver cómo sale el contraste, no en la habilidad del desempeño, que ni quiero ni pienso contender, sino solamente en el colorido, o más bien dicho, el cuadro de las dos lunas. Veremos si en la montaña tengo

paleta y pinceles, lienzo, caballete y ganas de pintar: y no lo digo de broma, amigo mío, que todo esto se necesita allá para el caso, pues no basta tener buenas ganas, es preciso también contar con lugar adecuado, hora oportuna o propicia, fuera de aquella especial disposición de la mente en que las ideas y los objetos se bañan en no sé qué luz, que es la inspiración. Todo esto en la montaña está menos a la mano que en otra cualquier parte: en casa durante el día no hay soledad, y uno no puede encerrarse en un aposento cómodo para meditar, porque no hay aposento para encerrarse, ni para qué; y si U. coge un lugarcito y se agazapa en el último rincón de la meditación y el recogimiento, luego le sacarán de allí el humo que sube del fogón de abajo y el sudor en que luego le baña la misma actividad o tensión del pensamiento, y si esto no, algún grito de patán grosero, lloro de chicuelos, voces de la cocinera, u otra cosa que no falta. -Tal es el día-. Viene la noche; todo el mundo duerme, menos U.; todo es soledad y silencio, fuera de algunos rumores del bosque y voces perdidas que aumentan el horror poético de la noche; la luna está allá en el cielo bañando el bosque en su luz misteriosa y dulce, le está viendo a U. y pidiéndole unas cuantas estrofas. ¡Famosa ocasión para hacer versos! Bajo la influencia de vagas emociones, su mente se exalta, se siente U. remontado; no malogre U. tan buen rato, tan hermosas ideas no son para callarlas; escríbalas U., ¡ea! acérquese U. a la mesa y tome la pluma... En torno de la lámpara

o la bujía, sea lo que fuere, están revolando unos bichos o diablichuchos que le apean a U. con mucho desaire del Pegaso, y entonces, amigo mío, sino va U. a dormir, no sé qué haga... si pudiera U. escribir a oscuras, ya!, pero no hay cómo; con que lo mejor es irse a la cama, y buenas noches.

Me dirá U. que no hay lugar más propicio para la musa que esos senos repuestos y escondidos del bosque, a la margen de un río cristalino que corre bajo sombra, al son del vago susurro de las hojas y el canto de las aves montaraces; y yo dígole a U. que así es la verdad, que no hay cosa mejor para sentirse poeta, para oír, ver, respirar y sentir la poesía; pero arrímese U. a ese tronco para tomar la actitud de la inspiración (preciso preliminar para hacer versos), y verá U. lo que le pasa con las hormigas que suben y bajan por él muy ocupadas y afanosas en sus faenas, y que no respetan la inspiración de U. sin duda porque no entienden de poesía. Deje U. ese tronco, y busque otro que no tenga hormigas (cosa difícil); pues si no las tiene, otros habitantes tendrá sin falta, que para el caso son lo mismo; ¿y el suelo? –el suelo está lleno de otros: con que pase U. adelante, no se pare mucho en un lugar, y vaya con cuidado su camino, no le piquen bichos, ni le muerdan arañas, ni le hieran víboras. Con esto su inspiración quedó para otro día, sus hermosas ideas se malograron, perdió U. una buena ocasión de mostrarse buen poeta, y nosotros también la de admirarle; y es lástima!

Vaya que he estado de buen humor, y me han salido estas chanzas de la pluma.

¿Por qué está U. triste en sus versos? ¿por qué quiso estarlo? No lo parece: o su pesar es verdadero, o triunfo es del arte que lo parezca. Me gusta en esta composición suya esa discreción y esa parsimonia con que respira a ratos su corazón apesarado; este como disimulo no indica sino que es grande y cierto su pesar; y le digo a U. que me gusta esto por la composición, mas no por U., pues a sus versos les deseo toda verdad al mismo tiempo que toda felicidad a U.

El martes próximo estaré ya en camino para la montaña. De allá tendré el placer de escribirle otra vez, y quizá le mande a U. noticias más con la luna.

Páselo bien, mi querido.

Suyo de corazón.

Quito, 31 de Enero de 1863

Muy querido amigo mío:

Al fin escribo a U. -Decirle por qué no le he escrito hasta ahora, desde que U. me escribió, y remitió sus versos a la montaña, sería cosa de un preámbulo muy largo para esta carta. Basta que la amistad esté en su punto; lo demás no importa nada.

Ahora mismo escribo a U. bien maltratado por los rezagos de una terciana maldita que traje de Ibarra, y que de cuando en cuando me acomete dejándome tal, que para nada soy de provecho. Con eso y todo voy a expresarle a U. mi opinión sobre su "Canto a los héroes de Colombia" con toda la franqueza que U. quiere y es muy de mi genio.

Ante todo advertiré a U. que si fuera hombre de nunca acertar a hacer buenos versos, mucho me miraría yo sobre el modo de criticarlos que sometiere a mi juicio: mas como no es este el caso, y muy al contrario U. suele hacerlos muy buenos, no lo eche a mala parte, que le dé a mi modo una zumba por lo malo que halle en su composición conforme fuere examinándola. Quiero chancear un poco con U. como de amigo a amigo y con ánimo inocente. No se le despierte, pues, la negra honrilla.

Comenzaré por decirle a U. que, leída su composición, la impresión general y, por decirlo así, abstracta que queda en el ánimo, no es ni de entusiasmo, ni de aquella suspensión o admiración poética que suelen dejar los buenos e inspirados versos. Se ve, leyendo los suyos, no que los brota la inspiración espontánea, sino que U. los compone con algún esfuerzo, la pluma en la mano, el papel sobre la mesa, más presentes en su imaginación los modos clásicos que los mismos héroes colombianos que va a cantar; y sobre todo Olmedo y su "Junín" y, si no me engaño, D. Andrés Bello y su "Alocución a la Poesía" que no le dejan a U. pensar en otra cosa. Cuando un poeta parece que escribe, no que canta, malo; esto indica que ha empleado el artificio, y no ha dado con el arte o la inspiración que todo es uno en el poeta por más que los Amunátegui, en su juicio crítico de Olmedo, quieran decir que arte e inspiración son dos cosas diversas: el arte que no es inspiración, es artificio.

Hay desigualdad en toda la composición: aquí está U. verdaderamente entusiasmado, allá sólo lo parece, y es lo cierto que está frío u desabrido: en tal punto es U. afluente y numeroso, en tal otro embrollado u prosaico: tal vez lánguido y flojo, tal ajustado y vigoroso.

Pero vamos a los pormenores.

La introducción no me gusta nada. Lo que U. pone en boca del Árbitro Supremo no es ciertamente aquel *Fiat lux* del Génesis que pareció sublime a Longino. Lo que U. hace decir a Dios lo podría decir U. mismo con

sólo cambiar, no el concepto ni nada, sino lo estrictamente necesario para que las palabras parezcan dichas por tercera persona:

"No más cadenas ni oprobioso yugo
Del sol al hijo abrumen, cese el llanto,
El triste luto y la miseria cesen
En que a Dios plugo hundirle
Por luengos siglos, y amanezca su era
De heroica y santa lid, triunfos y gloria.
Sí, que amanezca, y a premiar *su* esfuerzo
Doquier la ansiada libertad le siga,
Y en cánticos de amor el nombre santo
Del Ser Omnipotente,
Al par de la memoria
Del bien inmenso que *le da*, bendiga."

Y a la verdad que este prolijo discurso mejor suena en la boca de U. que en la de Dios. Esto de hacer decir al misterioso Autor del Universo cosas dignas y propias de su estupenda grandeza, es asunto peliagudo, y lo mejor es no meterse en tal empeño.

Yo, por esta razón, no hubiera comenzado por introducir hablando tan escabroso *personaje*; habría empezado diciendo, v. gr.: "La hora infalible que los Hados señalaron de libertad y gloria para el pueblo americano, sonó ya; el grito de libertad que repercutió en los Andes y resonó en los ríos y bosques, estremeció la corona en la frente del León de Hesperia, &." Por supuesto que esto lo hubiera expresado en versos tales como la Musa hubiera sido servida de inspirarme.

"Dijo al fin el Señor; al *escucharle*
La tierra, el mar y la sublime esfera
De pasmo enmudecieron y temblar*le*
Sintió el León de Hesperia su corona
Que justa envidia al universo fuera" &.

Temblar es verbo neutro, y si bien D. Andrés Bello en su Gramática dice, si mal no recuerdo, que apenas hay verbo neutro en castellano que no pueda hacerse activo en ciertos casos, dudo que esto se entienda de todos los verbos y de todos los estilos. Pero lo que no es dudoso es que en el caso presente el enclítico *le* es un pleonasmo inútil y de ninguna elegancia. Dígase *temblar* puramente, alterando el verso, y no importa el consonante del *escucharle* de arriba. Y vaya otra cosa sobre este *escucharle*: *escuchar* significa, fuera de otras cosas que no vienen al caso en que esta palabra suena por ahora, *aplicar el oído para oír* (Dicc. de Salvá). De aquí resulta que en aquel verso *al escucharle* no es la expresión propia, sino *al oirle*.

En el verso último de los arriba citados, lo corriente sería, salvo el metro, *que justa envidia del universo fuera*.

"Y en ansia de *más grande* poderío"

dice U. luego después, y Baralt en su Dicc. de galicismos, dice que *más grande* en vez de *mayor* es expresión galicana.

"A fuego y sangre religión y leyes."
A fuego y sangre eterna servidumbre

Olmedo.

"Mas cual *raudo y horrísono* torrente
Parto de la tormenta de los Andes,
Que desde la *eminente*
Soberbia cumbre rueda arrebatando
Rocas y selvas que a su paso encuentra,
Y al *atónito* valle
Su *asoladora* cólera anunciando
En *libres* ondas y *encrespadas* entra &."

Bueno está, y me gusta; pero no quisiera tanto adjetivo, y menos quisiera ese *encrespadas*, flojo calificativo de tales ondas. Pues si bien el Dicc. de Salvá dice que este adjetivo se aplica a las olas del mar cuando las agita la tormenta, no es menos cierto que esto que puede decirse con propiedad de un pequeño arroyuelo, que *corre encrespado*, cuando sopla el viento, por manso que sople. Así, su verso de U. necesita otro calificativo decididamente vigoroso. -El *asoladora cólera*, además, suena mal.

Su símil me recuerda estotro de Moratín (hijo):

"Y como desatado
Suele el torrente de la yerba cumbre
Bajar al valle, y resonando lleva,
Roto el margen con ímpetu *violento*,
Arboles, chozas y peñascos duros,
Rápido quebrantando y *espumoso*
De los puentes la grave pesadumbre,
Y la riqueza de los campos quita,
Y soberbio en el mar se precipita";

en donde si hay uno u dos adjetivos de mero lujo de dicción, todo está disimulado y perdonado en gracia de los dos magníficos y primorosos versos últimos.

"Lánzase impetuoso a los combates"

Este verso me suena mal.

"En acento sonoro y *expansivo*
Proclama al fin &."

"*Expansivo*, va, adj. -Lo que se puede extender o dilatar ocupando mayor lugar." -Salvá, Dicc.- No es más; y no es palabra muy poética. En el caso presente viene a ser como si se dijera "Con un acento *elástico* y sonoro".

Más arriba leo un *frustre*, palabra dura, y que, según creo, no ha sonado hasta ahora en el Parnaso.

"Mas cayó y se apagó, cual la centella
En las olas del mar..."

Este complemento de "en las olas del mar" no añade nada al símil, porque lo mismo y tan rápido se apaga el rayo en el mar como en el suelo u en cualquiera parte en que no tenga qué destruir o incendiar. "Serpea fulminando y veloz huye" dice magníficamente Olmedo.

"¡Oh! *lidiar y vencer* a endebles huestes..."

Lidiar *con* y vencer *a* es lo corriente; a menos que *lidiar* esté allí sin ligarse con huestes: así estará, mas no lo parece.

"¡Oh gran Colombia!
¡Oh madre del valor jamás domado,
De honor y de virtud!"

Muy mal dicho: *madre de honor y de virtud*, aunque malamente, solo quiere decir madre *honrada y virtuosa*, y no como U. quiso, *madre del honor y la virtU.* Y no pudo tampoco en justicia decir U. que Colombia es la madre de esas virtudes de una manera privativa, como allí parece.

"Que de esclava *tornáronte* en señora"

Tornar en tal sentido es arcaísmo desusado.

"... oh nombres venerandos,

.....

Que más que en duro bronce brilláis *fijos*

En los patrios anales..."

Dígase *eternos* en vez de *fijos*, o alguna otra palabra tan noble y propia. -El verso además suena desairado con sus cuatro monosílabos de seguida.

"Héroes *son menester* para otros héroes..."

Prosa, y no muy buena.

"*Los primeros* vosotros a mi canto

Daríais noble tema. Ellos rompieron &."

Chocante y violentísima transición en *Ellos* por más que esté marcada con un punto. Acerca de "Los primeros vosotros &", nota Baralt de galicana esta frase: "El habló *el primero*." Me parece idéntico el caso.

"*Eterna*

En las generaciones de los libres

Será la gratitud profunda y tierna,

Retribución debida

A vuestra abnegación..."

Pura prosa en verso.

"En tu patria después cárcel y muerte
Cruel *te prodigó*..."

Expresión impropia, porque *prodigar*, fuera de su sentido recto, tiene el metafórico de *hacer*, *decir* o *dar algo con abundancia y profusión*. No se puede dar con profusión *cárcel* y *muerte*.

"...en vano así las aguas
De espantosa tormenta que *en su enojo*
Lanzan los cielos, *apagar intentan*
Del Cotopaxi las eternas *fraguas*."

Malos versos de pobre dicción, con más la impropiedad de que *las aguas* intenten apagar *fraguas* de volcanes ni nada.

"¿Quién mi ardiente entusiasmo, quién mi arrojo
Frenaría después?"

Despacio, amigo, no hay por qué calentarse tanto ni arrojarse con tanta temeridad. ¡Brava valentía! ¿Pues quién le ha de impedir a U. que diga lo que más le viniere en gusto?

"... ¡*épica lira*
Por cuyos *dulces*, *mágicos* favores
Hasta el cielo suspira!"

Ponderación vacía, pues ¿por qué ha de suspirar el cielo por los favores de una *lira épica*, ni didascálica que fuese? Y la *lira épica*, además, no es ya *lira* sino trompa.

"Como el gran Chimborazo cuya frente
Hiere primero la sagrada lumbre
Del padre de los incas, y la horrenda
Furia del huracán mira a sus plantas
Estrellarse con *ímpetu impotente*,
Mientras ruge en la cumbre
De otros montes que insulta, &."

Cláusula oscura y embrollada; y no lo dejará de ver U. mismo con sólo parar un poco la atención en ella. En efecto: la oración contenida desde *cuya* hasta *incas* debe ser un inciso gramaticalmente desligado de lo restante de la cláusula. Ya en esta misma oración se nota la oscuridad anfibológica de si la *frente hiere* a la *lumbre* o la *lumbre* a la *frente*; pero pase, si puede pasar. Un inciso u paréntesis puede eliminarse de una cláusula sin truncar su sentido: pruebe U. ahora a eliminar el suyo, y lo que queda es un disparate: "como el gran Chimborazo... y la horrenda furia del huracán mira a sus plantas, &." El defecto está en que, principiando la cláusula con un sujeto (el Chimborazo) se espera su verbo correspondiente, y nunca se le halla, pues el *mira*, que debió ser el esperado, está completamente desviado de su sujeto por la conjunción *i* de "y la horrenda &." Lo que resulta de todo es que el *gran Chimborazo* se quedó por ver el verbo que le pertenecía de derecho, y que la *frente* (del Chimborazo) es la que *mira* a *sus* plantas (de ella) estrellarse la furia del huracán (y esto cuando no sea la misma *furia del huracán* quien lo *mire*), mientras *ruge* en la cumbre de otros montes que *insulta*. ¿Qué ruge

y quién insulta? -La *frente* del Chimborazo u la *furia del huracán*, por fuerza gramatical, entendiéndose así de esta última siempre que se la entienda por sujeto de *mira*-. Puro galimatías, querido amigo; y U. dé tersura y claridad a esta cláusula que bien las necesita. Los lunarcillos menores, como aquel *ímpetu impotente*, no hago más que subrayarlos, porque me parece superfluo explicar por qué los atildo.

Más adelante veo al Amazonas, rival del mar.

"A quien empuja y vence en atroz guerra."

Pase el *a quien,* como arcaísmo usado en poesía, y más cuando aquí puede decirse que están personificados esos dos *guerreros*. Mas por mí no pasara tan impune y libre ese *empuja*, palabra poco noble donde por ahora suena; y ni por mí ni por nadie ha de pasar el *atroz* calificativo dado a semejante guerra. ¿Qué crueldad o qué inhumanidad halla U. en esa guerra para llamarla *atroz*? -*Atroz* se dice también de lo desmesurado, pero familiarmente, como: "¡Qué *atroz* estatura la de fulano!"- Todo será la guerra del Amazonas con el mar, será *horrenda*, *furibunda*, todo, menos *atroz*.

El Tasso, en igual circunstancia, hablando del Po dijo sencilla y majestuosamente.

"*E con piú coma Adria respinge, e pare*
Che guerra porti, e non tributo, al mare."

"... ¡Oh gran Bolívar! ¡oh coloso
Entre los héroes de Colombia *grandes*!"

es decir, entre los corpulentos de persona; porque este adjetivo *grande* tiene esa gracia de significar, antepuesto a una persona, su grandeza moral, y pospuesto, su grandeza física.

Los demás versos que siguen en alabanza de Bolívar me gustan, aunque mucho me recuerdan los cantos de Miñarica y Junín.

Pasando a los de Sucre encuentro también estos:

"*Felice, triunfador*, invicto Sucre."
"Pio, *felice, triunfador* Trajano!"

Rioja.

"Y aclaman *sin cesar por toda parte*."
"Discurre *sin cesar por toda parte*."

Olmedo.

No me gustan estos recuerdos; y lo es también del mismo Olmedo lo que U. dice del nombre de Sucre.

"Tú, jefe de esa fiera
Raza de tigres, honra de los llanos,
Para quienes la muerte es lisonjera &."

¿Por dónde han de ser los *llaneros* honra de los llanos ni de nada si son de la raza de los tigres? -Prosaico es el calificativo *raza de tigres* y nada honroso, por cierto. Además, el último verso es prosa humilde.

"Tú, ilustre Páez, tú de los valientes
Ejemplo singular, *a* los tiranos
Azote formidable &."

Ejemplo singular de los valientes, va bien; mas para ir del mismo modo adelante, se debió decir: azote formidable *de* (no *a*) los tiranos.

"Hijo del suelo
De Granada la fértil y *abundosa*
En libertad y luz, alza adornada
De lau*ro*, oh Santander, *tu frente al cielo*
Y di a los siglos: `Yo también mi espada
Por la patria he vibrado
Y, rayo de venganza y de justicia,
La hidra peninsular ha debelado´."

¿Qué quiere decir ese *abundosa* (adj. ant.) *en luz*? ¿Hay por ventura en Nueva Granada más luz que en Venezuela o el Ecuador para que se designe aquella nación con la especial cualidad de ser abundante en luz? -No, y gracias a Dios: lo mismo nos alumbra el sol a todos. -*Luz*, así sin más pelos ni señales, nunca se toma por *gloria*, *ilustración* o cosa que lo valga.

Tampoco me parece bien decir de una comarca o nación que *abunda en libertad.*

En el 4º verso hay la durísima sinalefa de las dos *oes*, de las cuales la una es aspirada, y además quiere U. que Santander levante la frente al cielo: pues ¿a qué cielo la ha de levantar si en él debe de estar a lo menos para el poeta que le canta? Si U. lo supone en el infierno, ¡ya!...

Tampoco me gusta la construcción gramatical de los últimos versos, porque ella sale llanamente así: "yo

también he vibrado por la patria mi espada y ... *ha* debelado la hidra peninsular"; lo cual es un disparate. Para que la espada fuese el sujeto de la segunda oración, debió ser reproducida en esta por un relativo, pronombre o cosa tal: más claramente; debió expresarse el concepto de otro modo.

"Siguen a aquellos hijos peregrinos..."

Prosaico además.

"Cual la reina
De las aves que mira amenazado
Por serpiente voraz su nido amado,
Veloz el ala agita
Y sobre ella se lanza y la destroza,
Y *la devora y en su triunfo goza*."

Toda la comparación me disgusta por no estar expresada de una manera más poética; y si ha de quedar, no quisiera que quede a lo menos el último verso.

"Y Gómez, y Bermúdez, y el que en la ardua
Bárbula *pereciera*..."
"Nuevo Curcio que en fiero sacrificio
Por la adorada patria se ofreciera..."

Pereciera y *ofreciera* están por *pereció* y *ofreció*. El uso de los tiempos simples en *ara* y *era* por el compuesto del pluscuamperfecto de indicativo (como *amara* por *había amado*) es un arcaísmo elegantísimo, usado con parsimonia. Pero usados dichos tiempos por los pretéritos imperfecto o perfecto de indicativo, como *amara*

por *amaba* o *amó* es un mal uso, o si decimos, un neologismo del arcaísmo, introducido desde el siglo XVIII principalmente por Meléndez y sus secuaces. Bello dice ser cosa mala de imitarse. Leyendo yo una vez las conjugaciones de los verbos latinos observé que acaso imitando la desinencia del pluscuamperfecto de indicativo los latinos hicieron los nuestros los tiempos simples en *ara* y *era* equivalentes a nuestro pluscuamperfecto compuesto que traduce al latino; v. gr.: de *leg-eram* (yo había leído) hicieron los nuestros el *leyera* su equivalente, de *fu-eran* (yo había sido) *fuera* (*yo había sido*).

"... que fueron
A las del español huestes altivas."

Esta *a* está malamente por *para*.

"En el de combatir duro ejercicio
Asaz ilustres..."

Mal gusto será, pero ello es cierto que me disgustan el modo y las palabras de estos versos.

"Ante lo magno del audaz intento."

Prosaica expresión.

"... ¿quién, oh luna,
Tus reflejos *numera* en la laguna?"
No me parece ni propio ni bien ese *numera*.
"No a la lira *te atrevas* que solía
.....
Allá en el Guayas resonar un día."

Dudo si U. pudo en buen español decir *no te atrevas a la lira* por *no te atrevas a pulsar la lira*, por más que se diga bien *atreverse a la empresa*. No lo he visto sino en este último caso.

> "Otro genio divino
> De otra generación quizá en el seno
> *Duerme* &."

¿Cómo ha de *dormir* si está por nacer?

Aquí se acaban, amigo mío, los versos que pudiera citar como dignos de particular censura. Solo he dejado olvidados estos, sobre los cuales algo hay que decir:

> "En ira insana se inflamó su pecho
> *Empero*, y de furor ímpetus grandes &."
> "Rica de lauros y honra vividora."

Vea U. lo que dice Hermosilla del *empero*: "Este *empero*, tan repetido en prosa por los tontos, que con emplearle creen que hablan mejor que el mismo Cervantes, se ha hecho ya ridículo, a lo menos para mí. Y cuando no lo fuese, es un arcaísmo que indica la afectación del escritor. ¿Qué gran belleza puede haber en decir *empero* en lugar de *pero*, cuando los latinos ordinariamente dicen, no *in vero*, sino simplemente *vero*, del cual resultó *pero*?"

Salvá no le da por anticuado, y tampoco le da la misma equivalencia en latín que Hermosilla, pues le traduce por *tamen*, *verumtamen*. En la conjunción *pero*, además, da la equivalencia latina *at, sed, verum*. Es de

notarse también que a *empero* le hace *conjunción adverbial*, y a *pero* simplemente *conjunción*.

De estas dos autoridades escoja U. la que más grave le pareciere.

Honra vividora ha dicho U., y Moratín (D. Leandro) se rió ya de este adjetivo, citando el *hervir vividor* de Quintana entre la fraseología moderna que es la materia de la Epístola a Andrés, si no estoy equivocado.

Salvá da *vividor* por *el que vive mucho tiempo*.

Yo he usado este adjetivo diciendo:

> "Tú que salvas con voces vividoras
> Del sueño del olvido."

No caeré más en la tentación de tal pecado.

Por lo que desde los principios de esta carta dejo hasta aquí escrito, colegirá U. amigo mío, que opino en favor de una refundición de sus versos. Si son o no justas mis observaciones, U. lo juzgará según le parecieren.

Su composición tiene buenos versos, mas por lo general tiene no sé qué aire de amanerada que le hace carecer de todo natural donaire. Lo que quizás proceda de que U. no la escribiese en aquel estado fisiológico de los órganos mentales que por ventura constituye la inspiración. ¿No siente U. algunas veces torpe del todo y de1 todo ciega la *percepción poética*, otras insegura y vaga, y otras vigorosa, clara y en perfecta armonía con la belleza

del mundo físico y moral? Este es el estado fisiológico del cerebro propicio para la poesía: los grandes poetas le tuvieron acaso con frecuencia y en alto punto de perfección. Ríase U., amigo mío; pero yo lo tengo por cierto, y me lo prueba nuevamente su composición: el argumento era para remontar el vuelo, U. tenía alas, y con eso y todo echó U. a volar rastrera y desmayadamente; ¿y por qué? –porque Ud. en tal ocasión no estuvo para volar, porque no estuvo poseído del estro, y porque en fin no se hallaba U. en el estado fisiológico propicio, caso único en que los versos salen con ese aliento vital y el espíritu poético que no encuentro en su "Canto a los héroes de Colombia".

El trozo comprendido desde el verso 74 hasta el 110, y el otro que principia con el 228 y acaba en el 263, son los que más debilitan su composición, especialmente el primero que no puede ser más desmayado y lánguido. En la poesía lírica cualquiera especie de enumeración, sea de hazañas o de nombres, debe ser rápida, elegante y desembarazada, y sobre todo que sea de tal importancia en el argumento de la composición, que no se la puede pasar en silencio.

Escoja U. lo mejor de su argumento, toque lo principal, y mencione con rapidez lo accesorio.

Adiós, mi muy querido amigo, que ya no hay tiempo para una línea más, si esta carta ha de llevarla el correo de hoy.

Quito, ... de Abril de 1863

Querido amigo mío:

Tengo el placer de saludarle enviándole la composición que adjunto a esta carta.

Esos versos que le dedico a U. tienen ya buena fecha de compuestos. Los tenía como olvidados, y leyéndolos un día, hallélos no indignos de una *exhumación*; me vino la tentación de publicarlos dedicándoselos a U., y luego al punto un amigo tuvo la ocurrencia de hacer una bonita edición de ellos, y yo he sido más remiso en enviárselos a U., como lo advertirá por la fecha de la copia.

Los versos son una friolera, mi querido amigo; mas no me lo parece tanto la dedicación, porque al cabo es una manifestación de cariño y aprecio.

Antes de dar a esa composición la última mano, quiero saber qué tal le parece a U.; y para publicar esos versos quiero primero que les aplique U. su lima. Ya conoce U. mi carácter: "esto está malo -eso otro pésimo -este verso es un disparate -esotro una tontería -corrija -quite -ponga -no vale nada -rómpalo U. todo" -todo esto, y mucho más, puede U. decirme sin reparo, y no haya miedo que me enfade.

Si en este tiempo hubiera yo compuesto esos versos, los habría hecho filosóficos y mucho más graves. No lo están ahora; pero así y todo recíbalos U. como un recuerdo de su

amigo sincero y afectísimo.

Quito, 22 de Abril de 1863

Querido amigo mío:

Tuve mucho placer de recibir su carta del correo pasado, y tanto más cuanto por ella supe que le han agradado a U. mis versos.

Gracias, amigo mío, por sus correcciones: las tengo todas por justas, y me aprovecharé de ellas. Pero lo que ha sido una lección nueva para mí es el saber por U. la propia significación de la voz *inerte*. Es en verdad como U. dice, y no tiene otra en la latina *iners* de donde es tomada. En física estudiamos cuando muchachos que todo cuerpo es *inerte*, y no reflexionando que esto quiere decir que todo cuerpo es incapaz de acción propia, que es *inactivo*, tomé yo aquel término por *inmóvil*, equivocación de que he salido, gracias a U.

Yo sí puedo decir que soy *inerte* en punto a corregir y pulir mis versos. ¡Qué trabajo me cuesta ponerme a ello! Pero en fin esperaré un rato de buen humor.

Acabo de leer un romance suyo a su hijo de U.: está como lo pedía el argumento: dulce, suave y tierno. Todo en él me gusta, su alma de U. y los versos; pero sírvase borrar aquel verso *nos viene en complemento* que está allí

como un tinte de prosaico y de vulgar. No me suena bien tampoco estotro: *mis palabras cuando ansío*. Todo lo demás me gusta mucho.

Viva U. feliz, amigo mío, lleno su corazón de dulces afectos: una esposa, un hijo y el dulce amor en ellos ¿qué más dulzura tiene la vida?

Hechas las correcciones que me ha indicado U. en mis versos, se los mandaré a U. para que las dé el *pase*.

Suyo de corazón.

Ibarra, 30 de Noviembre

Mi muy querido amigo:

Después de largo tiempo he venido a tener carta de U. Recibíla con sumo gusto tanto y ante todo, por ser ella de un amigo a quien tanto quiero y estimo, cuanto por estar escrita con lisonja de mi amor propio. Estos alegrones del amor propio, lo son, cuando nos vienen de buena mano, y son entonces cosa de mucha suavidad. Dígolo por el elogio que hace U. de mis versos, que si algún otro me los elogiara, no quedara yo tan satisfecho.

Y ha de saber U. que cuando envié esa colección de versos a nuestro amigo el Dr. Cevallos, le escribía yo: "Allá van esos versos. No estoy contento de ellos. Sólo me consuela el pensar que, si es paja la que envío, más paja será mucha parte de la gran colección de poesías americanas a donde van las mías." Sobre este consuelo me ha caído el otro del voto de U.

¿Por qué no publico yo mi colección? Por varias consideraciones; y una de ella es que, si U. hubiera tomado mi parecer antes de publicar la suya, le hubiera dicho: no la publique U. sino en Francia, o en otra parte. Las

imprentas de Quito le harán a U. un librejo de triste semblante de que nuestra gente hará poco caso; y no le hiciera más si dentro de su mala pasta y cuerpo contuviera toda la poesía mundo.

Pudo muy bien ser una travesura de la grave musa de Olmedo los versos que U. me ha remitido. Y digo pudo, porque ya no es, y no la conocería por suya si resucitara. ¿Quién sabe cómo fueron en su primitivo estado? Ahora lo que tienen y les ha quedado es la intención poética, que en verdad no está falta de donaire; pero ¿dónde el garbo, la tersura y la docta lima del barco guayaquileño?

"Testimonios levanta en cada verso,
Y sílaba o dicción siempre le falta...
.....
El desgraciado autor está que salta."

Es mal este de los peores que acarrea el oficio de poeta, según Iriarte.

Si aún está en Ambato P. Lizarzaburo, salúdele U. en mi nombre.

Le contaré a U. que esta guerra que se prepara hacia el norte me tiene inflamado el *patriotismo*, y esto es sacarme de mi paso. Yo de mío me soy frío e indiferente en materia de contiendas políticas cuando se agitan entre nosotros sin salir de casa, y así lo soy por desprecio y cierto desdén que siento por los hombres y las cosas; pero en tratándose de un negocio como este

que tenemos entre manos con la Nueva Granada, ya es otra cosa.

Bien pienso que la guerra es insensatez del hombre, y que la paz y la concordia es la razón y el buen juicio; que el puntillo y el pique, de donde comúnmente nacen las rencillas humanas, son viento de presunción o vaharada de pasiones insensatas; que el hombre que tiene el entendimiento libertado de estos humos tendrá siempre por mala la guerra y por cosa de locura: todo esto yo me lo creo bien; pero no hay caso, amigo mío, el deseo me tira por otro lado.

¿No es cosa buena que a estos granadinetes, que tienen al Ecuador por nación de corderos que pueden conquistarla a pura *cachiporra*, en respuesta a sus bravatas insolentes, y sin detenernos con ellos en palabras, les enviemos un ejército y cruda guerra con él? ¿Y no será cosa bonísima y de muy buen sabor que los derribemos, y poniéndoles la espada al pecho, como solía el buen caballero don Quijote con los que vencía, les hagamos confesar que no hay tal ni tan hermosa patria en el mundo como la nuestra; y hecha la confesión, decirles: andad, y besadla los pies con reverencia?

Me gusta, pues, esta guerra, y aunque es negocio que tiene pelos, es también grande y de mucha calidad, y esto basta para ser deseado y acometido con esfuerzo.

Páselo bien, amigo mío, y escríbame de cuando en cuando.

Quito, 27 de Febrero de 1864

Mi bien querido amigo:

Tengo un catarro de tres días, y esto me pone en disposición nada apropiada para examinar bien su composición intitulada "Canto sacro". Mas pues U. quiere que me dé prisa a examinarla, vamos allá.

Buena está y me gusta; pero quedará mejor si U. le da segunda mano. Magnífico es el arbitrio con que las primeras estrofas nos hacen patente la grandeza del autor del universo, y esto viene a ser lo brillante de su composición. Después trata U. de lo que es Dios para la criatura humana. Ha considerado, pues, U. dos atributos de Dios: su grandeza, y ligeramente su predilección hacia el hombre: ¿por qué ha pasado por alto la omnipotencia y la sabiduría? ¿No pueden dar estos dos atributos más fuerza y pompa a la composición? La estructura del universo, sus sabias leyes, el brazo omnipotente manifiesto en los fenómenos de la naturaleza, están pidiendo un lugarcito, y de los mejores, en el plan de su composición, amigo mío. Désele; y para esto me atrevo a aconsejarle que, al tratar de la omnipotencia divina, se valga puramente de imágenes, y deje para la prosa las *abstracciones*. Nada nos dirá U., o nada nos

hará sentir con decirnos que aquel que pudo formar con una sola palabra, o con un solo gesto si U. gusta, esta estupenda arquitectura del universo, todo lo puede hacer. Buen provecho, diremos muy frescos, y es buena perogrullada venirnos a decir que *el que lo ha hecho todo, todo lo puede hacer*. No, señor; si U. quiere entretenernos con la omnipotencia de Dios, háganosla ver obrando en la naturaleza; represéntenos a El en cuerpo y alma diciendo y haciendo en el vasto universo: su *carro* rompiendo por las nubes tempestuosas; su *dedo* señalando rumbo a los astros, su brazo *sacudiendo* la tierra en los terremotos, su *aliento* en los huracanes, su *voz* en los truenos, su *sonrisa* en la serenidad del cielo, su *entrecejo* en las turbadas tempestades. Esto es lo que vale en los versos; esto es vivo e impresionable; lo demás son palabras vanas.

En efecto, a lo menos por lo que respecta a mí, las imágenes son los medios más vivos de hacer sentir lo sublime. En el Génesis menos me gusta el decantado *Hágase la luz y la luz fue,* que aquello de que *Las tinieblas cubrían el haz del abismo, y Dios era llevado sobre las aguas*. Esto es hermosísimo, magnificentísimo. ¿Cómo representarnos la nada, o el vacío en que se formó el universo, sino por esa imagen material extraordinaria y sorprendente? Un abismo lleno hasta el haz de tinieblas, no es nada, pero se puede representarlo en un lienzo, y es la mismísima *nada* tal como puede pintársela la imaginación de un poeta. En Milton vemos a Luzbel

como un arcángel de hermosura eclipsada, la cicatriz del rayo eterno en la *frente*, la *mirada* cruel y funesta; le vemos romper con solitario vuelo las confusas y *desiertas* sombras del Caos en busca de la región de la luz; vemos también en el inmenso antro del infierno desplegarse y ondear el gran *estandarte* de los ángeles caídos. Camoens en un Consejo de los dioses nos da a Marte que se pone delante de Júpiter, se alza la *visera del yelmo de diamante*, y antes de comenzar su discurso, da en el *trono* de Júpiter un recio golpe con el *cuento* de su *bastón*, y tiembla el cielo, y Apolo pierde un rato la luz de turbado:

"E dando uma pancada penetrante,
Co'o conto do bastao no solio puro;
O ceo tremen, e Apollo, de torvado,
Um pouco a luz perdeu, como enfiado."

Longino se deleita en las imágenes que nos da Homero de los Dioses obrando en la naturaleza; y ciertamente que una sola imagen de éstas, siquiera se contenga en un ligero rasgo, vale más que la más bien compuesta disertación para hacernos sentir, o si decimos, palpar la grandeza de los entes abstractos.

Algunos rasgos, pues, de la Omnipotencia divina darán fuerza y movimiento a sus versos, y mucha pompa puede U. añadirles si echa algunas pinceladas sobre el sabio plan del universo.

Pasemos a algunos pormenores.

"*¿Quién que no sea* de la noche umbría
Hijo fatal no *la ama*?"

No me gusta el corte de estos versos, y yo prefiriera este otro giro: ¿Quién no *ama* la luz si ya no es algún hijo funesto de la noche? Y eso dando carta de guía a ese *amar la luz*, al cual Baralt no se la daría.

"...los ojos
De mi *anheloso* espíritu alcanzaron &."

Dijera U. con propiedad *anhelante*, porque *anheloso* no es más que lo que se hace con ansia, y se dice también del que tiene dificultad en respirar.

"Ni aun la sombra de Dios! y aques*to* solo &."

Debe ser *aquesta* por claridad.

"*Lancé mi vista* al mar y a los espacios &."

Lanzar vale arrojar con ímpetu, y ya se entiende que la vista es lo que menos se puede *lanzar*. Yo dijera: *Tendí la vista* al mar echando fuera el *mí*. Y esto mismo hiciera con el *tus* del verso:

"vuelve, vuelve,
Necio, *tus* ojos hacia Dios: sé justo &."
"Sintió mi corazón ferviente anhelo
De dar *algo* que en sí guardaba oculto,
De *poseer otro algo* y darle culto
Tierno, puro y sencillo.
Cual su perdida madre por las selvas &."

Chanflones versos estos que no parece, sino que U. no los hizo. Flojo y mezquino modo de expresar lo que

allí quiso decir, y que expresado con más claridad y nobleza de estilo vendrá a ser uno de los mejores pasajes de la composición. Este triste *algo* y esotro *algo* y esa *madre perdida*, todo ello no es más que el desengaño de los bienes terrenales, y la aspiración constante al bien supremo e imperecedero; el descontento de los gustos de la tierra, y el ansia inagotable de la felicidad eterna. Cosas tan buenas como éstas no deben expresarse con *algo* y otro *algo*.

> "*¡Cuánto es vano mi afán!* que no del mundo
> Entre el mísero polvo está *encerrado* &."

No es castellana esa exclamación, y tampoco es propia la preposición *entre*.

> "*¡Ah! todo el bien allá, sobre las nubes*
> *Sobre los astros, ¡oh alma! ¡oh alma mía!*"

Yo mudaría la exclamación vaga en cosa más determinada, como: Todo el bien está allá, sobre las nubes &. El segundo verso es duro por las dos *ohal*, *ohal*.

> "*La libertad, el* sumo don que encierra
> Grandeza y dignidad y poderío,
> *Por el cual* a mi ser más te avecinas.
> Hombre eres libre: adórame."

El artículo subrayado está por demás; *por el cual* es un nexo prosaico.

Mefistófeles en el "Fausto", hablando a Dios, le dice entre otras cosas peregrinas: "Yo no sé hablar del sol ni de los astros; solamente veo cómo los hombres

se atormentan. El diosecillo de la tierra está aun en el mismo ser y tan singular como el primer día. Viviera un poco mejor, a lo que pienso, si tú no le hubieras dado ese reflejo de la luz celeste, que él llama razón, y del cual no hace uso sino para volverse más animal que todos los animales."

Para Mefistófeles, pues, la razón era lo más excelente del hombre, y yo me inclino a su opinión. Por el modo como U. concluye su composición no parece tomar la *libertad* en su sentido *teologal*, es decir, por el libre albedrío de escoger entre el bien y el mal; y en efecto esta es la única libertad que se puede decir que es ajena de los animales. Y luego no es cosa esa libertad *teologal* para que Dios nos venga a decir con esa jactancia: Hombre, eres libre: *adórame*. Pero, en fin, Dios nos dice que somos libres, aunque no se sabe bien con qué suerte de libertad, y luego U. nos aconseja que seamos libres, como si no lo fuéramos: ¿cómo se entiende?

"...en tierno amor volvedle,
En infinito amor, el bien que os *diera*."

Diera vale también *había dado,* pero nunca *dió* ni / *daba*.

Este es mi juicio sobre su composición, querido amigo, y téngola por un embrión robusto de una excelente composición poética; dígolo para aconsejarle que le dé otra mano, añadiendo, variando, y retemplándola toda en el fuego poético.

Adiós, amigo mío. Tengo que escribir a V. E. Molestina en contestación a dos cartas suyas de los correos pasados. Es uno de los Petrarcas del Guayas que por lo que hace al modo de pedirme versos más es Cansina que Molestina, o es todo junto.

Quito, 30 de Marzo de 1864

Mi bien querido amigo:

Allá va ese hombrecillo incluso en esta a hacerle a U. una visita en mi nombre. Ojalá pudiera él, en viéndole a U., tenderle los brazos, darle un estrecho abrazo y decirle mil cosas de mi parte.

Me parece que no está apropiado ese retrato para enviarle a Chile; para este objeto quiero hacer sacar otro en busto y de mayores dimensiones. ¡Vaya una comezón de retratarse!

Tengo un gran dolor de cabeza y algunas personas conmigo aquí en mi cuarto: dos cosas que me impiden escribir más.

Adiós, mi querido León. Conserve U. mi retrato como el de un amigo que le quiere y le estima en gran manera.

Quito, 11 de Junio de 1864

Mi muy querido amigo:

Mucho tiempo hace que no le he escrito; pero ya me preparaba a sacudirle el polvo a nuestra correspondencia arrumbada por culpa mía, cuando he recibido su última carta. Sin ella, siempre le hubiera escrito yo por este correo.

Accedo con mucho gusto a lo que U. me pide respecto a la revisión de sus poesías: en ello me va el placer de servir a U., y el de procurar que dé U. mayor mérito a sus versos y a nosotros mayor honra con ellos; pues claro está que si U. compone, lima y purifica sus versos, todos ganamos con esto, U. y nuestras "letras Ecuatorianas".

Pasaremos, pues, revista a sus composiciones; pero permítame decirle que lo haremos despacio, a mi modo, y como me lo permitan los estudios que he emprendido. Si yo juzgara que en esta materia vale más la prisa y aceleramiento que la calma y el sosiego, no dude U. que, por servirle, estaría por lo de mayor provecho.

Alcides Destruge en días pasados me escribió una carta, pidiéndome en nombre de los RR. de "La República", periódico de Lima, unas ocho composiciones

mías, para insertarlas en la colección de poesías americanas que piensan esos RR. dar a la estampa. Igual cosa habrán pedido a U.

Esto, pues, me ha hecho pensar en que debí haberle enviado cuanto ha mi retrato a Blest Gana, para no llegar tarde, y salir yo en persona con mis versos en esotra colección proyectada en Chile, que el diablo me lleve si sé en qué para. Dígamelo U., si lo sabe; y por el pronto hágame U. el favor de encaminar camino de Santiago u Valparaíso, u donde fuere menester, a esta personilla inclusa en esta carta.

Se me acabó pronto el humor de retratarme de más maneras, y por esto es que no voy a Chile en busto.

Tengo presente que en su penúltima carta me hizo U. el favor de trasmitirme un recuerdo de mi muy recordada amiga Angela Baquerizo. Yo sabía que estaba ella en Ambato, pero no que U. fuese su amigo, que, a saberlo, en cada una de mis cartas le hubiera yo encargado saludes para tan graciosa amiga. Hágame U. ahora el favor de decirla mil expresiones de mi parte, y a su esposo también, si está en Ambato.

Adiós, mi querido amigo.

Quito, 12 de Octubre de 1864

Querido amigo:

El sábado pasado tuve el gusto de recibir carta de U., después de haber dejado de escribirnos uno a otro U. y yo por algunos meses. Con ella recibí también su poesía titulada "Dios", que U. ha reformado, y que yo no he podido leer sino ahora, a causa de haber padecido hasta ayer una enfermedad de ojos. Nuestro amigo el Dr. Cevallos, enemigo de dilatar o traspasar plazos, irrevocablemente quiere enviarle a U. hoy mismo estos versos que U. somete nuevamente a mi censura, honrándome mucho con desearla. Quisiera yo hacer la crítica con más espacio y reposo, pero ya nuestro amigo dijo ser este día un *non plus ultra*, y así no hay más sino darle gusto.

Ha ganado mucho ciertamente su composición con la reforma, y aun veo que en lo reformado o nuevo está más firme el pulso en orden al estilo. Con esto métome ya por las filas de sus versos a pasarles revista: preséntenme cada uno sus armas a ver si las tiene limpias y buenas, que así parece, a una ojeada general, que las tienen todos.

"Vi la luz y la amé, ¡cuánta alegría
En la *estupenda* creación derrama!
¿Quién, si no es hijo de la noche umbría,
Con fervoroso corazón no la ama?
¿Quién movido a adorarla no se siente? &."

Bien pudiera ese epíteto de la creación no gustarle a Hermosilla por poco oportuno, pues no se ajusta bien al punto de vista en que se considera el objeto y toda la idea. Poco tiene, en verdad, que ver la alegría que derrama la luz en la creación con lo estupendo de ella, y nace de aquí una idea complexa, y por tanto débil y confusa. Mejor estaría el epíteto de *inmensa* si no renqueara el verso por falta de una sílaba. También Baralt frunciría el ceño al oír tanto *amor* y *adoración* a la luz.

"Vi el *infinito azul* de luces lleno
Y le adoré *ferviente* &."

Ve U. allí dos adjetivos que no son sustantivos, y al quererlos hacer tales, como ambos pueden alegar el mismo derecho, no se sabe si el *azul* es *infinito*, o si el *infinito* es *azul*. Para quitarse de todo yerro estuviera mejor:

Vi el firmamento azul de luces lleno.

Firmamentum tradujo S. Jerónimo en su Vulgata lo que en el texto hebrero significaba *Extensión* y en el griego de los Setenta *Solidez*. *Firmamentum* en latín significa *apoyo*, *firmeza*; y lo mismo *firmamento* antiguamente en español. Fernando de Rojas, traduciendo esta frase de Francisco Petrarca, *rapido stellae obviant firmamento*, dice "las estrellas se encuentran en el arre-

batado firmamento del cielo". Lo cual está conforme con el diccionario castellano que llama *firmamento*, no todo lo que se entiende por *cielo*, sino aquella parte en que se supone estar las estrellas.

En los versos citados arriba, el adjetivo *ferviente* además es anticuado, y por él tenemos ahora *fervoroso*.

Más abajo está *Pegué mi frente al suelo*, lo cual me gusta menos que *Tocó mi frente al o el suelo*.

"*De respeto y de pasmo el alma mía*
Ante lo inmenso calla y se anonada.
¿*Qué* más santo y augusto?
¿*Qué* más sublime? ¡Nada!...
¿Nada? Mortal, *despiértate* &."

No he visto autorizado ese modo elíptico del *¿Qué más santo?*, y *¿Qué más augusto?*, y aun me choca un tantico.

Respecto al despiértate que he subrayado, vea U. lo que dice Puigbland criticando la Gramática de Salvá: "En la pág. 141 `Despertadnos´, por *dispertadnos*; y asimismo cuando conjuga el verbo, dice `despertar´, lo cual si bien lo usaban los antiguos castellanos, es hoy lemosino y de algunas provincias."

"¿Dónde tu inmensidad, soberbio océano?
¿Dónde, espacios, la vuestra? ya os contemplo,
¡Oh de lo grande y lo sublime ejemplo!
Cual gota de agua *al uno*, y *a los otros*
Como un recinto &."

Este *al uno*, y *a los otros* estuviera bien si se tratara de ellos impersonalmente; pero les endereza U. la plática, y en este caso debió valerse de perífrasis para nombrarlos otra vez, como (por vía de ejemplo) "Cual gota de agua a tí, piélago inmenso, Y a vosotros" (aquí otra perífrasis para los espacios) &.

"Rueda la turbia, indómita avenida
Desde el áspera sierra,
Rocas, selvas y pueblos arrastrando."

Esto es mucho para una avenida, y todo lo que U. nos dice de ella conviene más a una inundación de mar, que a una torrentada. *Pueblos* así en absoluto y en plural quiere más bien significar *naciones* que *aldeas*, villorrios o villorías, que es lo más que puede arrebatar una avenida.

"y en soledades
Tórnanse los palacios y ciudades."

Tornar en este sentido es anticuado. Creo que ya en otra ocasión dije a U. lo mismo. Quevedo le usa sin preposición.

"Nunca pudo creer que se *tornaba*
En cada mujer débil, que lloraba,
Cada pequeña lágrima un Alcides,"

y no me acuerdo yo haberle visto rigiendo la preposición *en*.

"a una sonrisa
Suya la mar turbada
En claro espejo se transforma *a prisa*".

En mal punto trajo este *a prisa* la fuerza del consonante. Lo propio y más enérgico hubiera sido un *luego*, o un *al punto*.

"Do reflejan inmobles las estrellas
Sus encendidos rostros &."

Mala catadura de estrellas esta, y no son en verdad tan mal encaradas.

"Mas ¿por qué me persigue y atormenta
Vivísimo un deseo &."

Aquí da un salto U. que ni el otro español en la calzada de Méjico. Y miren en qué se apoya para darle: en la partícula adversativa, o, cuando menos, continuativa *mas*. ¿Y cómo ha de ser uno u otro, si no hay cosa antecedente que continuar o contrastar? Este es un vacío que es necesario llenar. ¿Con qué le llenará U.? Con un cuadro de la vida del hombre, el amor, los goces de la virtud; y entonces vendría bien decir que todo ello es tortas y pan pintado, y que ese supremo bien, cuyo deseo fatiga al hombre en la tierra, no está en ella, ni es cosa que se encuentra al voltear una esquina, sino al voltear la página de la vida.

Además ¿por qué escribe U. *por que* como dos palabras, cuando es una sola? Más adelante dice U. "Oh fuente del bien *por que* suspiro", y aquí si está bien como dos palabras, pues este *que* es relativo.

"En vano el mundo
Me abrió su grata escena
Y ofrecióme triunfos y placeres;

En vano tentadoras sus mujeres
El deleite brindábanme en sus labios;
En vano su honra y sus coronas... Lodo,
Fango era todo &."

¿Qué honra y qué coronas? ¿De las mujeres? Así parece, y la manera de la cláusula tiene la culpa.

"Mas déjame las voces
Suaves oir que a tu mansión sagrada
Me llaman sin cesar: la gran natura
De ellas resuena en todas partes &."

En no sé qué libro he leído tachada de galicana esta frase de una mala traducción del Telémaco, si mal no me acuerdo: "la selva *resonaba de sus voces*". Y este es el mismo yerro o galicismo que ha cometido U. en los citados versos. He leído en Ercilla:

"Rauco se estremeció *del* son horrendo,
Y la mar hizo extraño sentimiento".

Y aquí parece muy bien la preposición *de*, acaso porque es fácil suplir un participio como "se estremeció *herido del* son horrendo", y entonces el *de* equivale a *por*, equivalencia corriente en castellano, aunque no me acuerdo haberla notado sino cuando un participio rige la preposición. Francisco de la Torre dice del *mar*,

"*Revuelto de* la furia de los vientos";

y creo que él mismo de la *llama*, "*esforzada del* viento".

"Por siempre unida a ti, cual debe, te ame,
Y se empape y embriague en tu *ventura*."

Le faltó el aliento a U. al terminar el canto. Versos flojos son éstos, y no de noble expresión, cuando debieron, por finales, ser los más robustos o buenos para dejar sabroso al lector.

Dios no puede tener *ventura*, porque esta palabra según el diccionario significa, entre otras cosas que convienen menos al caso, "el caso favorable o suerte dichosa y feliz que acontece a alguno, especialmente cuando no se espera". Pues claro está que a Dios no puede *acontecerle* cosa buena.

Doy a U. mil parabienes por su composición que está muy buena. Me ha caído en gracia la broma que U. me da en su carta por ateo, y sobre que, siéndolo, he sido de algún modo parte en la ejecución de una buena obra para con Dios. El caso es que Dios no ha de leer sus versos, que si los leyera, ya tomara en cuenta para la hora de mi muerte la parte que he tenido en ellos.

Adiós, querido amigo. Ojalá no me prive U. de sus cartas por tanto tiempo como el que ha pasado antes de que yo reciba su última que hoy contesto.

Un paisaje en la laguna de "San Pablo"

De esta colina verde trasponiendo la cumbre
El lago de San Pablo veremos a su espalda
Tendido en la llanura con grata mansedumbre
Sobre la pradería de vívida esmeralda.

Aprisa, corcel mío! tus pasos apresura:
Entre arreboles de oro ya el sol se oculta ardiendo;
Vendrán ya las tinieblas, vendrá la noche oscura
Paisajes pintorescos en sombras envolviendo.

Y en vez de los prados de variadas vistas,
En vez de la hermosa, brillante laguna,
A ti, noche negra que el alma contristas,
Te veré embozada con niebla inoportuna.

Más prisa en tus pasos, corcel perezoso!
Tras esta eminencia que ya trasponemos,
Dorado a los rayos del sol fulguroso
El lago San Pablo mostrarse veremos...

Allí está! Veisle allí! -Fúlgido tiende
En el espacio de uno y otro monte
Su cristal rutilante que ya enciende
La púrpura del vívido horizonte.

Gran espejo parece, allí dispuesto
De tres altos gigantes al tocado:
El Imbabura y el Mojanda enhiesto,
Y el sol, cuando arde en el zenit alzado...*

Inflamado el ocaso derrama
A torrentes su luz vaporosa,

* No pide esta estrofa cosa a Góngora y V. Hugo cuando desbarran.

Cual hoguera que en humo y en llama
Arde, y tiñe las nubes de rosa.

Ved! las olas son de oro fulgente,
Visten nieblas de púrpura al monte,
Que levanta ceñida la frente
Del inmenso, abrasado horizonte.

La tierra de amor abre el seno
Del sol a los rayos de oro;
Volante en el aire sereno
Discurre un murmullo sonoro.
Del valle en unísono coro
Elevan variado concento,
Que sube a la atmósfera vago,
Las olas errantes, el viento,
Los mansos rebaños sin cuento
Que pacen en torno del lago.

Allá muge el ronco toro,
Y en mil ecos repetido,
El valle y monte sonoro
Hinche el salvaje bramido;
Allí al hijuelo perdido
Las mansas ovejas llaman,
Y en discorde contrapunto
Aquí mugen, allá braman,
Y las voces se amalgaman
De todo el rebaño junto.

Ya a la vista las cosas
Lejanas se confunden
Con las sombras medrosas
Que por el valle cunden.
En espiral difunden
El humo al aire vano
Las chozas apartadas
Do en paz vive el aldeano
Allá en las arboladas
Laderas y en lo llano...

Con pompa magnífica
Los patos rompiendo
La azul agua límpida,
Y yendo y volviendo
Se cortan en círculos,
Se cruzan en ángulos,
Van, vienen; y así
Con mil desiguales
Mil rumbos distintos
Cien mil laberintos
Dibujan allí;
O en líneas iguales,
Derecho partiendo,
Las olas hendiendo
Se alejan sin fin,
Enhiestas las golas,
Abiertas las colas
A modo de vela,

Dejando en las olas
Larguísima estela
De plata y carmín.

De otras volátiles
Aves acuáticas
De rojos piés
Festivo bando
Surge chillando,
Luego a la vez
Con sesgo vuelo
Calan del cielo
Con rapidez,
Y hunden las golas
Dentro las olas,
Y en alas húmedas
Se elevan rápidas
Segunda vez.

Una garza
Voladora
Dase ahora
A volar,
Con el cuello
Recogido
Y tendido
Lo demás.
En la esfera
Veo oscura

Su figura
Blanquear;
Y atraviesa
Su alto vuelo
Todo el cielo
Circular.
En el vago
Horizonte,
Y del monte
Más allá
Desaparece
La bella ave...
Nadie sabe
Donde va.

Con los cuellos
Estirados,
De los prados
Sin volar,
Otras garzas
Que quedaron
La miraron
Trasmontar;
Y al perdella
Ya de vista,
En pos de ella
A volar
Se pusieron,

Y lejanas
Se perdieron
A la par.
.....
¡Qué bello
Paisaje!
¡Qué hermoso
Celaje!
Presentan
Y ostentan

El cielo
Y el suelo,
El uno
Del otro
Rival:
El alma
Neutral
No sabe
A cual
La palma
Le cabe
Triunfal.
.....
Noche
Ciega
Llega
Triste

Ya:
Todo
Quedo,
Ledo,
Mudo
Está.

Las estrellas
Bellas
Brillan
Ya,
Y a la
Luna
La laguna
Quejas
Da...

¿Qué le parece a U. este adefesio, amigo mío? U. léale por tal, y diviértase con él. Compuse estos malhadados versos ha muchos años, queriendo echar un registro general de las cuerdas de la lira, mas bien que procurando decir cosas buenas. Esta escala métrica, frívola invención de los modernos, me hace el mismo mal efecto que las escalas o ejercicios de mano entremetidos en un trozo de música. Con semejante puerilidad poética no hay cosa que seriamente quede buena, porque se repara desde luego que el poeta intenta apostarlas con nosotros en variedad de metros, y más parece que chancea.

En materia de lagos o lagunas, no los he visto buenos en poesía, sino es ya que se los nombre cuando conviene, o se los meta en baladas o romances. Así he visto una balada hermosa de Carrer que principia:

"*La' nel castello, sovresso il lago*
Un infelice spirto dimora, &.",

otra de Tennyson sobre el rey Arturo que se convirtió en cuervo, que es bellísima, y el cuento romántico de Walter Scott que se intitula "La Dama del lago". Y ciertamente que los lagos llevan la imaginación a lo fantástico.

Cuando uno coge una laguna y se pone a describirla en verso, se ve en aprietos por la poca variedad del asunto, y no hay más sino andarse a buscar semejanzas entre el paisaje y las cosas de la vida, como U. lo ha hecho en "Colta". Los alemanes se pintan solos para sentir estas sublimes relaciones del corazón con la Naturaleza: ahí está "El paseo" de Schiller, que es cuanto hay que desear sobre esto. Pero un paseo por el campo es manantial de meditaciones, y no lo es tanto un objeto determinado.

Esta poesía puramente descriptiva requiere mucho esfuerzo de ingenio para no ser desabrida: fuerza o gracia de estilo, novedad y viveza en las imágenes, y mucha armonía en el verso, es lo que necesita para embelesar, y si esto falta, la cosa no interesa.

Creo (debajo de mejor parecer) que su composición a la laguna de Colta peca bastante contra los requisitos

que me he atrevido a apuntar. Encuentro artificio en ella; pero esto es más fácil repararlo que explicarlo: U. mismo hágala dormir por algún poco de tiempo, y después léala, y le notará bien lo artificioso y poco fluido; y aun esto no lo haga U. así a cualquiera hora, sino cuando natural y especialmente se sienta atraído por el deseo de leer buenos versos, quiero decir, cuando sienta bullir en su mente el espíritu poético, aquel *no sé qué, ese intríngulis* de la poesía, esa segunda percepción de los sentidos y el alma. Cuando uno no espera para escribir que se le venga esta hora propicia, los versos salen *pujados por falta de gana* (como dijo Quevedo de unas lágrimas), y puede la obra entonces manifestar talento y habilidad en el artífice; pero nunca ocultará el durillo afán que le ha costado, y lo mejor del arte es siempre el saber muy bien esconderle.

"Allá en tu inmoble seno
Blanca, pura, *atractiva*, &."

No me gusta el empleo de ese adjetivo; creo que no hay buena licencia para emplearle en sentido figurado. Se dice *atractivo* v. gr. de un cuerpo que tiene la virtud de atraer, materialmente por supuesto. El imán es *atractivo*; pero la imagen de la luna en las aguas no, por más que nos inspire el deseo de volar a ella.

"Creo en la falsa dicha
Del mundo, y en la gloria
Fugaz del *genio*, &."

No le gusta a Baralt este *genio* por *ingenio*, y tiene razón; quédese *genio* para *genio adusto* u *alegre* y para *genio tutelar* y más semejantes.

"Tu faz reverberaba
Del astro rey la *face*
En cada onda que alzábase ligera &."

Versos embarazados estos y desagradables.

Esa pintura del furor de la laguna está de todo punto exagerada.

"¡Necio de quien al verte,
Oh Colta, en calma leda
Olvida tus borrascas &."

No hay tal necedad, ni ¿por qué la ha de haber? ¿qué perjuicio nos acarrea ese olvido? Ni es cosa importante que tengamos siempre presentes en la memoria las borrascas de la laguna de Colta.

No hay más, mi querido León. A pesar de todo, su composición está agradable; déjela dormir un poco, como le he dicho, y U. la despertará mejorada. Le contaré a U. lo que dijo mi hermano, que tiene muy buen gusto en poesía, al leer su composición de U. Había acabado de leer una desmesurada composición erótica de Matías Avilés en el "Album literario", y después leyendo la de U., dijo: "Vea U. ¡qué cosa! en estos versos, aunque no me gustan bien, siento el talento de quien los escribe, y se conoce que la entiende; pero en esos otros no se ve

más que al necio que a pesar de todo el mundo coge y se hace poeta."

A propósito del "Album literario", ¿vió U. en él la composición que dediqué a U.? Aproveché de todas sus correcciones; pero esos redactores habían hecho otras por su cuenta: dos o tres estrofas las vi desfiguradas.

¿Qué le parece, amigo mío, ese *Cuaspud* de maldita y rabiosa recordación? No hay que hablar de ello: temo que mis palabras quemen la carta de calientes. Pero sí le diré que ha sido tal el golpecillo, que otra vez me he recogido dentro de mi concha, escarmentado de salir más a *entusiasmos patrióticos*, *cuestión nacional, virtudes cívicas*, *honor y gloria*, y toda esa jerigonza vana, nunca entendida por los que la hablan.

Adiós, hasta otra ocasión, mi bien querido amigo.

Quito, ... de Febrero

Mi bien querido amigo:

Su carta última me agradó infinitamente y por varios respectos. Sobre todo, me complace que haya U. reconocido que es muy cierta y muy bien sentida la amistad que le profeso. Para que la amistad sea dulce, firme y digna de ser mantenida es necesario que reúna en sí estos requisitos: cariño mutuo, recíproca estimación, y además, que esto se halle recíprocamente bien reconocido entre los dos amigos. Todo esto se reune en nosotros dos, querido León; le quiero entrañablemente y con mucha estimación; y esto U. lo sabe, y no tengo ya para qué usar de estas fastidiosas y comunes fórmulas en nuestro trato amistoso: pecho franco, palabras francas, y me tiene U. en mi elemento.

No sería malo que le enviásemos a Gana nuestros retratos, confieso que no deja de gustarme la cosa. No tengo ahora por el pronto un retrato (de mi persona) apropiado al caso; pero aquí tiene un francés una máquina de fotografía, y para ponerla en ejercicio sólo espera que le venga de otra parte un ingrediente que aquí no tiene. Le ha pedido, y está ya para llegarle; con que, si así sucede, iré a las manos de U. incluso en carta y en

tarjeta, y de allí en compañía de otros paquetes camino de Chile por esos mares a Santiago u Valparaiso por lo menos.

¿Sabe U. que voy a enviar versos para ese "Album literario"? ¿Qué hacer, amigo mío? Me piden versos con unos piropos... y yo que sé cierto que nadie hace caso de versos en periódico, lo mismo da que los míos se publiquen en este o en el otro u en ninguno.

Le enviaré a U. primero lo que quiera yo enviar a esos Petrarcas de Guayaquil; lo cual quizás suceda en la semana entrante.

Hasta entonces, adiós.

Quito, Agosto de 1865

Queridísimo amigo:

Me ha puesto U. el dedo en la llaga; quiero decir, que ya hacía gran tiempo que yo andaba herido del remordimiento de no haberle escrito, y U. me lo ha recordado de súbito con una cariñosa carta. Pero, querido León, ¿qué quiere U.? -nací con una estrella, sobre mala, excéntrica, condenado siempre a mirar que sería mejor que yo fuera de otro modo que no soy: soy un puro remordimiento en todo, y todo soy deseos y arrepentimientos. Por lo ordinario me consume un descontento árido y seco de todo, y en esta destemplanza de mis días no tengo cosa buena que escribir a mis amigos, y se me pasa el tiempo en esperar reverdecer de alguna manera para tratar alguna agradable materia de correspondencia epistolar.

Visitaré al Sr. Cajiao, pues U. así lo quiere, y es él tan estimable persona. En esto también hago un esfuerzo, porque no es mío el buscar amigos; pero pues U. lo quiere, basta.

Le envío adjuntos unos malos versos de Escobar, poesía *demostrativa*, *periodística* y *parlamentaria*. Por tanto, no se los enviara yo, a no haberme dicho nuestro amigo el Dr. Cevallos que U. andaba por conseguir una

imitación de Escobar de unos versos franceses: en ese cuaderno hay una imitación, y por ventura será la que U. desea ver. No he visto el original, pero de seguro no tendrá como la imitación formas *antilíricas* y de panegírico de periódico. ¡Cómo se riera Horacio si tal prosa leyera en verso! Quítele U. el metro, y cata allí un empalagoso discurso de periodista amanerado.

Estoy furioso con el oficio de diputado en esta miserable República, y no digo más.

Adiós, mi bien querido amigo, hasta otra ocasión.

Quito, 15 de Abril de 1875

Querido amigo:

El 10 del mes pasado, día en que se casó mi sobrina Laura, hija de mi hermano Manuel, con Pedro Pablo García Moreno, rodé por unas gradas abajo, sacando del golpe de tal suerte la rodilla, que hube de estar casi inmóvil en cama más de quince días. Inmediatamente me fui al campo a convalecer, y hace pocos días que estoy aquí. Esta es la razón por qué no le he escrito a U. comunicándole (pues era obligación en tal amistad como la nuestra) tanto ese matrimonio, como suceso de mi familia, como el haber dado mi mujer a luz un varoncito el 14 del pasado. Ahora tengo la satisfacción de cumplir este cargo, saludando a U. y su esposa yo y la mía con el entrañable cariño que les profesamos. Mi nuevo varón se llama Julio Jaime, el mismo nombre del otro que perdimos.

No extrañe U. no haber recibido aun parte del matrimonio de mi sobrina, pues como toda la familia se fue al otro día de las bodas a Puembo, todavía a nadie han pasado parte. Luego le recibirá U.

No sé exactamente el pié en que estamos respecto a los libros del difunto Pereyra, si hemos de enviarle más

dinero, si U. ha de enviar más libros. Estoy en que me tiene U. allá el Racine y los Nievelugen. Nuestro común amigo el Dr. Cevallos por fin hoy salió a la calle, y estuvo aquí en casa: con él pondremos en claro este negocio de los libros.

Aunque no sé por qué no le escriba yo a U. con acostumbrada correspondencia, sin duda por esta negligencia invencible de mi carácter, siempre está U. sin olvido en mi corazón, y siempre querido y estimado en la memoria de mi mujer. Ambos a dos saludamos a U., Rosarito y los hijos de UU., deseándoles constante prosperidad.

Su afectísimo amigo.

Quito, ... de Junio de 1878

Muy querido amigo:

Desde que recibí su carta, hice propósito de escribirle enviándole mi traducción de la incomparable canción del Petrarca a la Stma. Virgen. Mas como estaba traducida de primera mano, me propuse limarla, y lo hice el viernes y sábado. Hoy copié el texto con la traducción del todo literal, y mi traducción frente a frente de cada estrofa: escrito todo esto, reparo en equivocaciones imposibles de pasar, y tengo que escribir de nuevo mi traducción, y arreglar las fojas del texto: conque todo este día desde por la mañana no he descansado de esta ocupación, y con perjuicio de esta carta que no tiene como ser larga, cual yo quería. Por el correo de la siguiente Diligencia llenaré el vacío.

Extremo gusto y elevación de mi amor propio me causó su bondadosa, su amistosísima carta. Sus elogios me son de mucha estima.

Lea primero mi traducción, y después examínela cotejándola con el original: sus observaciones me servirán, pues quiero limar cuanto se pueda mi traducción para publicarla junto con el texto, una imitación de la misma de Fray Luis de León, y otra idem mía que

tengo comenzada: todo esto en ofrenda a María.

Su juguetito al estilo de Campoamor me agradó mucho por su frescura y piedad.

No hay más tiempo por ahora, sino para enviarle mi alma envuelta en todos estos papeles. Adiós.

Quito, 20 de Julio de 1878

Querido amigo:

Teniendo ya el pié en el estribo, quiero escribirle a U. algunas cosas antes de partirme para Ibarra. En primer lugar, le agradezco infinito sus observaciones sobre mi traducción del Petrarca: me sirven de advertencia y me serán de provecho cuando dé yo otra mano a esa traducción. Ya lo habría hecho, si no me lo impidieran mis prosaicas ocupaciones en el apresto de mi viaje.

Quiero que mi traducción sea fiel, y que conserve cuanto pueda la *fisonomía* de la canción original. Si la tradujera en verso libre, o siquiera en versos no siempre obligados a la consonancia, podría ser más literal; pero el aire, la fisonomía de la canción quedaba alterada. Si me sujetaba a la misma disposición de consonantes, o a lo menos observara igualdad de ellos en todas las estrofas, me salía verdadera canción: pero menos fiel traducción. Con que escogí el término medio: fidelidad posible y consonancia en todos los versos.

La canción del Petrarca es tan cerrada de palabras, tan armoniosa de versos, tan precisa de ideas, tan bella en todo, que estas sus perfecciones son disculpa de la inferioridad de la traducción. Me contentaré si soy fiel en

la interpretación, si no caigo en la difusión en que suelen caer los traductores de sencillos y rigurosos versos de grandes poetas, y si conservo al fin esa suave melancolía, esa dulce ingenuidad que respiran todas las estrofas de esta admirable composición. De mi hacienda a donde voy podré tal vez enviarle a U. más corregida mi traducción, y acaso la imitación que tengo *in pectore* o en cierne, pues está comenzada.

Cuando U. quiera hacer el vino de naranja le enviaré la receta. En España e Inglaterra es común hacer este que siempre se ha llamado *Vino de naranja* y no *sidra: sidra* sólo se llama la bebida fermentada de peras o manzanas. El vino de naranja puede conservarse años. Las ratafías se hacen por largas infusiones, si son de flores o almendras, y con jarabes, si son de frutas; pero siempre le saldrán algo chocantes si no las alcoholiza con aguardiente de uva: el aguardiente de capulí, que es un excelente Kirch alemán es más a propósito para las ratafías que el aguardiente de caña. El vino espumoso de frutas es muy saludable y grato, y de algunas es fácil hacerlo. Yo estoy algo instruido de esto y pronto a comunicarle mis noticias.

Adiós, mi querido León, pido a U. y su esposa órdenes para Ibarra, en donde, como en todas partes es todo suyo

su afectmo. amigo.

Mi Rosario me encarga saludar en su nombre a U. y su esposa, a quien yo también saludo con grande estimación y cariño.

Quito, ... Abril de 1879

Mi muy querido León:

Me ha dado U. el grande gusto de ver carta suya, saber de su salud y leer en fin sus muy agradables versos dirigidos a su hija Lastenia por ocasión de la muerte de la reina de España. Me pide U. mi voto y examen crítico sobre estos versos, y porque querrá U. darlos pronto a luz, lo haré con la ligereza que me imponen las circunstancias. Porque ha de saber U. que habiendo yo convalecido de mi enfermedad, dos fiebrecitas remitentes de mi hijo Jaime me han dado desvelos, cuidados y quebranto; y hoy mismo he salido a caballo con mi enfermito, lo que apenas me deja tiempo para escribirle.

La composición toda tiene un saborcito agradable y un aire simpático; pero el ojo perspicaz de la crítica no dejará de hallarle algunos lunares, y los más patentes para la corta vista de la mía son los siguientes:

Liana, es voz forastera que ha de entrar pidiendo permiso con bastardilla, y ha de ir también con diacríticos.

"Présago el sol en su esplendor &." -A ser présago anunciaría más bien la desgracia en que había de acabar

el fugaz contento de los esposos: es, pues, impropio o inoportuno.

"Del atlántico mar a las *Baleares*". -No es natural la sinalefa, y hace duro el verso. Mas tiene ejemplo en los clásicos.

"De ayes cercado, *en* llanto humedecido" -Buen verso, pero deslucido por la impropiedad de la preposición *en*: está por *con*, que es la propia. Sin embargo ese régimen parece abonado por la Gramática de la Academia y la de Salvá, aunque mi imaginación hace forzosamente diferencia entre una cosa humedecida *en* agua y otra humedecida *con* agua: la una me parece que cayó o se puso en el agua, y la otra que se roció con ella, y esta última es la imagen que al verso le convenía. ¿Quiso decir la Academia que el verso humedecer lleva según la ocasión uno u otro régimen? Yo lo creería.

"De España cruza *en direcciones todas*" -Expresión propia, pero de humilde prosa.

"Y tú, santa Esperanza, de los hombres, &." -Buenos versos, bella imagen; pero el epíteto de *santa* no es del caso.

"Hoy apenas es *todo*... ¡una memoria!" -El sujeto *todo* en absoluto abraza más de lo que se requiere en el caso: lo propio sería *todo esto, todo ello*.

"Temió llorar en el abismo &." -Más adecuado sería *mirar que llorar*.

"Mas ¡cuán diversa, &." -Las consideraciones que comprenden los tres cuartetos que así comienzan son impertinentes y aun falsas. ¿Acaso los humildes de condición no están en el caso de sentir más duramente la pérdida de una esposa amada? Mas bien los reyes tienen con qué consolarse de tal pérdida. Yo mudaría esas consideraciones diciendo que aun el pecho de los reyes se quebranta con tal desdicha, como apunta el primer cuarteto: "Para el dolor no hay corazón inmune, &."

"Su íntimo padecer &." -Los dos cuartetos que de aquí toman principio comprenden conceptos falsos, pues no hay canon ni estatuto que impida a los reyes llorar la muerte de sus mujeres.

Esto es lo principal que me parece debiera U. componer.

No es menos grata ni menos buena su composición por la muerte de Alfredo: merece publicarse, retocando algunas manchitas, sobre las que escribiré a U. después, que ahora no hay lugar sino para abrazarle cariñosamente y encargarle salude en mi nombre a Rosarito.

Mi mujer envía a ambos amistosos recuerdos, y votos de toda suerte de felicidad.

Su afectísimo amigo.

Quito, 7 de Enero de 1880

Queridísimo León:

Después de largo tiempo tuve gran gusto de recibir carta suya. Ya yo sabía su negocio del arriendo, y hacía mis votos por su buen éxito. Sea U. poderoso en sembrar esa tierra, que si el consumo de esas provincias es pronto, esto le será de más provecho, que atender a las mejoras pecuarias. Los esquilmos anuales de la tierra y del ganado son la ganancia de un arrendatario, que los demás mejoramientos, tardos en sus frutos, son de proyecto solo para el propietario.

Amigo, quién como U. a quien los negocios no quitan el humor de tratar con las musas: a mí me lo quitan de suerte que no sé absolutamente compartirme para ambos tratos. Ha más de un año que mis negocios se andan en embarazos que a mí me traen siempre pensativo, y por tanto muy alejado de imaginaciones literarias.

Más adelante si quiere la suerte, con más descansado y libre ánimo volveré a las musas, y lo primero será rebruñir mi traducción del Petrarca y meditar alguna obrilla dramática. En verdad que la poesía que más me deleita es la dramática, y el teatro que ahora tenemos en acción, y el que se ha comenzado a edificar, a la larga

me pondrán al fin en tentaciones de probarme en este género de poesía. Dice U. muy bien que es indispensable la constante escuela práctica para el acierto en la composición de una obra de estas. Por esto es que en España han descollado poetas americanos de este género, y en América los ensayos han sido malos. Pero de algún modo se ha de comenzar.

Tenemos aquí dos representaciones por semana en un lindo teatro improvisado. Nos van dando dramas de poco más o menos, con malos actores; pero ello nos entretiene. Sólo uno nos dieron de calidad literaria, y fué "Los lazos de la familia" de Luis Mariano de Larra. Si las ocupaciones le dan a U. lugar, dé U. un salto acá a ver nuestro teatro, y volverá con hipo de probarse en la escena; y U. lo haría, mientras que yo ¡ocioso de mí! pasaré quizás en puras ganas.

En los sonetos que U. me ha enviado, el muy agradable, titulado "Amo y anhelo" no quedará bien con la variante que U. apunta: bien se está como está.

Trajano me entregó su carta. Tenemos Rosario y yo el gusto de ver a Trajano de cuando en cuando en casa, y nos gozamos en verle, no solo porque es hijo de nuestro querido y estimado amigo, sino también porque él mismo es digno de su padre.

Adiós, pues, querido León, reciba U. saludes cariñosas de mi Rosario, con quien saludamos también a la suya de U. respetuosamente.

Suyo de corazón.

Cuando vea a nuestro común amigo el Dr. Cevallos, le recomiendo le dé un abrazo de mi parte.

Quito, Marzo 10 de 1880

Mi muy querido amigo:

El miércoles pasado tarde me trajo Trajano su, no diré estimable, sino gustosa carta de U. Quise contestársela por el intermedio, pero me lo impidió el cuidado de unas calenturas de mi hijita tierna, que no ha sino dos días que está convaleciendo.

En vano quiere U. despertar mi musa aletargada. Si bien el argumento que U. me propone, y su amistosa y dulce provocación soplaron un poco las cenizas y volaron vivas algunas chispas por mi imaginación, mi genial apatía y la perspectiva de mi cercano viaje a Ibarra, echaron tierra al fuego. Yo no sé meditar y componer nada como poeta, sin el ánimo bien apercibido para ello, quiero decir, desocupado de cuidados antipoéticos. No crea U. que toda la culpa de mi pereza, de mi indolencia, de mi marasmo se la echo a mis circunstancias: bien conozco que un genio más encendido del amor de la gloria y de la poesía, se diera modo de ponerse a la composición, dejando aparte toda otra ocupación del ánimo. Pero, qué hemos de hacer; yo nací algo indiferente al renombre, muy exclusivo en la atención de mi ánimo, gran amigo del ocio y enemigo declarado del trabajo de

composiciones intelectuales. Y luego ¿cómo quiere U. que me ponga ahora a meditar primero sobre la estética del plan de mi composición sobre Olmedo, y luego disponga y ordene los materiales de la obra, que son las ideas, y les dé forma con la dicción y el trabajoso verso, cuando he de pensar a cada momento en los aprestos de mi viaje, fuera de que mi ánimo se halla descontento y embarazado de mis negocios? Quédese Olmedo para otra ocasión.

Yo admiro ese *spiritus faciens*, esa prontitud de U. para las lucubraciones. Y gracias a Dios que no es U. como yo, pues a serlo, las letras ecuatorianas y nosotros sus amigos de U. perderíamos mucho.

De hoy en ocho días estaré caballero en mi mula camino de Ibarra. Volveré en Abril o Mayo. Y *pienso yo* que a mi regreso me pondré a leer comedias, dramas y tragedias, y *comenzaré* con esto a fomentar en mi espíritu *el pensamiento de un proyecto* de un drama o *tragedia* de mi propia imaginación. Se lo ofrezco a U., no sin reirme de mí, porque es lo más probable que no cumpliré la oferta.

Cuando vaya U. a Ambato estreche U. en mi nombre en sus brazos a nuestro caro amigo Cevallos, y dígale que por el inmediato intermedio le escribiré. Rosario retorna con cariño sus recuerdos de U., y se los recomienda para su esposa y Lastenia, para quienes también yo le encargo mis respetos.

Suyo de corazón.

Quito, 26 de Junio de 1880

Muy querido amigo:

Con mucho placer recibí su carta del 10 del presente y he leído en "El Fénix" lo que U. ha escrito por ocasión de la triste muerte de mi difunta prima: documentos son de su talento de U. y de su corazón de amigo leal y cierto. Tal le creemos, como tal le estimamos todos nosotros, y así le correspondemos con grande cariño y alta estimación.

Ya tenemos muchas personas nuestras y queridas que nos están llamando de la eternidad: pronto iremos a ellas. ¿Ha meditado U. en cuánto le debe la muerte a la Religión? Sin ella no fuera más que un monstruo hediondo, podredumbre, nada. Por ella es augusta, misteriosa, consoladora, amparadora; por ella es paz, alivio, puerto, faro, luz y gloria eternas; llave del mundo moral, llave de ese mundo eterno, sin el cual todo el universo queda sin excelsitud e importancia: lo que equivale a decir que sin religión en nada hay grandeza ni objeto importante. Pues si lo ha meditado, ¿por qué no hace una poesía a la Muerte?

Adiós, querido León. Mi Rosario saluda a U. y su familia, a quien también saluda con respeto.

Su amigo.

Quito, 24 de Noviembre de 1880

Muy querido amigo:

Desde que pasó de esta vida mi santa hermana, perdí yo la salud por la aflicción. Me sucedió además unos doce días ha que por ocasión de una fuerte caída en la calle recibí un golpe grave en una rodilla, lo que me ha tenido recluso y más dañada la salud. Por tal motivo no he contestado hasta ahora su afectuosa carta de pésame.

Bien ha considerado U. cuánta ha sido mi pena por la muerte de mi hermana, pues sabía U. cuánto la amaba yo; pero acaso ignoraba U. cuánto valía ella, por ser una de esas almas que se adornan esmeradamente para Dios y se ocultan al mundo. Seriedad, pureza y dulzura eran como unas tres gracias inseparables de su espíritu, de tal suerte que ni la juventud pudo de ninguna manera ni amenguarlas ni separarlas. El sacerdote que la confesó, quedó admirado de tanta pureza de vida y tanta magnanimidad para la muerte. Sabido esto más, ya comprenderá U. del todo mi aflicción, y al mismo tiempo consuelo por estar cierto que muriendo su alma dió para Dios el alto vuelo.

Mi Rosario saluda cariñosamente a U., y a la suya ambos a dos le recomendamos nuestros recuerdos.

Suyo de corazón.

Pimán, 16 de Julio de 1881

Mi siempre recordado amigo:

Particular gusto tengo en recibir cartas suyas porque es U. un amigo a quien estimo y quiero en alto grado.

Si le vienen duplicadas las dos traducciones del conde de Cheste, las tomaré ambas: la de Tácito tengo. Si consiguiera U. la de Ariosto por aquel barcelonés de que U. mismo me dió noticia, fuera gran cosa.

Es particular que las musas tengan tanta enemistad contra Céres, que donde ella está de ninguna manera quieran ellas estar: y ello es así, yo testigo. Quisiera yo darle a U. riqueza y sosiego, para que huya de Céres y se esté con las musas.

Siento el aguijón que está hiriendo su pecho por la enfermedad de su hija, a quien Dios haya querido ya poner en salud.

Por ocupaciones importunas no he podido escribirle despacio y a gusto.

Saludo a su familia, especialmente a Rosarito cuyos piés besa

su de veras amigo y S.

Quito, 11 de Enero de 1882

Muy querido, siempre recordado amigo:

Agradecidos hemos quedado Rosario y yo de su carta afectuosa, que nos muestra que U. como buen amigo nos acompaña en nuestra terrible aflicción. Tal ha ido ésta, querido León, tal es y tal amenaza ser siempre, que ya para nuestro corazón no habrá contento. Nuestra predilecta hija que fue nuestro más gozoso amor, se ha convertido en una pasión de corazón que nos tiene siempre en amargo llanto. La feroz enfermedad que la mató, la ceguedad del médico, los dolores, los alaridos, las palabras de esa dulcísima hija, su agonía y muerte, junto con la memoria de sus gracias y cualidades físicas, intelectuales y de índole: hé aquí, amigo mío, esta máquina de tormento que no saldrá jamás de mi corazón. Cada día se refuerza más el intenso amor, el extraordinario amor que tuve a esta hija, gozo de mis entrañas, dulzura de mi alma. No sé cuándo pueda hacer el tiempo su oficio de mitigar el dolor y suavizar crueles recuerdos.

Reciba las expresiones de cariño de Rosario, que junto con las mías se las recomendamos también para su familia. Mucho desea verle y abrazarle su amigo afectísimo.

Mis primeras observaciones sobre el "Canto a María" fueron hechas y escritas de ligero: conforme iba yo leyendo los versos, lo que reparaba lo iba escribiendo. Mal podré, pues, ahora reproducir exactamente lo que entonces escribí. Esta vez además se me ocurren de nuevo observaciones que notaré por nuevas, para distinguirlas de las otras que han sido esforzadas con la aprobación de Espinosa. La nota de aquellas será un asterisco.

Espinosa me parece tener razón en todas sus observaciones, fuera de alguna cosilla que apuntaré.

* 1ª

"*Amor* es hoy *mi musa*,
Amor y *gratitud* &."

La concurrencia de *mor*, *mi*, *mu* en el primer verso es insufrible. Para cantar a María Santísima no quisiera yo que el poeta se acordase de las nueve hermanas paganas, y menos para ponerse bajo su patrocinio. Si el *amor* es una *musa*, la *gratitud* debe de ser otra *musa*; con que tenemos dos: mejor fuera ninguna.

* 2ª

"Sí, *solo* el amor santo,
Sólo la gratitud, &."

Esta manera es más de la retórica que de la poesía.

* 3ª

"¿*Cómo, cómo* expresarme?...
.....
Pobre es el pensamiento, el *estro* frío".

El *estro* es el impulso, el estímulo que el poeta siente para cantar, y este debiera ser ardiente, que no frío, en este caso. Es prosaico además el primer verso a repetición del *cómo*.

4ª

"Cuántas veces mi lengua
Decírte*lo* intentó, movióse en vano".

El afijo *lo* no tiene antecedente a qué referirse.

* 5ª

"Cuanto te dijo, ...
De mi *celo* y *afán* quedó *lejano*."

Celo, *afán* y *lejano* son todas palabras impropias para expresar lo que quiso el poeta. Véanse en el Diccionario las voces *celo* y *afán*. *Lejano* no suple con propiedad a *atrás*, que era la palabra propia.

6ª

"Y este mi amor profundo
No es aún lo que ansío y tú mereces: &."

El artículo neutro suscita aquí una idea indeterminada: me parece, pues, que sería más preciso y elegante el masculino, diciendo: No es aún *el* que &.

7ª

"Que a pesar mío agítan*se* a las veces."

El uso de los afijos no es arbitrario en nuestra lengua, y tiene sus reglas, si no del todo fijas, a lo menos fundadas en el buen gusto y ejemplo de buenos escritores. Generalmente son extraños los afijos entre, o al fin de, una frase u oración. ¿Quién dudará en el caso presente que el afijo *se* lo es por la fuerza del verso e impotencia del poeta?

* 8ª

"Oh tú *desde* abeterno &."

Sobra el *desde*. Abeterno significa por sí solo *desde* la eternidad, y en el verso tenemos *desde desde* la eternidad.

9ª

"*Dueño* del rayo de la eterna diestra;
Sí, de ese rayo *dueño*, &."

Dije en mis primeras observaciones que la voz *dueño* se usaba *siempre* en la terminación masculina refiriéndose a una mujer solamente en requiebros amorosos,

como *dueño mío*, &. Dije también que podía decirse *esta mujer es el dueño de la casa*. Ahora explicaré más mi *ojeriza* al *dueño* (no al autor) de esos versos.

Es verdad que el Dicc. de la Academia, 11 edición, da por nombre del género común a *dueño*; pero Bello, quizás con mayor acierto, le hace del género epiceno. Si fuera común, se podría decir *la dueño*; si epiceno, sólo *el dueño*. Me acuerdo de haber leído en no sé qué libro o gramática, que sería extraño decir *esta mujer es dueño de la casa,* empleando a *dueño* como sustantivo común. Bello, al tratar de este vocablo le hace, como he dicho, epiceno con el artículo masculino en un ejemplo semejante, conforme con lo que me acuerdo de haber leído.

Me vienen a este propósito a la mente sutilezas ideológicas reformadoras de las clasificaciones gramaticales de los nombres, que por entretenimiento quiero indicar aquí.

Si son nombres sustantivos los que expresan los objetos por su esencia o sustancia; y son adjetivos los que califican o determinan a los sustantivos expresando su calidad, relación o estado, digo que sólo deberían en rigor tenerse por sustantivos los que expresan puramente los seres, positivos o negativos, abstractos o concretos, individuales o colectivos, prescindiendo de su calidad, estado o relación; y por adjetivos los que expresan calidades, estados o relaciones de esos seres, ya vayan con ellos expresos, o se subentiendan. Según esta clasificación,

emperador, rey tienen naturaleza de adjetivos, porque expresan estado o condición, sólo que estos nombres, y todos los de su clase, suelen llevar siempre implícito el ente sustantivo que califican. *Emperador* implica *hombre* o *fulano*; *emperatriz*, *mujer* o zutana. De esta misma clase son los nombres comunes *mártir*, *testigo*, *hermafrodita*, &. A fuerza de callar el uso el sustantivo a que se refieren, vinieron todos ellos a clasificarse entre los sustantivos, sin perder por eso su naturaleza de adjetivos. Mas los epicenos la tienen siempre de sustantivos puros. Si digo: esta mujer es *el dueño* de la casa, tomo a *dueño* como una entidad abstracta, y por tanto como un sustantivo predicado de *mujer*. Pero si digo: esta mujer es *dueño* o *dueña de la casa*, *dueño* hace el oficio de adjetivo, porque expresa cualidad o condición.

El Dicc. de la Academia dice que *dueño* se emplea muchas veces en terminación masculina, aplicado a la mujer; y no muchas veces, sino siempre en los requiebros amorosos. Bello manifiesta que a veces es epiceno. ¿No será más conforme con el rigor ideológico que cuando *dueño* no mude su terminación se use como epiceno, y cuando exprese cualidad o condición sea adjetivo de dos terminaciones, como lo es *criado*, *criada*?

Pero acaso me defiendo con argucias contra un tirano poderoso: el uso. Estemos a él; mas yo no estoy cierto si el caso de los versos está conforme con la costumbre de los buenos escritores. De todos modos me es antipático el *dueño* de los versos. Hacer a la Santísima Virgen

dueña o el *dueño* del rayo es ceñirla de espada, es desnaturalizar su belleza. Y más impropia se hace la metáfora cuando el poeta dice que la Virgen es *dueña* del rayo, no para emplearle, sino para apagarle. Más poético y propio de María, nuestra dulce intercesora, fuera decir que ella con su piadosa mirada apaga el rayo en la mano del Omnipotente, sin hacerla *dueña* de cosa que no le está bien de ninguna manera.

Respecto a la amistad del *Juez inerme* no estoy con Espinosa; mas como esto depende del gusto en cosas opinables, no insisto.

En cuanto al día *formidable de Dios* no sé lo que antes dije; y ahora me parece bien: a no ser que se haya hecho mudanza en la estrofa. El *día del Señor de Isaías* me parece propio, aunque en prosa se llame así el día del Corpus.

* 10ª

"¡Ay del alma que *a* ti no parte *asida*!".

Confusamente recuerdo haber dicho que el lector de este verso preguntará: ¿*asida* de qué?

Aunque *asirse* rige también con la preposición *a*, en el caso presente este régimen ocasiona anfibología, porque más parece pertenecer la preposición al verbo *parte*, que al participio distante. Toda sentencia anfibológica marra su golpe en el entendimiento, es tiro en vago.

11ª

"Reina... Señora... ¡Ah! nombres
Menos süaves, menos dulces! Eres &."

Menos suaves, menos dulces que qué? No lo sabemos porque el poeta se dejó en el tintero la apódosis.

* 12ª

"¡Madre! De Adán la prole
A la cual fuerza aún genio nefando
Que *su* pendón tremole,
Y a quien vive azotando &."

A la cual es un nexo prosaico. El posesivo *su* tiene confusa referencia. Todo me parece mala prosa.

13ª

"Madre! esa prole *sólo*
Encuentra en ti salud cuando te ama, &."

Espinosa tiene razón: el adverbio sólo está dislocado, junto a *cuando te ama* es su propio lugar.

* 14ª

"Mi amparo, mi esperanza, mi *ufanía*"

El sentido recto de *ufanía* es *engreimiento* y *vanagloria*. Más propio y libre de inteligencia en mala parte fuera *alegría*.

* 15ª

"Luego a salud trajíste*le* y reposo &."

Digo lo mismo de este afijo que del otro de mi observación 7ª.

* 16ª

"A ti mi suerte de *ultratumba* frío."

Dejemos los *ultras* para las modas de *ultramar* y los *ultramontanos*, y la prosa mala de los periódicos.

* 17ª

"Dime *cómo el camino*
Del tiempo se termina; cómo, dime,
Del Monarca divino
A la *sede* sublime &."

El camino del tiempo *de la vida* se termina con la muerte: esto no necesita enseñanza. El modo bueno de terminarse, ya... Y aunque se supone que el poeta ya lo tendrá sabido, no es por demás su ruego.

La *sede* es exclusiva y propia de obispos, arzobispos, patriarcas y sumos pontífices: de los monarcas es el trono, la *silla real*, el solio.

Quito, Marzo 21 de 1883

Querido amigo:

Recibí las dos cajas de frutas y la carta misiva: las frutas las hallé exquisitas, y me hicieron pensar en la amenidad de sus huertas de Atocha, en la frescura de sus sombras, el susurro de sus brisas, el murmullo de sus aguas y el canto de sus avecillas; la carta hallé más dulce que las frutas, y sus palabras más risueñas que esas sombras, brisas, aguas y avecillas. Todo este conjunto de dulces sabores, risueñas ideas y amenas memorias era nada, si un corazón de amigo como el suyo no le animara con su luz, no le sazonara con su calor, no le vitalizara con su vida.

Mis hijos retozaron con los duraznos, Rosario se regaló con los capulís, envidiando todos a los pájaros que viven en las huertas de Atocha; y yo me regalé con todo, sin envidiar a nadie, pues nadie tiene tal amigo como tengo en el que nos enviaba tan exquisito regalo.

Su tío el Dr. Martínez nada hará con tener esas uvas, si no hace vino de ellas. Si no tiene aún el aparato necesario para hacer en grande el vino, ¿por qué no lo hace para sí? Para esto no es menester más de unos barriles. Es lástima que tanta abundancia de uva como ha habido ahora en esos viñedos de Ambato y Patate se haya

consumido en fruta: ¿qué más da que se hubiesen comido los pájaros toda esa uva? Nunca fué celebrada la vid por sus racimos, sino por el vino que ellos dan. La uva es grata al paladar y refresca el hígado. Está bien; pero el vino alegra los corazones, incluso el de San Jerónimo. ¿No es él quien dijo: *vinum* laetificat *corda*? A más noble entraña atiende el vino, que no la uva en fruta; pero si el *viticultor* no tiene *entrañas*, sino interés de la renta, ya no sé cómo persuadirle.

He visto la traducción de Pelayo de algunas tragedias del divino Shakespeare: le da a gustar ciertamente, aunque con faltas. He pedido ya estas obras a Barcelona, más por ansia de hacer conocer a los míos las incomparables bellezas de aquel sumo poeta, que por verlas yo traducidas. También tengo vistos, pero no leídos los dramas de Schiller traducidos por aquel Ixart, traductor ramplonísimo e ignorante del castellano.

Yo por ahora todo mi tiempo le tengo empleado en escribir en forma de gramática ejercicios de lengua latina para mi hijo Atanasio: ocupación que me durará hasta el mes de Julio próximo, y acaso más.

Si me hubiera acordado del nombre del traductor barcelonés del Ariosto, habría pedido esta obra junto con la otra. El francés Gouin de quien me valgo para estos *pedidos*, se va a Francia estos días. Avíseme U. el nombre de aquel traductor, para hacer el encargo a Gouin.

Gran deseo de volver a verle nos dejó U. aquí a todos nosotros. Todos de casa, y los amigos le envían afectuosísimos recuerdos, y los míos y de mi Rosario encargamos a U. los transmita a la suya y Lastenia. Y U., querido amigo, reciba el corazón todo suyo.

Quito, 9 de Junio de 1883

Carísimo León:

Recibí el Kirsch y la grata carta. Está fino el aguardiente y agradable, y probando éste me ratifico en lo que le tengo dicho, que el alemán no es hecho con almendras. Hice un tiempo un aguardiente de capulís, fermentados con pepas y todo, y salió que no había diferencia alguna comparado con el alemán. Yo en el suyo no he notado el sabor de la almendra, que aparecerá sin duda cuando envejezca en la botella. Pero entiendo que es la almendra la que le ha hecho distinto del alemán. Con todo es aguardiente que venderá U. con crédito de bueno, y tiene U. un negocio no despreciable. También temo que, usando ese aguardiente almendrado, por ser la almendra venenosa, ha de hacer daño a la larga.

Me alegro que U. haya compuesto una poesía para el centenario de Bolívar, y la espero buena. Yo nada he pensado hacer para ese día; mas no estoy ocioso, que la resurrección de nuestra Academia me movió a llamar a las Musas, y desempolvar, encordar y templar la arrumbada lira. Mas por miedo de que me tengan olvidado las Musas, he querido ser presentado a estas

madamas por Hipólito Pindemonte; quiero decir con estas figuras, que me ocupo actualmente en traducir en verso "Los sepulcros" de Pindemonte. La tentación me vino de ver traducida por Menéndez Pelayo la poesía de Hugo Fóscolo sobre "Los sepulcros". Fóscolo la dirigió a Pindemonte, y éste le contestó con otra: ambas tienen mucho nombre en el Parnaso italiano: con que me ha parecido oportuno que tampoco la traducción de Menéndez quede sin contestación. La de Fóscolo es más maestra composición y de más grave belleza; pero Pindemonte no le va muy a la zaga. Si, pues, me sale mi traducción buena, tengo deseo de dedicársela o dirigírsela a Menéndez como contestación de la suya: y además será un trabajillo que se pueda publicar en las "Memorias" de nuestra Academia. Es muy larga para enviársela allá; pero cuando U. venga me servirán mucho sus observaciones sobre los defectos de mi traducción.

Mi antigua de la Canción del Petrarca la tengo también tan castigada que ha venido a quedar casi literal. Modesto la tuvo mucho tiempo, y me dijo que él no hallaba cosa que variar. Después de estos trabajos voy a darme a mi traducción del "Lara" de Byron, que va a salir en nuestras "Memorias"; siempre me atrae con fuerza la poesía psicológica y fisiológica de este poeta, que, entre los poetas ingleses, todos del mismo género, lo es más que todos.

Si tuviera yo desahogo y seguridad en mis negocios de dinero, me entretendría en estas ocupaciones con frecuencia.

Rosario le saluda a U. con todo el grande cariño que le profesamos, y ella y yo saludamos a Rosarito, Lastenia y demás familia.

Todo suyo de corazón

Quito, Julio 18 de 1883

Querido amigo:

Sé que está U. resuelto en no venir para el Centenario. Si por ventura es de U. la composición titulada "Los últimos pensamientos de Bolívar" véngase sobre la marcha a hacer en ella indispensables correcciones para que se imprima, pues esa composición va a ser la premiada. No puede salir a luz sin que U. corrija bastantes cosas, y por cartas no alcanzaremos a entendernos.

Esto escribo a U. de prisa. Mis recuerdos de afecto a su Rosarito: la mía se los envía duplicados para U. y ella.

Suyo de corazón.

Quito, Agosto 15 de 1883

Mi bien querido León:

Leí su última carta a nuestro común amigo el Dr. Cevallos, y por sí cayese en mí una parte de inculpación por el caso de haber sido leída su composición en la *Velada* por Trajano, y no por uno de los académicos amigos de U., me apresuro a satisfacerle de mi parte.

Yo había compuesto tres sonetos al Centenario, y me guardé bien de declamarlos, porque primero soy corto para el caso, y segundo porque observé en el auditorio un gusto al revés, que aplaudía lo que no debía, y lo que debiera, no lo entendía. Así cuando generalmente creyeron que la lectura de Trajano, deslució su composición de U., y salieron con la opinión de que ella había de ser mejor de lo que pareció, dije yo para mí que había sucedido lo mejor para U.; porque lo bueno de ella, como no lo alcanzara el público, a ser bien leído, habría sido reputado por insulto sin disculpa, y de seguro quedaba U. en concepto de los profanos por inferior a Quintiliano: con que mejor está que le favoreciesen ellos mismos a U. con la disculpa de deslucido por falta de declamador.

Respecto a la edición, la están revisando Roberto Espinosa, Modesto y Peña; y aun ayer Trajano me trajo a mí unas pruebas, revisadas ya por los que digo, y me ofreció traerme las restantes. Respecto a enviar la composición a España, no sé qué le diga, aunque me inclino a creer algo desagradable para los españoles el envío. Aun temo que mis sonetos les desagraden, juntamente con el Discurso de Castro, adjuntos al cual se van a publicar; y eso que el último de esos sonetos es una como satisfacción a España.

El soneto "El ciervo", quedará bueno, si U. haciéndole dormir un poco, le lima. He observado lo siguiente:

"*Allá en lejano* páramo *desierto*."

Es ociosa la idea de la lejanía del lugar en que pace el ciervo porque no esfuerza ni decora las ideas del soneto ni las circunstancias del ciervo. La voz *páramo* por sí significa campo desierto, apartado de poblado, desamparado, elevado, &. Por tanto es también redundante el calificativo *desierto*. En el mismo cuarteto además va la palabra *llano* consonante con lejano.

"*Gran* rey de aquella soledad se aclama"

Que el ciervo se aclame *rey*, *dueño* de esa soledad, encarece bien su libertad gustosa; y el *gran* está por demás, pues querría decir alarde de gran poder, idea impertinente.

"¿Qué tiene que temer *ni ser temido*?"

Equivale a ¿qué cosa tiene que temer ni qué cosa tiene que ser temido? Lo cual no está bien.

"*Que a él* dio Natura con benigna mano."

Contracción dura de *eaé* en una sílaba.

"Y envuelto en sangre cae. -¿Por qué le matan?"

Es también dura esta otra de *ae*.

Ya habrá U. visto mi traducción de Petrarca en los Anales. Aprovechándome de las correcciones de U. y de Espinosa, limé, compuse y reduje casi a lo literal esa Canción.

El Dr. Cevallos me encarga decirle que le va a escribir por conducto de Elicio Darquea, que está de viaje para ésa.

Mi Rosario me encarga mil afectuosas expresiones para U., Rosarito y Lastenia, a quienes pido a U. que en mi nombre las salude.

Nuestra Academia está queriendo vivir, pero se lo estorba la inercia de nuestros compañeros. Vaya U. preparando algo.

Suyo de corazón.

Quito, 29 de Agosto de 1883

Queridísimo León:

Reciba U. de mi parte mil felicitaciones por los "Ultimos Momentos de Bolívar", que ahora por primera vez he leído. Antes no vi sino fragmentos que me traía Trajano en las pruebas de imprenta. Me ha gustado mucho la composición, en particular su aire general que cuadra bien con su argumento y plan. Entusiasmo, pasión y tumultuosas ideas, todo propio y oportuno para pintar lo que pasaba en la mente y pecho de Bolívar moribundo.

Permítame decirle que U. en la composición es poco nimio y escrupuloso en la expresión de las ideas que se le agolpan; y no debe serlo, antes mire y remire bien cómo dice cada cosa. Por esto hubo que enmendar, y ha quedado todavía, para otra edición, pues Trajano no ha querido oir algunas observaciones mías. La corrección, mi querido Mera, labra y engarza la inspiración, y U. que abunda en ésta no descuide jamás aquella: pese cada palabra, examine la frase por los tres lados de pureza, propiedad y elegancia, que son como las facetas con que más luce el diamante de la belleza o inspiración.

Estoy de viaje a Machachi con toda mi familia: vamos a buscar la salud de todos y de mi hija Luz en particular en esos baños de *Vichy*. Esta carta y el folleto de mis sonetos, le recomiendo al Dr. Cevallos que se los remita.

Si U. me escribe, inclúyame la carta en la de Dr. Cevallos.

Recuerdos cariñosos de mi Rosario para U., la suya y Lastenia, a quienes saluda

su sincero amigo.

Huitig, 15 de Noviembre de 1883

Carísimo León:

Ha seis días que recibí en este retiro su carta, atrasada contestación de una mía.

El placer de leer sus letras superó y ahogó la mala mosca que me daba su entera reprobación de mis "Sonetos". Bien habría yo querido que le gustasen a U. cuanto han gustado a otros amigos míos y de la poesía. Ha sucedido con esos "Sonetos" lo que, con algunas beldades, que lo son para unos, tales, que enamoran, y para otros son desabrimiento o antipatía. Si yo fuera capaz de hacer punto en la defensa de mis composiciones, me asegurara en el recuerdo de que algunas famosas de los clásicos no me han gustado, a pesar de su crédito, hasta que bien consideradas sus ideas y composición, y declamadas con expresión, las tomé el pulso, y las vi de otro modo que primero. Pero es un disparate este punto de los poetas respecto a sus versos, que por más que los defiendan no han de dejar de ser lo que son en realidad.

Le comunico que, aunque la Academia Española sólo entiende por *césped* lo que nosotros por *chamba*, he visto en clásicos usado *céspedes* en más lato sentido, esto es, en el de grama o yerba. Siento no tener presentes los

ejemplos. Traduciendo yo "Los Sepulcros" de Pindemonte, vertí *yerba* por *cespite*, temeroso de caer en yerro; pero después acá he visto lo que comunico.

No me dice U. nada de mi traducción del Petrarca, y no me cabe duda que también le ha disgustado. Malo será que yo haya caído en desgracia de su juicio, y temo que reciba con desabrida extrañeza mi traducción de Byron, que saldrá en las "Memorias" de nuestra Academia. Digo extrañeza, porque entiendo que U. no conoce la extraña poesía psicológica de ese misántropo, que estoy viendo que le será antipática. La creación ideal de caracteres es privilegio de los ingenios de primer orden. Este es el principal mérito de esa composición original, y el único tal vez que conserve mi traducción, porque en cuanto a la poesía de estilo, su calor y fuerza, era empresa excusada querer igualarla en la traducción. Todos los que han querido imitar esa poesía propia de Byron, incluso Núñez de Arce, han hecho mamarrachos de risa, o perdidos y corrompidos de taberna, como Alfredo de Musset, Byronzuelo francés.

Dentro de diez días vuelvo a Quito con la familia. Esta carta extiende los pies hasta donde da el papel. Cariños de mi Rosario a U. y a la suya, a quien saluda

su afectísimo amigo.

Quito, Marzo 22 de 1884

Mi recordado, mi dulce amigo:

Por escribirle he estado algunos correos, y no ha llegado el caso, por otros casos de menos importancia, pero de cierto poder en todos y más en mí, de natural distraído y desidioso.

Tenía que anunciarle la venida al mundo de un nuevo hijo mío y servidor de U. Nació robusto, su madre va convaleciendo perfectamente. Se bautizó con los nombres de Julio, Gustavo, Iván, Rodrigo, Tomás; y, con ser tantos sus nombres, no podemos aún llamarle de ninguna manera, porque no sabemos a cuál de esos nombres inclinarnos.

Rosario recibió el libro con que U. se ha servido obsequiarla. Me encarga decirle que estimará ese libro más que por su mérito, que es grande, por venirle de un amigo tan querido y estimado como U.

Salieron a luz las "Memorias de la Academia Ecuatoriana", y otra vez se tapujaron, porque salieron mal vestidas y llenas de defectos. En mi ausencia de Machachi se habían tirado todos los artículos en prosa, con tantas faltas que no era decoroso enviar así las *Memorias* a la

Academia Española ni a las Americanas; y se resolvió hacer otra edición más limpia y en mejor papel. Esta saldrá dentro de un mes.

Deseo saber de U. y de sus progresos agrícolas y literarios.

Reciba U. cariños de mi familia, que los envía también a la suya junto con

su afectísimo de corazón.

Quito, Junio ... de 1884

Amigo de mi alma:

Antes de ayer saqué su carta del correo, que por su fecha veo que ha yacido algunos días en la estafeta. Me llenó de satisfacción, como la voz siempre grata de un amigo querido, y también por amor propio, a causa de sus aprobaciones de mis versos.

Yo no hubiera querido que le enviasen la 1ª edición de nuestras *Memorias*, sino la 2ª que saldrá en este mes. U. verá que en ésta hay correcciones importantes de la primera. En la imprenta de Rivadeneira se está imprimiendo la 2ª entrega de nuestras *Memorias*, y en esta saldrá de *Lara* la conclusión del primer canto, y parte del 2º. Esta parte es traducción fidelísima y concisa del original; la otra también es fiel, pero algo amplificada.

Espero y anhelo que su *incubación* sea vital para todos sus embriones. No sé por qué ha dado U. de mano al poema épico romántico, que ha gran tiempo, proyectaba U. escribir sobre la conquista de Huaina-Cápac, materia que me parece fértil de poesía. Le insto a U. para que vuelva a este pensamiento grande.

No he leído "La Pesca", pero leí en *Los Principios* muestras de esta composición. Confieso a U. que siempre

me hallo mal avenido con las alabanzas exageradas a Núñez de Arce, poeta, en mi concepto, de imaginación, pero incorrecto y poco mirado en la forma y aun en el espíritu de la poesía. Si U. aplica a esas muestras de "La Pesca" el lente de la crítica sospechará que a Cañete se le ha vuelto el juicio, deslumbrado acaso por el encumbramiento político de Núñez de Arce. En las estrofas al mar casi todos los pensamientos notables por novedad o grandiosidad son de Byron, pero con inferior dicción, valentía y grandeza. Aunque Byron puede representarse por mina de común explotación para imitaciones como los clásicos griegos y latinos, es fuerza que estas imitaciones no indiquen pobreza de poesía en el imitador. Muy largo fuera para esta carta el parangón de esos pensamientos tomados al osado y brioso poeta inglés; pero sí quiero a la ligera hacerle notar a U. las que a mí me parecen *chambonadas* de poeta ramplón en esas muestras.

"¡Ay! si decir pudieras cuanto sabes!...
¿Qué hiciste de las naves
Con que surcó tu inmensidad la aciaga
Y trágica ambición? &."

Pensamiento vano el del primer verso, y pregunta vana lo demás. Los secretos importantes que puede escribirnos el mar son las cosas que viven en sus abismos, no las anclas y huesos que yacerán en su fondo, de las naves tragadas: dentro de él no continúa la vida humana, ni la muerte tiene en él secretos, sino en la eternidad.

La respuesta de esa pregunta la sabe todo el mundo: *me las tragué*.

"El furor de los tiempos que venciste
Solo tu voz resiste."

Esta es necedad, o

¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?
Yo mismo que lo escribo no lo entiendo.

Toda la pintura de la belleza de la heroína Rosa es sosa y abunda en impropiedades:

"Arde en sus ojos del placer *la llama*",

es bueno unos ojos lujuriosos;

"*Su fresca boca, que al halago* brinda,
Es dulce cual la *guinda*
Que el pájaro *voraz* pica en la rama".

Que al *halago brinda* expresión hueca por *convida al beso*, o como divinamente dijo un verdadero poeta:

La dulce boca que a gustar convida
Un humor entre perlas destilado.

La *guinda* la trajo el consonante; el *voraz* usurpó el puesto al *goloso*; y no es siempre la más dulce guinda la que el pájaro pica.

"No tiene la blancura de la nieve
Que se deshace en breve."

Circunstancia fútil, porque tiene más albura la que no *se deshace en breve*.

"*Miguel, el más activo*
Y arriesgado patrón de aquella playa."

¡Válgate Dios por *arriesgado*, esto es, puesto en peligro, en vez de *arriscado*, *arrojado*!

"*Adiestrado en el ímprobo ejercicio*
De su penoso oficio,
Por la abierta camisa muestra el pecho...
No a la molicie *impura*,
Sino a las fieras tempestades hecho."

Prosa lacia los primeros versos. *Impura*, ripio.

¿Cómo pondera Cañete la pobrísima y hasta ridícula descripción de la tempestad? No tuvo, sin duda, en la memoria las de Ovidio, Virgilio, y la de nuestro Ercilla.

"El huracán sus ráfagas sacude.
Como un corcel la crin..."

Es comparar la furia de un león con la de una hormiga.

"...al llamamiento
Del alterado viento
La ola, bramando de furor, acude."

Este falso *llamamiento* me trae a la memoria estas bellas y propias imágenes de Ercilla:

"Como por sesgo mar del manso viento
Siguen las *graves* olas el camino,
Y con furioso y recio movimiento
Salta el contrario Coro repentino,
Que las arenas del *profundo* asiento
Las saca *arriba en turbio remolino*;
Y, las hinchadas olas *revolviendo*,
Al tempestuoso Coro *van siguiendo*."

Coro es el nombre que dan los poetas a un viento. El seguir las alas al viento, o su rumbo es natural y está expresado bellamente: pero que una ola acuda al *llamamiento* del viento es idea falsa, ajena enteramente de la violencia con que el viento tempestuoso agita las olas. Note U. la viveza y fuerza de las palabras subrayadas, y cuanto adornan los pensamientos e imágenes de Ercilla.

"Y se empeña otra vez con recio embate
El eterno combate
Que presencian los *siglos confundidos*..."

Otro pensamiento falto, hinchado y vano. ¿Qué confusión han de ser para los siglos (y eso tomándolos por nosotros en la prolongación de los tiempos) las tempestades de viento en mar y tierra?

"...con recio empuje...
La ola adelanta, choca
Contra la barca, retrocede y ruge."

A esto está reducida toda la violencia de la tempestad: el parto de los montes. Y sin duda por esto, dice el poeta a continuación:

"Mas ya pasada la *impresión* primera,
La gente marinera
Su acostumbrada intrepidez recobra."

Pues ¿cómo no, si se había asustado por nada? La buena tempestad tiene en poesía su clímax de horror: primero se ha de pintar el valor humano contrastando

el furor de la borrasca, la cual acabe por quebrantarle y anonadarle.

Inmediatamente la barca, trocada en lancha, la misma que triunfó con tanta fatalidad de la ola.

"Cien veces con *impávido heroísmo*
Resurte del abismo."

Ridículo *heroísmo*! Vea Núñez Arce cómo las ha en buena poesía una barca con las olas, y cómo sale ella, sin *heroísmo*, pero con legítima poesía; del conflicto que él quiso pintar:

"Abrese el cielo, el mar brama alterado,
Gime el soberbio viento embravecido;
En esto un *monte* de agua *levantado*
Sobre las nubes, con *un gran ruido*
Embistió el galeón por un costado,
Llevándole un gran rato sumergido,
Y la gente *tragó del temor fuerte*
A vueltas de agua la *esperada* muerte;
Mas quiso Dios que de la suerte como
La gran ballena, el cuerpo sacudiendo
Rompe con el furioso hocico romo,
De las olas el ímpetu venciendo,
Descubre y *saca* el *espacioso* lomo,
En anchos cercos la agua revolviendo,
Así debajo el mar salió el navío,
Vertiendo a cada banda *un grueso río*."

Vea U. que Ercilla, como todo verdadero poeta, no descuida la importancia y belleza de los pensamientos ni el valor y hermosura de las palabras.

A Campoamor no es posible pillarle en todas sus obras estas *chambonadas y* disparates. Porque es verdadero poeta, y en mi concepto el de personalidad más poderosa de los modernos españoles. El defecto que le hallo, no es suyo, sino del género de poesía a que se ha dado: esa cuerda *chancero-amarga* no es la más noble de la lira. Si Campoamor supiera mezclar mejor los tonos, o cantar serio algunas veces, se levantara más. Pero la inseparable chanza, ese decir hermosas cosas hablando siempre *de broma*, le quita excelencia y nobleza. Por lo demás la asombrosa fluidez de sus versos, sus ingeniosas bellezas, su original y poderosa imaginación, la muchedumbre inagotable de felices expresiones, la sencilla forma que da a muchas altísimas, abstractas y aun sublimes ideas, son caracteres de buen poeta.

No sé si ha visto U. la 5ª edición de *Los Pequeños Poemas*, donde Campoamor se muestra todo, y se capta el interés vivo, y al cabo la admiración del lector. Es un tomo grueso en dos partes.

No me vino la traducción del Ariosto; sólo me vino la noticia de estar saliendo a luz por entregas.

Ya es tiempo que envíe U. algo para nuestras *Memorias*.

Rosario y mi familia retorna a U. con las setenas sus cariñosas saludes, y todos se las recomendamos para la

suya. Para U. un abrazo de su amigo de todo en todo suyo.

Esta carta se quedó escrita en el correo anterior. La escribí de prisa por un dolor de estómago que me quitaba la pluma de la mano.

Quito, 20 de Agosto de 1884

Caro amigo:

Es cierto que la balumba de oficios y cartas ha hecho que la suya no tenga contestación hasta ahora, esperando yo vanamente una hora desahogada para escribirle a mi sabor. Ultimamente he estado encargado del Ministerio de la Guerra y más tarde juntamente del de Hacienda: con estos tres despachos estoy repleto.

Al partirse el Presidente me dijo que tenía tantas becas concedidas, que sospechaba pasaban del número. Pero ¿para qué han de ser los amigos, y más tal amigo como U.? Revolveré el mundo por la beca de su hijo.

Aquella copia que me pide no se la envío por este correo, porque es preciso pedírsela al Secretario del Consejo General de Instrucción Pública, en cuyo archivo se halla. Por el correo venidero irá.

Yo que de mío soy perezoso para escribir, imagínese U. cómo me hallaré con una crecida e importuna correspondencia epistolar. Esta misma noche, amén de oficios, tengo muchas cartas que contestar.

Reciba U. finezas de Rosario y toda mi familia, y recomendamos a U. otras tantas para la suya.

Siempre suyo de corazón.

Quito, 27 de Agosto de 1884

Querido amigo:

Sigo con los tres Ministerios, y, por consiguiente, sin tiempo para escribir cartas particulares.

Le incluyo la resolución del Consejo de Instrucción Pública que U. me pidió, y ofrecí enviarle en mi anterior.

No hay otra cosa en el libro copiador o de actas del Consejo: en los archivos del Gobierno no existe nada a este respecto.

Mi casa ha estado revuelta por una pulmonía de mi suegro, que ya está casi fuera de peligro.

Reciba de ella saludes y el corazón de

su cordial amigo.

Quito, 20 de Stbre. de 1884

Caro amigo:

No estoy cierto de haber contestado su apreciada del 7 de los corrientes, porque la balumba de cosas oficiales se me añaden muchas cartas particulares, y mi memoria es incapaz de tenerlo todo distinto.

En punto a la beca para su hijo ya me veo en incertidumbre, porque en el Colegio Nacional hay una sola vacante, y el Presidente nos ha encarecido una gran lista de niños becantes, que es como tener un zapato y quererlo acomodar a un tiempo a muchos pies. Tiene intención el Gobierno de aumentar el número de becas: no sabe aún a cuántas, ni con qué las pague, que la pobreza va creciendo. En este estado están las cosas, y vea U., querido mío, si no tendré razón de estar incierto.

Me place su diputación, por la República a quien servirá bien, y por su amigo a quien le concederá U. su presencia por algunos meses.

Todos de casa, incluso el convaleciente, le envían expresiones cariñosas, recomendándoselas iguales para los de la suya.

Con un abrazo muy fuerte por imaginación se despide de U.

su cordial amigo.

Ya debe U. enviar material para el 3er. cuaderno de nuestras *Memorias*.

Quito, 6 de Mayo de 1885

Mi amado amigo:

Su carta más la leyó mi corazón que mis ojos: tan caliente vino de la entrañable amistad que felizmente nos une.

Va para seis meses que he estado a vueltas con una gastritis o dispepsia grave. Me vino de repente cuando yo ya sentía grandísima tirria de mi empleo en el Gobierno, y al principio de la guerra alfarina. La tirria me vino de la poca conformidad de mis ideas y anhelos con los de mis colegas, que no querían remediar la gran pobreza de la hacienda pública, pobreza que me impedía ser empleado de provecho público, y no era yo hombre de estar asignándome sueldos, y ande la cosa como quisiera. La guerra me impedía renunciar, y se agravó mi mal en términos que a buen librar salí con vida del empleo al acabarse aquella. Me retiré al campo, presentando mi dimisión, que, vuelto yo todavía enfermo a los dos meses, tuvieron que aceptar. Voy saliendo poco a poco de esta maldita enfermedad que acosa al que toma, como el demonio a los obsesos.

Por otra parte, es enfermedad que inhabilita para todo: da aversión declarada a toda ocupación, sobre todo a la mental.

Dulce esperanza tengo de verle pronto aquí. Yo tendré que irme a Imbabura el mes entrante: así que poco gozaré de su compañía; pero en fin alcanzaré a verle.

Toda mi familia le envía expresiones de cariño, recomendándoselas conmigo a la suya.

Le abrazo estrechamente contra mi corazón que todo es suyo.

Pimán, 7 de Octubre de 1885

Mi muy querido amigo:

Dos cartas me ha escrito U., y yo a U. ni sola una. Indisposiciones de salud y ocupaciones de hacienda me han hecho estar esperando ocasión libre y desahogada para escribirle a gusto, y ha pasado gran tiempo sin que ella se me presente. Mi salud, que vino de Quito restablecida, aquí se ha turbado, y no la puedo poner en su punto. Esto me tiene siempre de mal humor, e inútil para toda atención y ocupación recreativa o placentera. El haber recibido de mis arrendatarios Carpuela, hacienda trabajosa, me tiene constantemente ocupado el pensamiento en cosas de las cuales le quisiera yo antes libre que cautivo. Este es mi estado, y ésta la razón de mi silencio para U., amigo de mi corazón.

Tuvimos, sí, el grande gusto de ver aquí a Trajano; pero no el de servirle en algo, ni de tenerle días con nosotros, como hubiéramos deseado para mostrar a él y a U. cuánto queremos, cuánto estimamos todo lo que a U. le pertenece.

U. no deja por nada las recreaciones literarias: yo necesito estar en temple tranquilo para darme a ellas.

No he leído un solo libro: traje acá gramáticas alemanas para estudiarlas, y no las he abierto una vez.

Creo que Valera será mejor novelista que Calderón, de quien leí unas novelas de poco más o menos, de grandísimo crédito en España. Juzgo que, o los españoles tienen trabucado el gusto, o yo le tengo perdido. Estoy poniéndome anticuado con las pocas noticias que tengo de lo moderno: ni periódicos, ni libros, nada. Este es un mal, porque es bueno siempre estar al corriente de las cosas, so pena de parecer como el que en su vestido no sigue las mudanzas de la moda.

En fin, querido León, ya me despido. Crea U. que, aunque yo no le escriba, está siempre caliente en mi corazón y memoria.

Reciba U. y su familia mil cariños de la mía, y el muy sincero y tierno de

su amigo de corazón.

Ibarra, Julio 21 de 1886

Queridísimo amigo:

Dulce me fué su carta, muestra, como todas las suyas, del amistoso cariño que poseo en su corazón. Recibíla al venir acá a visitar a las Gómez con mi mujer e hija Carmen. No pude contestarla a vuelta de correo.

Siento no haber estado en Quito durante su permanencia allí, para gozar de su trato, siendo tan raras las ocasiones de poderlo lograr; y más siento que U. ande siempre tan cautivo de ocupaciones, que no pueda saltar acá a conocer este bello país y a darme el gozo de tenérmele conmigo, en mi casa, a mi gusto.

Yo he pasado aquí un año muy combatido de cuitas de fortuna por malas y raras circunstancias en mi hacienda, y esto ha aguado el contento de llevar vida campesina y sosegada con mi familia. Pienso estar de vuelta en Quito a fines de Septiembre.

A mi deseo ha venido el que U. no pueda hacer en Quito la nueva edición de *La Virgen del Sol*: se ha escapado U. con esto de no ser estimado en su obra como merece. Una fea y mala edición estraga no sé cómo el

mérito y sabor de cualquier obra recreativa. Yo mismo no habría leído esa 2ª edición a habérsela hecho en Quito, como la que vendrá de los EE. UU. de América, por más defectuosa que saliera.

Gracias a Dios que a U. las ocupaciones *especulativas* no le destemplan ni distraen de las literarias. Conmigo es al revés.

Reciba U. mil cariños de mi Rosario, Carmencita y familia Gómez, y el entrañable, el dulce, el grande de

su *amigo y compañero.*
Julio Zaldumbide.

Cartas al señor don Julio Zaldumbide del señor don Juan León Mera

"No nos entendemos en este punto", me dice Ud.,* hablando sobre nuestra cuestión de poesía nacional; y yo creo que la dificultad en entendernos viene de parte suya, porque Ud., en mi concepto, confunde la poesía nacional con la poesía popular, y yo, sin decir que ésta no sea también nacional, digo que es preciso deslindarla de aquella. Nosotros en nuestro pueblo actual no podremos hallar ciertamente materiales capaces y abundantes para regalarle con su propia poesía; es decir, no podremos escribir como Shakespeare en Inglaterra, como Béranger en Francia, como muchos romancistas en España; nuestros versos no podrán ser cantados ni aun comprendidos por el vulgo: en una palabra, no seremos los poetas del piloto, del labrador, del carnicero y de la verdulera. Y no siéndolo, no cantando a este pueblo y para este pueblo ¿no podremos tener poesía nacional? Pensar de este modo sería insultarnos a nosotros mismo. Podemos tenerla y muy bella, amigo

* Juan León Mera contesta a la carta de Julio Zaldumbide de fecha 31 de enero de 1863.

mío; porque nuestra nación se compone de dos partes totalmente opuestas: la inteligente y la ignorante, y es aquella a quien nos dirigimos, es aquella quien leerá, comprenderá y juzgará nuestras obras. El bajo pueblo entre nosotros, se halla, en cuanto a civilización, muy lejos de los pueblos europeos: suponga Ud. que Béranger hubiese escrito en español y en el Ecuador, ¿quién de este pueblo le hubiera comprendido? Y allá en Europa mismo es preciso distinguir el poeta nacional y el popular. Góngora es, según creo, el romancista más nacional de España; éste ha escrito piezas muy buenas que están fuera del alcance del populacho; como el romance caballeresco de "Angélica y Medoro", y versos tan populares que bien pueden haberse cantado por los chulos de Sevilla; y si Góngora no hubiese escrito versos sino como los de "Angélica y Medoro" y otros de la misma altura, que se admiran en este poeta en medio de su continuo desacierto ¿no habría sido poeta nacional? ¿qué sería pues entonces? Califíquelo Ud. Visto pues que hay diferencia entre *poesía nacional* y *poesía popular*, o que no consiste aquella tan sólo en cantar el carácter y las costumbres actuales de todo un pueblo, incluso la parte ignorante que para mí es apenas un casi-pueblo, insisto en mi tema de que recurriendo a la naturaleza, historia, costumbres primitivas, etc. de nuestra América, puede crearse una poesía nacional, una poesía que no tenga nada prestado de otras poesías, y no se parezca a la griega ni a la latina ni a ninguna

de las modernas europeas; y que sea tan natural, tan bella, graciosa y hechicera que pueda agradar al *pueblo ilustrado*, y pasar a la posteridad, ilustrada también, como han pasado hasta nosotros las obras creadas por los grandes poetas que nos han precedido. Homero y Virgilio han sido poetas nacionales; Taso y Ariosto lo han sido también; y estos grandes poetas viven y vivirán sus obras sin embargo de que no han sido escritas para el populacho que no las ha leído ni comprendido jamás.

Vuelve Ud. a decirme que no puedo ser yo poeta nacional y vuelvo a replicarle que no he tenido ni tengo la vanidad de darme yo mismo semejante título; el que me lo den los que juzgan de mis versos no es culpa mía; ni puede serlo el que le haya dicho en alguna carta que no se había escrito aún poesía ninguna entre nosotros que pueda llamarse nacional, pues fuera de esa "canción indiana" que corre entre las obras de Olmedo, ninguna otra hay al menos que yo sepa; y esa canción de nuestro poeta es, como Ud. lo habrá visto, una mala traducción de Chateaubriand, y en este no es enteramente original, puesto que las ideas más notables están tomadas de la Biblia; si Ud. se toma el trabajo de registrar el Cantar de los Cantares, allí encontrará Ud. *esos pechos que parecen cabritos nacidos en un mismo día y de una misma madre,* etc. sin más diferencia que Salomón ha dicho gamitos en vez de cabritos.

Por lo que respecta a mi proyectado Huaina-Cápac, lo escribiré, no lo dude; pero le arrojaré al mundo literario como un poema cualquiera, para que él y no yo mismo sea quien le juzgue y le bautice. El plan está hecho ya; pero no principiaré a escribirle sino después que haya corregido "La Virgen del Sol".

Doy a Ud. un millón de expresivas gracias por el examen que ha hecho de mi *Canto a los héroes de Colombia*, (1) y más porque me ha dicho Ud. con franqueza los defectos que ha notado en él. Cuando encuentro un amigo como Ud. que sabe expresarse con libertad, siento una especie de consuelo y satisfacción muy grande, y doy por ello gracias al cielo; porque es muy triste además de ser muy pernicioso, el ser engañado por personas de quienes se espera pruebas de sinceridad.

Su juicio crítico me parece muy exacto, a lo menos en la mayor parte, y la prueba de que lo considero como tal es la variación que luego verá Ud. en los puntos que me ha indicado. -El error histórico sobre Zea lo había notado ya, sin que pueda explicarme cómo le cometí, después de haber recorrido prolijamente la historia de Colombia.

Parece, en efecto, que he tomado de Olmedo el pensamiento que Ud. me indica; pero creo que es a consecuencia de la palabra *ardua* usada también por aquel poeta; en lo esencial hay diferencia: en los versos de Olmedo, el *Chimborazo* inclina la frente ante el vencedor

por acatamiento; en los míos *los Andes* humillan la cerviz bajo el poder inmenso de las armas de Bolívar. Sin embargo, si encuentro algo mejor que esto para sustituírle, lo haré, para evitar la censura de los que *no me conocen*, como con tanta bondad me dice Ud.; y sin embargo de que, en caso de que tal cosa sucediera, mostrara a mis críticos muchos ejemplos de *imitaciones* como algunos dicen, y que yo miro como verdaderos plagios. El principio del *Canto de Junín* no es más que el *Coelo tohanatem* de Horacio; la magnífica imagen con que empieza el *Canto a Miñarica*, es de Meléndez, y éste la tomó también de Horacio; Chateaubriand ha robado mucho especialmente de los *Libros sagrados*, y Quintana entre otros pecados de esta especie, casi ha copiado el primer verso de una traducción de Safo.

¡Feliz quien junto a tí por tí suspira!

Safo.

¡Dichoso aquel que junto a tí suspira!

Quintana.

(Oda a la hermosura).

Pero es inútil citar ejemplos que Ud. conoce más que yo.

Otro punto en que no estamos conformes es aquel en que Ud. quiere que se escriba -"Tú Páez ilustre" en vez de "Tú ilustre Páez", 1º porque, como sabe Ud., tiene (especialmente en poesía) más energía el adjetivo puesto antes del sustantivo, y 2º porque me gusta

disolver el diptongo siempre que no sea con esfuerzo, y en *Páez* hallo esta división muy natural, puesto que para pronunciarle hay que acentuar fuertemente la primera vocal. Es verdad que hay escritores justamente acreditados, especialmente en Nueva Granada y Venezuela, que han adoptado un sistema opuesto y hasta contra estos diptongos *ia ea*; pero en mi humildísima opinión este sistema pugna contra las reglas, contra lo que generalmente siguen los mejores poetas españoles.

Atocha, a 9 de Julio de 1878

Señor don Julio Zaldumbide:

Querido amigo mío: Desde que supe que Ud. se ocupaba en traducir la preciosa canción del Petrarca a la Santísima Virgen, me propuse refrescar las ideas que de ella tenía, y lo hice, no sin mucho trabajo; pues, como creo haber dicho a Ud., estoy muy olvidado del italiano, por no haber leído nada en esta lengua hace más de diez años. En cuanto recibí la traducción, la leí comparándola con el original, y mi opinión es la siguiente:

En parte ha hecho Ud. traducción literal, en partes se ha tomado algunas libertades; pero en el fondo asido como ha sido del Petrarca, a fin de presentar sus ideas tales cuales brotaron de su gran numen, y de no dejar que el celestial perfume de tierna poesía se desvanezca al influjo de una extraña lengua y de una nueva rima. Creo, pues, que Ud., en cuanto a fidelidad, poco o nada tiene que hacer para quedar satisfecho. No así en cuanto a lo material de la obra, que me parece necesita lima en varios puntos. He puesto unas señales donde, a mi ver, debe Ud. fijarse principalmente, y aclarar el sentido del verso o darle tersura y lucidez.

Por si le parezcan a Ud. que son aceptables, le haré algunas indicaciones.

Me parece forzada la diéresis en la palabra *reina*. Dos veces ha empleado Ud. esta licencia, pero juzgo menos tolerable en la segunda, porque en el mismo verso concurre otra diéresis, que, aunque imprescindible casi siempre, no por eso es menos lánguida la pronunciación:

Ahora tú *Reina* poderosa.

En estos versos:

Virgen sabia, y del bello número una
De las prudentes Vírgenes felices,

hay una trasposición, que si en italiano es tolerable (Ud. sabe que su prosodia admite mayor número de licencias que la nuestra) en español es muy violenta. Para comprender que esto es así, no hay sino que poner en prosa la oración y compararla la encerrada en los dos versos: "Virgen sabia, y una del bello en número de las prudentes vírgenes felices".

Por ti, del *cielo alba* ventana de oro.

La concurrencia de la sinalefa con el acento rítmico hace duro este verso. ¿No quedaría bien diciendo:

Por ti, del albo Edén ventana de oro?
Y de los seres que este mundo lleva.

Quizás convendría cambiar la preposición *de* con la *entre*. El verbo con que termina me causa mal efecto; pero es menester para conservar tal como está el magnífico

Para cambiar en gozo el llanto de Eva.

Virgen santa de *toda* gracia llena.

Toda, adjetivo que recibe desmayadamente el acento rítmico, y hace por lo mismo, flojo y desgarbado el verso.

Tú diste a luz de la piedad la fuente
Y de justicia el Sol, que refulgente
Rompió la noche del error oscura.

Estos versos no pueden ser mejores; pero me repugna eso de dar a luz una fuente, y el Sol de justicia que, siendo sol, es la luz misma. Indico a Ud. la siguiente reforma:

De ti brotó de la piedad la fuente,
Y de justicia el sol nació fulgente
A romper del error la noche oscura.

A tu alta majestad la frente inclino,
Y pues estoy perdido en noche umbría,
Te ruego que el camino,
Me alumbres con tu luz y seas mi guía.

En estos fuera conveniente evitar la asonancia de las palabras que van testadas, que desagrada por la viveza del sonido, y el diptongo que para la medida del verso, hay que formar, indebidamente, de la palabra *seas*. Ensayemos un cambio, si a Ud. le parece:

A tu alta majestad la frente inclino,
Y pues yerro extraviado en noche umbría,

Alumbra mi camino,
Propicia a mi clamor, y sé mi guía.

El verso que sigue inmediatamente:

Virgen clara y eternamente estable

tiene el acento de la 6ª sílaba bastante flojo, y perjudica a la armonía. He aquí una indicación para remediarlo:

Virgen insigne, eternamente estable.

Creo también que bien pudiera traducirse el *stabile* por inmutable, que, en español, es más propio y más expresivo.

Mira que salvarme Dios la humana
Carne, por el pecado,
Tomó dentro tu seno inmaculado.

El primer verso carece de rima, y todo el pensamiento está mal expresado, dando aun lugar a anfibología, pues tal como está, parece que significa que Dios tomó carne humana *por el pecado*, no a causa del pecado, como dice el original. *Recorditi chefece il peccar nostro*. ¿Quedaría bien así?

Mira que por salvarme del pecado
Tomó Dios carne humana
Dentro tu virgen seno inmaculado.

Aun de otro modo:

Recuerda que anhelando del pecado
Salvarme, carne humana
Tomó Dios en tu seno inmaculado.

Los dos versos con que comienza la siguiente estrofa pienso que tendrían más resonancia diciendo:

Virgen ¡ay! cuánta lágrima ha corrido
En vano por mis pálidas mejillas.
Mi vida afán ha sido y desengaño.

¿Por qué no decir más llanamente:

Mi vida ha sido afán y desengaño?

Mortal beldad, hechizo fascinante,
Si no me acorres etc.

Como el poeta viene dirigiéndose a la Virgen, parece a primera vista que el primer verso, y no solo el primer emistiquio del 2º, habla también con ella. Para evitar esta confusión, fuera bueno determinar la *mortal belleza* con un artículo:

Una mortal belleza fascinante,
Si no me acorres, etc.

Ahora tú, Reina poderosa.

Ya indiqué lo que yo juzgo defecto en este verso.

Amor de nuestro origen común mueva
Tu pecho a no mostrarte mi enemiga.

No fuera malo evitar lo destemplado del primer verso, cambiando ambos de este modo:

Nuestro origen común tu pecho mueva
A no mostrarte nunca mi enemiga.

Los demás versos que he señalado sin detenerme en examinarlos, merecen que Ud. les ponga mano de

Aristarco y no los deje hasta que estén dignos de la Virgen, del Petrarca y de Ud.

Por supuesto, mi censura va con la desconfianza propia de quien no se cree capaz de tomar puntos a un maestro. Sólo añadiré, el asunto me tienta, dos palabras acerca de mi manera de entender y juzgar en cosa de traducciones.

La traducción es un retrato; solo el original posee vida, animación y afectos propios que puede dar únicamente el ingenio del autor. El buen retratista imita la vida y los afectos del ánimo, hasta hacer a veces exclamar a un rey engañado por el arte: "¡Cómo, Pareja! ¿no has partido aún?". Pero en todo caso, ese admirable retrato no es más que la imagen del almirante Pareja, cuya vida, alma y ser mortal con él se quedara a pesar del prodigioso pincel de Velázquez. Llegar a este punto en el arte de retratar es tan difícil y raro, como alcanzar la perfección en el arte de traducir. Las bellezas perfectas y los rasgos de las grandes almas son la desesperación de los pintores, como las creaciones de los grandes ingenios lo son de los traductores: ¿quién ha traducido bien la *Ilíada*, la *Eneida* y el *Quijote*? Se da el nombre de buenas a unas pocas traducciones de estas obras; pero es sólo con relación a otras traducciones, no porque igualen en mérito a los originales.

En obras destinadas puramente al deleite, soy partidario de la traducción libre y de la imitación. Es cierto que

este caso puede conocerse apenas al autor original; pero en cambio hay en esas obras más vida propia, afectos más calorosos, colorido más natural, y la inteligencia y el buen gusto del lector, quedan satisfechos dando el triunfo apetecido al traductor y al imitador.

Hay un escaso número de traducciones literales que han alcanzado buen crédito, como la de *Aminta* hecha por Jáuregui; y sin embargo, quien piense que leyéndola conoce la belleza y delicado perfume de la obra del Tasso, se engaña mucho: Jáuregui hizo un excelente retrato, y nada más: la persona, diremos así, de Aminta, se quedó como encerrada en la índole de la lengua italiana; se quedó presa por el genio del gran poeta.

Por lo dicho comprenderá Ud., querido Julio, cuanto me place que Ud. tenga entre manos la imitación de la Canción del Petrarca, sin que esto quiera decir que me desagrada la traducción. Desde ahora estoy saboreando con deleite el cuaderno que piensa publicar Ud. en ofrenda a María; ha de ser una golosina.

A propósito de traducciones, un español (cuyo nombre no recuerdo en este momento) está publicando con gran lujo la que, en octavas reales, ha hecho del Orlando Furioso. Ha merecido la aprobación de la Academia Española y está dedicada a Alfonso XII.

Yo me ocupo en redondear mi colección de fábulas, o colección de juguetes, con ánimo de darla a luz. Sin haberlo pensado y burla burlando, he escrito un

número considerable de estas piececillas. Siempre me ha entretenido el hacerlas, y, como me gusta el género, nunca he dejado en el fondo de la bolsa el argumento que se me ha ocurrido. Eso sí, no sé cómo me hayan salido tales figurillas de papel; todo lo que creo es que son originales; Ud. las juzgará, pues he de llevarlas a Quito.

Mis cariñosos recuerdos a Rosarito, besos a los niños, y para Ud. el ajustado abrazo de su

J. León.

18 de Octubre de 1883

Señor don Julio Zaldumbide.-
Quito.

Queridísimo amigo mío:

Por más que lo he deseado, no he podido hasta hoy contestar su última carta, pues quería hacerlo despacio y sin que los pensamientos literarios estuviesen sombreados por los políticos, que son los que se me han escapado estos días a borbotones. ¡Culpa de los señores radicales y en especial de mi paisano Vela!

Muy agradecido estoy de Ud. por la felicitación que me envió por mi poema *Los Últimos Momentos de Bolívar*. En efecto, he hallado que el sustantivo *césped* no está bien traído. Cuando se haga la segunda edición he de corregir ese y otros defectos que sin duda tiene mi poema, sin embargo, de que -¿lo creerá Ud.?- la mucha lima no me gusta, porque a fuerza de pasarla y repasarla suele darse a la pieza defectos que no tenía. Por otra parte, hay cosas en dicho poema que si para los amigos que las han alterado son faltas, para mí no lo son, o más bien no lo eran, y ahí se estaban porque adrede las puse, en razón de que las requerían el pensamiento y el lugar.

Tales son, por ejemplo, unos dos esdrújulos en final de verso. Quitándolos, han quitado también la energía y movimiento rápido de ese trozo. Sé que quienes hicieron el cambio fueron los amigos B. Peña y R. Espinosa. Por ahí está asimismo un verbo cuyo tiempo han variado dejándolo sin objeto.

Sé que se me ha censurado igualmente el haber hecho *hablar* tan largo a Bolívar, cosa impropia en un moribundo; pero los que tal juicio han formado han debido advertir que Bolívar no habla, sino que *piensa* o, más propiamente, *recuerda*: hace dentro de sí la revista de su vida, para lo cual no es inconveniente el estar moribundo, con tal que tenga (como las tuvo) en buen punto sus facultades intelectuales.

Ahora vengamos a los sonetos de Ud. Los he leído muchas veces, y siento decirle que no estoy acorde con nuestro amigo el doctor Espinosa. Si yo los hubiese visto manuscritos, habría aconsejado a Ud. que no los diese a luz. No corresponden al mérito de otras poesías de Ud., cuando el asunto requería que fuesen superiores a todas. El fondo es bueno: ha pensado Ud. bien; pero al dar cuerpo al pensamiento no ha andado muy feliz. ¿Sabe Ud. de qué proviene esto, a mi juicio? de que Ud. no ha practicado el arte constantemente. En poesía, más que en ninguna otra cosa, practicar es estudiar; sin esto el poeta no se aproxima a la perfección, por grandes que sean los dotes que haya recibido de la naturaleza. Sólo el poetizar con mucha frecuencia le enseña la manera

de apuntar las buenas ideas a las buenas formas. La práctica complementa al poeta.

Sé que continúa Ud. con su familia en el campo. Ud. está siete leguas para acá de Quito, yo siete leguas para acá de Ambato; la distancia que nos separa se ha acortado en más de la mitad, ¡y que no podamos vernos! Aquí estoy sufriendo un clima muy lluvioso y desapacible, y supongo que Ud. no estará menos mojado por allá.

Mil y mil recuerdos a Rosarito, mil y mil cariños a los chicos, y un abrazo para Ud. de

Su afectísimo.
J. L.

Atocha, 24 de Noviembre de 1883

Señor don Julio Zaldumbide.-
Quito.

Mi muy querido Julio:

Con sumo contento leí su carta del 15 del mes actual, y me apresuro a contestarla, aunque a pesar mío tengo de hacerlo en pocas líneas, pues la polémica con mi paisano Vela me tiene muy ocupado.

Me alegro que a otros hayan gustado los sonetos, que a mí me parecen inferiores a las demás producciones de Ud. Sin duda soy yo quien va errado en su juicio, y Ud. debe atenerse al voto de críticos más competentes; pero no crea jamás, jamás, que pueda Ud. *caer en desgracia de mi juicio*, como me lo dice. Pruebas repetidas he dado a Ud. del aprecio que hago de su talento poético e instrucción literaria poco común entre nosotros; aprecio que no tiene por fundamento el entrañable cariño que le profeso y que espero durará hasta más allá del sepulcro, sino la estricta justicia. Nuestra amistad, por lo mismo que es tan cordial, no consiente que nos ocultemos nuestro modo de sentir acerca de nuestras producciones; en nosotros la falta de franqueza sería

traición. Por eso le expresé a Ud. sin rodeos la impresión desfavorable que me causó la lectura de sus sonetos, no obstante las alabanzas de nuestro amigo don Modesto, de que están acompañados; y por eso voy también a decir a Ud. lo siguiente: creo que el deseo de dar a la frase y al metro cierto corte y sabor rigurosamente clásicos, hace que Ud. vaya perdiendo la naturalidad, fluidez y dulzura, con que suele poetizar en otros tiempos y que se saborean en sus composiciones de entonces. Es preciso que Ud. verifique hoy como lo hacía cuando cantaba a *La Soledad del Campo*, al *Arroyuelo*, al *Bosquecillo*, etc. Ya en su composición *A María*, que tanto me gustó y entusiasmó, noté cierto esfuerzo que había hecho Ud. por irse por camino diverso del que solía. Puede también que haya perjudicado a Ud. el poquísimo ejercicio que en el arte ha tenido en los últimos años. Las musas no gustan de ver sus aras vacías años y años, como las ha dejado Ud.

No había dicho nada a Ud. respecto de su traducción de la poesía de Petrarca, porque ya le dí mi parecer favorable cuando la ví manuscrita; recuérdelo Ud.

En cuanto a su decir sobre cómo va uno aprendiendo a gustar de la belleza de ciertas obras poéticas, es exacto. A mí me ha sucedido lo que a Ud., y muchas veces. Dicen que cosa semejante pasa a quienes por vez primera visitan los museos de Europa y se fijan en las obras maestras de pintura y escultura. *La Transfiguración*, obra divina de Rafael, por ejemplo, nunca es comprendida sino

después de repetidas visitas y de largas contemplaciones con los ojos y el corazón de un artista. Ha unos meses, don M. M. Pelayo me envió su famosa poesía *La Zalema del Sábado Santo*; en la primera lectura no le entendí mucho; más después, fijándome bien, le he tomado gusto y veo que son justísimas las alabanzas que se hacen de ella: me parece magnífica.

Mil y mil recuerdos a Rosarito y a los chicos de mi parte, de la de mi Rosario y de Lastenia. Para Ud. diez ajustados abrazos de su afectísimo.

J. León.

Apéndice

Dos cartas de Juan Montalvo

París, Septiembre 20 de 1887

Señor Don Manuel Zaldumbide.-

Mi querido Manuel,

No vayas a pensar que la muerte de Julio es la que ha venido a reconciliarme con él: por mi parte nunca hubo enemistad ni aborrecimiento; no hubo sino rompimiento; así es que durante estos años de ausencia me he acordado de él como de mi amigo más querido, y la noticia de su muerte me hiere en lo vivo del corazón. Estos rayos interiores producen a las veces efectos saludables: ¡Cómo se me han despertado en el pecho la amistad, el cariño que tuve por tu hermano! ¡Cómo se ha levantado dentro de mí el mundo de recuerdos que dejan las relaciones de juventud cuando son íntimas y sinceras! Conque, ha muerto Julio: yo pensaba que él sería quien dijese: "pobre Montalvo" al saber mi caída en la eternidad; y soy yo quien debe dar el pésame a sus hermanos. ¿Mas no piensas que tú también debes dármelo? No mires en mí al hombre de la política, la insana política, que tanto cuesta al corazón; no mires sino al

amigo de la juventud, al compañero que no podía andar ni leer sino con el que acaba de irse dejando tras sí tantos dolores y lágrimas. Dicen que la fortuna es ciega; la muerte lo es también. Todo parecía prometer larga vida a nuestro pobre Julio: su temperamento personal, su amable suerte, la profesión sosegada de la inteligencia: mujer querida, bellos niños, amor, riqueza, paz consigo mismo y con el mundo, eran prendas de larga vida; y él es el que se va, y él es el que nos deja. A poco andar le alcanzaremos; pero mientras esto suceda, llórale tú como bueno y tierno hermano, que yo lo lloraré como bueno y tierno amigo.

Juan Montalvo
Rue Cardinet 26.

París, 20 de Septiembre de 1887

Señora Doña Rosario Gómez de la Torre.-

Señora mía de mi consideración:

Tiempo ha que en lo íntimo de mi pecho estaba yo reconciliado con Julio; la noticia de su muerte ha vuelto a ser prueba de mi sinceridad, pues he visto correr por mis mejillas las lágrimas del más profundo sentimiento. La ausencia, la distancia han echado tierra sobre las insensatas disensiones que nos separaron y no quedan en mí sino los afectos que no se borran ni al influjo de la cólera transitoria, esto es, la amistad, el cariño de la juventud; y yo nunca tuve amigo más querido que mi pobre Julio. Si a usted se le debe el pésame por tan horrible desgracia, a mí me lo deben también dar, porque soy uno de los dolientes. Tenga usted por cierto, mi señora Rosario, que esta diligencia mía no es obra de pura política o urbanidad; es más bien una efusión necesaria, porque mi corazón está rebosado de dolor. Hace tres días supe lo ocurrido en casa de usted, y hoy le escribo. No sé cómo recibirá usted esta manifestación de

un antiguo amigo de ustedes; mas cualquiera que sea la suerte que corra mi carta, yo tengo la triste satisfacción de escribirla, siguiendo los impulsos de mi naturaleza.

Juan Montalvo
Rue Cardinet, 26.

Julie Raldenbride

AEL

Programa editorial de la Academia Ecuatoriana de la Lengua

Para este libro se han usado caracteres Libre Bodoni (diseñados por Pablo Impallari y Rodrigo Fuenzalida) y EB Garamond (diseñados por Georg Duffner y Octavio Pardo), inspirados respectivamente en las tipografías de Giambattista Bodoni (1740-1813) y Claude Garamond (1499-1561). Ambas tipografías con Licencia de tipografía abierta de SIL.

Quito, Ecuador
diciembre de 2022

AEL

Programa editorial de la Academia Ecuatoriana de la Lengua

ENSAYO

Bruno Sáenz Andrade
Introducción a la obra de Julio Zaldumbide y a su correspondencia con Juan León Mera. 1833-1887

Julio Pazos Barrera
Las fábulas de Juan León Mera Martínez

Diego Araujo Sánchez
Visiones y revisiones
Ensayos de lengua y literatura

Juan León Mera
Tijeretazos y plumadas.
Artículos humorísticos
(con estudio introductorio «Un Juan León Mera desconocido» de Diego Araujo Sánchez)

POESÍA

Julio Pazos Barrera
La incierta percepción del tiempo

NOVELA

Francisco Proaño Arandi
Ceremonia de pólvora

En este estudio sobre la obra de Julio Zaldumbide, Bruno Sáenz Andrade indaga en la personalidad y el legado literario del más alto poeta del romanticismo ecuatoriano, así como su correspondencia con Juan León Mera, el gran polígrafo ambateño. Completa su estudio con la inclusión de su obra poética y de su polémico texto *El Congreso, Don Gabriel García Moreno y la República*, así como las correspondientes cartas. A través de esa correspondencia, sobre todo la de Zaldumbide y de la extensa investigación desplegada por Sáenz, el lector podrá adentrarse en la historia del Ecuador, en su clima político, intelectual y social del siglo XIX ecuatoriano, signada por los avatares propios de su consolidación como Estado y nación, un período histórico convulso en el que cobran relieve, a más de Zaldumbide y Mera, figuras clave como Montalvo, García Moreno, Rocafuerte y Alfaro.

El programa editorial de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, la institución cultural más antigua del país y la segunda de su índole en América, contempla un sostenido plan anual de ediciones de obras relativas, todas, al conocimiento, vigor, dominio y belleza de la lengua española: trabajos lexicográficos, lingüísticos, gramáticos y literarios. Estamos seguros de que el tiempo por venir no interrumpirá este esfuerzo, y podremos estar presentes siempre, con lo mejor de nuestra palabra.

Susana Cordero de Espinosa
Directora de la Academia Ecuatoriana de la Lengua

ISBN: 978-9942-42-981-0
9 789942 429810